

JAVIER
SIERRA

EN BUSCA
DE LA EDAD
DE ORO

PLAZA Y JANÉS

Primera edición: noviembre, 2006

© 2000, Javier Sierra Albert. Primera edición.

© 2006, Javier Sierra Albert. Edición actualizada.

© 2006, Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

AVISO:

Esta copia digital es fiel al contenido del libro copiado pero no a su estructura y apariencia:

-En el libro copiado las notas aparecen en una sección propia, al final del libro. En esta copia digital aparecen a lo largo del libro.

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN-13: 978-84-01-37963-5

ISBN-10: 84-01-37963-6

Depósito legal: B. 43.987-2006

Fotocomposición: Lozano Faisano, S. L. (L'Hospitalet)

Impreso en Limpergraf

Mogoda, 29. Barbera del Vallès (Barcelona)

Encuadernado en Artesanía Gráfica

L 3 7 9 6 3 5

Índice general

AGRADECIMIENTOS 11

INTRODUCCIÓN: *El enigma «Q»* 13

Un misterio estelar, 15. - Creencias compartidas, 17. - Una encendida polémica, 20.

PRIMERA PARTE ASTRÓNOMOS MILENARIOS

1. *Egipto: El saber más antiguo del mundo* 27

Meseta de Giza. Marzo de 2000, 27. - La teoría de Orión, 31.- Algunas consecuencias no previstas, 34. - El espejo celestial, 35.- Los compañeros de los dioses, 38. - Hace doce mil años, 44.- De la Polinesia a las catedrales, 45.

2. *Francia: Dios fue astrónomo*..... 48

El sendero egipcio, 50. - Máquinas estelares, 53. - El misterio gótico, 54. - Louis Charpentier: ¿hombre o nombre?, 55. - El secreto de Hermes, 57.

3. *Bolivia: Rumbo al sol poniente* 60

Tiahuanaco, 61. - Un genio llamado Posnansky, 62. - Un nombre maldito, 65. - El nuevo Posnansky, 68. - Tiahuanaco resucitará, 72. - El trabajo estelar del sur, 73.

4. *Perú: ¡Volaban!*..... 76

Palpa, Perú, 78. - Rumbo a Palpa, 82. - La estrella de San Javier, 88

5. *Israel: El enigma del día perdido*..... 92
 Jerusalén, 92. - Buscando una confirmación, 95. - Otros parones del Sol, 96.
6. *Una reflexión: El halcón relojero*..... 98
 La gran paradoja, 99. - Las cronologías, 101. - Los compañeros de Horus, 102.

SEGUNDA PARTE

UNA TECNOLOGÍA ANCESTRAL

7. *Italia: ¿«Sputniks» en el siglo XVII?*..... 107
 Montalcino, 107. - Una esfera que «transmite» imágenes, 113. - Un perfil del artista, 115.
8. *Egipto: ¿Bombillas en tierra de faraones?*..... 118
 Sakkara, 118. - Respuestas en el Alto Nilo, 120. - Bombillas por todas partes, 122.
 - Pistas simbólicas, 124. - En todas partes, 125.
9. *Turquía: Mapas de otro tiempo*..... 128
 Estambul, 128. - Historia en la piel, 130. - Un salto sin red, 135.- Errores y aciertos, 137.
10. *Guinea Conakry: Fabricantes de piedras azules* 141
 Un desafío azul, 146. - En busca de los responsables, 147. - Un último enigma: la madre de piedra, 150.

TERCERA PARTE

LOS ARQUITECTOS SAGRADOS

11. *Egipto: Templos de gigantes*..... 157
 Egipto, 157. - De visita a los templos de Giza, 160. - Milagros muy antiguos, 163.
 Las civilizaciones dejan restos, 164. - Tumbas falsas, tumba verdadera, 166. -
 ¿Errores?, 170.

12. *Egipto: Tumbas verdaderas, momias falsas*..... 172
 Sakkara, 172. - ¿Funerales para bovinos?, 173. - Betún para Mariette, 176. -
 Tumbas para... ¿muñecos?, 178. - Buscando tumbas de dioses, 180.
13. *Egipto: Los secretos del templo de Luxor* 182
 Luxor, 182. - Nada es arbitrario en Luxor, 184. - El templo del hombre, 185.
 - Los muros hablan, 189. - Un templo para la eternidad, 189.
14. *Egipto: El primer rascacielos de la historia*..... 191
 Alejandría, 191. - La ciudad más esotérica del mundo, 194. - El primer
 rascacielos, 197. - Robots en el mundo antiguo, 201.
15. *Perú: Los túneles de los dioses*..... 204
 En el ombligo del mundo, 204. - Desaparece un tesoro, nace una leyenda,
 206. - El camino evidente, 209. - Nuestra investigación, 211. - Cuestión
 de suerte, 213. - ¿Túnel natural o artificial?, 217. - El gran plan, 218.
16. *Perú: El Proyecto Koricancha*..... 221
 Un escuadrón busca los túneles, 224. - Túnel mortal, 227. - Política, tesón
 y fortuna, 228. - La máquina prodigiosa, 229. - Huesos por todas partes, 230. -
 Imaginando un tesoro, 232. - Los últimos días, 234.
17. *Otra reflexión: Túneles por todas partes*..... 236
 Cuevas y túneles en Ecuador, 237. - Túneles en tierras indias, 238. -
 Una controversia imparable, 241.
18. *Israel: Bajo el templo de Yahvé* 243
 Jerusalén, 243. - El recinto más sagrado, 247. - Agujeros polémicos, 248.
 - El último misterio del túnel, 250.

CUARTA PARTE

LOS SEÑORES DEL TIEMPO

19. *Francia: «El más desconocido de los hombres»* 255
 Unas profecías que nadie esperaba, 256. - Un profeta disfrazado de escritor, 260. - ...

-Sólo el que posea la clave entenderá, 262. - La Sociedad de la Niebla, 263. - Mensajes, tesoros y una tumba, 267.

20. Italia: El Cronovisor..... 271

Isla de San Giorgio, Venecia, 271. - Los herederos de Ernetti, 277.

21. Italia: El príncipe alquimista 279

Nápoles, 1894, 279. – Las máquinas anatómicas, 280. – Otros experimentos del príncipe ilustrado, 284. – En busca de la luz eterna, 288. – En la capilla está la clave..., 290.

22. Perú: Los ablandadores de piedras 293

Cuzco, 293. – Sorpresas en los Andes, 295. – Lo dijo un pajarito..., 299. – Siguiendo a los ablandadores, 300. – Huellas de una cultura planetaria, 302.

QUINTA PARTE

INFORMÁTICOS DE LA EDAD DE LA PIEDRA

23. Israel: Dios fue criptógrafo..... 307

Historia de un descubrimiento, 309. – Salta la polémica, 311. –«No fue fruto de la casualidad», 313. – El oráculo de Dios, 315. -Las pruebas del código, 316. – ¿Quién codificó la Biblia?, 317.- Incierto futuro, 319.

24. Bolivia: El secreto de los aymaras..... 321

La Paz, 321. – Un genio, un problema, 323. – Lengua sagrada, 325. – No es sólo teoría, 328. – Tecnología prehistórica, 330.

25. Última reflexión: Los transmisores del saber 334

Güimar, Tenerife, 21 de junio de 2000, 334.- El mito como vehículo de transmisión, 339.

INDICE.....345

Agradecimientos

Éste es un libro muy especial para mí. Fue gestado entre viaje y viaje, a pie de escalerilla de avión, repasando antiguos reportajes y cuadernos de notas que llevaban años aguardando a ser «resucitados» y completados, y que ahora han cumplido eficazmente su función ayudándome a revivir momentos intensos de mi trayectoria de investigación tras los misterios del pasado. Lo redacté, curiosamente, entre el primer equinoccio y el primer solsticio del año 2000, a caballo entre El Cairo y Güímar, en Tenerife, a la sombra de sus respectivas pirámides.

Y quizá no por casualidad.

Allí, junto a Robert Bauval y Graham Hancock, vibré con lo que significa dedicar una vida al estudio de los muchos enigmas que nos rodean. Ellos han revolucionado la manera de entender el luminoso legado de nuestros antepasados, descubriendo con sus obras —que comentaré oportunamente en estas páginas— la existencia de una «ciencia ancestral», capaz de levantar piedras de doscientas toneladas o de alinear monumentos con determinadas estrellas del firmamento de especial importancia espiritual. Una sensación similar —como si fuera capaz de «tocar» la fuente original de la que surgió nuestra civilización—, la tuve cuando en 1994 y 1999 viajé a los Andes con Vicente París, a quien admiro por su dedicación y empeño. Y otro tanto puedo decir de lo que viví jun-

to a Manuel Delgado, Enrique de Vicente y Nacho Ares, que me abrieron las puertas de Egipto, junto a Roberto Pinotti, que hizo lo propio con las de Italia, y también junto a Ricardo Vílchez, en Costa Rica, a Beatriz Martín, con la que descubrí a Julio Verne en el sur de Francia, o a Rosa María Alzamora, que me inició en el Perú de la más pura tradición andina. Todos ellos, a su modo, me enseñaron a transitar por un mundo lleno de misterios, donde lo más importante ha resultado ser el saber hacer la pregunta oportuna en el momento adecuado... y tomar buena nota de la respuesta recibida.

De eso, por cierto, sabe mucho Alfonso Martínez, técnico del Centro de Investigaciones Energéticas, Medioambientales y Tecnológicas (CIEMAT), que me sacó de dudas —y me planteó otras nuevas— en más de una ocasión. Y también Andrés Blázquez, Juan Sol y Gloria Abad, su perspicaz esposa, así como Eva Pastor, los primeros lectores de *En busca de la Edad de Oro*, cuyas puntualizaciones redondearon las páginas que siguen.

Cada parte de esta obra contiene sus preguntas y sus respuestas. Muchas no son definitivas —la búsqueda es un ejercicio inacabable—, ni siquiera requieren que el lector las lea en orden, de principio a fin. Lo único que necesitará es un espíritu abierto y una mente inquisitiva. Facultad que me inculcaron mis padres desde mi infancia, con los que también estoy en deuda.

Sin las vicisitudes vividas junto a cada uno de ellos —y sin cuantas almas ha puesto el destino en mi camino en estos últimos diez intensos años, que no menciono aquí por falta de memoria y espacio— este libro sería bien diferente. Probablemente, carecería de espíritu.

INTRODUCCIÓN

El enigma «Q»

¿Quiénes somos?

¿De dónde venimos?

¿Adónde vamos?

Aquel artículo me dejó perplejo. Terminé de leerlo —ahora dudo que fuera por casualidad— mientras ultimaba los preparativos de mi primer viaje a Egipto. Corría el mes de marzo de 1995 y faltaba poco para que diera el esperado salto al país de los faraones.

Todavía hoy, cuando repaso las notas de aquellos ya casi olvidados días, me invade cierta sensación de irrealidad. No puedo evitarlo: sus ocho páginas de apretado texto y abigarrados cálculos me abocaron entonces a la investigación de un enigma de gigantescas implicaciones, abriéndome la puerta a un campo de trabajo en el que, de alguna manera, la más pura vanguardia científica y la más remota tradición histórica se daban la mano.

Iré por partes.

El informe al que me refiero¹ fue publicado a principios de aquel mismo año en la revista norteamericana *Astronomy and Astrophysics*. En él, dos astrónomos franceses —Daniel Benest y J. L. Duvent— se cuestionaban algo tan aparentemente trivial como si la estrella Sirio era o no un sistema

1. D. Benest y J. L. Duvent, «Is Sirius a Triple Star?», *Astronomy and Astrophysics*, vol. 299, 1995.

estelar integrado por tres astros.

Como digo, me sobrecogí.

Ambos expertos llevaban años estudiando las anomalías orbitales de este peculiar cuerpo celeste —el más brillante del firmamento nocturno—, y habían formulado un modelo teórico para explicarlas que partía de la hipótesis de que Sirio era en realidad una estrella triple. La noticia era, en cualquier caso, sorprendente, pues desde mediados del siglo XIX Sirio había sido considerada una estrella binaria, integrada por dos soles.

El astro se encuentra, además, a tan sólo 8,7 años luz de nosotros y pese a su relativa cercanía a la Tierra a los astrónomos les había sido imposible confirmar visualmente la existencia de esa tercera componente estelar de la que hablaban Benest y Duvent.

Sirio A es, en efecto, una estrella muy luminosa. De hecho, su brillo impidió que alguien distinguiese a su segunda compañera —Sirio B— hasta 1862, fecha en la que el astrónomo norteamericano Alvan Clarke la ubicó por primera vez con su telescopio.² Clarke dedujo entonces que Sirio B era una estrella del tipo «enana blanca» y aportó la información necesaria para que otros determinaran que tardaba algo más de medio siglo —50,04 años exactamente— en completar una órbita alrededor de su hermana mayor. Es más, hasta más de un siglo después, en 1970, nadie fue capaz de fotografiarla.

Mi perplejidad, no obstante, iba más allá del simple enigma astronómico. Hasta cierto punto era lógico que me preguntara que, si tan difícil había sido demostrar la existencia de Sirio B, ¿qué otras dificultades no habría que vencer para detectar a Sirio C? Por de pronto, su descubrimiento era puramente matemático. Esto es, ni los franceses ni ningún otro astrónomo hasta la fecha habían sido capaces de detectar la tercera Sirio con instrumentos ópticos.

Pero, como digo, mi asombro no se apoyaba en aquellos cálculos. El mis-

2. Unos años antes, en 1844, el astrónomo alemán Friedrich Bessel hizo una deducción similar a la de Benest y Duvent, pero en relación a Sirio B. Él concluyó que una compañera oscura e invisible debía estar en órbita alrededor de Sirio A, y lo hizo gracias a sus minuciosos cálculos de los cambios de posición continuos de Sirio. Bessel fue el primero en suponer acertadamente que la existencia de esa compañera invisible afectaba gravitacionalmente a la gran Sirio.

terio que se escondía tras este hallazgo radicaba, en realidad, en que mucho antes de que ningún astrofísico especulara con la existencia de un tercer miembro en el sistema estelar de Sirio, un antropólogo ajeno a la observación de los cielos ya sabía que ésta era una estrella triple.

Su fuente de información, naturalmente, no era matemática ni astronómica. Sus datos procedían de ciertas tradiciones africanas de varios siglos de antigüedad que se referían a esa región del cielo con una abundancia de detalles tal que sólo podían ser fruto de una imaginación desatada o el producto de una revelación ancestral de origen incierto.

Y en este caso, se trataba de lo segundo. Una revelación que nuestro antropólogo recogió entre la tribu de los dogones, en Malí, y que le obsesionó hasta su muerte en 1956. Me refiero al parisino Marcel Griaule.

UN MISTERIO ESTELAR

Resumiré el enigma.

En las notas, artículos y libros de este concienzudo estudioso a los que he ido accediendo en estos últimos años,³ figuran abundantes alusiones a la religión dogona y a su extraña insistencia en seguir la evolución de la estrella Sirio en sus cielos. A diferencia de Alvan Clarke, los dogones jamás poseyeron un telescopio y pese a ello veneraban a una «compañera estelar» de Sirio a la que llamaban Po Tolo. El suyo, como ya supondrá el lector, distaba mucho de ser un culto superficial. De Po Tolo parecían saberlo todo. Decían, por ejemplo, que se trataba de un astro «muy pesado» e incluso celebraban unas fiestas cada cincuenta años para venerar cada una de sus grandes órbitas en torno a Sirio A. Sólo en fechas recientes hemos sabido que Sirio B es una estrella tan densa que

3. En especial su obra cumbre sobre la cosmología dogona, *Le renard pâle*. Institut d'Ethnologie. Musée de l'Homme, París, 1991.

«una cucharilla de té de su terreno pesaría aquí cerca de un cuarto de tonelada»⁴ y que, en efecto, su período orbital es el dado por esta etnia africana.

¿Imposible?

Por si fuera poco, los dogones refirieron a Griaule la existencia de una tercera «compañera» a la que llamaban Emme Ya, de la que dijeron que era «cuatro veces más ligera» que Po Tolo, y que también emplea medio siglo en completar su órbita alrededor de la mayor de sus hermanas.

Los dogones se convirtieron en una pesadilla para Griaule casi desde su desembarco en África. Y con razón. Este antropólogo de aspecto circunspecto y escuálido, que llegó a Malí en 1931 al frente de una misión que llamó Dakar-Yibuti, se sintió cautivado por la vida y costumbres de todas las tribus de la región de Bandiagara, y sobre todo por sus peculiares cultos astronómicos. Pronto supo que malinkés, bambaras, bozos y dogones habitaban desde épocas remotas la entonces llamada África Occidental Francesa, entre las fronteras de Malí y del Alto Volta, desarrollando una cultura autóctona compleja. De hecho, de los primeros trabajos que este antropólogo envió a París se desprendía ya que aquellas cuatro etnias habían construido una sociedad madura, organizada en torno a prolongados procesos de iniciación y regida por castas poseedoras de ciertos secretos que les hacían poderosas y respetables a ojos de su pueblo. Pero ¿de qué secretos se trataba?

Intrigado, Griaule se ganó poco a poco la confianza de los nativos y fue accediendo a misterios que ningún hombre blanco había escuchado jamás. Sus primeras expediciones se desarrollaron entre 1931 y 1939, interrumpiéndose con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Fue un período muy fértil para sus investigaciones. Obtuvo abundantes placas en blanco y negro de la vida cotidiana y los ritos de muchos de estos pueblos, y

4. Doctor E. C. Krupp (coord.), *In search of Ancient Astronomies*. Doubleday, Nueva York, 1978, p. 265.

se trajo consigo a París máscaras, utensilios domésticos y hasta cabañas enteras que después expondría el Museo del Hombre, en la plaza del Trocadero, en sus vitrinas.

Pero sus mejores trabajos aún estaban por llegar.

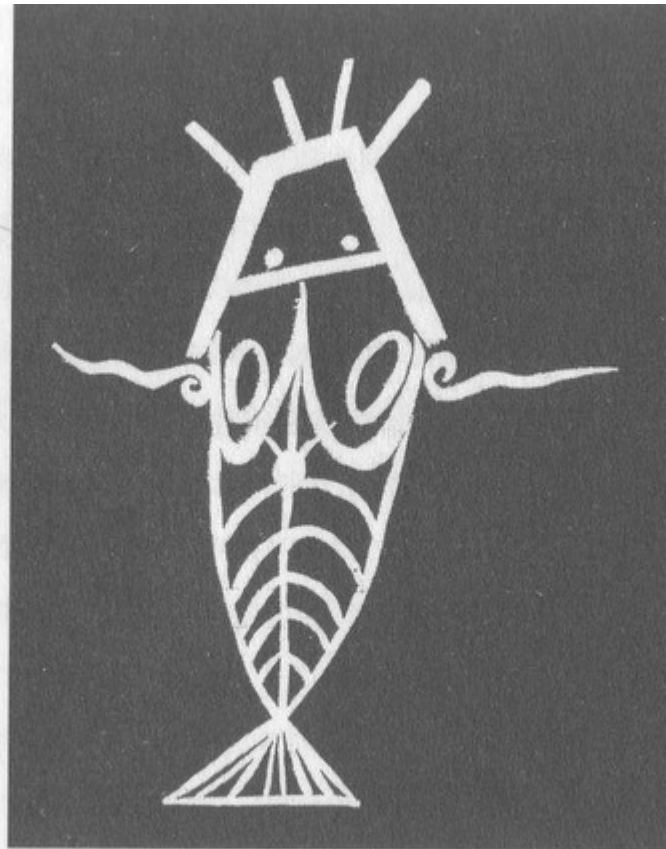
Poco podía imaginar Griaule lo que le esperaba al término de la contienda en Europa, a su regreso a Malí. En 1947, cuando el «primer mundo» se preparaba para la guerra fría, Griaule regresó a tierras dogonas. En Tombuctú reclutó a un teniente del ejército que resultaría clave en su nueva empresa, y se lanzó a una nueva campaña de visitas a la región de Bandiagara, cuna de la cultura dogona.

Koguem Dolo sería su nuevo intérprete. El mejor. De hecho, se vería obligado a emplearse a fondo en su trabajo, pues uno de los cuatro linajes locales, el de los Dyon, acababa de honrar al antropólogo con el beneficio de la compañía de Ogotemmelí, un guerrero y adivino del clan que le iniciaría en los secretos que el francés tanto deseaba conocer.

Lo que aprendió con Ogotemmelí en los tres años siguientes sobrepasó con creces todo lo que había recopilado durante los dieciséis anteriores en la región. Ogotemmelí dominaba el *dogo so*, la «palabra-lenguaje de los dogon», una especie de idioma ritual que sólo conocían los integrantes de cierta Sociedad de las Máscaras que, según supo después, preservaba un antiguo saber relacionado con el firmamento y los orígenes de la especie humana.

CREENCIAS COMPARTIDAS

Ogotemmelí, pacientemente, explicó a Griaule que los dogones sólo tienen un dios principal. Lo llaman Amma, carece de forma definida y se le atribuye la venerable tarea de la creación del Universo. Amma creó también a las primeras criaturas independientes, a las que designó como



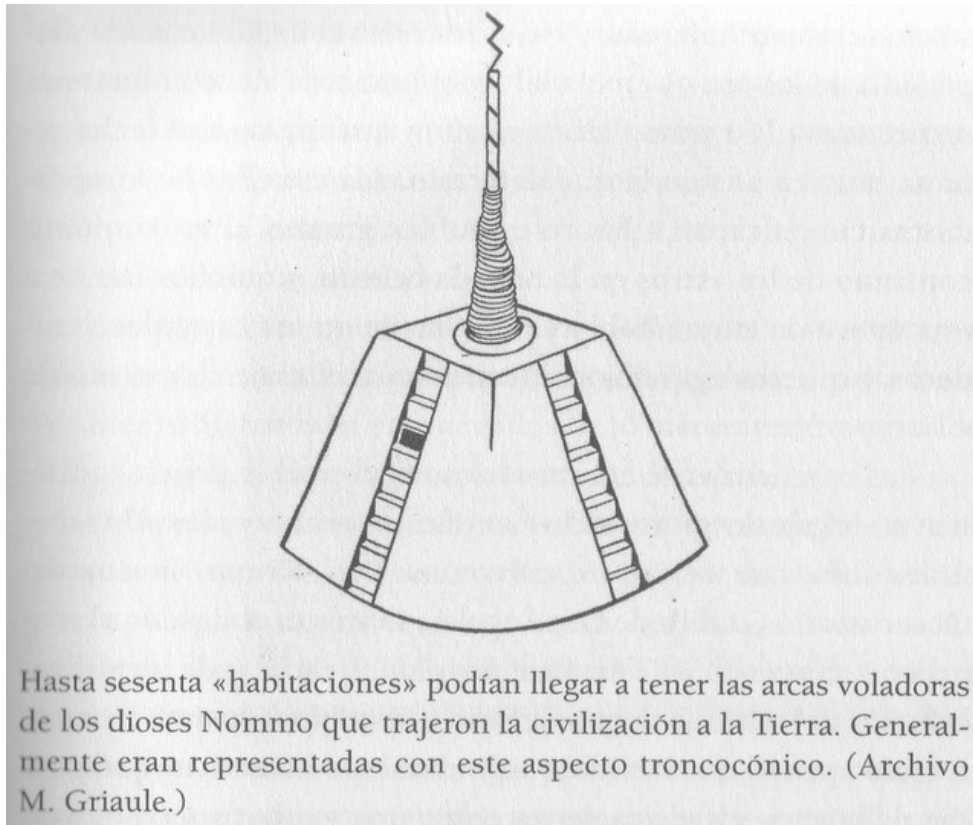
Aspecto de Nommo Q en una clásica representación dogona. (Ilustración procedente del Archivo M. Griaule.)

«maestros Nommo». Según aquel iniciado de ojos brillantes, se trataba de unos seres mitad hombre mitad pez, que recibieron los sagrados nombres de Nommo Diç, Nommo Titiyayne y Nommo Q.

Hasta ahí, nada que se saliera de los cánones de cualquier religión local.

El adivino añadió, no obstante, que de éstos —especialmente de Q, a quien los dogones consideran el padre de la humanidad— surgió una nueva clase de seres, una estirpe de cuatro «antepasados» que crearon a su vez a los primeros hombres, a los que repartieron en cuatro grandes familias.

Detrás de este proceso de creación desgranado por Ogotemmeli se escondía todo un drama cósmico. Ogo, el primer Nommo que descendió sobre la Tierra a bordo de un arca humeante para sembrar la vida en el planeta, pronto desencadenó el caos. Criatura impaciente y poco cuidadosa,



el tal Ogo desobedeció las instrucciones de Amma, forzándole a enviar a tierras de África a otro Nommo para que reparara los errores del primero. El elegido fue Q, al que Amma llamó el «Nommo del mar»,⁵ y terminaría siendo sacrificado en virtud a un extraño plan divino para resucitar después con aspecto humano y trayendo en su arca a los antepasados de los hombres.

Fue así, después de esta familiar historia,⁶ como se inició la ancestral Edad de Oro de los dogones. Q enseñó a sus criaturas los secretos de su procedencia, instruyéndoles en detalles que hicieron palidecer al antropólogo. Por ejemplo, las descripciones del arca en la que llegó a la Tierra son de una minuciosidad extrema. Dicen que se trataba de un vehículo húmedo, dotado de sesenta compartimientos, y cuyo descenso

5. Doctor E. C. Krupp (coord.), *In search of Ancient Astronomies*. Doubleday, Nueva York, 1978, p. 160.

6. En efecto. Los paralelismos con las historias del origen de los dioses egipcios son asombrosos. Amma tiene su equivalente en Amón, al que llamaban «el oculto» desde tiempos predinásticos, y a quien se le atribuía el don de «morar en todas las cosas» participando de la esencia misma del Universo. Él creó a los demás dioses, en especial a Osiris, que también fue sacrificado y que resucitó para traer el conocimiento a los humanos. ¿Quién influyó en quién? ¿Los dogones en los egipcios o viceversa? La duda no está resuelta.

coincidió con «la dispersión de los astros en el cielo y el inicio de sus revoluciones respectivas».⁷ Se trata de una alusión que marca una fecha remota, tal vez una en la que determinadas estrellas hoy importantes comenzaron a hacerse visibles gracias al movimiento continuo de los astros en la bóveda celeste, y que nos remite a una época de la que hablaré con detalle en los capítulos venideros y que los egipcios bautizaron con el evocador título de «Tiempo Primero».

Las enseñanzas de ese misterioso Q al pueblo dogon contienen un bagaje de información científica de primer orden. Un saber indiscutible que incluso expertos como E. C. Krupp, director del Observatorio Griffith de Los Ángeles, se vieron obligados a reconocer... con matices. «Aunque no seamos capaces de identificar la fuente del misterio dogon de Sirio — escribió—, parece bastante acertado pensar que sus ideas astronómicas son tanto un compendio de buenos y malos aciertos como una memoria tergiversada con conocimientos astronómicos recientes con los que alguien contaminó las antiguas creencias dogonas.»⁸

UNA ENCENDIDA POLÉMICA

En efecto. Lo que sostiene Krupp, y con él una escueta lista de escépticos entre los que se cuenta el finado Carl Sagan, es que los dogones debieron de absorber sus conocimientos astronómicos de visitantes europeos que cruzaron sus territorios entre 1925 y 1935. Eso explicaría por qué los antepasados de Ogotemmelí accedieron a detalles sobre las lunas de Júpiter o los anillos de Saturno sin disponer de telescopios, y por qué apenas aportaron datos sobre los planetas situados más allá de éste. «Toda la cuestión dogona —dirá uno de estos críticos— podría ser una sim-

7 . Ibid., p. 467.

8. Doctor E. C. Krupp, op. cit., p. 269.

ple teorización, ya que los datos originales de Griaule, sobre los que se construye toda su argumentación, son muy cuestionables. Su metodología junto a su intento de redimir el pensamiento africano, sus entrevistas con un solo informante a través de un intérprete, y la ausencia de textos en el lenguaje dogon han sido criticados durante años.»⁹

Esta hipótesis, no obstante, fue rápidamente contestada, ya que no todo se basa en una tradición oral procedente de una fuente única, sino también en utensilios de al menos cuatro siglos de antigüedad que ya representan la triplicidad de la estrella Sirio.

De hecho, probablemente nadie hubiera prestado la más mínima atención a los densos estudios de Griaule de no haber sido por la publicación, a mediados de los años setenta, del libro de un estudioso y miembro de la Royal Astronomical Society de Londres llamado Robert Temple. Titulado *El misterio de Sirio*,¹⁰ su obra lanzó a la popularidad la idea de que podrían hallarse conocimientos muy avanzados encriptados en los mitos de sociedades primitivas, lo que demostraría la existencia de una Edad de Oro de alcance planetario hoy perdida.

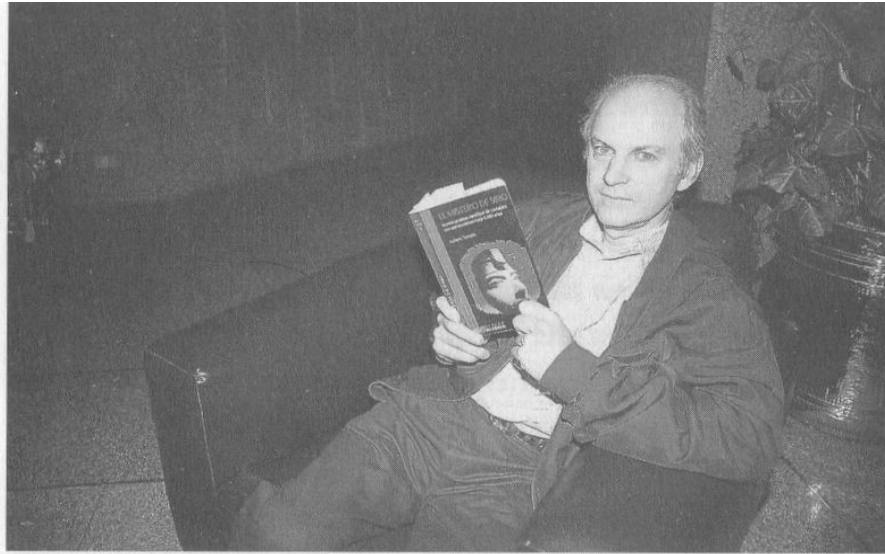
Sin embargo, Temple, con quien me reuní en Egipto a principios del año 2000, llevó esa idea más lejos y terminó afirmando que «sólo veo dos fuentes posibles para resolver este misterio: o vino de una cultura desarrollada de origen terrestre cuyas huellas han desaparecido, cosa que encuentro difícil de creer, o la información llegó de una fuente extraterrestre».¹¹

La sola mención de la palabra «extraterrestre» le cerró de golpe las puertas del mundo académico, algunos de cuyos representantes se empeñaron en enterrar este misterio a toda costa. Pero no lo lograron. Muchos de los críticos no leyeron jamás los trabajos originales de Griaule —que en ningún momento interpretó o especuló con la información que obtuvo—, y se dejaron llevar por las ideas de Temple, quien vinculaba a los Nommos con el dios Oannes babilónico, una criatura

9. Bernard R. Ortiz, «The Dogon People Revisited», *Sheptical Enquirer*, noviembre-diciembre de 1996.

10. La edición actualizada de este ensayo fue publicada en 1998 por la editorial Timun Mas de Barcelona.

11. Javier Sierra, «Robert Temple, el señor de Sirio», *Más Allá*, n.º 135, mayo de 2000.



Gracias a Robert Temple —con quien me reuní en El Cairo en marzo del año 2000— los descubrimientos del antropólogo Marcel Griaule sobre los conocimientos astronómicos de los dogones llegaron a conocimiento de la opinión pública. Temple arriesgó lo que Griaule no se atrevió a decir: que esos conocimientos les fueron entregados a los dogones por unos visitantes de fuera de la Tierra.

anfibia que llevó la civilización a los sumerios, y a éste con una raza de extraterrestres llegados de un mundo acuático.

Sólo en una cosa estuvo realmente acertado Temple: en sugerir que el mito de Sirio estaba en realidad vinculado a otras muchas culturas de la antigüedad, y que éstas también conocían de alguna forma el secreto de su triple naturaleza. Aunque Temple sugiere que la inyección de ese conocimiento se produjo hará unos cinco mil años, otros estudiosos —no demasiado acordes con sus tesis— han encontrado trazas de ese «saber siriano» en latitudes muy alejadas de Malí. Por ejemplo, el término iranio para describir la estrella Sirio es Tistrya, inspirado en el vocablo sáns-

crita Tristri, que no tiene otra acepción más que la de «tres estrellas».¹² ¿De dónde obtuvieron los antiguos pobladores de Asia semejante idea?

Para colmo de coincidencias, en muchas de las representaciones egipcias de la estrella Sirio, a quien identificaban con la diosa Isis, se representa a esta divinidad sobre su barca estelar acompañada de sus hermanas menores Anukis y Satis. Eso por no hablar del descubrimiento efectuado por el astrónomo británico sir J. Norman Lockyer que ya confirmó hace años la orientación de muchos templos egipcios hacia Sirio, y el hecho de que su calendario sagrado —en oposición al popular, de carácter solar— se basaba en la observación del periódico nacimiento de ésta sobre el horizonte egipcio y servía para marcar la llegada de la crecida del Nilo.

Todo esto sólo puede significar una cosa: que, en efecto, existió una fuente común para un conocimiento astronómico complejo cuyas huellas pude seguir en diversos rincones del mundo. Una sabiduría fruto de siglos de observaciones precisas del firmamento que nuestros antepasados parecieron heredar de dioses anfibios, «compañeros» de divinidades solares o mediante revelaciones de origen aún más oscuro.

Llegué incluso a pensar que sólo Nommo Q podría despejar tanto misterio, tanta coincidencia aparente, y en cierta manera la búsqueda de su poderoso legado se convirtió en mi obsesión durante algún tiempo.

El lector pronto comprenderá por qué.

12. Vladimir V. Rubtsov, «Beyond the Sirius Lore», *Ancient Skies*, vol. 12, n.º 4, septiembre-octubre de 1985.

PRIMERA PARTE

Astrónomos milenarios

Así como es arriba es
abajo.

Adagio
hermético

¿Ignoras acaso que Egipto es la copia del cielo o, mejor dicho, el lugar donde se transfieren y se proyectan aquí abajo todas las operaciones que gobiernan y ponen en marcha las fuerzas celestes? Además, si hay que decir toda la verdad, nuestra tierra es el templo del mundo entero.

HERMES TRISMEGISTO

a su discípulo Asclepio¹

1. Citado por Christian Jacq, *El misterio de las catedrales*, Planeta, Barcelona, 1999, p. 36.

Egipto: El saber más antiguo del mundo

MESETA DE GIZA. MARZO DE 2000

Malí y los dogones, no sé aún si por suerte o por desgracia, quedaban muy lejos de aquí.

Las últimas sombras del invierno oscurecían la febril ciudad de El Cairo que, como si de un monstruo perezoso se tratara, se resistía a despertar a tan tempranas horas. No me importó. Aunque apenas pasaban unos minutos de las cinco de la mañana, la tensión agarrotaba ya todos mis músculos. Y hacía frío. Bastante frío para un lugar como aquél.

Camuflado en medio de un grupo de treinta personas, a bordo de un confortable autobús Mercedes con el aire acondicionado bombeando calor, sorteamos la vigilancia del lado norte de la Gran Pirámide y enfilamos la lengua de asfalto que nos conduciría hasta el borde exterior del foso donde yace desde tiempo inmemorial la más fabulosa escultura hecha por mano humana: la Esfinge de Giza.

El silencio lo envolvía todo.

De setenta y tres metros de largo por veinte de alto, la Esfinge es en realidad una roca natural a la que un día se le dio forma de león y que los elementos se encargaron después de desgastar sin piedad. Clavada frente a la segunda pirámide del conjunto y orientada con una precisión pasmosa



Allí estaba. Puntual como un reloj suizo, justo al inicio del equinoccio de primavera, el 20 de marzo, cuando el Sol sale precisamente delante de los ojos de la Esfinge. Sin duda ésta fue construida para marcar ese momento especial del año.

hacia el este, esta roca confiere al paisaje una atmósfera casi sobrenatural.

La bestia de caliza no se inmutó al vernos llegar. Los árabes la llamaban *Abu-Hol*, un nombre que muchos tradujeron como «padre del terror» y que a mí me resultaba poco menos que ininteligible. ¿Terror a qué? Inspiraba respeto, cierto, pero ¿terror? Los antiguos egipcios, mucho menos dramáticos que los árabes que les siguieron a partir del siglo X de nuestra era, la conocieron en cambio como *Hor-em-Akhet*, «Horus en el horizonte».

Y es curioso: a la luz de lo que aquel grupo de «infiltrados» se disponía a hacer, ésa debía de ser una de las pocas definiciones acertadas para el coloso. Los treinta visitantes nocturnos de la Esfinge habían cruzado el Atlántico sólo para vigilar la salida del Sol de aquel preciso día, situados justo entre las patas del león de piedra. Tal vez como

hace al menos cuarenta siglos los sacerdotes-astrónomos del faraón hicieron en una jornada como ésta.

Y es que aquél no iba a ser un amanecer más.

Su autobús había sido fletado precisamente para que el grupo contemplara el primer equinoccio del año 2000 desde una atalaya tan especial. La excitación era evidente. Casi todos, seducidos por las recientes hipótesis que atribuyen a los monumentos de la meseta de Giza conexiones con determinados cuerpos celestes, habían elegido una agencia de viajes especializada en «excursiones místicas»² para sentir la energía de la Esfinge aquel 20 de marzo.

Callé prudentemente. A fin de cuentas, había conseguido sumarme a aquella expedición que contaba con todos los parabienes de los responsables arqueológicos del área de las pirámides, y no era cuestión de alterar un programa que me brindaba oportunidad de hacer ciertas comprobaciones arqueoastronómicas *in situ*. No olvidaba que gracias a aquel grupo había logrado sortear el celo de unas autoridades que prefieren ni oír hablar de las funciones astronómicas de sus monumentos. A ellos, todo lo que se refiera a conocimientos avanzados procedentes de fuentes de sabiduría ancestrales y desconocidas les hace desconfiar. La Atlántida, los extraterrestres o las «hermandades secretas» de constructores minusvaloran, según su manera de ver las cosas, unas obras que edificaron con esfuerzo y tesón sus antepasados.

Pero el misterio es el misterio. La Esfinge y las pirámides no sólo resultan un enigma de tremendas implicaciones por sus anomalías físicas — bloques de hasta doscientas toneladas (casi el peso de trescientos coches) pueden hallarse en la meseta de Giza—,³ sino por cuestiones más formales, como la ausencia de inscripciones de la época de su construcción que ayuden a entender quien las levantó y por qué. Sin esas inscripciones, sin el cuerpo de un sólo faraón descubierto en el interior

2. Power Places Tours, una agencia norteamericana responsable de las últimas peregrinaciones de masones, rosacruces y otros «iniciados» al Egipto moderno.

3. Para más información puede consultarse el libro de John Anthony West, *La serpiente celeste*, Grijalbo, Barcelona, 2001.



de una pirámide,⁴ y rodeados de los monumentos más grandes jamás diseñados por el hombre, el misterio sigue vigente desde hace siglos.

Preparé el trípode y la cámara fotográfica, y con cuidado cargué una película especial en el tambor de la Canon, disponiéndome a inmortalizar todo lo que pudiera ocurrir.

Lo primero que comprobé fue la ubicación estratégica de la policía arqueológica. Debía estar atento. No sólo había entrado camuflado en el recinto de la Esfinge en plena madrugada, durante la primera noche del equinoccio de primavera del nuevo milenio, sino que además lo hacía acompañado de la «bestia negra» que llevaba seis años poniendo en jaque a las celosas autoridades egipcias con sus teorías: Robert Bauval.

4. En Egipto los misterios se apilan unos sobre otros. En efecto, de las aproximadamente cien pirámides censadas en todo Egipto, en ninguna se ha encontrado jamás el cuerpo de un faraón. La única ocasión que se estuvo cerca de un hallazgo similar fue a mediados de los años cincuenta, cuando el egiptólogo egipcio Zacarías Goneim descubrió los restos de la pirámide del faraón Sekhemkhet en las arenas de Sakkara. Este faraón no llegó a finalizar su obra, pero la cámara sepulcral se descubrió cerrada y sellada. Intacta. Goneim, entusiasmado, organizó una «apertura oficial» del recinto con cámaras de televisión y prensa de todo el mundo, y cuando procedió a abrir la tapa, ante la expectación de los presentes, el sarcófago apareció ¡vacío! Tan vacío como los del resto de las pirámides. La duda, pues, es más que obvia: ¿sirvieron las pirámides como tumbas tal y como nos han hecho creer los historiadores?

LA TEORIA DE ORIÓN

Este ingeniero nacido en Alejandría, de familia belga y maltesa, había saltado a la escena pública en 1994 gracias a un ensayo en el que trataba de explicar la peculiar disposición de las tres pirámides de Giza y responder a la pregunta de por qué la menor de ellas —la atribuida al faraón Micerinos, de la IV dinastía— se construyó desviada de la diagonal que unía las otras dos. En su estudio *El misterio de Orión*,⁵ Bauval argumentaba que la clave para descifrar ese enigma residía en el firmamento. Según él, los antiguos constructores de pirámides levantaron el monumento de Micerinos desviado del eje imaginario sobre el que se asientan Keops y Kefrén porque así imitaban la disposición de las tres estrellas del llamado «cinturón de Orión».

La idea tuvo pronto otras confirmaciones. Y una de ellas tenía miles de años de antigüedad: los llamados *Textos de las pirámides*. Se trata de un conjunto de escritos hallados en «tumbas» de la V dinastía (2465-2323 a.C.), en Sakkara, en el que se contiene la literatura religiosa más antigua que se conoce. Estas inscripciones comenzaron a esculpirse unos setenta años después de darse por terminada —al menos según la arqueología ortodoxa— la última de las grandes pirámides de Giza. Su proximidad cronológica, por tanto, puede revelarnos mucho acerca de la función exacta de estas montañas de piedra, y despejar la duda de si éstas cumplieron alguna vez una función astronómica.

Estos *Textos de las pirámides* comenzaron a ser estudiados en 1881 por el egiptólogo francés Gaston Maspero, y aunque constituyen una de las fuentes documentales más impresionantes del mundo antiguo, son aún relativamente poco conocidos fuera de los círculos especializados.

Lo sorprendente, en cualquier caso, no es su edad, sino lo que narran. «Estos documentos —escribió Bauval— dicen en términos absoluta-

5. Robert Bauval y Adrian Gilbert, *El misterio de Orión*, Emecé, Barcelona, 1995.

mente inequívocos que el difunto rey Osiris se convertía en una estrella en la constelación de Osiris-Orión.»⁶

Para Bauval aquel hallazgo fue un triunfo. Demostraba sin género de dudas que la imitación del «cinturón de Orión» no fue una decisión caprichosa de los antiguos constructores de pirámides. Todo lo contrario. Más bien se trataba de la consecuencia última de alguna clase de teología estelar hoy completamente olvidada. O casi.

Con la edición en inglés de los *Textos de las pirámides* elaborada por R. O. Faulkner⁷ sobre su mesa de trabajo, Bauval transcribió algunos pasajes inequívocos que confirmaban parcialmente su teoría:

Oh rey, eres esta Gran Estrella, la Compañera de Orión, que atraviesa el cielo con Orión, que Navega el Otro Mundo (Duat) con Osiris; asciendes por el este del cielo, te renuevas en tu debida estación y rejuveneces a tu debido tiempo. El cielo te ha parido con Orión... (TP 882-883).

Y estas mismas inscripciones añadían más adelante:

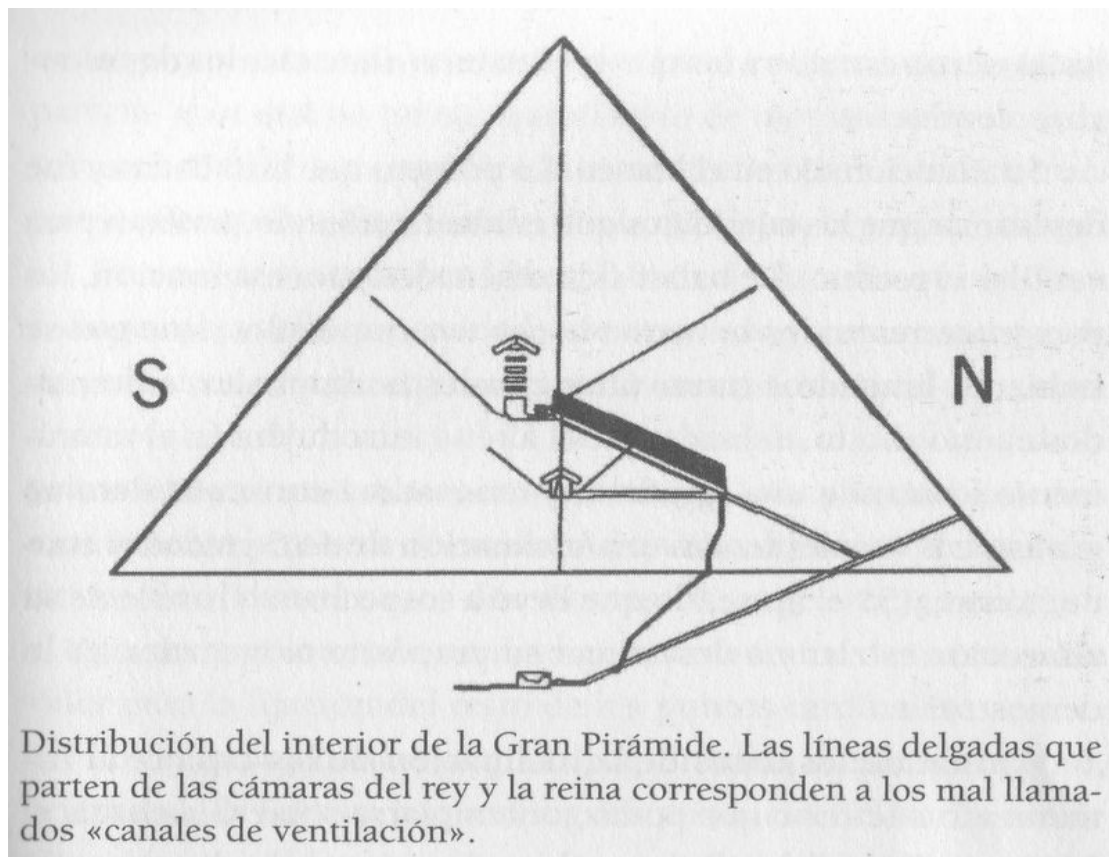
El rey es una estrella... (TP 1583).

El rey, una estrella brillante y que viaja lejos [...] el rey aparece como una estrella... (TP 262).

No hay duda, pues. Los egipcios identificaban al rey muerto con su dios Osiris, y a éste con la constelación de Orión, y creían que el faraón, tras su óbito, emprendía un viaje lleno de dificultades hacia el más allá, en donde se convertiría en inmortal pasando a engrosar el número de astros del firmamento. Pero ¿y las pirámides? ¿Qué papel cumplieron en este empeño? ¿Sirvieron acaso como «máquinas» para guiar las almas de los reyes hacia su reposo eterno en los cielos? ¿No sería ésa una aplicación

6. Robert Bauval y Adrian Gilbert, *El misterio de Orión*, Emecé, Barcelona, 1995.p. 136.

7. R. O. Faulkner, *The ancient egyptian Pyramid Texts*, Oxford University Press, Oxford, 1969.



más lógica que la de meras tumbas?

Algo así cree Robert Bauval que, además, pronto sumó a su teoría los hallazgos realizados en 1964 por el egiptólogo Alexander Badawy y la astrónoma Virginia Trimble. Los descubrimientos de esta pareja en las pirámides se ajustaban como un guante a las nuevas ideas de Bauval.

Ambos estudiaron con especial detenimiento los dos conductos, de unos 20 x 20 centímetros de lado, que partían de la Cámara del rey de la Gran Pirámide y que atraviesan toda la mampostería del edificio hasta salir al exterior. Tradicionalmente considerados como «canales de ventilación» — pese a lo ridículo que resulta sostener esa idea en relación a una tumba —, Badawy y Trimble quisieron comprobar si aquellas galerías tenían otra función. Tal vez la tarea simbólica de guiar el alma del faraón hacia ciertas

estrellas a las que podían estar alineados los dos estrechos conductos.

Su intuición dio en el blanco. Lo primero que hizo Badawy fue desestimar que los conductos que estaba estudiando sirvieran para ventilar el recinto. De haber sido diseñados para esa función, los constructores no los hubieran hecho tan empinados, sino que se hubieran limitado a trazar unos canales horizontales, enfrentados el uno al otro, dejando que el aire se introdujera en el monumento formando una agradable y renovadora corriente. Pero no era así. Los canales tenían una inclinación de 44,5 grados el conducto sur, y 31 el norte,⁸ lo que llevó a sospechar a Trimble de su alineación estelar y a desestimar su propósito oxigenador. ¡Y lo demostró!

Ajustando los datos de la inclinación de los canales al firmamento nocturno que podía contemplarse sobre Giza hacia el 2600 a. C., Trimble verificó que el canal sur apuntaba directamente hacia la región del cielo en la que se encontraba el cinturón de Orión. Ninguna otra estrella de gran magnitud podía verse desde esa posición. ¿Casualidad? Ni Badawy, ni ella, ni por supuesto Bauval cuando comprobó sus datos con mediciones más precisas e instrumental mucho más moderno, creían a esas alturas ya en ellas.⁹

ALGUNAS CONSECUENCIAS NO PREVISTAS

Todos estos descubrimientos condujeron a Robert Bauval a desarrollar la hipótesis de que detrás de la construcción de las pirámides se escondía un magnífico plan astronómico. Un plan exacto, pulcro, cuyo descubrimiento precedió a otros de similar naturaleza.

Hasta cierto punto era previsible. Si la teoría de la correlación de las pirá-

8. En realidad, Badawy tomó estos datos de las mediciones realizadas por Flinders Petrie mucho antes. «Los canales de aire que parten de la Cámara del rey -escribió- fueron medidos en el exterior de la pirámide; el norte varía de 30 grados 43 minutos a 32 grados 4 minutos en los treinta pies exteriores; el sur varía de 44 grados 26 minutos a 45 grados 30 minutos en los setenta pies exteriores.» Citado en *The Pyramids and Temples of Gizeh, Histories and Mysteries of Man*, Londres, 1990, p. 29.

9. Los egipcios parecían disponer de unos conocimientos astronómicos fuera de lo común. Bauval, empeñado en demostrármelo, jugó con un argumento impecable. Según él, los egipcios construyeron la Gran Pirámide dotándola de una altura original de 146,729 metros. Esta medida, hoy reducida a apenas 137 metros, fue obtenida a finales del siglo XIX por el prestigioso egiptólogo Flinders Petrie. Pues bien, esa medida es a escala 1:43.200 la del propio planeta Tierra. Me explico: si multiplicamos 146,729 por 43.200 obtenemos la cifra de 6.338.692 que son -quince kilómetros por abajo- los kilómetros del radio polar de nuestro planeta. Hay otras medidas similares deducibles de la Gran Pirámide que abundan en la idea de que el monumento es un modelo matemático de las dimensiones terrestres, a sabiendas de su esfericidad y volumen. ¿Otra casualidad?

mides con el cinturón de Orión era tan correcta como parecía, ¿por qué no pensar que el resto de monumentos de Giza tuvieron también un significado astronómico para sus constructores? ¿Por qué no iba a tenerlo, sin ir más lejos, la propia Esfinge?

En uno de sus últimos libros,¹⁰ Bauval afirmaba que la Gran Esfinge había sido construida, entre otras cosas, como una especie de gran marcador de equinoccios. Durante dos días al año (alrededor del 21 de marzo y el 21 de septiembre, al principio de la primavera y el otoño, respectivamente), el día y la noche tienen exactamente la misma duración. Además, a diferencia de los solsticios, el Sol durante esos dos momentos surge exactamente por el este, proporcionando un dato geoastronómico de inestimable valor para la fijación del resto de los puntos cardinales.

Los egipcios dieron su justa importancia a este fenómeno, orientando la Esfinge hacia el lugar equinoccial del horizonte de Giza. *Hor-em-Akhet* era, pues, el guardián del horizonte.

—Señalarlo con un monumento así de inequívoco —me explicó Bauval frente a la Esfinge, en aquel amanecer del equinoccio de 2000—, debió de hacerse con la intención de indicar a las generaciones posteriores un punto de referencia fundamental. Una señal para los iniciados en el arte astronómico de que toda Giza era un «reflejo del cielo», y que actuaba de ancla entre el mundo de arriba y el de abajo.

No le respondí.

EL ESPEJO CELESTIAL

Aquella idea no era del todo nueva. A finales de 1998, menos de dos años antes del viaje de Bauval y mío a Egipto, las principales librerías norteamericanas recibían un nuevo «huésped». Se trataba del último trabajo del escritor e investigador de enigmas históricos Graham Hancock.

10. Robert Bauval y Graham Hancock, *Guardián del Génesis*, Planeta/Seix Barral, Barcelona, 1997.

Conocido por sus excelentes ensayos previos sobre el Arca de la Alianza¹¹ y la existencia de una avanzada civilización que vivió antes de la última era glacial en la Antártida,¹² su nueva obra, *El espejo del paraíso*,¹³ era el resultado de varios viajes realizados por él y su esposa Santha en busca de pruebas que demostrasen que en la noche de los tiempos ya existieron pueblos con avanzados conocimientos astronómicos. Culturas que no se limitaron a marcar «lugares equinocciales» sino que incluso conocían fenómenos tan sutiles —a la vez que importantes— como la precesión.

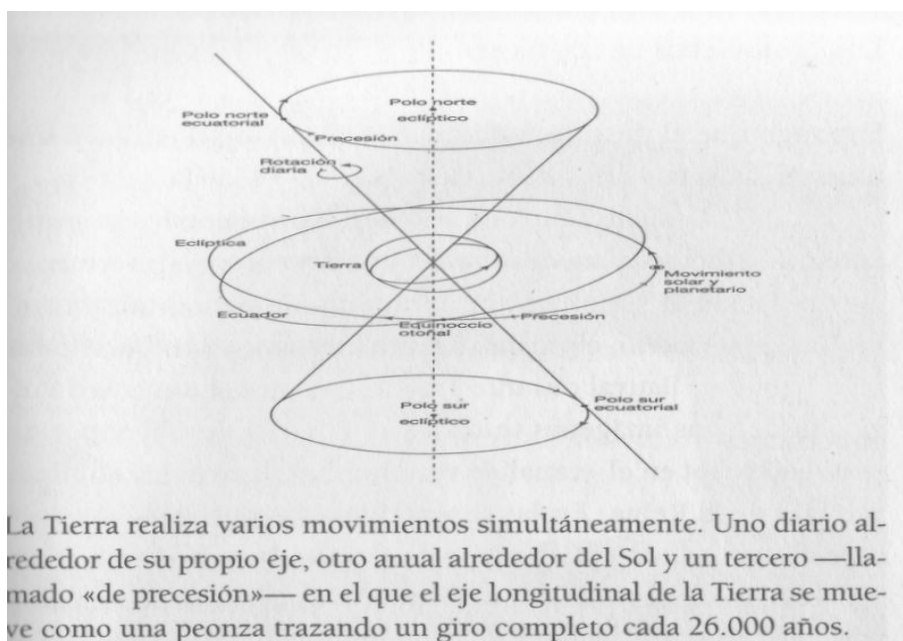
Ésta, a grandes rasgos, demuestra que las estrellas no están siempre fijas en el firmamento, sino que se desplazan siguiendo un ritmo muy particular y difícil de calcular. La existencia de ese movimiento se deduce, no obstante, de la minuciosa observación de los movimientos de las estrellas en la bóveda celeste a través de los siglos. Se trata de un desplazamiento casi imperceptible —apenas un grado en el firmamento cada setenta y dos años— que surge como consecuencia del viaje de la Tierra a través del espacio.

La Tierra, además de sus conocidos movimientos de rotación —sobre sí misma— y de traslación —alrededor del Sol— posee otro más, que hace que el eje del planeta oscile como una peonza, trazando un círculo imaginario en los cielos que completa cada 26.000 años aproximadamente. Y alguien, en el pasado, sin satélites ni ordenadores, sin planisferios ni calculadoras, se dio cuenta de ello.

11. Graham Hancock, *Símbolo y señal: en busca del Arca perdida de la Alianza*, Planeta, Barcelona, 1993.

12. Graham Hancock, *Las huellas de los dioses*, Ediciones B, Bar

13. Graham Hancock, *El espejo del paraíso*, Grijalbo, Barcelona, 2001.



La idea, sin embargo, tampoco era de Hancock. Antes que él, científicos como la doctora Hertha von Dechend, de la Universidad de Frankfurt, y Giorgio de Santillana, del Instituto Tecnológico de Massachusetts, defendieron en un ensayo publicado en 1969¹⁴ que en los mitos de pueblos de todo el mundo existen suficientes indicios para sostener la existencia de un saber astronómico al que sólo accedían ciertas castas de iniciados. Un saber al que estos profesores le atribuyen al menos ocho mil años de antigüedad y que comprendía la anotación y comprensión del fenómeno de la precesión.

Es más: ambos terminan reconociendo que antes del inicio de las civilizaciones sumeria o egipcia debió de existir una «casi increíble civilización ancestral» que culturizó Egipto, Sumer, India, Grecia y México, dejando huellas profundas en sus sistemas de creencias. Quizá ello explique por qué todos estos pueblos construyeron pirámides o terrazas escalonadas orientadas a determinados «accidentes» astronómicos, por qué veneraban serpientes como criaturas dadoras de conocimiento o por qué sus respectivos cultos perseguían la consecución de la inmortalidad del ser humano.

14. Hertha von Dechend y Giorgio de Santillana. *Hamlet's Mill*. David R. Godine Publisher, Boston, 1977.

LOS COMPAÑEROS DE LOS DIOSES

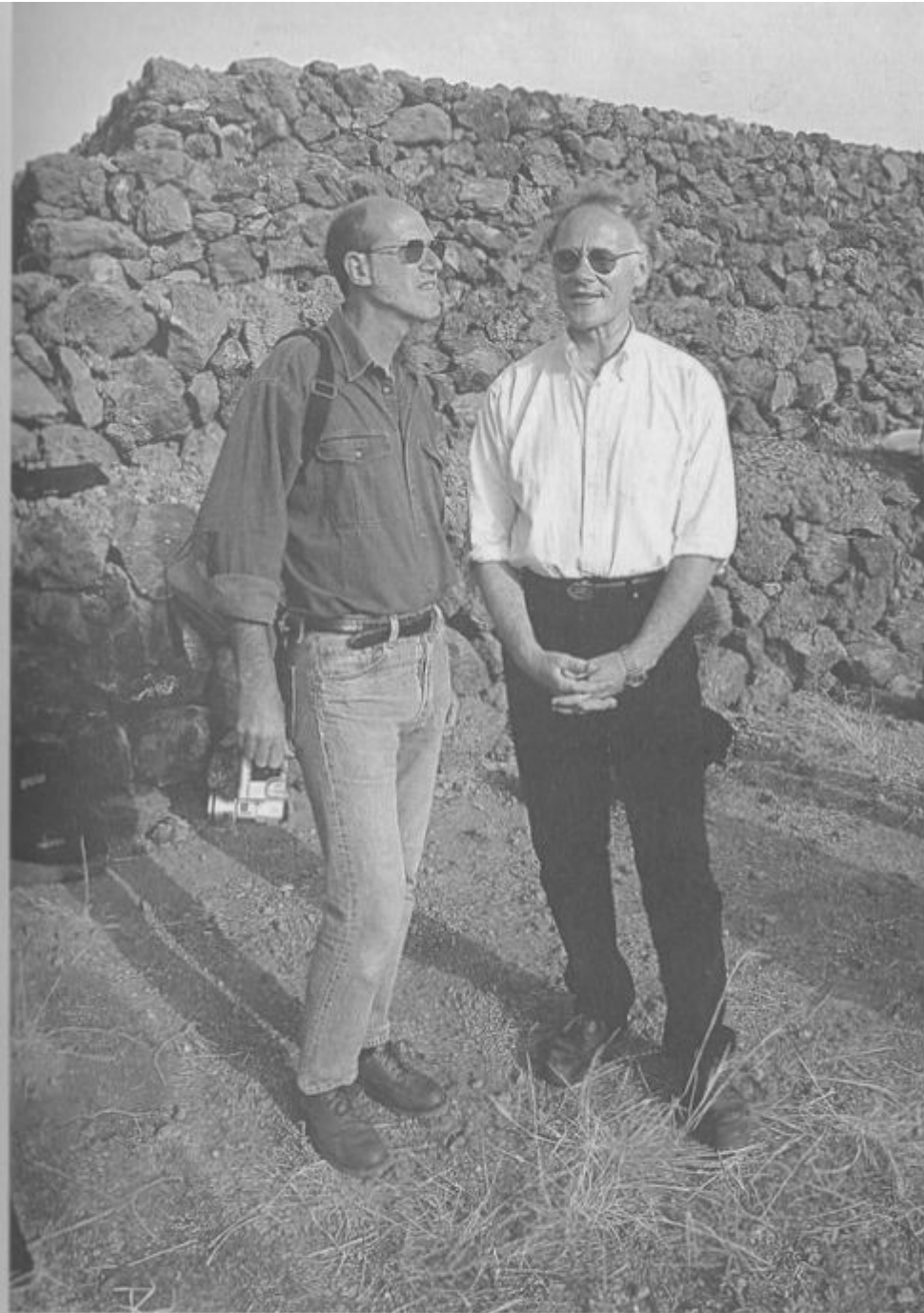
Supongo que el destino funciona así. Y supongo también que quien maneja sus hilos debió de prever algo semejante.

En 1993 Graham Hancock y Robert Bauval se encontraron y aunaron esfuerzos para desarrollar, entre otras cosas, la teoría de la correlación de Orión con las pirámides de Giza. Ambos compartían, sin saberlo, el mismo agente literario, y Hancock había oído hablar de Bauval durante el escándalo que siguió a la divulgación de unas imágenes tomadas en la Gran Pirámide por un pequeño robot en el «canal de ventilación» de la pared sur de la Cámara de la Reina. En las tomas, filmadas por un sofisticado ingenio construido por el ingeniero alemán Rudolf Gantenbrink, aparecía una especie de pequeña puerta de piedra a sesenta metros de profundidad dentro de la pirámide, que bien podría flanquear el paso a una cámara intacta en el seno del monumento.

Los responsables de aquel trabajo científico decidieron actuar con prudencia y no divulgar las imágenes, pero Gantenbrink, a través de Bauval, hizo llegar sus tomas a la opinión pública, generando un considerable escándalo internacional y reactivando, sin querer, el interés de miles de personas por los misterios del antiguo Egipto.

Ya entonces, tiempo antes de que *El misterio de Orión* y *Las huellas de los dioses* se publicaran, ambos decidieron aunar esfuerzos y elaboraron un plan de trabajo alrededor de la Esfinge que se puso en marcha en mayo de 1995.

Su asociación, sin embargo, superó todas las previsiones. Un año después no sólo habían demostrado que la situación de las estrellas Al Nitak, Al Nilam y Mintaka —las tres que conforman el cinturón de Orión— fueron la fuente de inspiración para la disposición de las tres grandes pirámides de Giza, sino que éstas se construyeron para marcar una determinada posición de la constelación de Osiris en los cielos: exactamente



Robert Bauval y Graham Hancock han revolucionado las bases de la egiptología con su propuesta de que las pirámides y la Esfinge de Giza imitan posiciones celestes del año 10500 a.C. Ellos creen que los antiguos egipcios eran consumados astrónomos.

su situación más baja sobre el horizonte egipcio, en el equinoccio de primavera de 10500 a.C.

En el cielo de esa fecha, reconstruido en sus ordenadores gracias al programa *Skyglobe*, que «mueve» las estrellas a las posiciones que ocupaban en el día y año que se introduzca en su base de datos, el cinturón de Orión tenía exactamente la misma orientación en el cielo que las pirámides de Keops, Kefrén y Micerinos. Y aún hay más. Ambos descubrieron que «al amanecer del equinoccio vernal de 10500 a.C., estando el Sol a unos 12 grados por debajo del horizonte, la Gran Esfinge miraba directamente a su contrapartida celeste, la constelación de Leo, que tuvo lo que los astrónomos llaman su orto helíaco en ese momento».¹⁵

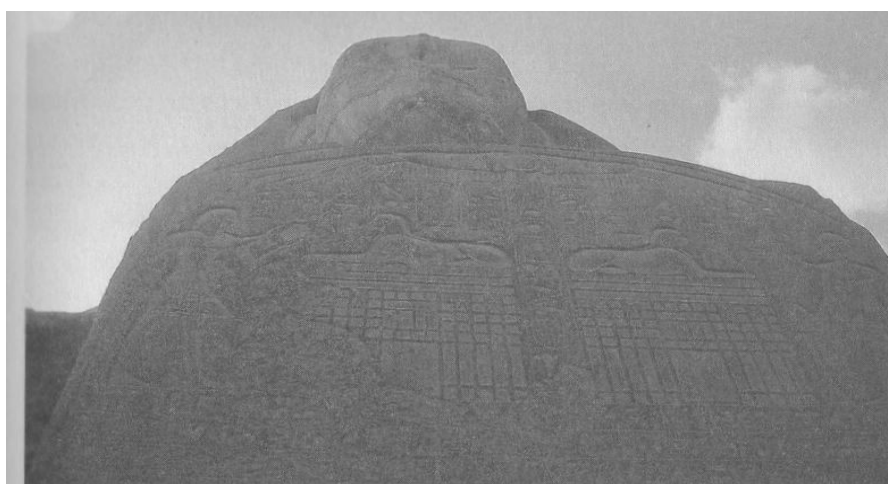
Y, por lógica, surgió su último hallazgo: que en esa fecha remota, en el horizonte del sur de Giza, exactamente por el mismo lugar donde se perdía el Nilo, emergía allí mismo el brazo blanco de la Vía Láctea, el «Nilo celestial» de los habitantes de aquella región.

¿Qué quería decir todo esto? Fácil. Que Giza era un reflejo especular de una situación estelar lejanísima en el tiempo. Era algo así como la hoja de un calendario de enormes proporciones que marcaba aquella fecha concreta.

Bauval y Hancock se quedaron perplejos. ¿Qué ocurrió en el año 10500 a.C. que mereciera la pena «recordarse» en piedra? Al principio, se desesperaron. En ese momento de la historia no existía aún la civilización egipcia según la arqueología ortodoxa. Entonces, ¿por qué los constructores de las pirámides «marcaron» esa fecha con tanta exactitud?

Buceando en la cronología de Egipto escrita por los propios habitantes del Nilo —como la redactada por el sacerdote heliopolitano Manetón, hacia el siglo III a.C., o la contenida en textos como la Piedra de Palermo y el

15. Bauval y Hancock, *op. cit.*, p. 76.



Bajo la Esfinge se levanta una estela de granito que define a la meseta de Giza como el «espléndido lugar del Tiempo Primero». ¿Corresponde ese «Tiempo Primero» al 10500 a.C.?

Papiro de Turín—, se descubre que los constructores de pirámides se referían con frecuencia a cierto «Tiempo Primero» o *Zep Tepi*, en el que la Tierra estuvo gobernada por dioses poderosos.

Esa Edad de Oro es referida incluso en la Estela del Sueño, que el faraón Tutmosis IV (1401-1391 a.C.) ordenó colocar entre las patas de la Esfinge. La estela en cuestión se refiere a la meseta de Giza como el «espléndido lugar del Tiempo Primero»,¹⁶ en clara alusión a la vinculación de esta zona con aquel instante —¿mítico?— en el que los dioses regían Egipto.

En 1996, en su libro *Guardián del Génesis*, ambos autores terminarían desglosando una antigua creencia egipcia según la cual en ese oscuro período de tiempo el Nilo estuvo gobernado por unos enigmáticos *Shemsu- Hor* o «compañeros de Horus». Al parecer, se trataba de una estirpe de seres semidivinos, que gozó de grandes conocimientos astronómicos y que legó a sacerdotes y faraones su sabiduría en forma de

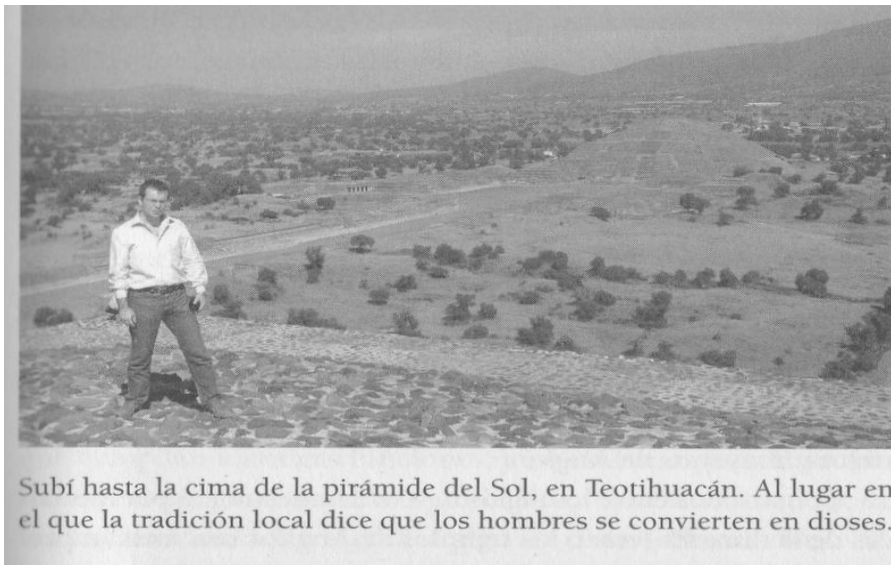
16. Bauval y Hancock, *op. cit.*, p. 151.

relatos míticos y lugares señalados. Éstos, pues, a falta de otros candidatos, debieron de ser los que orientaron las pirámides hacia la posición de Orión en 10500 a.C., los que situaron a la Esfinge mirando el punto del horizonte por donde en aquella fecha emergía la constelación de Leo (la Esfinge, no lo olvidemos, es un león con cabeza humana) y quienes se dieron cuenta de la circunstancia de que hace más de doce mil años la Vía Láctea emergía en el mismo lugar del horizonte de Giza por donde se perdía el Nilo de vista. Todo un espejo del cielo.

Hasta hoy nos han llegado referencias de aquellos *Shemsu-Hor* en las paredes de templos como Edfú o Dendera, en el Alto Nilo, donde los jeroglíficos indican que los cimientos de esos recintos descansan sobre los de otros templos ancestrales construidos por estos misteriosos personajes. Era como si allí hubieran pretendido «marcar» algo. Pero ¿qué?

La identidad de estos «sabios» antiguos es un enigma. De ellos apenas sabemos que se sintieron fascinados por la estrella Sirio —que más tarde encarnaría la diosa Isis—, y por la constelación de Orión, contrapartida estelar de Osiris. Y que templos como Edfú los orientaron no a los lugares de salida y puesta del Sol como fue común en Egipto, sino a los puntos por donde emergían las constelaciones de Orión en el sur y la Osa Mayor en el norte. Y así, templos o pirámides han comenzado a ser vistos a raíz de los trabajos de Hancock y Bauval como «máquinas astronómicas» afines a la creencia egipcia de que el alma de los difuntos debía atravesar una serie de pruebas hasta alcanzar un lugar en el firmamento, el Duat, por donde ingresar al Amenti, al más allá. Estas construcciones debieron de servir para guiar ese camino...

Pero ¿se trata sólo de una creencia egipcia? En *El espejo del paraíso*, Hancock afirma que no. A fin de cuentas, la idea de los sabios astrónomos fundadores de civilizaciones se encuentra también en México,



Subí hasta la cima de la pirámide del Sol, en Teotihuacán. Al lugar en el que la tradición local dice que los hombres se convierten en dioses.

donde sus antiguos pobladores veneraron a un rey-dios llamado Quetzalcóatl, que dio las indicaciones pertinentes para edificar el complejo piramidal de Teotihuacán, cuya función simbólica parecía ser la de «convertir a los hombres en dioses» y la de marcar el movimiento de la constelación de las Pléyades. Algunas tradiciones nahuales describen someramente ese proceso y cómo éste era controlado por unos misteriosos «seguidores de Quetzalcóatl»,¹⁷ también versados en los secretos del Universo. Tanto que la avenida de los Muertos de este complejo es, según demostró en los años veinte Stansbury Hagar del Instituto Brooklyn de Artes y Ciencias, una representación de la Vía Láctea como camino a recorrer por los difuntos hasta el más allá. Y eso por no hablar de otros enclaves como Uxmal, con templos distribuidos a imitación de Aries, Tauro o Géminis, o Uatatlán a imagen de Orión.

«Muchas, si no todas las ciudades mayas —escribió—¹⁸ fueron diseñadas para reflejar en la Tierra el supuesto diseño de los cielos... En cuatro

17. Graham Hancock, *El espejo del paraíso*, Grijalbo, Barcelona, 2001, p. 37, citando a Juan de Torquemada.

18. Stansbury Hagar, «The zodiacal temples of Uxmal», *Popular Astronomy*, vol. 79, 1921, pp. 96-97.

lugares —Uxmal, Chichén Itzá, Yaxchilán y Palenque— puede ser reconocida una secuencia zodiacal casi completa.»¹⁹

HACE DOCE MIL AÑOS

Con todo, la aportación más destacada de Hancock, su tesis de que hubo un grupo de astrónomos ancestrales que crearon observatorios a lo largo de todo el planeta cuyas edificaciones imitaban determinadas constelaciones, está vinculada a los santuarios camboyanos de Angkor.

Construidos entre los siglos IX y XII de nuestra era por monarcas de la dinastía Jemer, los templos de Angkor son unas impresionantes construcciones de piedra sembradas de motivos serpentiformes. La tradición que los acompaña habla de unos misteriosos «Nagas» o «reyes-cobra» de características semidivinas, cuyos retratos y símbolos aparecen esculpidos por doquier. Aparte de lo que los textos védicos dicen de ellos, poco se sabe de estos Nagas salvo que llegaron a Angkor para «marcar el lugar».

Curiosamente, Angkor se encuentra exactamente a 72 grados al este de Giza —un número precesional, como vimos—, y la disposición de sus 72 (!) templos parece imitar la constelación del Dragón sobre el mapa de la región. Orientados aquéllos con precisión a los cuatro puntos cardinales, Hancock quiso hacer *in situ*, en 1997, una comprobación elemental: descubrir qué posición ocupaba la constelación del Dragón en el equinoccio de primavera de 10500 a.C.

La respuesta del *Skyglobe* casi le dejó petrificado. En ese momento, las estrellas del Dragón estaban en su punto más bajo del horizonte, justo en el norte, tal y como sucedía con las pirámides de Giza y Orión. Es más, desde Angkor en esa fecha podía verse Leo en el este y

19. Es curioso: la idea de que existió alguna clase de tradición primordial que se dedicó a imitar sobre el suelo las «figuras» celestes del Zodíaco aparece en mi libro anterior *Las puertas templarias* (Martínez Roca, Barcelona, 2000). Aunque en forma novelada, en ese trabajo cito un libro medieval escrito en España hacia el siglo XII, titulado *Picatrix*. En él, el sabio árabe Abul-Kasim Maslama cita una antigua tradición que fabricaba «supertalismanes» en forma de ciudades que imitaban constelaciones. El modo en que esa idea se transmitió a los sacerdotes-astrónomos mayas y se aplicó a la edificación de sus ciudades principales es un misterio de tremendas implicaciones.

Orión en el sur, marcando los ejes del cielo. ¿Era Angkor otra página de ese «calendario geográfico» descubierto en Giza? ¿Y cómo se transmitió esa tradición a través de los siglos que separan la IV dinastía de los señores de Angkor?

Investigaciones posteriores revelaron demasiados puntos de coincidencia entre Camboya y Egipto: ambos conjuntos se edificaron a toda prisa en menos de cuatro siglos, en ambos se practicaban ceremonias similares para hacer «vivir» las estatuas de sus líderes, en ambas culturas se creía que un dios pesaba las almas de los muertos en un juicio, acompañado por otras divinidades que cumplían idénticas funciones; y por si fuera poco el propio nombre de Angkor tiene un significado propio en el lenguaje de los faraones: *ankh hor* significa algo así como «Horus vive».

Hancock sostiene, pues, que Angkor fue una especie de marcador o mojón geodésico plantado en Camboya para reflejar la constelación que en el 10500 a.C. se encontraba marcando el norte geográfico. Siguiendo su lógica, en el pasado una civilización X distribuyó mojones semejantes por todo el planeta con arreglo a números propios de la precesión como el 72 (que marca el número de años que tardan las estrellas en recorrer un grado en el cielo), el 108 (72 más su mitad, 36; esto es, 1,5 grados de desplazamiento) o el 54 (la mitad de 108). Y su propósito —o al menos uno de ellos— debió de ser el de anclar en tierra una fecha estelar concreta... por algo que Hancock no revela.

DE LA POLINESIA A LAS CATEDRALES

Y es que a 54 grados al este de Angkor se encuentra la isla de Pohnpei, en pleno océano Pacífico, y en donde —como en Egipto y Camboya— floreció una cultura que dejó grandes construcciones de piedra que hoy

configuran varios templos y casi un centenar de islas artificiales construidas con basalto y coral. Por Pohnpei, y más específicamente por su santuario de Nan Madol, pasaron antes investigadores como Andreas Faber-Kaiser²⁰ o Erich von Däniken,²¹ sin hallar apenas respuestas al enigma que plantea una cultura capaz de mover ingentes toneladas de piedra en medio del más duro aislamiento geográfico.

Como en los enclaves anteriores, en Nan Madol también se habla de dioses reyes —seres semidivinos— que edificaron el santuario, construyeron las islas y dejaron una tradición que hablaba de las pruebas a superar por los difuntos antes de ingresar en una región estelar. Olosopa y Olosipa, los dioses constructores en cuestión, también fueron excelentes astrónomos y dejaron su legado —si hemos de creer en la cronología ortodoxa— en las mismas fechas en que se edificó Angkor. Lo verdaderamente curioso es que, como en Egipto, Angkor y Nan Madol se edificaron sobre enclaves sagrados ancestrales de origen desconocido. Lugares previamente «marcados» por los dioses.

Algo parecido sucedió también con las primeras catedrales góticas europeas, edificadas en lugares sagrados paganos hacia los siglos XI y XII, en plena efervescencia arquitectónica en Camboya y Pohnpei. Uno de los primeros en darse cuenta de esa conexión estelar fue Louis Charpentier, autor del sugerente ensayo *El misterio de la catedral de Chartres*.²² Este investigador francés afirmó que las catedrales francesas de Reims, Chartres, Amiens, Bayeux, Évreux, Étampes, Laon y Notre-Dame de l'Épine reproducían sobre el suelo de Francia la constelación de Virgo. Ese «mapa» fue confeccionado, según Charpentier, siguiendo las indicaciones de un grupo de iniciados de la Orden del Temple que heredó su sabiduría de fuentes ancestrales en Jerusalén, adonde pudo llegar desde Egipto. De lo que se trataba era de crear «entradas al Reino de Dios —escribió— y eso requiere una ciencia más sofisticada que la de los cálculos

20. Andreas Faber-Kaiser, *Sobre el secreto*, Plaza y Janés, Barcelona, 1985.

21. Erich von Däniken, *Viaje a Kiribati*, Martínez Roca, Barcelona, 1981.

22. Louis Charpentier, *El misterio de la catedral de Chartres*, Plaza y Janés, Barcelona, 1976 (Col. Realismo Fantástico).

de fuerzas y resistencias».

Los cálculos de Charpentier han sido revisados por numerosos autores desde la publicación de su libro sobre Chartres. Casi todos coinciden en señalar que las catedrales citadas por él no dibujan nada parecido a Virgo, aunque otros monumentos góticos sí parecen reflejar en tierra constelaciones como la Osa Mayor,²³ también conocida como el Gran Carro. Por el momento, Hancock no ha prestado atención a estos monumentos celestes europeos.

23. Ese «efecto» es especialmente perceptible en la región francesa de la Borgoña, en donde las principales abadías del Císter -las de Autun, Chàlon-sur-Saône, Beaune, Arnay-le-Duc, Saulieu, Quarré-les-Tombes y Vézelay- trazan sobre el mapa una figura que recuerda poderosísimamente a la Osa Mayor. Las razones por las que los cistercienses pudieron aplicar este diseño a sus abadías las explico, aunque en forma de clave novelada, en mi anterior obra *Las puertas templarias*.

Francia: Dios fue astrónomo

Pero ése no ha sido, desde luego, mi caso. Mi interés por las catedrales y por los enigmas que rodearon el surgimiento del arte gótico nació hace ya algunos años a la sombra de la catedral de Chartres. Y se consolidó al descubrir una singular coincidencia.

Me explicaré.

Por alguna razón no especialmente obvia los antiguos constructores de templos góticos en Europa —en particular aquellos edificados en torno al siglo XII— parecían sentir una peculiar fascinación por los solsticios. De hecho, mientras que es en los equinoccios cuando la duración del día y la de la noche se equiparan, es únicamente durante los solsticios (en junio y en diciembre) cuando el Sol parece detener su inexorable avance sobre el horizonte, marcando su punto de nacimiento, de orto, más extremo.

En el pasado, ese «parón solar» fue tenido como algo muy importante, una señal de cambio, y la mayoría de los pueblos de la antigüedad aguardaban impacientes la llegada de tan particulares días para ajustar sus calendarios agrícolas o religiosos. Incluso hoy sabemos que en Europa o América del Sur, nuestros predecesores marcaban en las montañas vecinas el punto por donde salía el Sol esos días, construyendo allí torres o edificios que anunciaran la llegada de los solsticios.

De alguna manera, ese saber se transmitió de generación en generación, y de pueblo en pueblo. Pero en los últimos siglos su aplicación práctica no se dejó ver tan claramente como durante el esplendor del período gótico europeo.

Sin ir más lejos, en Chartres, una villa del norte de Francia con una impresionante catedral levantada en 1220, arquitectos y vidrieros se confabularon para conseguir que en cada nuevo solsticio un rayo de sol atravesara a mediodía un pequeño agujero practicado en el vitral de San Apolinar, y que éste fuera a estrellarse contra una muesca en el suelo en forma de pluma. Hoy todavía lo hace. Y en tan señalada fecha la catedral se despeja de sillas y se permite que los fieles admiren el fenómeno.

Pero no se trata de un capricho aislado. Otro de esos «milagros» de luz se produce desde esa misma época en Vézelay, sede de uno de los primeros templos propiamente góticos del siglo XII. En él, en esos dos momentos del año a los que me refería, una sucesión de «manchas de luz» filtradas por las vidrieras trazan una especie de camino sobre el suelo. Se trata de siete haces de rayos solares, muy precisos, que marcan el eje de la nave como si quisieran revelar al creyente la existencia de un sendero metafísico que señalara el camino para llegar hasta el Cielo.

¿Capricho de arquitectos? ¿Un temprano ejemplo de la búsqueda del placer estético? ¿O más bien habría que pensar que lo que ahora es espectáculo cumplió en el pasado una función trascendente? Y en ese caso, ¿para qué querrían los remotos arquitectos de Chartres y Vézelay marcar un «camino» hacia el Cielo y mostrarlo así a sus fieles?

Le di vueltas a aquellos interrogantes durante meses. Y finalmente aquellos cuidados «efectos especiales» terminaron recordándome la función última de los *Textos de las pirámides*, que enseñaban al faraón el camino a seguir hasta llegar a las estrellas... ¿Demasiada especulación? Quizá no tanta. De hecho, durante los meses que dediqué a la documentación de

mi novela *Las puertas templarias*,¹ hubo algo que me sobrecogió. Algo que descubrí en agosto de 1999, pocos días después del eclipse total de Sol que dejó a oscuras todo el norte de Francia y media Europa, y que me forzó a tomar un camino cuyo fin aún no vislumbro.

EL SENDERO EGIPCIO

Veamos. El 13 de agosto a mediodía, bajo un sol de justicia, ascendí la que llaman la Colline Éternelle de Vézelay, con el propósito de hacer algunas averiguaciones acerca del fenómeno lumínico del solsticio al que antes me referí. Aparqué el coche en la plaza de Champ de Foire, cerca de la entrada principal al recinto fortificado de la ciudad, y subí a paso lento el monte sobre el que se asienta Vézelay, rumbo a la basílica de la Madeleine.

Deliberadamente huí de la avenida comercial que atraviesa el burgo, y opté por rodear la ciudad por el Chemin de Ronde hacia la Cruz de San Bernardo y a un camino lateral que me conduciría a mi objetivo. Jamás imaginé que encontraría algo así.

La basílica de la Madeleine es un edificio gótico singular. De aspecto externo sobrio, cobija una nave central con arcos de medio punto muy altos, al estilo de los de la mezquita de Córdoba, y una colección de capiteles de inestimable valor simbólico. Sin embargo, lo más sorprendente estaba fuera, en el tímpano principal de la basílica.

Tuve que mirar dos veces antes de aceptar lo que veían mis ojos. Allá arriba, en el pórtico que viera a Bernardo de Claraval convocar la segunda cruzada, se dibujaba una escena bien conocida para mí. A la derecha de Jesús en majestad, un ángel que sostenía una balanza, pesaba el alma de los difuntos. Aquellos que no superaban la prueba y su alma inclinaba el fiel hacia abajo, eran obligados a caminar hacia un monstruo con cabeza

1. Javier Sierra, *op. cit.*



No podía ser una coincidencia. Tanto el tímpano principal de la basílica de la Madeleine en Vézelay (*arriba*), como el de la catedral de Notre-Dame de París (*centro*) representaban una escena idéntica al llamado «juicio final» del *Libro de los Muertos* egipcio. En él, el dios Anubis pesa el alma del faraón en una balanza antes de decidir su salvación eterna o su condena a ser devorado por un monstruo con cabeza de cocodrilo. Balanza y monstruo aparecen en los juicios finales de esos dos templos góticos. ¿Cómo sobrevivió ese mito a lo largo de más de treinta siglos?

de cocodrilo que daría cuenta de ellos para siempre.²

Temblé.

La escena me era conocida, en efecto, ¡porque la había estudiado en el *Libro de los Muertos egipcio* ! Se trata, como el lector habrá adivinado, de uno de los textos religiosos más antiguos del mundo, que tuvo su momento de máximo apogeo hacia el 1500 a.C., durante el Imperio Nuevo faraónico. De hecho, en uno de sus 190 capítulos —en el CXXV para ser exactos— se describía una situación idéntica a la de Vézelay, pero dibujada al menos veinticinco siglos antes. Anubis, el dios del más allá, pesa el alma del faraón difunto y le advierte de que si ésta pesa más que la pluma de Maat, la diosa de la justicia, que se encuentra en el otro platillo de la balanza, querrá decir que ha sido un rey pecador y perecerá engullido por un monstruo con cabeza de cocodrilo, cuerpo de león y patas de hipopótamo que aguarda a su derecha.

Evidentemente, aquello era más que una simple coincidencia. Era —ahora estoy seguro de ello— la prueba absoluta de que al menos entre los constructores de templos del Imperio Nuevo y los del período gótico había un mismo fondo religioso. Una tradición precristiana relacionada con el paso al más allá y, como me he propuesto demostrar en estas páginas, con la orientación de sus recintos sagrados a estrellas muy concretas del firmamento nocturno.

Pero ahí no acabó todo.

La firma «egipcia» de los constructores de catedrales se encuentra también explícita en el pórtico central de la fachada de Notre-Dame de París, donde puede admirarse otra escena de «pesado del alma». ¡Y de qué me extraño! Según Christian Jacq, más conocido hoy por ser el autor de novelas de éxito sobre el antiguo Egipto que por sus trabajos sobre astrología o esoterismo medieval, en lugares como Vézelay las pistas egipcias se multiplican, hasta el infinito. Por ejemplo, en los capiteles del

2. Este antiguo tímpano fue restaurado entre 1856 y 1857 por el equipo de restauración del célebre arquitecto francés Viollet-le-Duc. Una de las obsesiones de este equipo era la de conservar en todo lo posible la iconografía original a restaurar, aunque tampoco me atrevo a descartar cierta «egiptianización» deliberada posterior, dado que en esas fechas Egipto, tras las campañas napoleónicas, estaba «de moda» en Francia en círculos de intelectuales... y masones.

interior de la basílica, donde un monje introduce los dedos en la boca de un difunto como los sacerdotes egipcios lo hacían durante las ceremonias de «apertura de la boca» a las momias.³ Y eso por no hablar de similitudes más sutiles como las que existen entre los papiros sagrados egipcios y los textos litúrgicos medievales. Tanto unos como otros se iniciaban con tinta roja, y en los últimos esa peculiaridad terminó conociéndose como las «rúbricas», es decir, las «rojas».⁴

Créame el lector: la lista de coincidencias se haría interminable.

MÁQUINAS ESTELARES

Si las catedrales son «máquinas de resurrección» que siguieron patrones similares —si no idénticos— a los de pirámides y templos construidos siglos antes, habrá que convenir que los canteros medievales no fueron los primeros en plantearse la edificación de lugares sagrados como una vía para contactar con las esferas celestes superiores. Y es que precisamente parece ser ésa —la de ser «plataformas de lanzamiento» de las almas— la función última que se persiguió con el levantamiento de tan colosales construcciones.

Pitágoras, el célebre sabio matemático griego, descubrió durante sus veintidós años de residencia en Egipto que los antiguos pobladores del Nilo consideraban los solsticios como momentos especiales para esos «lanzamientos». Durante su transcurso se creía que podía abrirse una vía de comunicación con el reino de los muertos, que para Pitágoras y sus maestros egipcios estaba entre las estrellas. El propio sabio dictaminó que el solsticio de verano (21 de junio) abría la «puerta» para que los hombres ascendieran a ese reino, mientras que el de invierno (21 de diciembre) señalaba la «puerta» para que fueran los dioses quienes des-

3. Christian Jacq, *op. cit.*, p. 79.

4. Christian Jacq, *op. cit.*, p. 28.

cendieran. Dos umbrales, pues, en los que pasar de un mundo a otro parecía mucho más fácil.

¿Puro mito?

EL MISTERIO GÓTICO

No lo creo. El arte gótico, de hecho, nació con funciones astronómicas similares, si no idénticas, a las de los monumentos egipcios. ¿Casualidad? ¿Y lo es también que todo lo que rodea la construcción de estas primeras agujas de piedra esté tan envuelto en el misterio como las propias pirámides?

En efecto. Catedrales como la de Chartres se erigieron en Francia a partir de 1130, y en menos de cien años, sin que hoy sepamos aún de dónde salieron tantos maestros en el nuevo arte de construir arcos ojivales, se ponen en marcha no menos de ochenta obras góticas. Sólo durante el período de edificación de Chartres otras veinte seos comienzan a levantarse a un ritmo trepidante, moviendo más cantidad de metros cúbicos de piedra que durante el tiempo de construcción de las pirámides.

Francia tiene en el siglo XII unos quince millones de habitantes y, pese a los efectos demográficos y económicos de las cruzadas, no faltan dinero, recursos humanos e ingenio para acometer tantas obras. Los historiadores deben admitir la existencia de ciertas lagunas que impiden entender esta súbita fiebre catedralicia. Estudiosos modernos como el ya aludido Louis Charpentier —autor de cuatro ensayos sobre el problema que nos ocupa—⁵ se han planteado como única explicación a semejante afán constructivo el hallazgo por parte de los caballeros de la Orden del Temple de un secreto fabuloso en Tierra Santa que inyectó conocimientos y recursos a una Francia depauperada. ¿Y qué secreto pudo ser aquél?

Vayamos por partes...

5. Las obras más destacadas de Charpentier son *El misterio de Compostela* (Plaza y Janés, 1973), *El misterio de la catedral de Chartres* (Plaza y Janés, 1976) y *Los misterios templarios* (Apóstrofe, 1995).

LOUIS CHARPENTIER: ¿HOMBRE O NOMBRE?

En febrero de 1969 se publicaba por primera vez en España un curioso libro: *El misterio de la catedral de Chartres*. En él su autor, Louis Charpentier —probablemente un pseudónimo—, se preocupó por mostrar la existencia de un gigantesco «plan maestro» que explicara la repentina obsesión tardomedieval por edificar catedrales en todo el norte de Francia. Para Charpentier, detrás de aquel ímpetu creador se ocultaban los caballeros del Temple, recién llegados de Tierra Santa con el propósito firme de crear sobre su país una suerte de modelo a escala de una región del cielo conocida como Virgo.

Charpentier da todos los datos. La ubicación, la comparación de cada catedral con su correspondiente estrella, y hasta los detalles de magnitud. Pero olvida, creo que de forma deliberada, explicar algo básico: el porqué. ¿Por qué imitaban los primeros templos góticos la constelación de Virgo y no otra cualquiera? ¿Quizá para justificar así la advocación de las nuevas seos a la Virgen? Aunque ciertamente el culto a Nuestra Señora se inicia en la cristiandad alrededor de esas fechas, esa respuesta —la del evidente vínculo entre las Notre-Dame terrestres y la Virgen celestial— no terminó de satisfacerme.

Pero admito que la idea esbozada por Charpentier no podía ser más sugerente. Según este autor con apellido gremial, todas las catedrales erigidas bajo la advocación de Nuestra Señora entre los siglos XII y XIII en las regiones de Champaña, Picardía, Île-de-France y Neustria, se diseñaron para representar sobre el suelo esa precisa constelación. Y lo hicieron —es mi hipótesis— muy probablemente para continuar con una antigua tradición, milenaria, que buscaba imitar sobre el suelo lo que había en los cielos y obtener así el dominio sobre ciertas fuerzas de origen cósmico.

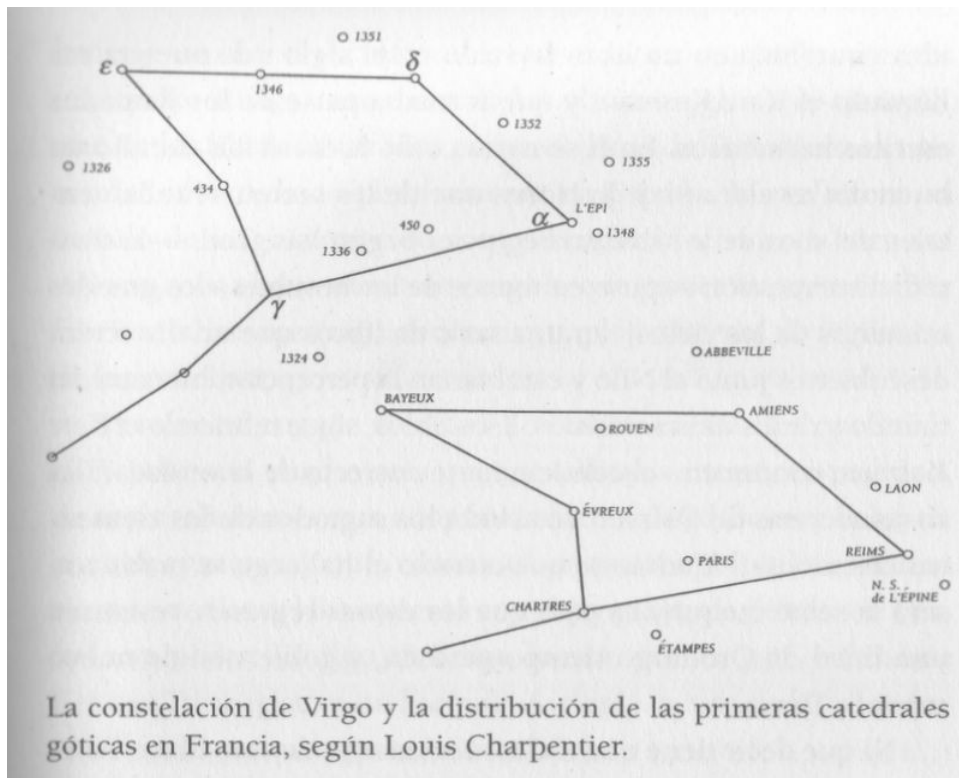
Veamos. Según Charpentier a cada catedral le correspondía una estrella de Virgo, de acuerdo con el esquema siguiente:

Chartres	Gamma virginis (Porrima)
Reims	Alfa virginis (Spica)
Bayeux	Épsilon virginis (Vendimiatrix)
Évreux	Virginis 484
Amiens	Zeta virginis

Y como hemos visto, los antiguos egipcios ya hicieron algo parecido al construir en la meseta de Giza sus tres grandes pirámides imitando el cinturón de estrellas de la constelación de Orión. ¿Otra casualidad? Orión, casi sobra recordarlo, era para ellos el lugar por donde el alma de los difuntos accedía al Amenti, al más allá, y la región estelar hacia donde navegaría el *ka* del faraón para completar su viaje al mundo de los muertos. Semejante idea llegó incluso a Oriente, en concreto al Kurdistán iraquí, donde los seguidores de cierto califa llamado Yezid (siglo XI) marcaron siete lugares privilegiados, a través de los cuales creían que podrían alcanzar los cielos con ayuda de Lucifer. Los yezidíes escondieron esos enclaves bajo siete torres que imitaban la disposición de la Osa Mayor. Y afirmarían que esas «torres del diablo» —como las llamarían en adelante— cubrirían una superficie aún mayor que la dibujada por las catedrales francesas, extendiéndose por los actuales territorios de Irak, Níger, Siberia, Siria, Sudán, Turkestán y los Urales.⁶

Los templarios debieron, pues, acceder a aquel saber y —si hemos de creer a Charpentier— levantaron sus catedrales siguiendo un diseño celeste similar, y poniendo en marcha un proyecto que superaba en complejidad arquitectónica todos sus precedentes. Atención al dato: sólo el rombo que forma la silueta de Virgo sobre Francia, y que, en efecto, se

6. Michel Lamy, *La otra historia de los templarios*, Martínez Roca, Barcelona, 1999, p. 199.



obtiene uniendo con líneas rectas la ubicación de las primeras grandes catedrales góticas, se extiende sobre una superficie de 33.600 kilómetros cuadrados, y debió de requerir de sus constructores unos conocimientos geodésicos de la máxima precisión.

Es decir, dibujaron Virgo sobre un territorio mayor que el Principado de Asturias.

EL SECRETO DE HERMES

Pero ¿qué sentido tenía emprender una obra de tales proporciones? Fui incapaz de comprender este galimatías hasta que, accidentalmente, en uno de mis numerosos viajes a El Cairo —Egipto a vez—, accedí a una vieja tradición local. Se trataba de una idea contenida en un libro fechado

en el siglo I de nuestra era llamado el *Kore Kosmou*, y que formaba parte de los llamados escritos herméticos. En él se narra cómo la diosa Isis decidió un buen día revelar a su hijo Horus uno de los secretos fundamentales del dios de la sabiduría egipcio. Según Isis, Toth —la divinidad en cuestión— puso en manos de los hombres «los grandes misterios de los cielos» en una serie de libros que un día serían descubiertos junto al Nilo y cambiarían la percepción humana del mundo y de los dioses mismos. Esos libros, sigue refiriendo el *Kore Kosmou*, contienen «el conocimiento correcto de la verdad... las cosas secretas de Osiris... los símbolos sagrados de los elementos cósmicos».⁷ Y advierte que cuando el hallazgo se produzca, será la señal inequívoca para que los dioses regresen, restauren una Edad de Oro largo tiempo perdida, y gobiernen de nuevo sobre la Tierra.

Ni que decir tiene que el descubrimiento de esos libros no se ha producido aún, pero bien es cierto que durante el dominio árabe de Egipto, y durante el Renacimiento después, corrió el rumor de que los textos de Toth —al que los griegos llamaron Hermes Trismegisto— circularon en pequeñas dosis en manos de iniciados, despertando un tremendo florecimiento de las artes y las ciencias. Es incluso probable que lo que descubrieran los templarios en el solar del antiguo templo de Salomón fuera una parte de esos libros, tal vez las célebres tablas de la ley de Moisés que él mismo pudo haber robado de Egipto antes del Éxodo, y que desencadenaron la furibunda persecución del faraón que se detalla en las Sagradas Escrituras hebreas. Charpentier, por cierto, ni niega ni confirma semejante idea.

Hipótesis aparte, si los escritos herméticos son una tibia filtración de lo que Toth nos dejó, es evidente que investigando su contenido podremos deducir a qué clase de «secretos de los cielos» se refería Isis en el *Kore Kosmou*. El análisis no es fácil, y debe hacerse estudiando la influencia que el acceso a

7. Citado por Robert Bauval, *Secret Chamber*, Century, Londres, 1999, p. 12.

aquellos escritos tuvo sobre árabes y europeos en los últimos siglos. Por ejemplo, uno de los libros inspirados en los escritos de Toth-Hermes más revelador se redactó precisamente en España. Me refiero a un tratado de magia conocido como *Picatrix*,⁸ fechado en torno al siglo XII, y en el que su autor recoge lo que parece un método para fabricar talismanes siguiendo un complejo sistema de vigilancia de las estrellas.

Pero no se engañe el lector. Los talismanes de los que habla el *Picatrix* son mucho más que medallitas; se trata, en realidad, de supertalismanes que adoptan la forma de edificios y hasta de ciudades enteras, y que, como sus «parientes portátiles», imitan ciertas estrellas del firmamento con el propósito de destilar de ellas todo su poder. Es algo así como lo que explica pacientemente Hermes Trismegisto a su discípulo Asclepio en una de las citas que encabeza la primera parte de este libro.

Simple superstición o no, lo cierto es que la base de tan peculiar tratado reside en una inequívoca magia celestial o astrológica mediante la cual pueden concentrarse las fuerzas cósmicas en lugares específicos. Su autor, cierto Abul-Kasim Maslama, propuso incluso edificar una urbe que tuviera en cuenta esas correlaciones con estrellas para elaborar así una fabulosa fuente de poder y precipitar el cumplimiento de la profecía de Toth, que anunciaba la construcción de una ciudad para los dioses hacia el sol poniente. Pero ¿fue la búsqueda de ese poder, y la preparación del retorno de los dioses, lo que motivó a los constructores de las primeras catedrales? ¿Debe entenderse que la disposición de los templos de Chartres, Amiens, Bayeux, Évreux y Reims imitando el plano de Virgo buscaba, en realidad, la construcción de uno de esos supertalismanes de los que habla el *Picatrix* ?

A la vista de lo expuesto, es una idea de lo más plausible.

¿O no?

8. La última edición del *Picatrix* en español fue publicada por la Editora Nacional, en Madrid, en 1982. Su título completo es *Picatrix. El fin del sabio y el mejor de los dos medios para avanzar*.

Bolivia: Rumbo al sol poniente

Justo era reconocerlo: en aquella investigación había algo que no encajaba. Tanto el *Picatrix* como otras fuentes herméticas¹ sugerían que la construcción de esa magnífica ciudad talismánica al poniente se consumó. Pero ¿dónde? ¿En el poniente egipcio, en la frontera con Libia? ¿Cerca, pues, del oasis de Siwa? ¿O tal vez aún más allá, dentro del abrasador desierto del Sahara? Revisé los textos, tratando de encontrar la clave, en la certeza de que cualquier pista al respecto podría llevarme a otro lugar de la Tierra con fuertes connotaciones astronómicas.

Fue entonces cuando encontré un párrafo revelador en la llamada profecía de Hermes-Toth, que me hizo recordar algo:

Esos dioses que gobernaron la Tierra serán restaurados, y se instalarán en una ciudad en el extremo más lejano de Egipto, y será fundada hacia el sol poniente y hacia la que toda la humanidad apretará el paso por tierra y mar.²

Aquel «por tierra y mar» me escamó. Cierto es que el texto delimitaba territorialmente el problema afirmando que esa ciudad se edificó en el «extremo más lejano de Egipto», pero me permití el lujo de saltarme ciertos prejuicios históricos. ¿Y si el *Kore Kosmou*, al que pertenece esta profecía, estuviera apuntando a alguna región al otro lado del Atlántico?

1. De todas las versiones de los libros herméticos disponibles en español, recomiendo al lector una en particular: *Corpus Herméticum y Asclepio*, en la edición de Brian P. Copenhagen, publicada por Siruela, Madrid, 2000.

2. Robert Bauval, *op. cit.*, p. 12.

La presunción, lo sé, era muy aventurada. Sin embargo, en 1994 encontré en torno al lago más alto del planeta, el Titicaca,³ en el corazón de los Andes, los vestigios de una civilización perdida que tenía decenas de puntos en común con los antiguos egipcios.

Los habitantes del Titicaca confeccionaban balsas de totora —un resistente junco local—, que eran virtualmente idénticas a las embarcaciones de papiro egipcias o a las usadas por otros pueblos mediterráneos, como los antiguos pobladores de Córcega.⁴ Pero había más: ambas civilizaciones gozaron de religiones solares, construyeron pirámides, utilizaron bloques monolíticos de doscientas toneladas e incluso mayores sin que el peso pareciera importarles, tenían similares preocupaciones astronómicas, organizaciones sociales equiparables... En fin, no sé si lo he dicho ya, pero hace ya tiempo que no creo en las casualidades. Y mucho menos, si éstas son de naturaleza arqueológica.

Por eso, en abril de 1999 decidí regresar a Bolivia y buscar nuevas conexiones que despejaran algunas de aquellas dudas...

TIAHUANACO

Mi investigación en Tiahuanaco comenzó, como casi siempre, poco antes de que el Sol se levantara sobre el horizonte. Era demasiado temprano para fijarse en los pequeños detalles. Así que pagué religiosamente los cuatro bolivianos que costaba el billete, y subí al autobús sin rechistar.

Pronto descubrí, cuando las primeras luces me permitieron verlo, que la categoría de autobús le quedaba grande. Aquel vehículo era, en realidad, un antiguo camión Mercedes al que alguien había decidido sustituir la caja de carga por un habitáculo de chapa multicolor y le había soldado unos cuantos bancos al suelo. Uno de los pasajeros —un hombre

3. A 3.750 metros sobre el nivel del mar, para ser exactos.

4. El primero en darse cuenta de esas similitudes y de tratar de demostrar que las técnicas de construcción de esas embarcaciones a ambos lados del Atlántico eran idénticas, fue el explorador noruego Thor Heyerdahl. Escribió un libro al respecto: *Las expediciones Ra*, Juventud, Barcelona, 1972.

forzudo, con cara de luna, cubierto por un poncho— no tardó en revelarme el secreto de tan osada reforma: «Un autobús normal, con la carga que lleva éste, no superaría las pendientes del Altiplano. Pero este motor es fuerte; el más fuerte», dijo mostrándome su dentadura mellada por la hoja de coca.

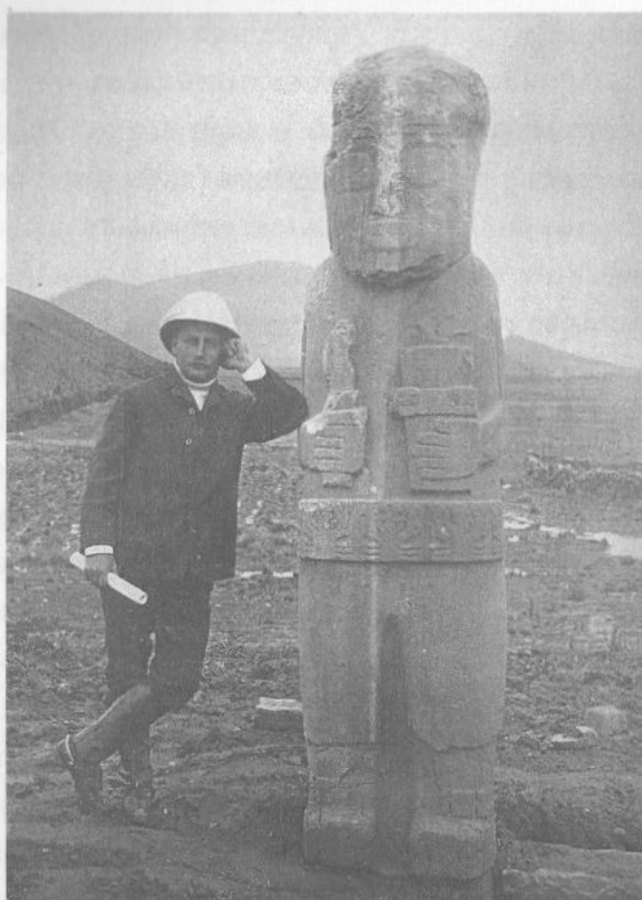
Una hora después le di la razón. Hombres, mujeres, niños, cestas de frutas y algún que otro pequeño animal nos apelotonábamos sobre el banco en el que había podido sentarme al principio del trayecto. Fue imposible manejar mi blóc de notas o moverme con la bolsa de las cámaras, así que me aferré a ellas y decidí dormir con la vista puesta en aquellas ventanillas que parecían mirar a un paisaje situado en el confín del mundo.

Tardé tres horas en recorrer los setenta kilómetros que separan La Paz de Tiahuanaco. Y cuando descendí de aquel infierno rodante, con los músculos entumecidos, dejé pasar unos segundos antes de entrar en acción. Había llegado —eso era evidente— a la vera de las ruinas más enigmáticas y extensas, a la vez que elevadas, de toda América del Sur.

Y tomé aire como si fuera un pez fuera del agua. Allí el invisible elemento escaseaba de veras.

UN GENIO LLAMADO POSNANSKY

Si hubiera podido culpar a alguien de aquel empeño por viajar a tan remota latitud, no hubiera dudado en señalar a Arthur Posnansky como único responsable. En realidad, don Arturo —como se lo conocía en los ambientes cultos de La Paz— llevaba muerto más de medio siglo, pero todos en el Altiplano, sin excepción, lo consideraban aún el padre de la arqueología boliviana. De origen germano y aspecto austero, en los años veinte fue el primer científico que se interesó por el extraño conjunto de



Arthur Posnansky, a principios de siglo, fue el primero en proponer una datación de Tiahuanaco en función de los alineamientos de sus monolitos hacia determinadas posiciones estelares.

ruinas próximas al lago Titicaca que me proponía visitar. Emplazadas a 3.825 metros sobre el nivel del mar, hasta principios del siglo XX aquel páramo sembrado de ruinas geométricas sólo había conseguido atraer a canteros y constructores del ferrocarril en busca de materia prima fácil para sus obras.

A primera vista costaba ver sus despojos. Estaban —cierto— a pocos pasos de la pequeñísima villa de Tiahuanaco, y orientadas —también cier-

to, como comprobaría poco después— con absoluta precisión a los cuatro puntos cardinales.

Posnansky tenía una visión de la arqueología muy adelantada para su época y decidió emplearse a fondo, sin titubear, en Tiahuanaco para resolver las dudas más elementales: ¿quién construyó aquellos templos? ¿Quiénes habitaron la enorme ciudad que los albergó y que hoy yacía a varios metros por debajo de nuestros pies? ¿Qué técnicas emplearon para mover los miles de metros cúbicos de piedra que los conformaban? Y, sobre todo, ¿para qué?

En la «era Posnansky» todavía no se habían desarrollado métodos de datación como el carbono 14 y, mucho menos, la termoluminiscencia, así que don Arturo apostó por estudiar las alineaciones de los monumentos en relación con las posiciones de salida y puesta del Sol para determinar de esta forma en qué época fueron levantados. Su técnica era relativamente sencilla: él sabía que el Sol nunca sale dos veces por el mismo lugar, sino que se desplaza sobre el horizonte en función de un fenómeno conocido como la «oblicuidad de la eclíptica». Esto es, la Tierra orbita en torno al Sol ligeramente inclinada con respecto al ecuador y esto provoca que, lógicamente, el ecuador celeste que vemos se encuentre también inclinado respecto al plano orbital. Ese ángulo conforma la llamada «oblicuidad de la eclíptica» y se desplaza progresivamente en ciclos de 41.000 años, oscilando entre los 22,1 y los 24,55 grados de ángulo.

Así pues, si una piedra se orienta hacia el punto de salida del Sol en un momento relativamente lejano en el tiempo, puede calcularse la diferencia espacial existente entre el lugar de aquel lejano amanecer y el nuestro, y determinar la fecha de orientación del monumento con escaso margen de error.

Posnansky aplicó ese principio con pulcritud, y determinó que el ángulo en el que se encontraba el horizonte de Tiahuanaco en el momento de su

construcción (23°8'48" exactamente) correspondía a una fecha indeterminada alrededor del 15000 a.C. ¡Ciento cincuenta siglos antes de nuestra era!

Aquella desproporcionada datación, lejos de amilanar a Posnansky, lo forzó a desarrollar una teoría según la cual una avanzada civilización pobló América mucho antes de lo que la mayoría de los expertos suponían. Éstos concedían a Tiahuanaco una antigüedad que oscilaba entre el 2000 a.C. y el 900 d. C. Es más, aquella civilización, de avanzados conocimientos astronómicos, poseedora de un calendario preciso que el arqueólogo germano creyó ver reflejado en la célebre Puerta del Sol — un bloque de andesita de 45 toneladas— y capaz de desplazar monolitos de más de 400.000 kilos —el doble de peso de los gigantescos bloques de caliza que forman parte del templo de la Esfinge de la meseta de Giza, en Egipto—, se extinguió tras un cataclismo devastador.

E inevitablemente emergió un nombre para explicar el origen cultural de Tiahuanaco: la Atlántida.

UN NOMBRE MALDITO

Ése fue su error. Las conclusiones de Posnansky fueron arrincoadas a causa de sus elucubraciones sobre ese continente académicamente maldito, e incluso fueron severamente condenadas por la segunda generación de arqueólogos bolivianos, con Carlos Ponce Sanginés al frente. Sin embargo, tras ellos ha emergido una tercera generación encabezada por Oswaldo Rivera, que ha decidido dejar abierta una puerta a tales cálculos y permitir que se revisaran de nuevo a la luz de los modernos conocimientos astronómicos.

Y por esa puerta traté de colarme.

A Rivera lo localicé a finales del tibio abril de 1999 en su despacho de La Paz, al otro lado de la calle en la que se ubica el Museo Nacional de Arqueología. Se trataba de un hombre cordial, de corta estatura, pero de una vitalidad envidiable. Nada más vernos, se brindó a aclarar cuantas preguntas tuviera que hacerle.

Por aquel entonces Rivera era el coordinador general de una agrupación cultural llamada Jenecheru, aunque no le oculté que el motivo de mi interés por su trabajo residía en el hecho de que él había sido el director del INAR (el Instituto Nacional de Arqueología del país) a principios de esa década.⁵ De hecho, desde esa posición, aquel hombre había puesto en marcha una de las mayores campañas de excavación e investigación de Tiahuanaco jamás emprendidas. Sabía que aquellas ruinas eran un tesoro de tremendas implicaciones históricas, y se empeñó en sacarlo a la luz.

Tras los primeros trabajos Rivera pronto llegó a una conclusión sorprendente: según él, a una profundidad media de entre 12 y 21 metros, existe otro Tiahuanaco. Una enorme ciudad hundida, mayor que la antigua Roma, que debió de albergar la cultura original del lugar... y para la que la etiqueta de «colonia atlante», en palabras del propio Rivera y para mi sorpresa, «es sólo una posibilidad más a tener en cuenta».⁶

Ajusté mi grabadora, y comencé a registrar sus palabras de inmediato.

—Ese lugar es tan grande, tan gigante —se explicó—, que apenas hemos excavado un 1,2 por ciento de su superficie. Es lógico que con esa escasa perspectiva no se pueda descartar ninguna hipótesis de trabajo.

¿Un 1,2 por ciento?

—Así es —insistió Rivera con una sonrisa de oreja a oreja—. Tiahuanaco tuvo una extensión urbanizada de seiscientas hectáreas, y por eso cada vez que encontramos algo nuevo nos quedamos con la boca abierta. Porque

5. Debo confesar algo: en realidad, quien me puso tras la pista de Oswaldo Rivera fue Graham Hancock. Unos meses antes de mi visita a La Paz, Hancock publicaba unas declaraciones de Rivera que eran pura «dinamita». En ellas —según contaba en su libro *El espejo del paraíso*— Rivera afirmaba que muy pronto desenterraría una cámara sepulcral intacta que él creía que se encontraba en el interior de la única pirámide del conjunto monumental de Tiahuanaco: Akapana. Se trata de una estructura orientada a los puntos cardinales, que cubre un área de 200 metros cuadrados y que originalmente tuvo siete escalones que levantaban la construcción hasta los 18 metros de alzada. Pues bien, la certeza de Rivera se basaba en algo tan simple como fascinante: el friso central de la Puerta del Sol, en el que se ve al dios Viracocha sobre una pirámide escalonada de tres niveles y que, en su interior, dibuja una cámara con una especie de serpiente (sigue en la pág. siguiente)

6. Entrevista personal, 20 de abril de 1999.



Oswaldo Rivera dirigió durante años las excavaciones en Tiahuanaco, y se mostró convencido de que allí aún queda casi un 98 por ciento que desenterrar. Se siente incapaz de descartar que una cultura remotísima se asentara allí hace varios miles de años.

todavía no nos hacemos una idea precisa de lo que fue ese lugar.

—¿Y se sabe ya cuándo comenzó la cultura allí?

—Hasta la fecha tenemos detectados cinco períodos para Tiahuanaco, y hay una evidente relación de unos con otros. Pero no sabemos todavía si, igual que sucedió en Grecia, encontraremos pronto una cultura pretiahuanaco. Sin embargo, aun los alcucos más moderados para datar esa civilización arrojan un abanico de veintisiete siglos. Los incas, sumados al período colonial español y a la República no son ni la sombra de esa historia «moderada» de Tiahuanaco.

—Sin duda, usted conoce los trabajos de Arthur Posnansky...

Tanteé el terreno con suavidad. Aunque reconocido en los ambientes académicos, los modernos arqueólogos bolivianos consideran

dentro, y provista de ocho galerías que le brindan acceso. «Tengo la seguridad de que ese friso es un plano del interior de la pirámide —me aseguró Rivera en otro momento de nuestra entrevista—. Considere que los tiahuanacotas eran campeones de la metáfora y que sus obras eran esfuerzos de síntesis tremendos al decir muchas cosas con pocos elementos. Pues bien, para referirse a la pirámide de Akapana les bastaba con representar tres de los siete escalones de la estructura, y dibujaban los corredores terminados en cabezas de cóndor para señalar las vías de acceso a la cámara interior.» Cuando pregunté a Rivera acerca de qué esperaba encontrar en esa cámara, se limitó a formular un deseo: «Espero que sea un lugar donde estén las cosas tal y como las dejaron en el momento de cerrarse». ¿Y la serpiente dibujada en su interior? ¿No es una advertencia? «La serpiente es el símbolo de la sabiduría en los Andes», me ataja.

las ideas de don Arturo como algo ya superado. Una especie de fósil intelectual sin valor práctico alguno. Rivera, en cambio, sonrió abiertamente, invitándome a continuar.

—... Según él, las orientaciones astronómicas de ciertos monumentos de Tiahuanaco nos están hablando de una civilización de miles de años de antigüedad.

Rivera no titubeó.

—Sí. Eso es cierto. Sitúan la construcción del lugar hace entre siete y nueve mil años, que es lo que se desprende de lá revisión más reciente de los estudios a los que usted hace referencia.

EL NUEVO POSNANSKY

¿Revisión más reciente? Rivera —no sé si sin querer— había rozado el propósito último de mi entrevista, así que seguí interrogándolo en esa dirección durante una hora más. Al principio se resistió. Husmeó entre sus papeles, respondió a un par de llamadas telefónicas, pero finalmente claudicó. Fue así, tras un largo rato, como me habló finalmente de Óscar Corvison, un ingeniero y astrónomo cubano afincado en La Paz desde hacía dos años, y a quien el INAR autorizó para medir de nuevo las alineaciones solares de los templos de Tiahuanaco. La idea —aunque no se reconociera abiertamente— era repasar las antiguas y denostadas mediciones de don Arturo para darle o quitarle definitivamente la razón. Yo no lo sabía, pero Corvison acababa de presentar a la prensa⁷ los resultados de su trabajo, que proponían que los tiahuanacotas poseían un calendario agrícola milenario basado en el sistema vigesimal —con meses de veinte días, como los mayas—, y confeccionado gracias a una minuciosa observación del Sol a su paso por una peculiar pared de monolitos gigantes del lugar.

—Debe usted entrevistarse con él. —Rivera, convencido de mi genuino in-

7. Los diarios *Última Hora* del 9 de abril, y el *Bolivian Times* y *La Razón* del día 11 de ese mismo mes dedicaron páginas enteras a estos descubrimientos. En ellos no sólo se hacían eco de las mediciones de Corvison, sino también de sus peculiares ideas sobre la edad del conjunto arqueológico de Tiahuanaco y de que él creía que su interés por esas ruinas nació de una anterior reencarnación que pudo haber vivido allí. Tales afirmaciones hicieron que los responsables de la Dirección Nacional de Arqueología (DINAAR) se le echaran rápidamente encima y se negaran a aceptar rotundamente sus estudios, sin siquiera leerlos.

terés en la edad de «sus» ruinas, decidió ayudarme—. Si lo desea, puedo dejarle en la puerta de su casa.

—¿Usted no me acompaña?

—No, prefiero que saque sus propias conclusiones. Corvison y yo no estamos muy de acuerdo en ciertos aspectos de sus mediciones, y en lo que cada uno de nosotros cree que implican.

—Está bien —admití—. Déjeme en la puerta.

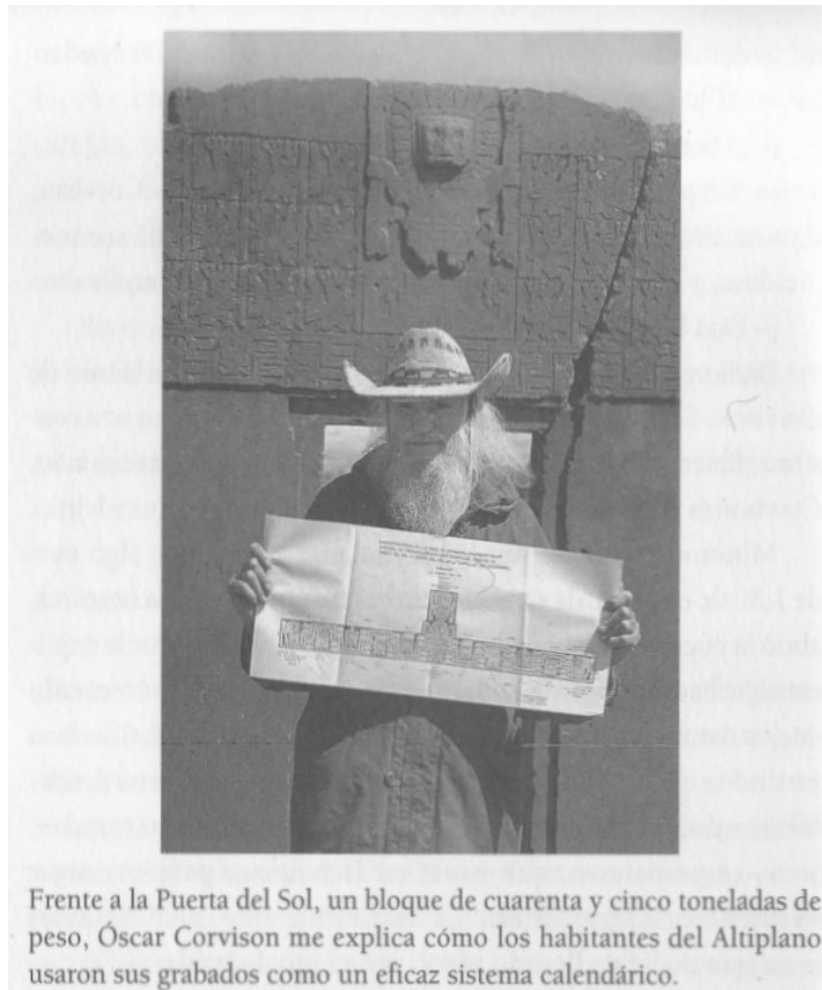
Dicho y hecho. Un taxi no tardó en llevarnos frente a la casa de Corvison. Con un amable: «Entre usted. Ya nos veremos en otra ocasión», Rivera estrechó mi mano y me deseó suerte. «Tenga cuidado, Corvison es un tipo muy inteligente pero muy polémico», me advirtió.

Minutos más tarde, un impresionante anciano de algo más de 1,80 de estatura, de pobladas barbas blancas y sonrisa beatífica, abrió la puerta de su modesto apartamento y aguardó a que le explicara qué hacía allí aquel pertinaz extranjero. Fue mentar el recuerdo de don Arturo para que su sorpresa mudara en cordialidad. Corvison no dudó a partir de ahí ni un instante en hablarme de sus descubrimientos y en ponerme al corriente de su particular «cruzada».

—La primera vez que estuve en Tiahuanaco para investigar su orientación astronómica fue hace veinte años, pero entonces sentí que no había llegado aún el momento de hablar.

Aquel «gigante» de cabellera nevada me invitó a sentarme junto a una mesa atestada de planos, croquis y cálculos matemáticos. Fue directamente al grano, casi como si tuviera su discurso preparado para una visita como aquélla.

—Entonces la comunidad científica no estaba preparada para admitir ciertas cosas —continuó—; hoy, sí. Por ejemplo, si usted se fija en el muro de monolitos que hay detrás de la Puerta del Sol, se dará cuenta de que hay diez pilastras de piedra separadas equidistantemente entre sí, menos una, donde la distancia con la siguiente es el doble de las demás. Esto, desde mi punto de vista, indica claramente que en aquel hueco falta

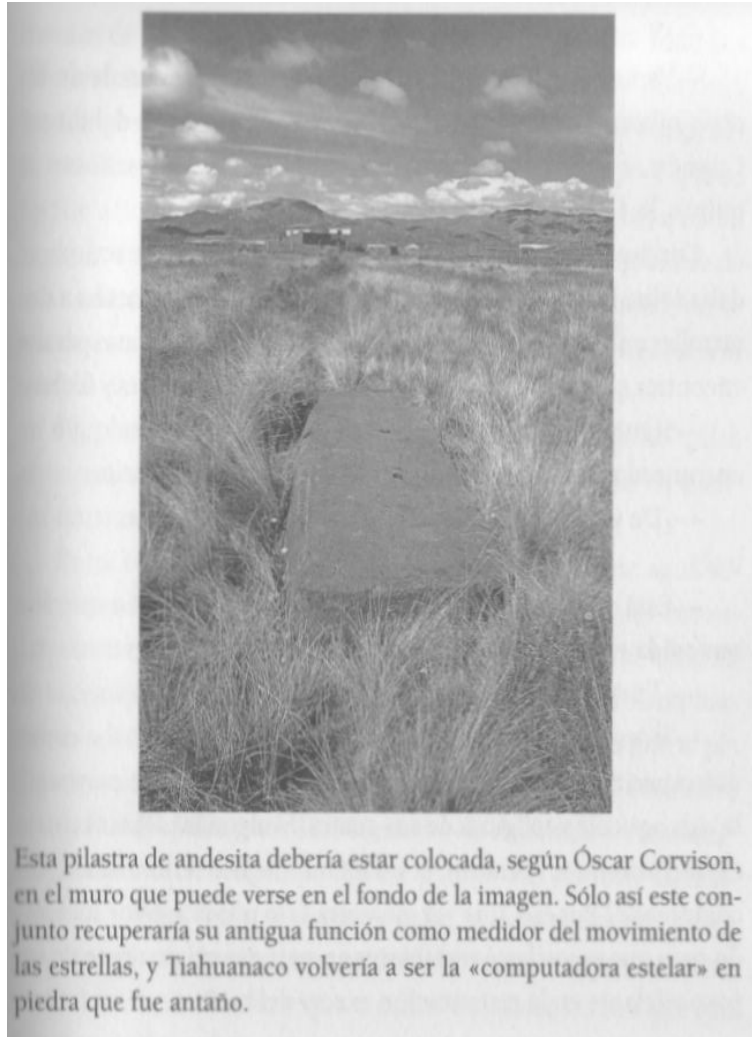


una pilastra, la séptima del conjunto, que una vez restaurada en su lugar completaría un calendario astronómico preciso.

—¿Un calendario?

Corvison empezaba a hablar demasiado rápido para mí. Su deducción me desconcertó. Temí haberme perdido en la explicación y pedí que me lo repitiera todo otra vez. El «gigante» esbozó una sonrisa paternal antes de proseguir.

—Sí, claro. Las once pilastras completas marcan veinte posiciones del Sol en diferentes momentos del año y, a la vez, señalan la aparición de ciertas



Esta pilastra de andesita debería estar colocada, según Óscar Corvison, en el muro que puede verse en el fondo de la imagen. Sólo así este conjunto recuperaría su antigua función como medidor del movimiento de las estrellas, y Tiahuanaco volvería a ser la «computadora estelar» en piedra que fue antaño.

constelaciones en el firmamento nocturno del Altiplano. Para llegar a esa conclusión, he dedicado dos años de mediciones en el lugar, y a calcular el desplazamiento del Sol respecto a los monolitos debido a la oblicuidad de la eclíptica.

—Entiendo. Y con eso ha podido datar el conjunto... supongo.

—Sí. Las piedras fueron orientadas marcando posiciones celestes del 9000 a.C., cuando menos.

—¿Y qué constelaciones marcaban?

—Varias. Por ejemplo, cuando el Sol se ponía sobre la undécima pilastra, esa noche Orión emergía por el centro del muro. Cuando se ponía sobre la décima, eran las Pléyades. Sobre la quinta, la Cruz del Sur... ¿No es extraordinario?

Corvison revolvió en el pequeño mar de papeles que se desbordaba sobre la mesa de su estudio, al tiempo que comenzaba a desarrollar una explicación metafísica —que ciertamente no esperaba encontrar allí— de todo aquel embrollo de orientaciones y fechas.

—Siguiendo las investigaciones previas de Posnansky, yo he encontrado la pilastra que le falta a ese muro calendario.

—¿De veras? —El rostro de Corvison se iluminó ante mi interés.

—Está a 229 metros de sus compañeras, y yo creo que fue removida en tiempos remotos por ciertas fuerzas negativas.

—¿Fuerzas negativas?

—Sí, eso creo. El conjunto de Tiahuanaco funcionaba como una especie de máquina de precisión para medir el tiempo y regir la vida agrícola y religiosa de sus gentes. Si algunas piezas clave de ese mecanismo se retiraban, la «máquina» dejaba de funcionar. ¿Lo comprende? Por eso, una vez encontrada la pilastra, estoy luchando para que se vuelva a restablecer en su lugar original y se dé un paso adelante en la restauración exacta del recinto.

TIAHUANACO RESUCITARÁ

Las explicaciones esotéricas de Corvison se prolongaron durante un buen rato. Tanto, que finalmente decidimos volvernos a ver a la mañana siguiente al pie mismo de las ruinas para examinar *in situ* sus planteamientos. El no es, ni de lejos el único científico del Altiplano que lee en clave mágica y ener-

gética los monumentos de Tiahuanaco, pero sí quien más lejos está llevando sus planteamientos. Y es que, desde 1997, Corvison libra una dura batalla propagandística y legal contra el INAR —hoy conocido como Dirección Nacional de Arqueología (DINAAR)—, que se pone a colocar la séptima pilastra del muro calendario en su lugar. Sus responsables aducen que, aunque la piedra procede de la misma cantera y se asemeja a las que forman esa pared, no se puede estar del todo seguro de que tal monolito pertenezca al templo del Kalasasaya, que es como se llama ese enclave.

Empezaba a comprender por qué Oswaldo Rivera no quiso acompañarme al estudio de Corvison... Pero le agradecí en silencio que nos hubiera puesto en contacto.

Entre bloques de piedra tallados, canalizaciones de agua semienterradas y desniveles del terreno que a buen seguro esconden estructuras pendientes de ser excavadas, Corvison se lamenta de la ceguera de las autoridades. Y allí mismo, procede a ampliarme su tesis: según él, por cuestión de fechas —y siguiendo al pie de la letra las alusiones de Platón a una isla y su capital, Poseidón, que se hundió hace unos 12.500 años— la Atlántida y Tiahuanaco coexistieron en el tiempo. En ese período del «primer Tiahuanaco» la ciudad tenía su propio puerto, cuestión que por cierto parecen reforzar las enormes piedras del vecino conjunto monumental de Puma Punku y que muchos estudiosos creen que son muelles de desembarco de mercancías.

EL TRABAJO ESTELAR DEL SUR

Pero, exactamente, ¿qué función cumplió Tiahuanaco en el pasado? ¿Por qué sus constructores pusieron tanto empeño en alinear unas pilastras de piedra de cuarenta toneladas de peso cada una? ¿Para marcar ciertas efemérides cósmicas? La búsqueda respuestas plausibles a estas preguntas, me obligó a sumergirme de nuevo en los trabajos del

escritor escocés Graham Hancock, y en especial en su libro *El espejo del paraíso*.⁸ En esa obra, Hancock plantea una tesis tan osada como fascinante: según él, las civilizaciones del pasado de la Tierra que más conocimientos de astronomía tuvieron construyeron sobre sus territorios impresionantes monumentos que imitaban ciertas constelaciones del firmamento. Exactamente aquellas que emergían cada noche por los puntos cardinales hacia la primavera del 10500 a.C... como si de esa forma trataran de marcar semejante fecha.

Pues bien, en el 10500 a.C., el norte geográfico «daba a luz» cada noche la constelación del Dragón. En Angkor, Camboya, unas ruinas fechadas alrededor del siglo XI d. C. pero construidas sobre templos de edad imprecisa, imitan en el suelo la constelación del Dragón y su orientación al norte. En Egipto el asunto es más complejo aún, pues en la meseta de Giza las tres grandes pirámides imitan el cinturón de la constelación de Orión, que en el 10500 a.C. emergía exactamente por el sur. Mientras tanto, la Esfinge estaba orientada hacia el este por donde surgía la constelación de Leo..., y casi no hace falta recordar que la Esfinge tiene cuerpo de león.

Pero ¿y en el oeste? En el 10500 a.C. el oeste estaba vacío de constelaciones importantes, al menos desde el hemisferio norte. Sin embargo —y he ahí la clave— se daba la curiosa circunstancia de que en el hemisferio sur era visible perfectamente la constelación de Acuario. Y claro, Hancock no pudo evitar hacer sus cábalas sobre el monumento que pudo completar el «espejo estelar» formado por las grandes civilizaciones del pasado: «Quizá sea Tiahuanaco —escribe Hancock—, pues tiene características pronunciadas acuarianas en los motivos acuáticos de las dos grandes estatuas dentro del Kalasasaya y en los canales de conducción de agua del lado oeste de la pirámide de Akapana».

8. Graham Hancock, *El espejo del paraíso*, Grijalbo, Barcelona, 2001.

De aceptar su conclusión habría que inaugurar una nueva vía de investigación histórica. Una que se ocupara de establecer quién, en tan remoto pasado, planeó que ciertos lugares de la Tierra imitaran los «pilares» del cielo, y cómo se las arregló para llevar a cabo tan minuciosamente su plan.

Volveré sobre esto más adelante. Pero antes me interesa demostrar que estos «supercartógrafos» volaban y eran capaces de trazar mapas colosales sólo visibles desde el aire.

Perú: ¡Volaban!

No fue necesario ir demasiado lejos. O relativamente. A fin de cuentas, vencer mil quinientos kilómetros en un continente como América para llegar al siguiente misterio, no es en realidad mucho. Lo complicado, en cualquier caso, son los transportes y la necesidad de olvidar el concepto preciso y mecánico del tiempo que se vive en Europa.

Superados ambos obstáculos, el resto fluye. Y las más de las veces con resultados sorprendentes.

Llegué a Ica, la principal ciudad del sur de Perú, aquel mismo mes de abril de 1999. Conmigo viajaban Rosa María Alzamora —mi «ángel de la guarda» en los Andes—, y Vicente París, un sagaz investigador con el que había compartido un salto anterior a Perú en 1994. El calor apretaba como jamás lo hubiera sospechado poco antes en el Altiplano, y en mi cabeza bullían ideas y conceptos nuevos sobre lo que acababa de ver en las montañas bolivianas. En el fondo, sólo necesitaba confirmar que en aquella región del planeta, mucho antes de la llegada de los conquistadores en el siglo XVI, floreció una gran variedad de culturas técnica y socialmente muy avanzadas. Es decir, que aquí, como en África, también se vivió una Edad de Oro sin parangón y que, por tanto, el fenómeno que perseguía era de escala planetaria.

Ica dispone de un museo arqueológico inequívoco para comenzar una



Vicente París y yo descubrimos admirados que cerca de Nazca se extienden kilómetros de líneas y figuras que casi nadie ha sobrevolado, y que multiplican exponencialmente el misterio de esa región del planeta. ¿Por qué sus habitantes trazaron dibujos que sólo podemos ver hombres modernos capaces de volar? (Foto: Rosa María Alzamora.)

búsqueda como aquélla. Refinados objetos tallados o moldeados por las culturas locales reflejan un pasado glorioso, sensible. Pero, por encima de todo, la ciudad posee un discreto aeródromo que resultaría clave para mis propósitos. Me permitiría alcanzar, a veinte minutos de vuelo de allí, una región en la que me aguardaban muchas sorpresas: Palpa.

La mayoría de los turistas que llegan hasta allá lo hacen buscando un excitante vuelo sobre otro valle cercano y mucho más famoso. Conocido como Nazca —aunque con más precisión habría que decir «Pampa Colorada»—, sobre su suelo rocoso se dibujan miles de kilómetros de líneas que parecen apuntar a ninguna parte. Rectas inabarcables, figuras animales y hasta formas geométricas como trapecios o espirales se reparten sobre un

territorio virtualmente plano y desprovisto de vegetación. Se trata, casi sobra decirlo, de un misterio que sólo se deja ver desde el aire, y al que, ingenuamente, pretendía arrancar una brizna de la densa oscuridad que lo rodea.

Naturalmente, mis acompañantes y yo volamos hacia allí en cuanto arreglamos algunos trámites imprescindibles.

PALPA, PERÚ

Al principio creí que el desierto me estaba jugando una mala pasada. Pero no. A doscientos metros por debajo del frágil casco metálico de la avioneta que Teresa Palacín, gerente de Aerocóndor, había tenido a bien prestarme, un mar de extrañas figuras parecían estar mirándome desde las suaves faldas de los cerros cercanos. Al principio —torpe de mí— me costó distinguirlas sobre el manto pardo formado por el polvo del desierto, pero en cuanto los ojos se habituaron a los contrastes sutiles del suelo, todo un mosaico de imágenes comenzó a dejarse ver como si de un desfile de modelos se tratara.

El piloto, al verme dar un respingo en el asiento contiguo, sonrió complacido.

Sesenta años antes de nuestro vuelo, un especialista en paleo-irrigación de la Universidad de Long Island llamado Paul Kosok vio algunas de ellas por primera vez. Su sorpresa, claro, también fue mayúscula: grandes figuras antropomorfas, con aspecto de aves, monos, cetáceos e insectos se mezclaban en una danza caótica entre otra maraña de líneas rectas y curvas que sólo —y lo repito una vez más: sólo— podían verse desde cierta altura. Fue el 22 de junio de 1939, a bordo de un avión Fawcett, cuando Kosok se dio cuenta del valor de aquellas enormes figuras, y decidió estudiarlas a fondo por primera vez.¹

1. En realidad, esto no es del todo cierto. Pedro Cieza de León, el célebre cronista del Perú, cuenta la visita que Pizarro hizo hacia 1537 al área de Nazca. El cronista menciona en su descripción «unas señales en algunas partes del desierto cercano a Nazca... para que las comunidades de indios encuentren el camino que han de seguir». También Francisco Hernández, un soldado contemporáneo a Cieza de León, menciona algo que bien podría enmascarar una referencia a las figuras de la región: «los indios —escribió— trazaban grandes líneas en el suelo». Pero los primeros arqueólogos en anotar estas anomalías en la región fueron Alfred Kroeber y Toribio Mejía, en 1926. Naturalmente, su percepción fue a ras de suelo, y no pudieron ni imaginar el enorme puzle de imágenes sobre el que estaban caminando.

Me ajusté los auriculares, y aferrando mi fiel Canon, tomé aire antes de sentir un nuevo golpe de timón.

Alejandro Arias, el hombre al cargo de la moderna Cessna 172 en la que estaba tratando de emular aquel histórico vuelo, me hizo un gesto para que echara un vistazo a la derecha.

—¡No se pierda lo que hay allá abajo!

El grito de Alejandro, tratando de hacerse oír entre el infernal estruendo de las hélices, nos obligó a los tres pasajeros a mirar hacia donde señalaba con el dedo.

—¡Esto no lo vio nunca Kosok! —insistió—. ¡Ni siquiera sospechó que las líneas se extendían tan lejos de Nazca!

Asentí mecánicamente con la cabeza, y mientras instalaba el zoom a mi cámara en medio de los temblores del aparato, registré mentalmente las coordenadas que el pequeño GPS de Arias marcaba cada dos segundos. Allí, en efecto, había algo fuera de lo común. Una singular sucesión de figuras antropomorfas de características muy extrañas habían sido «vacías» del fondo del desierto y resaltaban vivas sobre la colina. La técnica era sencilla y no requería grandes alardes tecnológicos: consistía en apartar el polvo del desierto con las manos o un palo, dejando al descubierto el suelo blanquecino que quedaba debajo. En ese lugar casi no llueve —apenas un centímetro cúbico de agua al año—, lo que, evidentemente, contribuye a preservar para la eternidad cualquier línea que rasgue el desierto. Ahora bien, el misterio no está en el método con el que se trazaron las figuras, sino en la precisión empleada en la confección de sus grandes dibujos y, sobre todo, en la finalidad que persiguieron quienes los elaboraron.

Mientras disparaba una fotografía tras otra, me preguntaba como habría casado Kosok esas figuras vagamente humanas con su teoría de que las líneas de esta región sirvieron como una especie de marcador astronómico. Como un calendario en el que las líneas señalaban los

puntos del horizonte por los que emergían determinadas estrellas en momentos específicos del año. Kosok, de hecho, entregó sus notas a la matemática alemana María Reiche y la incitó a concentrarse sólo en las líneas y su función astronómica, ignorando a estos gigantes o a otros grandes geoglifos hallados en la costa atlántica...²

¿Por qué?

El desafío estaba servido. Uno de aquellos titanes de arena, el más occidental del «desfile» que ahora tenía delante, poseía un cuerpo cuadrado y presentaba dos orificios a la altura de sus hipotéticos pechos. María Reiche, la mujer que estudió Nazca durante más de cuatro décadas hasta su muerte en 1998, examinó algunas fotos del «monstruo» que ahora cuelgan de las paredes de su casa-museo. Pero se abstuvo de comentarlas. Y no me extraña: de su cráneo —tan cuadrado como su cuerpo— emergían, además, cuatro brazos a modo de cabeza de Medusa. A su lado se adivinaba otra testa redonda con dos ojos formados por círculos concéntricos y una suerte de rayos a modo de aureola, y más allá los trazos de una tercera figura se diluían sin remedio en la arenisca. ¿Qué era aquello? ¿Por qué no lo había visto nunca reseñado en ninguno de los numerosos libros que existen sobre Nazca? ¿Había alguna razón para que aquellos geoglifos —el nombre técnico que reciben estas formaciones desde los años sesenta— no apareciera registrado en ningún catálogo arqueológico?

Alejandro sonrió al adivinar mi sorpresa.

Poco podía imaginar entonces que las maravillas que guardaba aquel valle no habían hecho más que empezar a mostrarse...

Y eso que hacía sólo veinticinco minutos que habíamos despegado del aeropuerto que la compañía Aerocóndor posee junto al hotel Las Dunas de Ica. Allí, el día anterior, había trazado gracias a Teresa Palacín y a Ricardo Herrán, su jefe de pilotos, la estrategia a seguir. Esta vez no quería sobrevolar las famosas y cercanas líneas de Nazca en la no menos célebre

2. En su libro *Mystery on the Desert* (Heinrich Fink GmbH, Stuttgart, 1976) no hace la más mínima alusión a estos gigantes.



Pampa Colorada. Deseaba ver con mis propios ojos algo que se había convertido en mucho más que un rumor durante los últimos años, y al que ni Kosok ni otros investigadores posteriores habían prestado demasiada atención: que en los valles aledaños de Nazca, especialmente en el área de Palpa, existía todo un universo de líneas y figuras prácticamente desconocidas para la opinión pública. Figuras que algunos autores, como el suizo Erich von Däniken,³ habían tildado ya de «astronautas» y que no hacían sino añadir más misterio si cabe a esa inhóspita región del planeta.

3. Erich von Däniken, *Arrival of the Gods*, Element, Nueva York, 1998.

RUMBO A PALPA

La ciudad de Palpa se encuentra a unos 25 kilómetros al norte de Nazca. Es una plaza de ambiente colonial ubicada en el corazón de una pequeña meseta montañosa muy erosionada sobre la que los pilotos de Aerocóndor vuelan sólo de vez en cuando. De hecho, cada vez que lo hacen, suelen terminar encontrando algo nuevo en el suelo.

—Lo hermoso que tiene el trabajo que realizamos —comenta Ricardo Herrán al despedirse de mí en el aeródromo de Ica antes del despegue — es que permanentemente estamos descubriendo cosas. Para ver algunas figuras influye muchísimo la hora, la altitud, el mes del año, las condiciones meteorológicas. A veces, da la impresión de que este desierto permite a unas personas ver ciertas cosas que no permite a otras. Y eso es muy excitante.

Cuando conocí a Herrán llevaba a sus espaldas más de 12.000 horas de vuelo. Llegó a Nazca en 1978 y desde entonces hasta hoy asegura haber descubierto y catalogado 324 nuevos geoglifos. Algunos, curiosamente, fueron destapados tras las lluvias torrenciales de El Niño que arrasaron parte de la región en 1998, revelando que bajo las líneas que hoy se ven existieron otras aún más antiguas que fueron cubiertas por el polvo y por los nuevos diseños. Él mismo admite que si algo han aprendido los pilotos y los expertos que han estudiado las líneas es que existen figuras trazadas sobre otras de más edad que resurgen en las condiciones más inesperadas. Es más, hoy saben que muchos de los graffiti que se grabaron en suelo de Nazca fueron después borrados por nuevos dibujantes que, cuando menos, trabajaron de forma ininterrumpida sobre el desierto durante ochocientos años. ¿Y para qué?

Ingenuamente, con aquella visita a Palpa pretendía encontrar respuesta a este interrogante sobrevolando inténsamente aquellas «nuevas» líneas. Sin

embargo, más que respuestas, lo que coseché fueron nuevas dudas. Un buen montón de ellas.

Algo debí haber supuesto al examinar la nutrida colección de fotografías que exhibe el pequeño museo aerofotográfico del aeródromo de Ica, recién estrenado. Pero no lo hice. Aquellos «pulpos», seres con cabezas triangulares, pumas o cruces de brazos regulares se me antojaron remotos vestigios de una civilización desconocida, difíciles de alcanzar y más aún de estudiar. Me equivoqué.

El propio Herrán me sacó de dudas.

—Muchas de estas figuras están en Palpa. Es más —dijo señalando algunas de las fotos del museo, tomadas por él mismo—, creo que los geoglifos de ese sector son aún más interesantes que los que enseñamos diariamente a los turistas en Nazca.

—¿Y usted me los mostraría?

—No se preocupe —sonrió—. Tendrá usted un piloto que le llevará directamente al lugar.

Herrán cumplió. Habló con Alejandro Arias en el despacho de pilotos del aeródromo durante unos minutos, señalando sobre un mapa la ruta a seguir, y me tendió la mano murmurando un escuálido: «Ya está. Feliz vuelo», antes de perderse en dirección a los barracones de descanso de los empleados de la compañía aérea.

Y despegamos.

Nada más entrar en el área de Palpa, un extraño gigante, diferente a todo cuanto puede verse en la vecina Nazca, pareció emerger del desierto para darnos la bienvenida. Se trataba de una gran figura de cabeza cuadrada, coronada por un extraño penacho que formaba una semicruz sobre su cabeza. Sus brazos, alzados, sostenían sendos objetos indescifrables y su mirada y gesto neutro parecía perderse, como el de todos los «humanoides» que veríamos a sus alrededores, en la profundidad del espacio. Y es que, en efecto, otros gigantes, como si fueran miembros de

una misma procesión, salieron al paso a pocos metros del primero, sobre la misma colina. Pareciera que toda la ausencia de seres antropomorfos que se detecta en Nazca se compensara aquí con esas extravagantes representaciones. De aspecto muy erosionado, da la impresión de que su antigüedad es mayor que la del «mono», la «araña» o el «colibrí» de Nazca. Pero ¿cuánto más antiguas?

Von Däniken sobrevoló ya algunos de estos gigantes en el otoño de 1995 y en su libro *Arrival of the Gods* hizo notar su extraordinaria similitud con otro titán de 121 metros de longitud grabado a 1.300 kilómetros de allí, sobre el Cerro Unitas, en el desierto chileno de Atacama. Como los de Nazca, el coloso del Cerro Unitas —descubierto por el general de las Fuerzas Aéreas chilenas Eduardo Jensen— presenta la misma corona de «rayos» o cruz alrededor de su cabeza, con idénticos ojos cuadrados y una especie de mono colgado de su brazo derecho. Tiene la misma manufactura que los gigantes de Palpa, y sin duda su estudio obligará pronto a los expertos a preguntarse hasta dónde se extendieron los «artistas» que los trazaron y por qué los hicieron.

El investigador suizo —autor de best sellers internacionales como *Recuerdos del futuro* o *El oro de los dioses*— sostiene que «no es una buena idea estudiar Nazca aislada de otros lugares»,⁴ y propone comparar los geoglifos hallados en Palpa con otros descubiertos en los desiertos peruanos de Majes y Sihuas en el departamento de Arequipa, o cerca de Mollendo, también en Perú, o en Chile, México y California.

Al menos una cosa parecen tener en común todos estos grabados: que únicamente pueden verse desde el aire. Por supuesto, Däniken tiene su hipótesis al respecto. Según él, en algún momento remoto, una expedición extraterrestre tomó tierra en Nazca trazando sobre el suelo líneas para facilitar la navegación aérea que, tiempo después, cuando los «dioses» se hubieron marchado, serían imitadas *ad infinitum*

4. Däniken, *op. cit.*, p. 118.



Una extraña sucesión de rayas y puntos, como un gigantesco código morse grabado en el desierto, emergió de repente frente a nuestra avioneta. ¿Qué quisieron decir los habitantes de Palpa?

por los habitantes de aquellas regiones. ¿Osada presunción? Sin duda. No obstante, también en Palpa, Däniken ha encontrado un nuevo geoglifo para sustentar su tesis. Se trata de una extraña franja de puntos en forma de aspa cavados a lo largo de una parrilla de líneas paralelas que totalizan 15 columnas de anchura y que recuerdan una especie de tarjeta perforada de los antiguos ordenadores. La Ancient Astronaut Society —una agrupación que defendió las ideas de Däniken hasta su disolución en 1999— ya habló de esta extraña franja a finales de los años ochenta, pero sólo recientemente se la ha comparado con ciertas señales terrestres trazadas cerca de los aeropuertos, para advertir a los pilotos de la altura a la que vuelan y cuánto deben descender para aterrizar.

Esos sistemas, que reciben los nombres clave de VASIS (Visual Approach Slope Indicator System) y PAPI (Precision Approach Path Indicator) suelen ser luminosos, pero los hay que se limitan a signos geométricos gi-



Creí que el piloto bromeaba conmigo, pero no. Allá abajo podía verse claramente la silueta de un colibrí con un pequeño «avioncito» en su cuerpo.

gantes cortados, pintados o quemados en el suelo. ¿Es esto lo que pretendieron representar en Palpa? ¿Y para orientar a qué navegante aéreo del pasado?

En mis archivos no pude encontrar ninguna respuesta convincente a estos interrogantes. Sin embargo, Alejandro Arias, el piloto que me asignara Herrán para desvelarme los secretos de la «otra» Nazca, guardaba un as en la manga. Motivado tal vez por la animada conversación sobre estas teorías que sostuvimos antes de despegar, decidió llevar la Cessna hasta un extremo del valle.

—Usted examínelo bien, tome sus fotos, y después saque sus conclusiones —me dijo aquel joven de mirada sincera—. Por más veces que lo miro, no puedo dejar de ver un avión dibujado allá abajo.

—¿Un avión ?

El piloto asintió con la cabeza.

—Si volaban en aviones —añadió—, no es de extrañar que necesitaran señales para aproximarse a tierra, ¿no cree?

El estupor de Alejandro era contagioso. Pero éste se convirtió en vértigo en cuanto llegamos a su objetivo. Sobre otra loma de Palpa, un gigantesco colibrí, similar al muy célebre pájaro grabado en la vecina Nazca, había sido dibujado con lo que parecía un «pequeño avioncito». El glifo estaba grabado en su interior, justo en el centro de su escuálido cuerpo.

Era perfecto: alas rectas, morro puntiagudo y hasta una cola en forma de cruz similar a los timones de cola de los modernos aviones.

La escena parecía no ofrecer lugar a dudas. Pero ¿cómo era posible? ¿Aviones en la antigüedad? ¿O tal vez una broma para investigadores despistados como yo? Aunque la idea de la navegación aérea⁵ en el pasado era algo plausible para mí, sólo más tarde, al aterrizar, la experta en tradiciones andinas Rosa María Alzamora despejaría el misterio al explicarme que el dibujo se refería, sin duda, a un mito ancestral del lugar. Según esa leyenda —la del *Corí Quente*—, un colibrí, obsesionado por ver la cara al Sol, se camufló entre las alas de un cóndor para cumplir su sueño. En los Andes creen que los cóndores son los únicos animales que pueden mirar de frente al astro rey por lo que el pequeño colibrí lo tomó como «vehículo». Dice la historia que el curioso logró su objetivo y que el Sol, admirado, lo convirtió en un pájaro de oro, nombrandole mensajero entre los hombres y los dioses. El geoglifo, pues, debía ser un homenaje a ese mensajero...

—Pero el pájaro sobre el que está el avión no parece un cóndor — fue mi única objeción.

—Cierto —admitió Rosa María—. Pero los símbolos y los cuentos no siempre gozan de la precisión que tanto les gusta a los occidentales como usted...

5. Me requeriría demasiado espacio detenerme en todas las pistas que apuntan a que en la más remota antigüedad pudo haberse desarrollado alguna forma primitiva, aunque efectiva, de «aviación». Por ejemplo, los textos fundamentales de la literatura védica en la India (que se remontan a los siglos IX al V a.C.) se refieren a ciertos vehículos aéreos que llaman «vimanas». Algunas son descritas como aeronaves de madera con alas, aunque la mayoría no presentan en absoluto ese aspecto. Ningún arqueólogo ha recuperado nunca ninguna de esas vimanas, pero en otras latitudes sí se han conservado reliquias que recuerdan poderosamente a esos primitivos bajeles aéreos. Ése es el caso de una pieza arqueológica conservada (Sigue en la pág. siguiente)

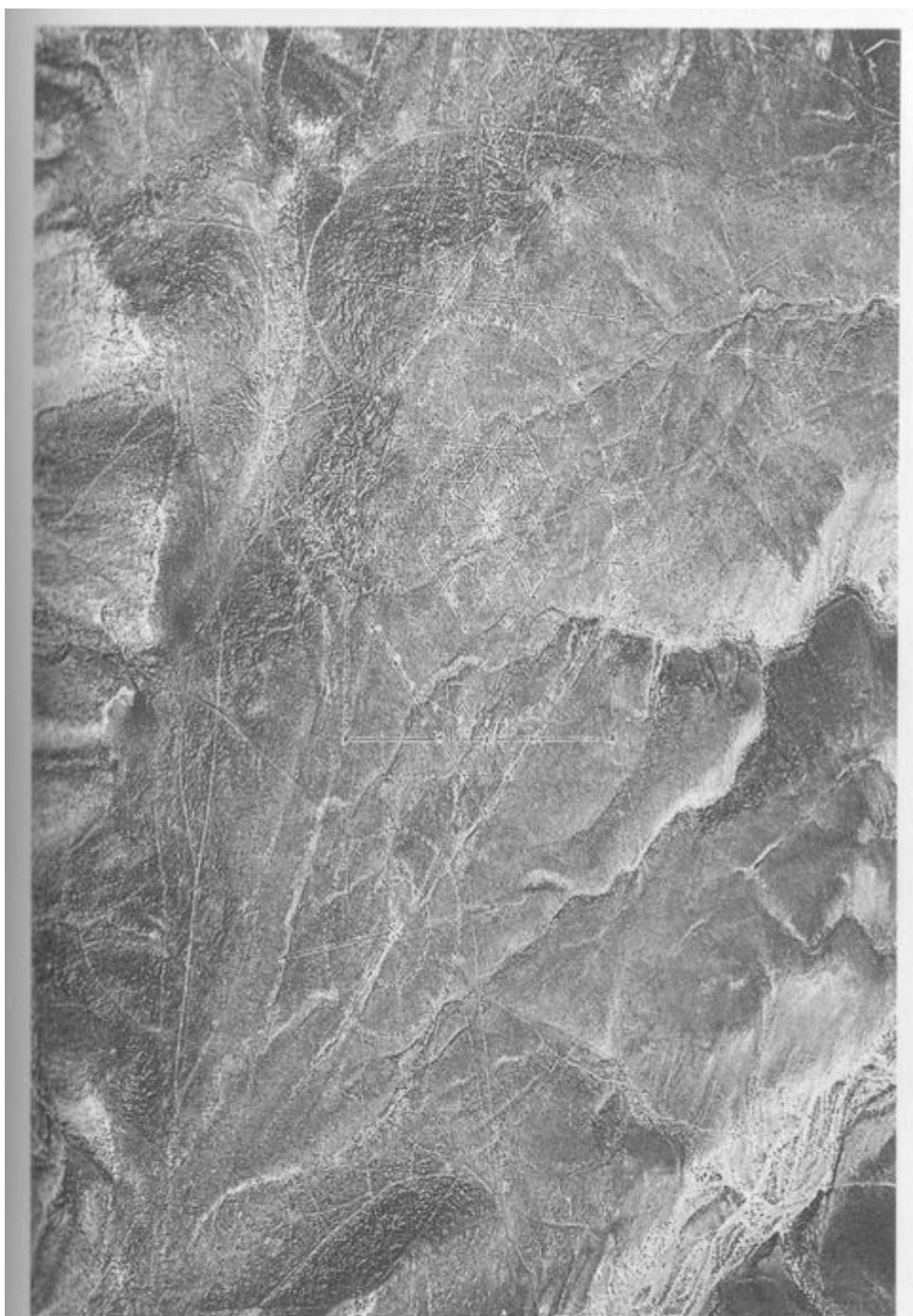
LA ESTRELLA DE SAN JAVIER

Mi viaje hasta las estribaciones de Palpa tenía, no obstante, otro objetivo: explorar el que, sin duda, es el más extraño, complejo y fascinante de los geoglifos descubiertos en la región hasta la fecha. Ubicado, según el GPS, a $14^{\circ} 38' 39''$ latitud sur y $075^{\circ} 10' 30''$ longitud oeste, el trazado de esta figura se compone de un círculo central con una cruz griega grabada en el interior, y flanqueada por otros tres círculos menores unidos a la figura principal por líneas rectas perfectas. En realidad, la impresión que da el conjunto es el de un juego geométrico de proporciones gigantescas en el que la cruz griega — en realidad, una cruz andina o *chakana*, representada a menudo por todas las culturas de los Andes— parece desempeñar un papel predominante.

Situada en la Hacienda de San Javier, esta figura de 64 metros de diámetro está formada por un círculo doble que fue visto por primera vez en 1984 por los pilotos de Aerocóndor. Sin embargo, sólo en 1998 se puso en marcha el primer intento serio de estudiar esta formación geométrica. Con la ayuda del ingeniero alemán Rudolf Gantenbrink —el mismo que construyera el pequeño robot oruga que en 1993 descubrió una pequeña «puerta» al fondo del canal sur de la Cámara de la Reina de la Gran Pirámide, en Egipto—, se tomaron medidas desde el suelo que, a la postre, parecen estar revelando que quien trazó este diseño disponía de unos sólidos conocimientos de trigonometría. Pero ¿de quién se trata?

Nuestra avioneta sobrevoló en círculos la formación, dejándonos ver la precisión inequívoca de sus formas. No se parecía a ninguna de las figuras que habíamos visto, ya que no se correspondía ni con animales, ni con simples formas geométricas como trapecios o líneas rectas ni, mucho menos, con las formaciones antropomorfas que existían en abundancia en sus inmediaciones.

actualmente en el Museo Egipcio de El Cairo y que representa en apariencia un pájaro. Fue recuperada en Sakkara en 1898, pero hasta 1969 no atrajo la atención de los expertos. Fue el doctor Khalil Messiha quien examinó aquella «ave» de alas planas y «timón de cola», descubriendo que tenía características aerodinámicas perfectas. Era, de hecho, un modelo de avión exacto. ¿Conocían la aerodinámica los antiguos egipcios? Una inscripción en el «ave» examinada por Messiha proporciona una pista extra. Dice *pa-dimen*, esto es: «regalo de Amón».



Impresionante. Aquel geoglifo era un prodigio matemático y geométrico. Si se trazó a la vez que la «araña» o el «mono» de Nazca, era evidente que nos enfrentábamos a una cultura refinada capaz de elaborados diseños. Nada de un pueblo torpe y primitivo como quisieron hacernos creer.

Tan diferente es del resto de los geoglifos de la región que no son pocos los que recelan de su antigüedad y sospechan que se trata de alguna clase de dibujo moderno.

Uno de ellos es el arquitecto Carlos Milla. Autor de una documentada obra sobre los conocimientos geométricos y matemáticos de los antiguos habitantes del Perú,⁶ en su estudio de Lima me había avanzado días antes que él había visto varias fotografías de esa formación, y que ésta le parecía de factura muy reciente.

Carlos es un personaje de corta estatura, vivaracho, de ojos brillantes e ideas claras. Cree que los españoles, al llegar a América —y no le falta razón—, destrozaron todo un sistema de sabiduría milenario del que los incas que encontró Pizarro fueron sus últimos depositarios. Ese saber incluía poderosos conocimientos astronómicos, atesoraba abundante información sobre los movimientos de las estrellas en el transcurso de los siglos, sobre la esfericidad de la Tierra, e incluso el uso del número «pi» atribuido por Occidente a los griegos.

—Por eso debo confesarle —admitió al examinar con detenimiento las fotos de la «cruz de Palpa» que llevaba encima— que nadie sería más feliz que yo de que fuera una formación antigua, pues sería la prueba definitiva de que mis teorías sobre el saber científico de los andinos son rigurosamente ciertas.

Pero musitó algo más, recostado en el sofá de su estudio de pintura.

—Sin embargo... —dudó—, es demasiado bueno para ser verdad.

Rudolf Gantenbrink y Ricardo Herrán visitaron el emplazamiento del geoglifo por tierra a mediados de 1998. Al primero lo tenía ya «fichado» desde hacía tiempo, por ser el ingeniero que había construido el robot que descubrió la portezuela de piedra al final de uno de los «canales de ventilación» de la Gran Pirámide, a los que me referí en el capítulo primero.

6. Carlos Milla Villena, *Génesis de la cultura andina*, Colegio de Arquitectos, Lima, 1983.

Sonreí. Era evidente que el sabor del misterio había impresionado al ingeniero, y éste había decidido poner su tecnología al servicio de lo inexplicable.

Pues bien, tanto Gantenbrink como Herrán descubrieron trazas inequívocas de que las líneas geométricas del suelo de Palpa que nos interesaban habían sido repasadas recientemente, e incluso descubrieron los restos de un campamento moderno en las cercanías. Cubiertas de libros en inglés de los años cuarenta, algún que otro desecho procedente de un vehículo motorizado y basura en pequeñas cantidades, daban una pista certera sobre la reciente presencia de humanos en la zona.

—Esto no es extraño —referirá Herrán cuando le abordé al respecto de la «cruz de San Javier»—, pues desde los años cuarenta son muchos los grupos esotéricos que acuden al desierto a practicar sus rituales.

Sin embargo, sus ojos de obsidiana brillaron antes de rematar su explicación:

—Pero atienda —dijo—: fuera quien fuese el que elaborara esa figura, disponía de grandes conocimientos matemáticos, poco comunes, como usted sabe, en los grupos esotéricos conocidos.

Conocimientos matemáticos, astronómicos, de cálculo del tiempo... Por un segundo calibré la posibilidad de abrir mi dossier ante Ricardo Herrán, y mostrarle algunas de las evidencias recogidas entre pueblos que eran siglos más antiguos que los Nazca. Sin embargo callé.

Eso sí, de regreso a casa, con Vicente París sentado a mi lado en el DC-10 de las líneas aéreas venezolanas que nos dejaría en Madrid, recordé una vieja historia. Una leyenda sobre otros «señores de las estrellas» aparentemente capaces de dominarlo todo.

Y como si de una cuestión de vida o muerte se tratara, garabateé en mi cuaderno de notas unas líneas para recordar que debía buscar en mi archivo las cartas, notas y apuntes de cierto «día perdido» —si la historia era cierta, claro— hace más de cuatro mil años....

Israel: El enigma del día perdido

Aquel día, el día en que Yahvé entregó a los amorreos en las manos de los hijos de Israel, habló Josué a Yahvé, y a la vista de Israel dijo: «Sol, detente sobre Gabaón; y tú, Luna, sobre el valle de Ayalón». Y el Sol se detuvo, y se paró la Luna.

Josué 10,12-13

JERUSALÉN

Israel resultó ser mucho más fascinante de lo que esperaba. Hereda del vecino Egipto el eco sordo de sus desiertos y los atardeceres llenos de contrastes de luz casi sobrenaturales. Sin embargo, a esas virtudes se les suma una atmósfera tensa, de siglos de antigüedad, casi petrificada, que el viajero percibe nada más desembarcar en el aeropuerto internacional Ben Gurión, en Tel Aviv. Como tantos otros antes que yo, llegué a Tierra Santa cargado de investigaciones pendientes. La primera vez fue en 1993. Algunas de aquellas «causas», enunciadas en una lista larga y meticulosa, requerían mi presencia en los lugares donde se desarrollaron hechos que tuvieron a Yahvé como protagonista y que demostraban que aquel Dios de los judíos era mucho más que una simple idea abstracta o mística. Volveré

sobre alguno de ellos en la quinta parte de este libro. Sin embargo, otras me exigían más trabajo burocrático: tediosas comprobaciones documentales y «consultas a expertos que a menudo iban en detrimento de un estricto trabajo «de campo».

Ésta es una de éstas.

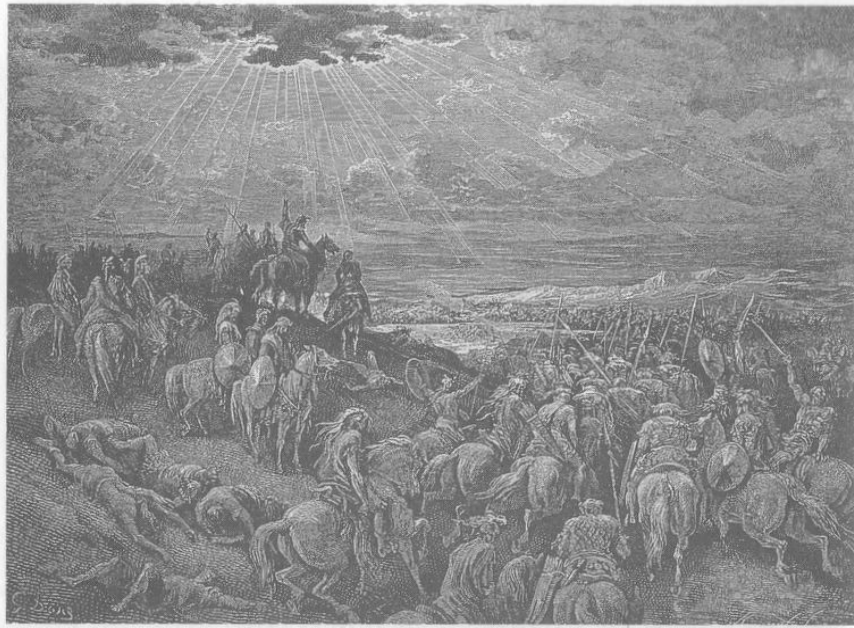
Todo empezó con la lectura de uno de los pasajes más particulares del Antiguo Testamento que recuerdo. Uno contenido en el libro de Josué.

Es éste un tratado que narra las tribulaciones del célebre caudillo judío que da nombre al volumen, ayudante de Moisés durante el Éxodo por más señas, durante la conquista y posterior distribución de Canaán, la añorada «tierra prometida», entre las tribus de Israel. El libro —el sexto del Antiguo Testamento— narra en detalle las batallas en las que la larga mano de Yahvé se descargó contra los enemigos del «pueblo elegido», interviniendo en episodios tan célebres como la misteriosa desecación del río Jordán para que los hebreos entraran en zona cananea, la caída de las murallas de Jericó al son de las trompetas de Josué.

Sin embargo, cualquiera de estas proezas palidece ante la que se desplegó durante la batalla que enfrentaría a los judíos con la coalición meridional de pueblos autóctonos que pretendían frenar el avance de los invasores. Después de la resurrección de Lazaro y de Jesús, narradas trece siglos más tarde por unos torpes cronistas que escribieron casi todo «de oídas», éste es el milagro que más quebraderos de cabeza ha causado a este curioso investigador.

El lector comprenderá por qué de inmediato.

Dice la Biblia que Josué, queriendo acabar con sus enemigos de una vez por todas, suplicó algo imposible a «su» Yahvé: que detuviera el Sol y la Luna en el cielo —es decir, que parara la rotación de la Tierra— para dis-



Gustavo Doré plasmó así el momento en el que Yahvé detuvo el curso del Sol a petición de Josué.

poner de más horas de luz con las que poder fustigar a sus oponentes.

Yahvé, solícito, accedió a tamaño prodigio. «El sol —explica el redactor del Libro de Josué— se detuvo en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse, casi un día entero.»¹

Esta historia me sedujo años antes de mi visita a Israel por una singular razón: en una revista norteamericana titulada *The Gideon*,² hacía ya casi tres décadas, se atribuía a Harold Hill, uno de los consejeros técnicos del programa espacial de Estados Unidos y presidente de la Curtiss Machinery Company de Baltimore, Maryland, unas declaraciones que me dejaron sin habla. De ser ciertas, aquellas explicaciones confirmaban algo en lo que había creído desde niño: que el Universo no es sino un gigantesco mecanismo de relojería.

1. Josué 13, 10.

2. *The Gideon*, julio de 1970.

Pero iré por partes.

Hille explicó a aquella revista que en Greenbelt, Maryland, unos astrofísicos se encontraban calculando la posición de los principales cuerpos de nuestro sistema solar para los próximos siglos, cuando tropezaron con una insólita anomalía cósmica. Realizaban sus cálculos con la intención de diseñar las futuras trayectorias de satélites y sondas espaciales y evitar así choques imprevistos contra cuerpos celestes... Sin embargo, algo falló en los ordenadores. Éstos —cuenta Hill— se detuvieron bruscamente, como si hubieran detectado algún error de cálculo insuperable. Al principio, nadie encontró una explicación lógica a aquel comportamiento de la computadora hasta que, finalmente, el director del servicio de mantenimiento de aquellos potentes IBM determinó la causa del fallo: inexplicablemente, al pasado del cosmos le faltaba un día. «Alguien» o «algo» había robado veinticuatro horas al tiempo universal, y ese «hueco» impedía proseguir con los cálculos.

¿Un día de menos? El enigma estaba servido.

Aquel mismo artículo en *The Gideon* explicaba cómo un cristiano que estaba entre los científicos recordó de repente el pasaje de Josué deteniendo el Sol y la Luna durante «casi un día»... lo que —a su juicio— podría explicar aquella anomalía. Es decir, la Biblia, de ser cierta aquella apreciación, volvía a demostrar que contenía información científica de primer orden.

... Y este investigador no pudo resistir la tentación de verificar los hechos.

BUSCANDO UNA CONFIRMACIÓN

La última vez que traté de comprobar la autenticidad de esta historia fue en enero de 1997. Tras algunas consultas previas en Estados Unidos y en Is-

rael, me puse finalmente en contacto con el National Space Science Data Center (NSSDC) de Greenbelt, donde supuestamente tuvieron lugar los hechos, y rastree la huella de este episodio hasta donde me fue posible. Nadie sabía nada.

Cuando finalmente estaba a punto de tirar la toalla una vez más, Dave Williams, uno de los científicos que trabajan para el NSSDC, recogió mis dudas y trató de resolverlas. Nunca se lo agradeceré bastante.

Según su explicación, aquella historia no era más que un mito que ya en el pasado había generado una enorme avalancha de cartas de curiosos que deseaban conocer más detalles del «día perdido». Me explicó que «cualquier cálculo de posición orbital se inicia con posiciones astronómicas actuales, aunque los operadores pueden estudiar hacia delante o hacia atrás en el tiempo esas posiciones planetarias, sin que nunca hayan tenido problemas». Además, me aclaró, «el NSSDC no realiza el tipo de cálculos orbitales por los cuales usted pregunta».

Tampoco el doctor H. Kent Hills, del NSSDC, pudo ser más claro:

—Esta historia es un fraude que ha sido reimpresso, citado o referido durante años en muchos lugares. Se trata, claramente, de un relato de ficción.

OTROS PARONES DEL SOL

En la historia de Josué hay un pequeño detalle añadido a tener en cuenta: mientras que en el relato de Harold Hill se asegura que en el pasado del cosmos se perdió un día (esto es, veinticuatro horas), en el de Josué se habla de que el Sol se detuvo «casi un día entero». Nadie había tenido la precaución de tener en cuenta la sutil precisión. La preposición «casi» indicaba claramente que el fenómeno del parón solar se

prolongó durante menos de veinticuatro horas, a menos, claro, que Dios redondeara con igual torpeza que sus criaturas.

¿Cómo podrían hacerse casar ambas secuencias de tiempo?

Aquel artículo de *The Gideon*, estimulante donde los haya, salvaba también este segundo escollo. Según esta publicación, la clave había que buscarla en el capítulo 20 del segundo Libro de los Reyes, en la conversación que mantiene el profeta Isaías con el rey Ezequías en su lecho de muerte. Según el texto bíblico, éste le pide una prueba al profeta de que realmente es un hombre de Yahvé, tras lo cual Isaías hizo retroceder diez grados la sombra que proyectaba un reloj de sol. Es decir, descontó aproximadamente cuarenta minutos a un día... que —según *The Gideon*— bien podrían completar el parón de Josué hasta completar las veinticuatro horas perdidas.

Lástima que, según el NSSDC, la historia de Hill parezca no tener fundamento, y la huella del Gran Relojero no se haya dejado nunca sentir en nuestra historia.

¿O sí?

Durante la elaboración de otro de mis libros,³ Jesús Callejo y yo recogimos una leyenda similar a la de Josué que tuvo como escenario la localidad de Calera de León, en Badajoz. Allá, en 1173, las tropas de Pérez Correa, maestre de la Orden de Santiago, enfrentadas a un batallón de árabes, imploraron a la Virgen que se detuviera el Sol en el cielo para poder acabar para siempre con las hordas infieles... Y el «milagro» —dicen— se produjo. De hecho, al escenario de la batalla lo bautizaron como valle de Tentudía (contracción de «detente-un-día» en clara alusión al comportamiento del astro rey en aquella ocasión) y le consagraron una Virgen de idéntica advocación.

Entonces, ¿existió o no un Gran Relojero? ¿No sería posible que un pequeño escuadrón de «técnicos del tiempo» nos hubiera dejado sus huellas en algún lugar?

3. Javier Sierra y Jesús Callejo, *La España extraña*, Edaf, Madrid, 1997, pp. 133-134.

Una reflexión: El halcón relojero

Supongo que es inevitable. Una vez que se acaricia la superficie multifacética de la cultura egipcia, es imposible no descubrir sus huellas por doquier. Las encontré paseando por París, cerca del Théâtre de la Ville, junto al Sena, donde cuatro esfinges provistas de tocados faraónicos vomitan a diario cientos de litros de agua en la concurridísima Place du Châtelet. En Roma volví a sentir su presencia gracias a la docena de obeliscos egipcios que salpican muchas de sus plazas más importantes. Y en Londres. Incluso en Madrid, cerca del parque del Oeste, me alcanzó su hechizo. Allí, desde 1972, se levanta un templo egipcio rescatado por la UNESCO de la crecida de las aguas que trajo consigo la construcción de la presa de Asuán. Un recinto que hace algo más de dos mil años albergó algunos de los últimos cultos originales a la diosa Isis...

Sin embargo, en ningún lugar lejos del Nilo la presencia de la antigua tradición egipcia se hizo tan evidente como en el Museo Egipcio de Turín. Ni el Louvre ni el Museo Británico ni el Metropolitan de Nueva York causaron tanta impresión en mí. En buena parte, supongo, porque en la ciudad de la Sábana Santa (otro enigma del que deberé ocuparme a su tiempo) sabía muy bien qué me esperaba al otro lado de la taquilla del museo.

Fue casi sin querer. Aprovechando una rápida visita a Turín para admirar

la Síndone en compañía de Juan José Benítez y Julio Marvizón —dos consumados expertos en ese polémico pedazo de tela—, decidí examinar una de las salas del Museo Egipcio de la ciudad. Una que albergaba, en una pared desconchada por la humedad, una decimonónica vitrina con los fragmentos de un papiro excepcional: el llamado «Canon de Turín» o «Papiro de Turín».

Se trata de un mosaico compuesto por 160 trocitos de papiro que una vez ensamblados y traducidos nos ofrecen una inquietante pista sobre la identidad de los verdaderos fundadores de Egipto ¹ y la época en la que vivieron y entregaron a los hombres su sabiduría. Sus jeroglíficos son un canto a esa Edad de Oro que trato de reconstruir, y un estímulo —de los pocos verdaderamente originales— a una búsqueda que lleva ya varios años sumando kilómetros a mis espaldas.

El documento en cuestión contiene un completo listado de los gobernantes predinásticos del país del Nilo, e incide en el tiempo que rigieron los «compañeros de Horus» o *Shemsu-Hor*. «Los Akhu, *Shemsu-Hor* —dice uno de los trozos—, 13.420 años; reinados antes de los *Shemsu-Hor*, 23.200; total, 36.620 años».² El termino Akhu es especialmente misterioso, pues literalmente significa «seres transfigurados», «brillantes», «seres refulgentes» o «espíritus astrales»,³ indicándonos claramente hacia dónde debemos mirar para encontrar el origen de estos fundadores de Egipto: hacia las estrellas.

LA GRAN PARADOJA

Y es que, de todos los enigmas que evoca Egipto, ninguno —ni siquiera las pirámides— es tan sugerente como el del nebuloso origen de su civilización. Sin duda, buena parte de su poder de seducción se debe a que,

1. Javier Sierra, «El papiro de los dioses resplandecientes», Monográfico *Más Allá*. Los mundos perdidos, n.º 26, septiembre de 1998.

2. R. A. Schwaller de Lubicz, *Sacred Science*, Inner Traditions International, Rochester (Vermont), 1988, p. 86.

3. Bauval y Hancock, *op. cit.*, p. 201.

contrariamente a lo que sucedió en cualquier otra cultura del planeta, en el caso egipcio su período de máximo esplendor debemos situarlo en sus primeros momentos de existencia. Nestor l'Hôte, un artista del siglo XVIII que trabajó mano a mano con Jean-François Champollion, el padre de la moderna egiptología, ya afirmaba que «cuanto más retrocedamos en antigüedad hacia el origen del arte egipcio, más perfectos son sus resultados; como si el genio de este pueblo, a diferencia del resto, se hubiera formado de golpe». Su observación, sorprendente, es aplicable a casi todos los ámbitos de la vida junto al Nilo: ciencia, escritura o arquitectura no se salvan de esta inexplicable paradoja cronológica.

De hecho, según estimaciones del químico francés Joseph Davidovits, mundialmente célebre por su osada teoría de que los egipcios sabían cómo ablandar las piedras, y a la que me referiré en la parte cuarta de este libro, durante el primer siglo de trabajos del Imperio Antiguo, sólo para la construcción de las pirámides de Giza, «se movilizó más piedra que la empleada en los edificios del Imperio Nuevo, del Imperio Tardío y del período ptolemaico juntos, esto es, durante mil quinientos años». Y no sólo eso, sino que las piedras usadas en el Imperio Antiguo eran, por lo general, más duras y difíciles de tallar que las escogidas en períodos posteriores, cuando la sana lógica dicta que debería haber sido justo al revés.

El panorama que ofrecen estas evidencias es devastador para la historia. Contradice lo que sabemos de la evolución humana y pone de relieve que forzosamente debe de haber algo importante en el desarrollo de Egipto que se nos ha pasado por alto. John Anthony West, uno de los investigadores heterodoxos de esta cultura más controvertido de los últimos años, plantea una audaz metáfora: «Obsérvese un automóvil de 1905 y compárese con uno actual —dice—. Existe un inequívoco proceso de "desarrollo". Pero en Egipto no hay nada semejante. Todo está allí desde

el primer momento».⁴ Y añade: «La civilización egipcia no fue un "desarrollo", sino una herencia».

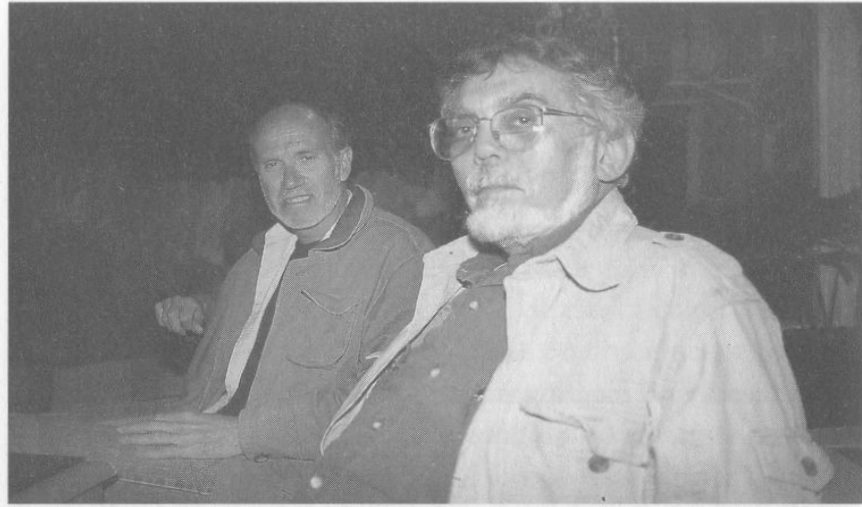
¿Un legado? ¿Es ésa la pieza que nos falta? Y de ser así, ¿un legado de quién?

LAS CRONOLOGÍAS

La respuesta está, paradójicamente, en los propios textos egipcios, y más concretamente en libros como la *Historia de Egipto* escrita por un célebre sacerdote del siglo III a.C. llamado Manetón (que significa «la Verdad de Toth»), y que se refieren a un origen de la cultura egipcia muy anterior a la unificación de las «dos tierras» bajo el faraón Menes, hacia el 3500 a.C.

Manetón, que bebió de fuentes muy antiguas y confeccionó una lista de monarcas que se ha demostrado exacta y coincidente con otras cronologías ancestrales descubiertas después, como la Piedra de Palermo o el Papiro de Turín, distinguía tres grandes eras en Egipto: una primera en la que afirma que los *Neteru* —los dioses— gobernaron el país durante 13.900 años; una segunda regida por los *Shemsu-Hor* o «compañeros de Horus» durante 11.025 años, y una última gobernada a partir del aludido rey Menes, o «faraón escorpión», y que abarcó las treinta y una dinastías que le siguieron. Los egiptólogos admiten que la lista de descendientes de Menes es exacta, y que su orden coincide esencialmente con lo que hoy sabemos gracias a las excavaciones arqueológicas, pero inexplicablemente deciden ignorar los otros precedentes. ¿Por qué?

4. John Anthony West, *La serpiente celeste*, Grijalbo, Barcelona, 2000, p. 27.



Robert Bauval y John Anthony West —en primer término— se reunieron fugazmente en marzo de 2000 en El Cairo para hablar de los *Shemsu-Hor*.

Los COMPAÑEROS DE HORUS

La razón es bien sencilla: porque obligaría a nuestros escrupulosos egiptólogos a adentrarse en períodos de la historia donde teóricamente sólo debieron de existir tribus nómadas, colectivos paleolíticos muy alejados de lo que se entiende como una civilización formada.

—Lo que sorprende por encima de todo —me dirá John Anthony West durante la breve entrevista que sostuvimos en El Cairo en marzo de 2000— es que los egiptólogos pretendan saber más de la historia de Egipto que los propios egipcios. Yo creo que éstos sabían de lo que estaban hablando, y que las alusiones a los *Neteru* y a los *Shemsu-Hor* nos remiten a períodos ancestrales de civilización.

West no es el único que piensa así. Dos días antes de nuestro encuentro,



En los muros del templo de Edfú, en el Alto Nilo, se narra la historia de los verdaderos fundadores de Egipto. Todo sucedió miles de años antes de que naciera el primer faraón de la primera dinastía. Justo en ese período que los egipcios llamaron el «Tiempo Primero». Esos fundadores fueron llamados *Shemsu-Hor* o «compañeros de Horus».

precisamente durante la mágica madrugada del equinoccio que narro en el capítulo primero de este libro, Bauval concluía prácticamente lo mismo. Él, sin embargo, me remitió a otros documentos egipcios mucho más antiguos que los escritos de Manetón, para ayudarme a centrar el problema. Esos documentos son los ya célebres *Textos de las pirámides* (hallados en monumentos de ese tipo de la V y VI dinastías) o en los menos conocidos *Textos de la construcción*, esculpidos a lo largo de los muros de los templos de Edfú y Dendera. En ellos, según Bauval, se encierra la pieza clave para entender quiénes fueron los verdaderos fundadores de Egipto.

En Edfú, una de las mejor conservadas «casas de la vida» egipcias, se cuenta la historia de un libro sagrado compilado por el dios Toth en el

que se ubican ciertos «montículos sagrados» a lo largo del Nilo sobre los que se edificarán los templos clave de este pueblo. Y dice que esas ubicaciones fueron fijadas por «siete sabios» o «compañeros de Horus» en el «principio del mundo» o, lo que es lo mismo, en el Tiempo Primero.

—Si te fijas, la idea de los «siete sabios» es casi universal —susurra Bauval mientras seguimos el avance de Ra por encima de la Esfinge—. En la tradición babilónica se les llamaba *Apkallu* y se creía que vivieron antes del diluvio; los vedas hablan también de siete *Rishis*, o sabios, que sobrevivieron a la inundación y recibieron el encargo de transmitir la sabiduría del mundo antiguo a la humanidad.

Nada de esto, por supuesto, es científico. El propio Bauval lo reconoce.⁵ Sin embargo, forma parte de una tradición que, aunque ahora se ignore, podría contener las claves para comprender la paradoja del origen avanzado de Egipto.

Ahí es nada.

5. Véase su libro *Secret Chamber*, Century, Londres, 1999.

SEGUNDA PARTE

Una tecnología ancestral

Cualquier tecnología superior no podrá distinguirse nunca de la magia.

ARTHUR C. CLARKE

Hemos superado en mucho la ciencia que el mundo antiguo conocía, pero hay lagunas irreparables en nuestros conocimientos históricos. Imaginemos los misterios que podríamos resolver sobre nuestro pasado si dispusiéramos de una tarjeta de lector para la Biblioteca de Alejandría.

CARL SAGAN

Italia: ¿«Sputniks» en el siglo XVII?

¿Y si los extraordinarios conocimientos astronómicos, cartográficos y arquitectónicos de nuestros antepasados obedecieran a su hoy olvidada capacidad de adelantarse a su tiempo? ¿No sería factible pensar en una estirpe de «supersacerdotes» capaces de proyectarse en las brumas del futuro y tomar de sus «visiones» datos efectivos sobre esos saberes que hoy tanto nos asombran? ¿Heredaron esa capacidad de algún «dios instructor» hoy mitificado?

Tan atrevidas elucubraciones me asaltaron durante algún tiempo, especialmente en el invierno de 1993, después de un sorprendente viaje de investigación a Italia.

No me resisto a narrar algunas de las cosas que entonces viví y que, a pesar del tiempo transcurrido, conservan aún intacta toda su frescura y su poder de provocación.

MONTALCINO

Aquella pequeña iglesia con aspecto de fortaleza logró sobrecogerme. Enclavada en el corazón de la próspera ciudad vinícola de Montalcino, a cuarenta kilómetros escasos de Siena, la iglesia de San Pedro alberga aún —expuesta a los ojos de quien quiera verla— una de las más desconcer-

tantes pinturas que existen en el mundo. De hecho, no hay mucho más que ver allí. Una visita al lugar se reduce a pasear por los restos de su fortaleza de 1300, paladear su excelente vino local, el Brunnello, y admirar el cuadro que me atrajo hasta allí.

Ningún otro objeto, lienzo o legado documental de los que he examinado en mi particular búsqueda de pruebas que demuestren la existencia de alteraciones —a veces de siglos— en el *continuum* espacio-temporal, es tan claro como la tela que me proponía visitar aquel mes de febrero.

No daré más rodeos.

Diseñada originalmente en el año 1600 por el artista sienés Ventura Salimbeni (1567-1613), la composición pictórica de Montalcino recoge una escena singular: nueve personajes, ataviados con trajes eclesiásticos de la época, aparecen alrededor de una custodia rodeada por un aura amarillenta, casi sobrenatural. La hostia es, indiscutiblemente, el centro del lienzo. Sobre los prelados, y por encima de unas nubes grisáceas que dividen en dos la escena, se encuentra una representación clásica de la Trinidad, flanqueada por sendos querubines.

Esta obra no pasaría de ser una de tantas representaciones manieristas de los mundos celeste y terrestre, si no fuera por el insólito objeto que aparece en medio de los tres personajes divinos que copan el protagonismo de la obra.

A primera vista parece un simple objeto azulado que bien podría representar el globo terráqueo. Pero examinado con más detenimiento se aprecia que semejante interpretación es errónea. La existencia de al menos tres líneas longitudinales a lo largo de la curvatura de la extraña esfera y una banda central a modo de «cinturón» recuerdan poderosamente el aspecto de las juntas que presentaría una bola de metal.

No menos sorprendentes son, por cierto, las dos extremidades en forma

de antenas, asidas por las divinas figuras de Dios Padre y Dios Hijo, y «enroscadas» —pues eso parece— en la parte superior del orbe. Su aspecto es idéntico al que presentan las antenas de comunicación de cualquiera de los primeros satélites de comunicaciones. Y más concretamente de un *Sputnik* soviético o de un *Vanguard* estadounidense.

¿Demasiada imaginación?

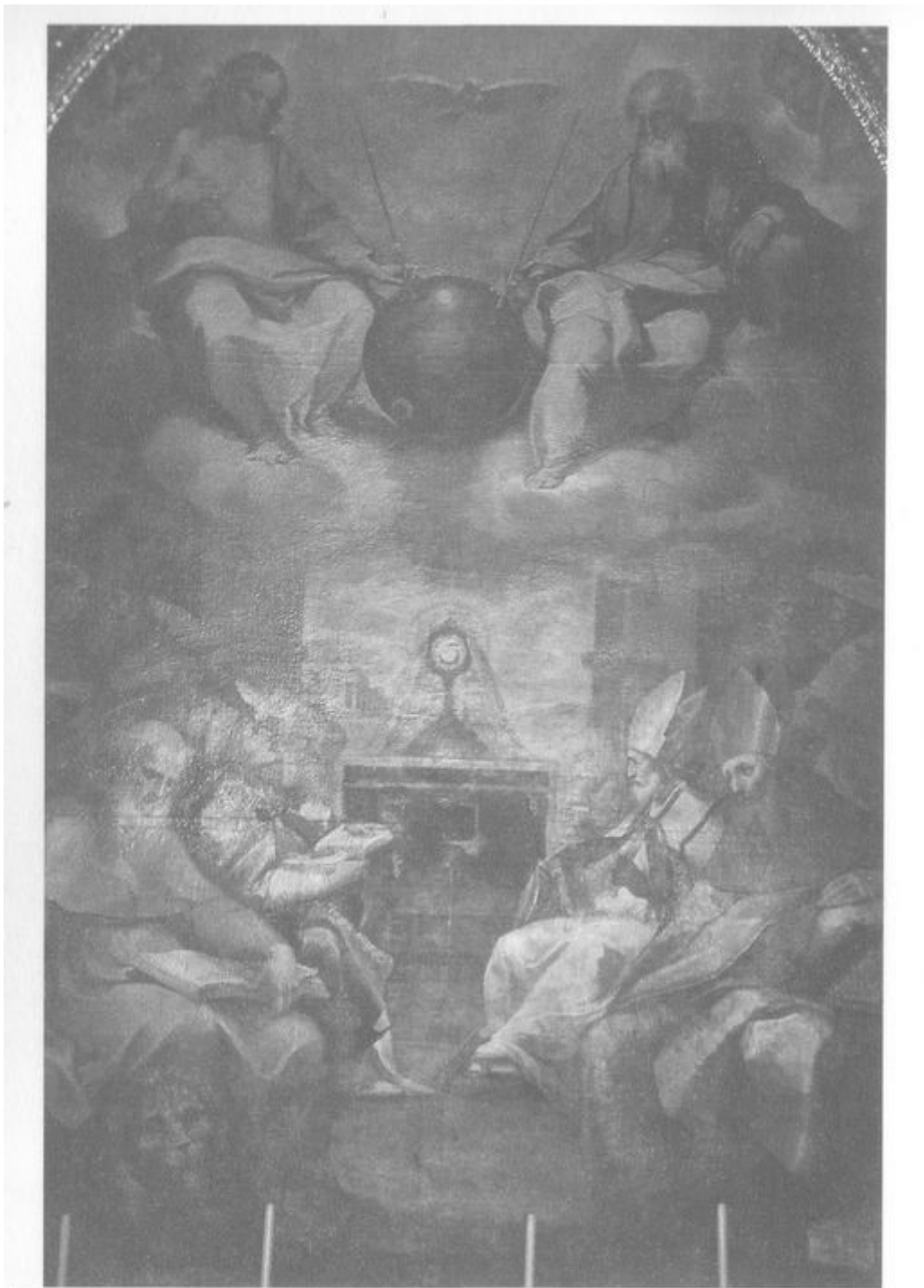
La conclusión, en cualquier caso, no es mía. Roberto Cappelli, un agradable profesor de enseñanza primaria de Montalcino del que tenía vagas referencias a través de antiguas revistas ufológicas,¹ fue el responsable de haber hecho saltar a la fama esta obra de arte. Lleva casi treinta años estudiando y terciando en polémicas sobre el significado último de esta tela, y pese a su previsible cansancio, cuando me entrevisté con él hizo gala de un envidiable entusiasmo.

—Hace ahora más de dos décadas —me asegura en un recoleto restaurante cercano a «su» iglesia—, durante la celebración de una ceremonia religiosa en la parroquia de San Pedro, me fijé en el cuadro de Salimbeni y particularmente en su parte superior. Me llamó tanto la atención que decidí subir con una escalera hasta el objeto que aparece en el centro del cuadro. Se trata de una esfera similar a las que se encuentran en cuadros de la misma época, salvo que ésta presentaba un par de antenas que impedían que la interpretáramos como una imagen del mundo o una figuración de la Sagrada Forma. Además —acaba precisándome—, da la impresión de que las «antenas», vistas de cerca, están enroscadas a su «chasis».

Cappelli había observado bien. Después de nuestro frugal almuerzo, me acompañó hasta el lienzo para describirme minuciosamente todos los detalles.

Fue ahí cuando los años de contemplación del cuadro se dejaron notar. «Es una profecía en pintura», susurró al entrar en la fresca y vacía na-

1. En abril de 1972 la revista turinesa *Clypeus* (año IX, n.º 1) publicaba una carta de Roberto Cappelli que la redacción tituló «Un "explorer" in paradiso?», y en la que revelaba la presencia de este «satélite» acompañándola de dos fotografías en blanco y negro del lienzo. Poco después, un resumen de aquella comunicación fue reproducido por la revista barcelonesa *Stendek*, del Centro de Estudios Interplanetarios, que fue donde leí algo sobre este enigma por primera vez.



Apenas podía creer lo que veían mis ojos. Si lo que decía el profesor Cappelli era cierto, la esfera que sujetaban Dios Padre y Dios Hijo era un *Sputnik*... ¡pintado en 1600!

ve de la iglesia de San Pedro. Su convencimiento de que la misteriosa esfera del altar no puede ser sino uno de los primeros satélites geoestacionarios de manufactura terrestre, representado con tres siglos y medio de antelación, deja sin aliento a sus críticos más encarnizados. Que los tiene, claro.

Uno de ellos, otro profesor italiano llamado Alberto Piazzi,² sostiene que el misterio de la esfera de Montalcino queda reducido a una simple representación pictórica de la Tierra, y que las dos antenas no son sino cetros estilizados que pretenden transmitir al observador el mensaje del dominio absoluto que la Trinidad ejerce sobre nuestro planeta.

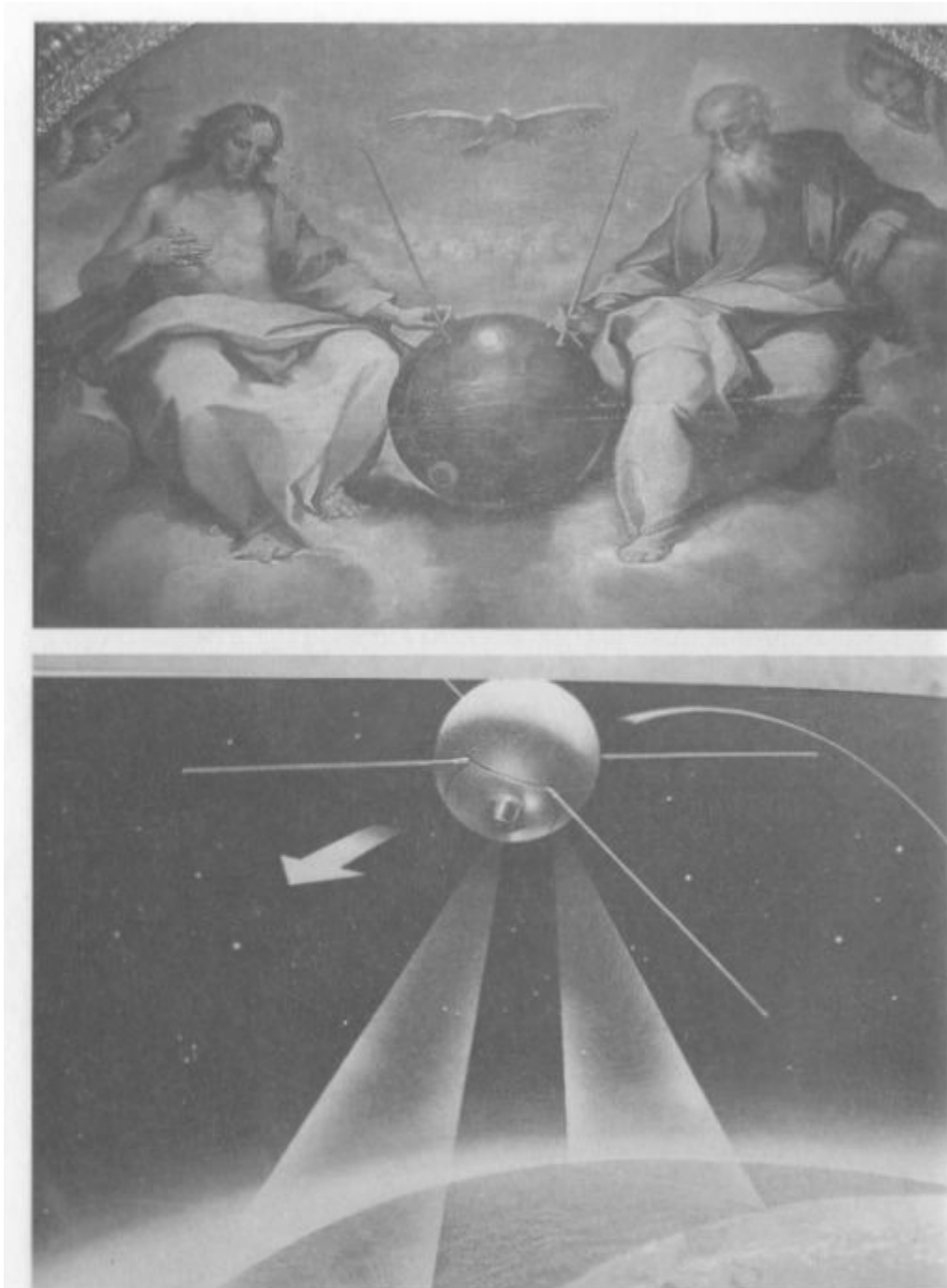
Curiosamente, el único punto en el que convergen ambos profesores en sus discusiones es en lo extraño de la pequeña protuberancia circular que aparece en la parte inferior izquierda de la bola. La lógica más elemental vuelve a dar la razón a Cappelli, a pesar de que pueda escandalizar a los que defienden la existencia de un tiempo que discurre sólo hacia delante. Y es que, para mi sorpresa, Cappelli tenía razón en uno de sus asertos: el satélite norteamericano *Vanguard* (especialmente el *Vanguard II*, lanzado por la NASA en febrero de 1959) poseía una protuberancia en forma de tubo idéntica a la dibujada por Salimbeni 359 años antes. Y situada justo en el mismo lugar de su caparazón metálico.³

En el caso del *Vanguard*, se trataba del protector del objetivo de una cámara fotográfica de alta resolución. La coincidencia de la posición relativa de ambas protuberancias, y la existencia de las «antenas» tanto en la esfera de Salimbeni como en los *Vanguard* y *Sputnik*, no obedecían a la casualidad, según Capelli.

No obstante, el profesor todavía guardaba un as en la manga.

2. En declaraciones a *Il Campo*, 17 de enero de 1992. «Quel globo e' il mondo, non uno "Sputnik".»

3. El *Vanguard*, no obstante, fue un satélite provisto de cuatro antenas, y no de dos como la esfera de Montalcino. Además, se trataba de una esfera de unos 23 kilos de peso y 60 centímetros de diámetro, con un tamaño relativo también inferior al representado por Salimbeni en su cuadro.



Las similitudes entre el «satélite» pintado por Ventura Salimbeni en 1600 y el *Vanguard II* norteamericano, puesto en órbita más de tres siglos después, alcanzan incluso la «protuberancia esférica» que presentan ambos «modelos».

UNA ESFERA QUE «TRANSMITE» IMÁGENES

Allí, debajo del lienzo, apoyados en el mantel blanco del altar que nos separaba del intrigante legado de Ventura Salimbeni, Cappelli se sinceró.

—Hay un detalle en este cuadro en el que muy pocos se fijan. Sus ojos brillaron con picardía, mientras me invitaba a repasar los trazos coloristas del cuadro.

—¿Y de qué se trata?

—Observe si alguna de las figuras del lienzo se encuentra repetida. ¿Ve algo fuera de lo común?

Intrigado, eché un vistazo al cuadro tratando de resolver aquella especie de acertijo con cierta dosis de audacia, pero finalmente negué con la cabeza.

—Fíjese mejor —insistió Cappelli—. Si contempla la figura del papa que se encuentra a la izquierda, ¿no ve que la paloma del Espíritu Santo se abalanza sobre él, colocando su pico justo en su entrecejo?

El profesor tenía razón.

—Como verá, el Espíritu Santo es la única figura que se repite en todo el cuadro. Y es algo que me intriga, pues la obra parece destinada a ensalzar la Eucaristía y no a la Santa Paloma. Pero hay algo más: si trata de reconstruir la trayectoria desde la que el ave se lanza en picado sobre el papa, y busca el punto de origen de la misma, ¿no es cierto que parece haberse dejado caer desde la protuberancia del «satélite»?

No supe qué decir. Lo que el profesor trataba de decirme es que aquella paloma casi transparente que planeaba sobre el rostro de Clemente VIII —el papa contemporáneo a Salimbeni— era una suerte de «retransmisión» del pájaro que permanecía flotando majestuoso sobre el «satélite». Y que esa emisión se hacía a través de la «cámara» de la esfera.



El último detalle descubierto por el profesor Cappelli colmó mis expectativas. Según él, la paloma semitransparente que aparece sobre el papa Clemente VIII es la misma que se halla, majestuosa, entre las antenas del satélite. «Es como si la hubieran retransmitido», me dijo.

¿Otra vez demasiada imaginación?

—Por supuesto —aceptó Cappelli ante mi gesto de sorpresa— se trata de una interpretación subjetiva, pero no me negará que es una casualidad más a añadir a nuestra lista de semejanzas.

—¿Y adónde quiere llegar con esto?

—A la conclusión de que la esfera de Salimbeni no sólo parece un satélite, sino que se comporta como tal.

Callé.

En la documentación que reuní en los días siguientes sobre el autor del lienzo y su obra, poca —más bien ninguna— luz hallé en los títulos que se le atribuyen. Paradójicamente, no existe un criterio formal ni único a la hora de clasificar este trabajo de Salimbeni. Para Marilena Bigi,⁴ del grupo cultural Los Argonautas de Montalcino, la obra recibió dos títulos casi des-

4. Marilena Bigi, «Brevi ceni sulla vita e l'opera di Ventura Salimbeni», *Argonauti*, quaderno n.º 89-90, marzo-abril de 1992.

de su terminación: uno, *Disputa del Santísimo Sacramento*, es mucho más controvertido que el otro, *Glorificación de la Eucaristía*. Ambos, no, obstante, dejan claro que la verdadera protagonista del lienzo no es la esfera sino la Custodia que se encuentra justo debajo.

Y poco más.

UN PERFIL DEL ARTISTA

Tampoco la vida del pintor —y, por tanto, del «profeta pictórico» siguiendo la terminología de Cappelli— despejó el enigma.

El caballero Bevilacqua, como también se conoció a Salimbeni en su época, presenta una biografía que, paradójicamente, apenas deja margen al misterio. Hijo de otro pintor, Arcangelo Salimbeni, Ventura marcha muy joven a Roma para perfeccionar su estilo artístico. Allí permaneció hasta 1595, período que empleó en decorar el tercer piso del palacio del Vaticano. De hecho, será poco después, tras su regreso a Siena, cuando iniciará una frenética actividad artística que le llevará a Montalcino en varias ocasiones para cumplir con encargos bien concretos. Sólo un documento fechado en 1600 (el mismo año en el que Salimbeni remató su *Sputnik*), que hoy se conserva en la iglesia de la Virgen del Socorro, da fe de esta clase de trabajos. Según ese documento, parece que simultáneamente a la realización de la obra que hoy se admira en San Pedro de Montalcino, Salimbeni acometió otra por la que recibió sesenta escudos de oro. Tristemente, un encargo tan bien pagado se encuentra hoy en paradero desconocido, lo que impide saber si el artista pudo haber incluido en ella alguna clave que ayudara a despejar las incógnitas de su «satélite».

Imagínese el lector. Desde 1972 hasta hoy, se ha especulado con la fuente de inspiración del artista sienés. ¿Qué pudo hacer que un pintor

del siglo XVII recreara con tanto lujo de detalles un objeto tan específico del siglo XX? Las posibilidades se reducen básicamente a dos: o Salimbeni accedió a una especie de «falla temporal» que le permitió ver un objeto de su futuro (aun así habría que preguntarse por qué vio un satélite y no algo más común, como un coche o un poste eléctrico, por ejemplo), o simplemente tuvo una premonición genial como las que acompañaron la vida y obra de Julio Verne.

No obstante, antes de inclinar la balanza en un sentido u otro, conviene tener en cuenta un detalle que pone el acento sobre ciertos conocimientos secretos, de aspecto futurista que se cree que pudieron manejar ciertos pontífices. Y me explico: en 1592 Clemente VIII llega al sillón de Pedro. Este papa, uno de los más cultos del período y al que debemos, entre otras, la traducción de la Biblia clementina, destacó sobre la mediocridad de sus predecesores al conseguir que el futuro rey de Francia, Enrique IV, renegase de la fe protestante abrazando el catolicismo.

En ese marco histórico, no es descabellado suponer que el papa hubiera podido mantener varias entrevistas con Ventura Salimbeni, y que fruto de aquella relación surgiera un afecto que llevara al pintor a representarle en su obra de Montalcino.

Pues bien, en noviembre de 1595 este papa, para celebrar su triunfo diplomático en el *affaire* Enrique IV, ordenó rematar la cúpula de San Pedro del Vaticano con un objeto único. Hipólito Aldobrandini —verdadero nombre de Clemente VIII— encargó a Sebastián Torrigiani que fundiese una colosal bola de metal en cuyo interior podrían darse cita hasta dieciséis personas. Sobre ella plantó una no menos gigantesca cruz y ordenó que aquel objeto presidiese el centro de toda la cristiandad. La duda, pues, es obvia: ¿pudo haberse inspirado Salimbeni en este desproporcionado adorno del papa Aldobrandini?

Si fue así, los cinco años que median entre la ejecución de esa bola metá-

lica y la del lienzo de Montalcino justifican la fuente de inspiración. Pero ¿y las antenas? ¿Y la cámara?

¿Casualidades?

—Sabe usted una cosa... —susurró el profesor Cappelli, mientras miraba de reojo los trazos firmes de Salimbeni en la parroquia de San Pedro.

—No, dígame.

—Que es una lástima que Julio Verne no viera esto. Seguro que tendría algo que decir.

—Seguro —murmuré.

Poco podía saber que un año después terminaría siguiendo los pasos de don Julio.

Pero eso lo contaré más adelante.

Egipto: ¿Bombillas en tierra de faraones?

SAKKARA

Lo recuerdo con toda claridad. Conté los escalones con sumo cuidado, casi como si la vida me fuera en ello. Exactamente 120 peldaños, de 20,8 centímetros de alzada cada uno, conformaban aquella impresionante escalera de caracol que se adentraba a plomo en el reseco suelo de la región egipcia de Sakkara. El cálculo posterior no me llevó mucho tiempo: aquel tubo excavado por los antiguos egipcios hacia el siglo V a.C. medía casi 25 metros de profundidad, y había sido cortado limpiamente en el suelo del desierto.

Resoplé de admiración.

La sofocante temperatura que reinaba en el exterior (algo más de 45 grados Celsius al sol), unida a las entrecortadas respiraciones de los pocos turistas que se atrevían a descender por aquella escalera, dificultaron tremendamente el descenso del empinado corredor. Finalmente, casi como un milagro inesperado, el tubo vertical se detuvo en seco, abriendo ante los exhaustos visitantes un pequeño laberinto de túneles bautizados oficialmente como la «tumba persa».

Para los arqueólogos más conservadores, estos corredores que discurren a pocos metros de la pirámide de Unas, y que se identifican como el mauso-

leo de un médico llamado Pasmático que vivió en la llamada, precisamente, «época persa» egipcia, apenas tienen valor alguno. Sin embargo, basta echar un breve vistazo a lo que esconden estas galerías para darse cuenta de lo errada de esta apreciación. Y me explico. A esa respetable profundidad alguien —envuelto en la más densa de las oscuridades— talló y decoró tres salas mortuorias y un enorme sarcófago de piedra de tres metros de ancho, sin encender nunca fuego en su interior. El sarcófago, además, lo empotró en una estancia que apenas dejó unos márgenes practicables de diez centímetros por cada lado a la enorme cubeta sepulcral. Y por si fuera poco, el arquitecto que diseñó aquel agujero ordenó decorar los techos y paredes de aquellas salas con altorrelieves minuciosísimos.

Al margen del enigma que plantea el descenso hasta allí de tan enorme baúl de granito —y que en cierta manera precede al misterio de otras tumbas de sarcófagos gigantes de las que me ocuparé en la próxima parte de este libro—, otro fascinante interrogante se abre en la tumba persa: ¿cómo se iluminaron los artistas allí abajo?

Ni que decir tiene que no existe en todo aquel pequeño «laberinto» ni el más mínimo rastro de humo procedente de las antorchas que pretendidamente debieron usarse, y queda totalmente descartada la idea de que combinando hábilmente espejos, la luz del sol pudiera reflejarse desde una altura de 25 metros hasta los recovecos en los que están situadas las salas.

Pero si los canteros no se sirvieron de fuego o de luz natural reflejada, ¿qué emplearon para quebrar las tinieblas a decenas de metros bajo tierra? ¿De dónde sacaron las antorchas sin humo necesarias para aquella labor?



Voilà! En la cripta más profunda del templo de Dendera, en un pasillo de apenas un metro de ancho, un altorrelieve muestra una especie de gran bombilla eléctrica con filamento incluido. ¿Error de interpretación? ¿U otro «recuerdo del futuro»?

RESPUESTAS EN EL ALTO NILO

Fui a buscar las respuestas a estos interrogantes a casi mil kilómetros al sur de Sakkara. Prácticamente en la otra punta del país, en lo que en tiempos de la antigua cultura egipcia se conoció como el Alto Nilo. Allí, a unos 48 kilómetros al norte de Luxor, se encuentra el templo de Dendera — literalmente «Pilar de la diosa»— consagrado a la deidad femenina Hathor. El aspecto de sus columnas, con el gigantesco rostro de esta divinidad con orejas de vaca esculpido sobre cada una de ellas, lo hace inconfundible. Como inconfundibles son también los techos de su sala hipóstila, decorados con representaciones de todos los signos del zodiaco, las estrellas fundamentales del cielo egipcio y hasta el Nilo celestial, que era como los antiguos llamaban a la Vía Láctea.

Lo que me obligó a emprender aquel viaje fueron las observaciones previas de dos autores que sugerían una clave que bien podría resolver mi asombro ante la «tumba persa».

Su peculiar historia nace en 1982. Ese año los austríacos Peter Krassa y Reinhard Habeck llamaron la atención de la comunidad científica sobre ciertos relieves poco conocidos de este templo, situados al fondo de una de sus galerías subterráneas. Dedicaron horas de investigación, poniendo a prueba sus mentes flexibles y bien organizadas para leer lo que ellos decían que eran —oh, herejía— unos relieves parecidos ¡a modernas bombillas eléctricas! ¹

Sonreí. ¿No era aquello la versión egipcia del *Sputnik* que había admirado en Montalcino? ¿Se trataba de otra malinterpretación? o de una prueba más a sumar a favor de la idea de una legión de «Julios Verne» en la antigüedad?

Tampoco esta vez los relieves dejaban demasiado margen a la imaginación. En efecto: en la parte más oculta de una de sus doce criptas subterráneas, allí donde los antiguos sacerdotes practicaban sus cultos más secretos, se podía admirar una escena única. En ella, dos individuos ataviados a la clásica usanza egipcia sostienen algo parecido a dos grandes berenjenas que ocultan en su interior sendas serpientes ondulantes. Krassa y Habeck creyeron ver en ellas casquillos y filamentos incandescentes, e interpretaron los tallos de aquella especie de desproporcionados vegetales como los cables de suministro eléctrico que hacían funcionar aquellas lámparas gigantes.

Las reacciones no se hicieron esperar.

Ante las afirmaciones de que los jeroglíficos que acompañaban a las «bombillas» no habían podido ser descifrados, expertos en historia antigua adujeron que «los dibujos de esas lámparas no son más que la representación de un jeroglífico únicamente constatado en época ptolemaica. El ideograma de una serpiente ondulante ante una estela y sobre un pedestal, tal y como aparece en estos relieves, sustituye en

1. Peter Krassa y Reinhard Habeck, *Das Licht der Pharaonen*, F. A. Herbig, Munich, 1992.

egipcio ptolemaico al antiguo jeroglífico *itr* (*iteret*), "capilla", utilizado en egipcio medio y nuevo para designar dos tipos de urnas que representaban al Alto y al Bajo Egipto».²

¿Eso era todo? ¿Un jeroglífico mal interpretado?

Algo me decía que no. Y mi instinto no falló.

BOMBILLAS POR TODAS PARTES

Un tiempo después de hacerse públicos los hallazgos de los investigadores austríacos, otros interesados por la egiptología, como el español Manuel Delgado, se percataron de que en una de las salas superiores de este templo, justo encima de la «cripta de las bombillas», se encontraban asimismo unos relieves virtualmente idénticos a los del subterráneo, ubicados a unos tres metros sobre el suelo, y cuyos colores todavía no habían sido totalmente desgastados por el paso de los siglos. Delgado me los mostró en 1995 absolutamente perplejo. «Todos estos relieves representan la misma escena —repetía una y otra vez—. ¿Por qué?»

Tanto los relieves de aquella capilla como los de la cripta mostraban una especie de berenjenas transparentes emergiendo de una flor de loto y siendo sostenidas a su vez por un «pilar Djed», símbolo egipcio bien estudiado que a menudo es interpretado como sinónimo de estabilidad y poder. Pero ¿podía decirse que se trataba de representaciones de lámparas eléctricas? ¿Era posible que los egipcios hubieran ya fabricado esa clase de dispositivos dos milenios antes de que, en 1879, Thomas Alva Edison patentase su primera bombilla?

Las respuestas a estas preguntas están, desde luego, en Dendera. Un análisis más detenido de los relieves a los que me refiero nos permitirá descubrir que, frente a estas «bombillas», se encuentra también esculpida

2. Nacho Ares, *Egipto insólito*, Corona Borealis, Madrid, 1999, p. 140.

una imagen de un babuino que representa al dios Toth, divinidad protectora de la ciencia, que sostiene dos afilados cuchillos mientras contempla las «berenjenas» con un rictus inexpresivo. En uno de los relieves de las salas superiores, además, el babuino cubre sus manos con una especie de guantes aislantes de color azul que parecen afianzar aún más la interpretación que investigadores como Delgado dan a esa imagen.

—El babuino —me comentó él mismo cuando enfocó con su linterna los «guantes» en cuestión, durante nuestra visita al lugar— está indicando claramente que el manejo de esa especie de bombillas reviste ciertos peligros. De ahí los cuchillos sostenidos en forma amenazante.

—¿Algo así como una señal de «Peligro: alta tensión»?

Recuerdo que Delgado rió mi ocurrencia.

La hipótesis de que los antiguos egipcios fabricaron bombillas eléctricas es objeto de polémica aún hoy porque Krassa y Habeck no fueron tan torpes como para basar su argumentación tan sólo en lo que aquellos relieves parecían representar. De hecho, durante su investigación tropezaron con el arqueólogo alemán Alfred Waitakus, que les indicó que los jeroglíficos que rodean las «bombillas» hablan bastante claramente de «luminosidad» y del «gran poder de Isis». Por su parte John Harris, profesor de la Universidad de Oxford, completó los comentarios de Waitakus al afirmar que los relieves estudiados por Krassa y Habeck correspondían a alguna clase de «conocimiento técnico» aunque, finalmente, fue un ingeniero vienés llamado Walter Garn quien llegó a demostrar estos supuestos construyendo su propia bombilla eléctrica basada en los relieves de este templo egipcio.

¡Y funcionó!

PISTAS SIMBÓLICAS

Con el correr de los años, las interpretaciones de algunos científicos han ido complementándose con las interpretaciones simbólicas de los elementos que aparecen en estos «electrificantes» relieves. No debe perderse de vista, por ejemplo, que el loto del que surge la «berenjena» era una flor que los egipcios, así como otros pueblos de la antigüedad, asociaban a la idea de luz. Y que la serpiente dentro de la «berenjena», que Krassa interpreta como el filamento de la bombilla, ha sido incluso identificada por investigadores como el noruego Odduar Eriksen como una clase de janguila eléctrica!

¿Demasiada fantasía en estos comentarios? Tal vez no, si atendemos al contexto en el que están ubicados estos relieves. De hecho, todo el templo de Dendera está cubierto de inscripciones que podrían facilitarnos pistas para interpretarlos. No en vano, se trata de un recinto consagrado al conocimiento en su estado más puro, y que fue erigido en época ptolemaica (siglo I d.C., en tiempos de Ptolomeo IX) para preservar en él, en los estertores de la cultura egipcia, un saber de más de seis mil años de antigüedad.

Una de esas inscripciones, ubicada según John Anthony West en una de las cámaras subterráneas cerradas hoy al público, describe cómo el templo de Dendera fue construido «de acuerdo con un plan escrito sobre rollos de piel de cabra, en la época de los compañeros de Horus»³- Estos compañeros de Horus, o *Shemsu-Hor*, sucedieron en muchos siglos a los *nTrw* (neteru, «dioses») y pertenecían a una cultura mucho más desarrollada que éstos. De hecho, según algunas tradiciones, el templo de Dendera, así como el de Edfú y Abydos, están ubicados sobre los lugares donde, en plena noche de los tiempos, los *Shemsu-Hor* libraron sus batallas e hicieron uso de todo su poder destructor.

3. John Anthony West, *The Traveller's Key to Ancient Egypt*, Harrap Columbus, Londres, 1989, p. 393.

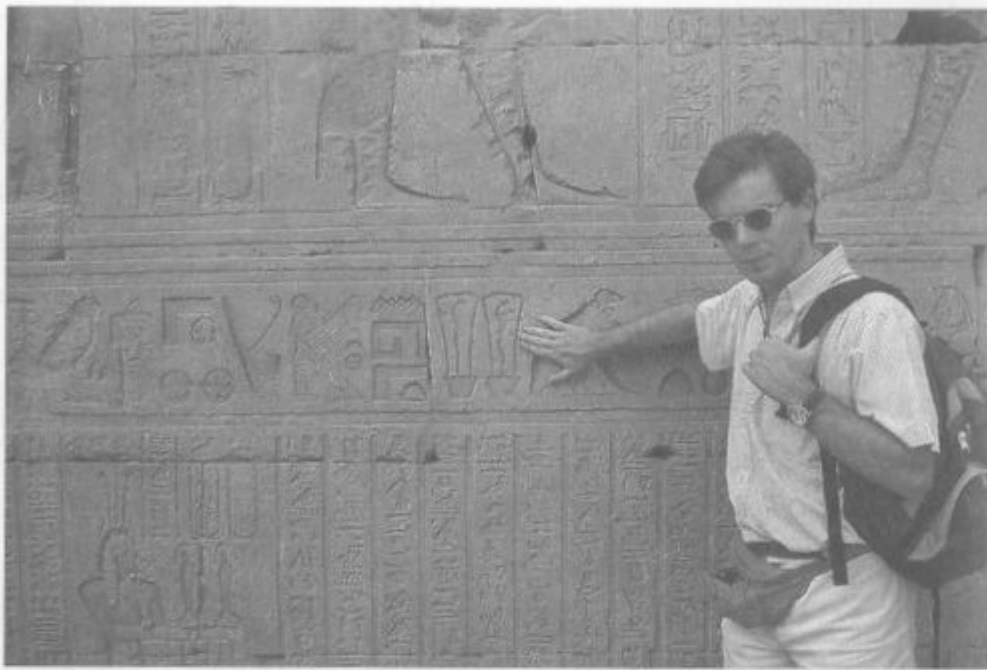
EN TODAS PARTES

Durante estos últimos años de visitas ininterrumpidas a Egipto, un extraño entretenimiento ha ocupado mis ratos libres: buscar en otros templos ptolemaicos como el de Kom-Ombo o el de Edfú —también contruidos sobre los montículos primordiales marcados por los compañeros de Horus— trazas del insólito jeroglífico de las «bombillas». Al principio, la tarea no dio ningún fruto. Sencillamente, no existían «bombillas» de ese tamaño esculpidas en ningún otro recinto faraónico.

Sin embargo, cuando dejé de buscar lámparas incandescentes gigantes y me concentré en los pequeños jeroglíficos, buscando alguna clase de forma estilizada de «bombilla», éstas comenzaron a surgir por todas partes. Las hallé en los corredores de Edfú, bien visibles. También en Kom-Ombo, e incluso en Esna. ¡No había un solo templo de aquel período que no las tuviera!

Las de Edfú me llamaron especialmente la atención. Se trataba de una especie de flores de loto simplificadas, de las que también emergían serpientes que, a su vez, eran cubiertas por una suerte de campanas transparentes. La pregunta resultante de aquella sucesión de hallazgos era obvia: ¿tanto se popularizó el uso de «bombillas» en los templos del Alto Nilo en época ptolemaica, que se decidió acuñar un signo propio para definirlo?

La búsqueda del significado para ese signo jeroglífico tan parecido a las «bombillas» de Dendera no fue fácil. Con los datos que me brindó el experto en cultura egipcia Nacho Ares logré por fin ubicar nuestra «bombilla de Edfú» en catálogos modernos que la clasificaban dentro del apartado de «edificios y partes de edificios», o en listas de jeroglíficos inventados por los ptolomeos que las consideraban como simples determinativos, creados con la intención de acompañar a otras palabras y dotarlas de un contexto semántico propio.



En realidad, Dendera no es el único lugar de Egipto donde existen jeroglíficos que recuerdan bombillas eléctricas. En la fotografía superior señalo dos «bombillas» que se encuentran en el templo de Edfú; la inferior presenta una imagen con «bombillas» de Kom-Ombo. Ambos, templos ptolemaicos del Alto Egipto.

Otras interpretaciones, en cambio, consideraban este símbolo como la representación de un sagrario o una suerte de sanctasanctorum, dando la impresión de que los buenos de Krassa y Habeck — después de todo— tenían razón al afirmar que las «bombillas» no habían podido ser descifradas. Cada experto daba su lectura.

Como apreciará el lector, todas éstas son interpretaciones lo suficientemente vagas como para dejarnos como al principio. ¿O tal vez no? De hecho, sólo si aceptamos la hipótesis de que la casta sacerdotal tenía acceso a una clase de conocimientos tecnológicos impropios de su época, tal vez heredados de esos misteriosos «sembradores de cultura» que fueron los *Shemsu-Hor*, explicaríamos satisfactoriamente cómo los artistas egipcios —que no trabajaban movidos por un sentido estético, sino religioso— rompieron las tinieblas de recintos como la «tumba persa» de Sakkara, con la que iniciaba este relato.

Y vaya por delante una última pista para lectores despiertos: tanto el templo de Dendera como el de Edfú tenían una clara función astronómica. Los techos de sus corredores, la orientación precisa de sus muros a los puntos cardinales y hasta la inclusión de elementos estelares tan clásicos como el célebre «zodiaco de Dendera», apuntan claramente a la existencia de cierta conexión estelar en estos recintos. E indican probablemente —y ésta es una opinión totalmente subjetiva— la dirección hacia la que debemos encaminar nuestros pasos detrás del «enigma eléctrico» de Egipto.

Turquía: Mapas de otro tiempo

ESTAMBUL

Una ola de calor procedente del Bósforo anunciaba que la jornada iba a ser especialmente dura. Era 9 de agosto. De 1998, por más señas.

A mediodía me esperaba en su despacho la directora del palacio museo más fabuloso de la ciudad, el Topkapi. Era una cita precipitada, casi fuera de mi programa de viaje, pero que bien merecía la pena. Si todo salía bien, sabía que tendría un gran reportaje bajo el brazo.

... Si salía bien.

Filiz Cagman, una mujer de aspecto sobrio, pelo corto como el de un muchacho y ojos fríos, me miró de arriba abajo nada más entrar en sus dominios. La estancia era mucho más austera que la recepción en la que colgaban los retratos de los últimos ocho directores de la institución, pero no tardé en descubrir en ella el aura de autoridad que la señora Cagman se había forjado a conciencia.

Apenas una mesa, una máquina de escribir y una montaña prudente de papeles era todo su mobiliario. Y bastaba.

Cagman sabía qué es lo que quería de ella —se lo había anunciado a su secretaria veinticuatro horas antes por teléfono—, y en su semblante se di-

bujaba un gesto inconfundible de desconfianza. Había hecho bien en revelar tan claramente mis intenciones?

Pronto lo sabría.

—Lamento no poder complacerle, señor Sierra —se excusó poco después de tenderme su mano, sin levantarse de su silla—, pero la petición que usted nos hace es en extremo insólita.

—Pensé que se trataba de un objeto de interés público. Por eso me permití solicitar verlo.

—Y lo es —me atajó antes de que mi protesta se elevara de tono—. Pero lo que pide no es posible por el momento.

—¿Por el momento? ¿Quiere decir que en alguna ocasión ha sido posible verlo?

La directora titubeó. Mi pregunta tenía trampa: si respondía afirmativamente, podría indagar en las fechas en las que el objeto de mi interés estuvo expuesto; si era negativa, el misterio se recrudecería por encima de lo esperado. Hablábamos, naturalmente, de una de las piezas más célebres del Museo Topkapi, reproducida en miles de libros en todo el mundo, y que paradójicamente, por su respuesta posterior, ¡no había estado colgada nunca de sus muros!

Al principio no la creí. Luego su mirada me convenció.

—El mapa de Piri Reis no está en exposición —repitió—. Lo lamento de veras.

«Piri Reis» era un mapa antiguo, atribuido a un almirante turco de principios del siglo XVI de idéntico nombre, y en el que se contenían una serie de datos geográficos y cartográficos sorprendentes. Para mi sorpresa, no sólo el mapa no había sido exhibido jamás en el Topkapi —pese a todas las referencias bibliográficas que indican lo contrario—, sino que según averigüé después, sólo destacadas personalidades como el mandatario y artífice de la moderna Turquía, Mustafá Kemal Atatürk, habían podido contemplarlo en toda su majestad.

O casi, porque según Cagman, el mapa se encuentra tan deteriorado que a los expertos sólo se les permite trabajar con copias.

Yo mismo, tras mucha insistencia, pude examinar la más antigua de ellas —una elaborada en 1933, cuatro años después de su «redescubrimiento», por el Ministerio de Educación de Ankara—, y comprar una reproducción a escala real en el museo naval de la ciudad. Atónito, descubrí que ese museo, ubicado en las orillas del Bósforo, posee una gigantesca reproducción en piedra del mapa en una de sus fachadas, e incluso comprobé que postales y láminas con aquellos reveladores bocetos cartográficos impresos formaban parte de los recuerdos para turistas más clásicos del lugar.

—No hay nada que pueda hacer por usted —repitió Filiz Cagman al fin—. Otra vez será.

Impotente, sin permiso para ver aquel mapa con tan fascinante historia a sus espaldas, reuní cuanta documentación y fotografías pude, y durante meses traté de reconstruir la «biografía» de la carta de navegación más extraña, polémica y reveladora que había tenido ocasión de examinar jamás.

HISTORIA EN LA PIEL

La gesta moderna del mapa que me proponía investigar comenzó casi setenta años antes de mi visita. En efecto: en 1929, durante una inspección de los fondos de ese antiguo palacio imperial convertido en museo y centro de reunión social de Estambul, un grupo de operarios descubrió un viejo mapa pintado sobre piel de gacela, enrollado y olvidado hacía tiempo en una estantería de madera. Tras las primeras averiguaciones se determinó que el mapa en cuestión fue dibujado en 1513 —la fecha viene referida en caracteres arábigos en el propio documento y se corresponde con



Todo un misterio. Sólo así puedo definir un mapa que fue dibujado en 1513 y que describe con tal precisión las costas americanas, incluyendo porciones de tierra todavía no descubiertas en esas fechas. Sin embargo, lo más enigmático es que represente parte de la costa de la Antártida, que no sería descubierta hasta 1818.

la del mes de *muharram*, del año islámico de 919—,¹ y su autor fue nada menos que uno de los héroes nacionales turcos: un almirante de la flota otomana llamado Piri Reis.

Este hombre, navegante de reconocido prestigio en su época, llegó incluso a publicar un libro —el *Kitabi Bahriye*-² en el que describe minuciosamente todos los recovecos del mar Egeo. Sin embargo, cosas del destino supongo, su nombre se convertiría en universal gracias a aquel viejo rollo de cuero recién descubierto.

No era para menos. Su olvidado mapa describía con extraordinaria precisión las costas atlánticas de África, la Antártida, España y Sudamérica. Y lo hizo, según explica en el anverso de su propia obra, tomando los datos necesarios de un buen número de croquis antiguos cuyo origen nunca ha llegado a esclarecerse, pero entre los que debía de figurar —según explicó el almirante— una de las cartas de navegación empleadas por el mismísimo Cristóbal Colón. Y lo que es más importante: de los veinte mapas consultados por Reis, algunos databan de la época de Alejandro Magno y otros —aseguró— procedían de complejos cálculos matemáticos.

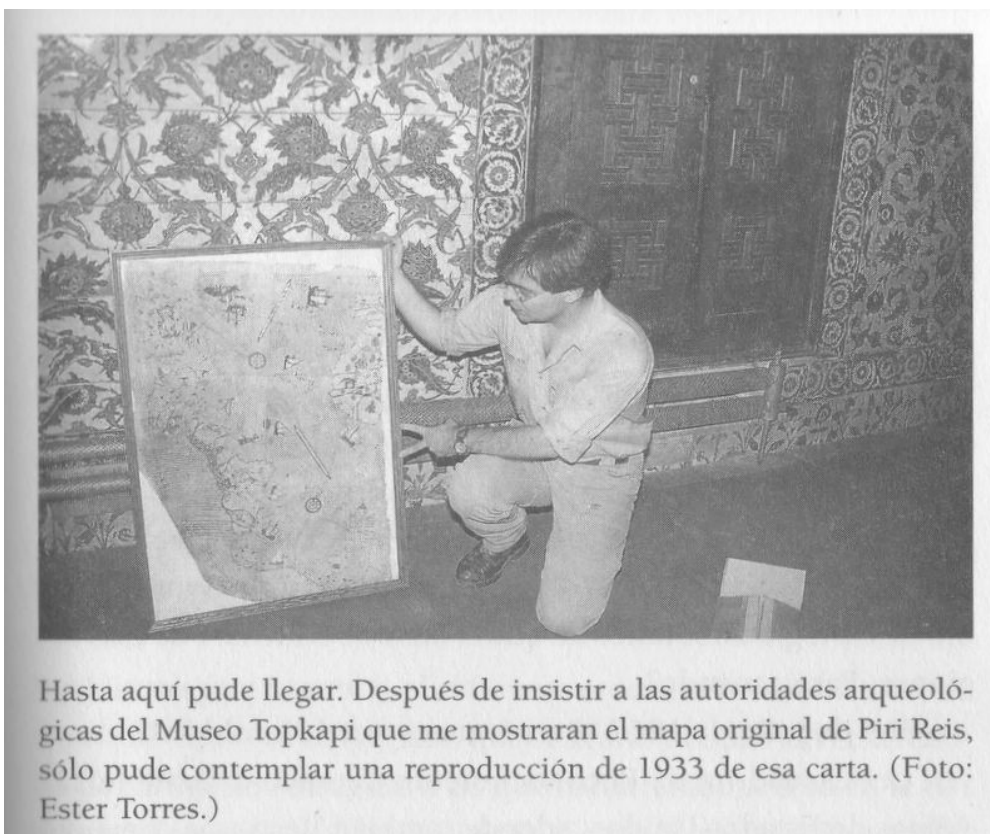
El almirante lo explicó así de claro:

En este siglo no hay mapa como éste en posesión de nadie. La mano de este pobre hombre la ha dibujado y ahora está construido. Lo he dibujado a partir de unas veinte cartas y mapamundis —éstas son cartas dibujadas en los tiempos de Alejandro, señor de los Dos Cuernos, que muestran las zonas habitadas del mundo; los árabes llaman a estos mapas *Jaferiye*— y de ocho *Jaferiyes* de este tipo y un mapa arábigo de Hind, y de los mapas recién dibujados por portugueses que muestran los países de Hind, Sind y China geoméricamente dibujados, y también de un mapa dibujado por Colón en la región occidental. Reduciendo todos estos mapas a una escala, he llegado a esta forma final.³

1. Para los puristas del dato, el mes de *muharram* de 919 se extendía entre el 9 de marzo y el 7 de abril de 1513.

2. Si bien el original del mapa de Piri Reis no es accesible hoy por hoy, no ocurre lo mismo con el manuscrito de este texto, que fue una de las piezas estrella del pabellón turco de la Expo 98 de Lisboa, dedicada a los océanos.

3. La traducción íntegra del texto que acompaña al mapa de Piri Reis se publicó en inglés en el libro de Charles Hapgood, *Maps of the Ancient Sea Kings*, última edición de Adventures Unlimited Press, Illinois (EE.UU.), 1996. El texto original fue publicado treinta años antes.



Por la fecha en la que esta carta náutica fue dibujada, es evidente que se trata de uno de los primeros mapas de América, y el primero del siglo XVI que situaba Sudamérica y África en sus longitudes relativas correctas. Algo —por cierto— imposible de conseguir con los medios tecnológicos de aquel período. Y mucho menos tomando como punto de partida cartas de navegación tan dispares, y de épocas aparentemente tan diferentes, como las enunciadas por el almirante.

Éste, sin embargo, era sólo su primer misterio.

Y es que, además de su irreprochable precisión geográfica, aquel pedazo de piel de gacela encerraba más sorpresas.

En 1956 un oficial de la marina turca regaló una copia facsímil del mapa de Piri Reis a la Oficina Naval Hidrográfica de Estados Unidos, consiguiendo llamar la atención del cartógrafo de la institución, M. I. Walters,

sobre ciertas peculiaridades de la carta. Walters, a su vez, entregó una copia al capitán Arlington H. Mallery, que llevaba años destacándose por sus estudios sobre antiguos mapas vikingos, y que nunca ocultó su especial predilección por la búsqueda de cartas antiguas de América. Y ahí saltó el enigma: según Mallery, además de las costas de Centroamérica y Sudamérica, lo que representaba este mapa eran las tierras altas del continente antártico, y en concreto el perfil de una pequeña península conocida como Tierra de la Reina Maud.

Pero había algo que no encajaba. Tanto el perfil general del continente polar como la costa de la Reina Maud, aparecían desprovistos de su actual capa de hielo, por lo que forzosamente debió de cartografiarse antes de que el hielo se adueñara de esas regiones. Pero ¿cuándo?

El 6 de julio de 1960 el teniente coronel Harold Z. Ohlmeyer, del Escuadrón de Reconocimiento Técnico de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, adonde también llegó una copia del mapa, redactó sus propias conclusiones al respecto. Las elaboró en la base aérea de Westover, en Massachusetts, donde durante varios meses un equipo del servicio cartográfico de las Fuerzas Aéreas estudió el mapa y su compleja red de líneas y perfiles costeros. En ellas confirmaba que «se había trazado el mapa de la costa antes de que ésta quedara cubierta por la capa de hielo». Y añadía que, en nuestros días, «la capa de hielo en esta región presenta en la actualidad un espesor de aproximadamente 1,6 kilómetros».⁴

Las precisiones del teniente coronel Ohlmeyer llamaron la atención de algunos científicos, aunque en especial la de Charles Hapgood, un profesor de Historia de la Ciencia del Keen College de New Hampshire, que llegó a poner el problema en manos del mismísimo Albert Einstein, que se fascinó por el asunto. Y con razón: los cálculos de Hapgood sobre la época en que la Antártida estuvo cubierta de hielo por

4. El texto íntegro de este informe fue publicado por Graham Hancock en su libro *Las huellas de los dioses*, Ediciones B, Barcelona, 1998, p. 13.

última vez demostraban que para cartografiar la costa de la Reina Maud alguien debería haber visitado el continente blanco... hace seis mil años.

¡Seis mil años!

Hace sesenta siglos, siempre según la arqueología más ortodoxa, todavía no habían surgido los primeros destellos de civilización junto al Nilo. Y es que, si en el 4000 a.C. todavía no existía «oficialmente» ninguna civilización desarrollada sobre el planeta, ¿cómo pudo haber alguien que cartografiara esas regiones?

UN SALTO SIN RED

Por fortuna para nosotros, el almirante otomano lo dejó bien claro: él no «inventó» su mapa, sino que se limitó a copiar diversas cartas de navegación antiguas a las que había tenido acceso en la Biblioteca Imperial de Constantinopla. Según el profesor Hapgood, muchos de los mapas custodiados en el siglo XVI en ese recinto habían llegado hasta allí gracias a marineros fenicios. Sin embargo, su origen había que buscarlo en épocas anteriores, muy probablemente «en los geógrafos griegos de la Escuela de Alejandría»,⁵ esto es, en Egipto. Tampoco hay que perder de vista que durante la tercera cruzada los venecianos asaltaron Alejandría, y muchos de los marineros de ese puerto italiano comenzaron a manejar mapas de cierta precisión a partir del año 1204. ¿Fue, pues, el saber acumulado en el antiguo Egipto el que copió Piri Reis en su mapa?

Un «pequeño detalle» aportado por el científico francés Maurice Chatelain en uno de sus libros⁶ tiende a confirmar esta sospecha. Según su parecer, la deformación que presentan las líneas de costa en el mapa de Reis obedece a que esta carta «representaba una proyección plana de la superficie esférica de la Tierra tal y como podría ser vista hoy por un astronauta situado a una gran altura sobre Egipto». Y efectivamente, así

5. Hapgood, *op. cit.*, p. 39.

6. Maurice Chatelain, *Nuestros ascendientes llegados del Cosmos*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977.

es. Una foto de satélite tomada a 4.300 kilómetros sobre la vertical de El Cairo mostraría con bastante precisión esa misma «deformación» de los continentes, lo que ha permitido a científicos de la talla de Chatelain — que formó parte de los técnicos del proyecto Apolo de la NASA— suponer que este mapa es, en verdad, una copia de enésima generación de otro antiquísimo realizado desde la vertical de las pirámides de Giza.

La genial intuición de Chatelain tiene, no obstante, un sólido precedente. Me explicaré. Durante los trabajos de investigación del mapa llevados a cabo por las Fuerzas Aéreas norteamericanas, hubo un aspecto que llevó de cabeza a los expertos. Me refiero a la red de líneas horizontales y verticales que cruzaban la carta de forma aparentemente caótica. Antiguamente, líneas como éstas representaban rutas de navegación entre puertos —lo que dio el nombre de «portulanos» a los mapas que las contenían—, pero en el diseño de Reis ésta no parecía ser su función. En realidad, tal y como apuntó Hapgood en su monumental estudio *Maps of the Ancient Sea Kings*, «la única diferencia entre la especie de cuadrícula rectangular en el mapa de Piri Reis y las cuadrículas de los mapas modernos es que estos últimos incluyen registros con la latitud y la longitud, con paralelos y meridianos a intervalos regulares, generalmente de cinco o diez grados»⁷

Las Fuerzas Aéreas, ignorando que las «rejillas» de los mapas eran algo inexistente en el siglo XVI, dedujeron que esas líneas debían de ser forzosamente indicaciones de longitud, y ese error les llevó a otro descubrimiento. Dedujeron que los cálculos trigonométricos empleados en la construcción del mapa —otro fallo, pues los portulanos nunca usaron la trigonometría— podrían conducirles a descubrir cuál era el punto central del que partía el mapa, y que, con certeza, se situaba fuera de éste, mucho más hacia oriente.

7. Hapgood, *op. cit.*, p. 19.

La búsqueda del centro del mapa se prolongó a lo largo de tres años, aunque el equipo de militares y matemáticos que lo revisó creyó desde el principio que debía de situarse en algún lugar de Egipto. Sus primeras sospechas se centraron en Alejandría, la ciudad más cosmopolita de la antigüedad, y de cuyo saber pudo haber bebido la Biblioteca Imperial de Constantinopla. Pero los datos demostraron lo erróneo de este supuesto al descubrirse que el centro debía de estar mucho más cercano al trópico de Cáncer.

Poco después surgió el nombre de Syene, cerca de la moderna Asuán. La estimación tenía también su razón de ser, pues fue allí donde Eratóstenes, hacia el siglo III a.C., calculó la circunferencia de la Tierra por la diferencia de las sombras proyectadas por sendos palos al atardecer entre esta ciudad y Alejandría. De confirmarse, el dato despejaría además otra cuestión: la de la edad aproximada de los mapas originales consultados por el almirante.

Pero tampoco esta vez se acertó. Las dudas sobre si el mapa estaba orientado al norte geográfico o al norte magnético arruinaron esa deducción, y terminó imponiéndose otra que situaba el centro entre los 30 grados de longitud este, cerca de Alejandría, y el Trópico. Una deducción que confirmaba la solución que después propondría Maurice Chatelain.

ERRORES Y ACIERTOS

Para ser ecuanímes hay que aceptar que no toda la información contenida en este extraordinario mapa es correcta. El almirante deslizó algunos errores de bulto, como repetir dos veces el curso del río Amazonas o el de ignorar la existencia del Orinoco. Sobre el primero, el profesor Hapgood atribuye el «fallo» a que el almirante copió de mapas distintos dos veces el mismo río; y lo demuestra argumentando que si bien uno de

esos Amazonas es dibujado con la isla de Marajó en su delta, el otro no lo hace porque está basado en una carta de hace ¡15.000 años!, cuando todavía Marajó estaba unida al continente...

No obstante, existe otra sutileza digna de mención: mientras que ninguno de los mapas del siglo XVI trazó un curso del río Amazonas remotamente parecido a la realidad, los dos cauces esbozados por Piri Reis son bastante precisos. ¿Otra casualidad?

En cuanto a la omisión del Orinoco, Hapgood disculpa a Reis con un argumento sorprendente: afirma que, en lugar de este curso fluvial, el almirante dibujó dos profundos entrantes en el continente, que debieron preceder al actual caudal del río en varios miles de años.

Es decir, si las apreciaciones del meticuloso Charles Hapgood son correctas, aquella casi olvidada piel de gacela contenía una información geológica recogida en un tiempo donde no existían todavía ninguna de las grandes civilizaciones de nuestro pasado, demostrando la existencia de unos conocimientos geográficos de origen desconocido.

Pero el mapa turco es sólo la primera pista de un nuevo sendero de investigación. De hecho, recientemente, una tesis muy parecida fue abanderada por el periodista e historiador Graham Hancock en su obra *Las huellas de los dioses*. En ella, este estudioso escocés pretendió demostrar que hace más de doce mil años habitó la Tierra una cultura muy desarrollada tanto científica como tecnológicamente. Su libro sugiere que otros mapas antiguos bebieron de las mismas misteriosas fuentes documentales que el navegante turco, ya que recogen las mismas «cartografías imposibles» subglaciales de la Antártida, así como costas todavía no descubiertas en las fechas en las que fueron trazadas.

El ejemplo más destacado es el mapa antártico de Oronce Finé, dibujado en 1531. Su descripción del continente helado se ajusta casi como un guante a las cartas de la Artántida desarrolladas a partir de su descubri-

miento oficial en 1818. Y es que —permítaseme la licencia—, Finé hiló muy fino, pues no sólo incluyó detalles de las costas antárticas no descubiertos hasta fechas mucho más recientes, sino que ubicó correctamente el emplazamiento del polo sur. Y esto, otra vez según las apreciaciones de Hapgood, sólo pudo conseguirse gracias a mapas previos y datos geográficos obtenidos «cuando las costas debían estar libres de hielo».⁸

Hapgood quedó fascinado con este mapa. Llevó copias del mismo al doctor Richard Strachan, del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) para su análisis, y confirmó que Finé copió su carta de otras anteriores, y que las originales debían de mostrar el curso de los ríos antárticos con el aspecto que debieron de presentar hace seis milenios, antes de que los depósitos de sedimentos modificaran en parte su aspecto. «Oronce Finé —escribió Strachan a Hapgood en septiembre de 1962— no pudo haber localizado correctamente por sus propios medios el polo sur tan acertadamente como lo hizo. Seguramente lo fijó allí tal y como se mostraba en algún mapa anterior.»⁹

Lo más sorprendente de todo este rompecabezas histórico es que Finé no fue tampoco el último en copiar datos geográficos de esos «mapas madre» perdidos. Un contemporáneo suyo apodado Mercator —y al que muchos identifican con el célebre cartógrafo Gerard Kremer— trazó un atlas en 1569 en el que ubicaba con precisión lugares que se descubrirían siglos más tarde, como el mar de Amudsen o el de Bellinghausen. Lo cierto es que Mercator mantuvo lazos muy estrechos con navegantes y cartógrafos egipcios, llegando incluso a visitar la Gran Pirámide en 1563.

No sería, por tanto, descabellado suponer que, fruto de esas conexiones egipcias, Mercator obtuvo los «mapas madre» (copias de los mismos, perdidas hoy) que le sirvieron de documentación para su obra. Un trabajo, dicho sea de paso, que sirvió de guía doscientos años más tarde a Philippe Buache, otro cartógrafo ochocentista que también dibujó la

8. Hapgood, *op. cit.*, p. 83.

9. Hapgood, *op. cit.*, p. 233.

Antártida desprovista de su casquete de hielo. Para más inri, su obra no pudo igualarse en precisión y detalle hasta que los científicos obtuvieron nuevos datos de este continente en 1958, con motivo del Año Geofísico Internacional.

¿No es la información contenida en estos mapas un indicio más que sólido de la existencia de un saber muy anterior al que admite la historia?
¿De una Edad de Oro hoy olvidada?

Guinea Conakry: Fabricantes de piedras azules

Ninguna prueba es suficiente —lo sé— para convencer a los más incrédulos de la existencia de una Edad de Oro muy anterior al surgimiento de las primeras civilizaciones.

Y probablemente la que me propongo narrar a continuación tampoco servirá. Sin embargo, tengo la certeza de que, al menos en este caso, el tiempo me dará la razón...

Iré directamente al grano.

En 1990 un singular geólogo italiano llamado Angelo Pitoni¹ era enviado al norte de Sierra Leona, casi en la frontera con Guinea Conakry, para acometer una tarea muy especial. Debía verificar si cierta región del país conocida como Kono era, en efecto, un yacimiento rico en diamantes que pudiera ser explotado por la compañía que le había contratado. Pitoni pretendía obtener la concesión del negocio a cambio de edificar una serie de viviendas para el gobierno.

Aquél era de esa clase de trabajos con los que Pitoni disfrutaba a fondo. No exento de riesgos, la zona de Kono estaba —y aún está— bajo el dominio de caciques que no entienden demasiado de política y que no quieren ver sus tierras en manos del depredador hombre blanco.

Tras superar las primeras dificultades, sucedió algo extraño. Conversando con uno de los jefes de tribu con los que se vio obligado a entenderse, éste

1. Pitoni cuenta parte de sus experiencias en un libro que ha pasado prácticamente desapercibido en lengua española, y que se titula *El misterio de la raza perdida*, Edaf, Madrid, 1997.

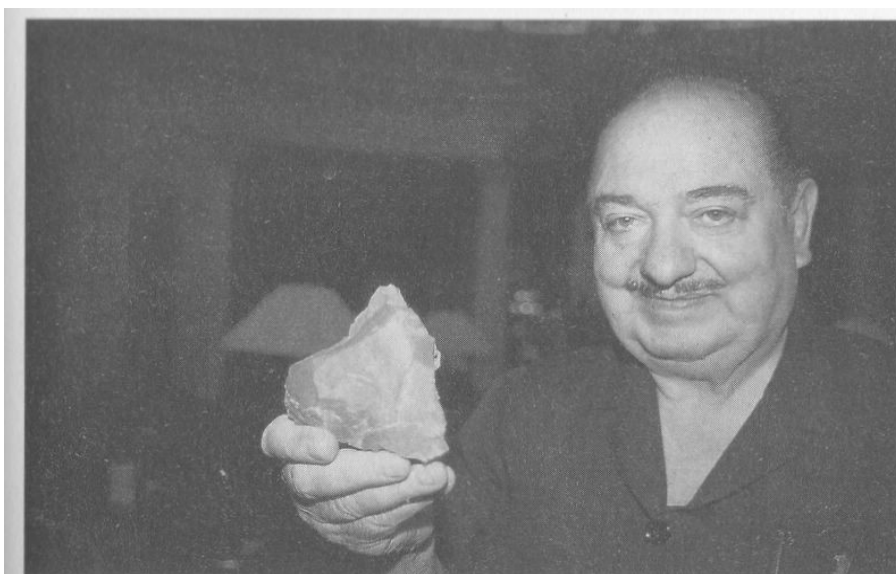
refirió a Pitoni una extraña leyenda que, según los nativos, explicaba por qué aquella zona era tan rica en diamantes. El jefe *fulah* —profundamente embebido en las enseñanzas del Corán—le refirió cómo en la noche de los tiempos Dios descubrió que entre sus ángeles se estaba fraguando una revuelta. Tras perseguir implacablemente a los instigadores de la sublevación los expulsó a la Tierra, donde se convirtieron en estatuas.

Pero los «malditos» no cayeron solos: junto a ellos se precipitó también una gran porción de cielo y estrellas. De hecho, la caída de estas últimas «explicaba» la aparición de los diamantes, pues éstos no podían ser sino las luminarias nocturnas precipitadas tras la rebelión.

El relato del jefe *fulah*, más que un hecho histórico, parecía uno de aquellos típicos cuentos árabes del desierto. Y, de hecho, esa consideración hubiera recibido de Pitoni, de no ser por la tenacidad del africano al tratar de mostrarle las pruebas de aquella expulsión del Paraíso en su propio territorio.

Angelo Pitoni, a quien conocí en Madrid ocho años después gracias a nuestro común amigo Sebastián Vázquez, me contó admirado lo que sucedió a continuación:

—Tras conducirnos a un sector cercano a la frontera entre Sierra Leona y Conakry, y remover unos pocos centímetros de tierra, el jefe *fulah* me mostró una veta de piedra muy extraña. Era de un color azul extraordinario, vetado con líneas blancas que aquel cacique insistía en afirmar que eran los restos de nubes que habían quedado atrapadas en la piedra. ¡Decía que aquello eran fragmentos de cielo petrificados! Cuando examiné de cerca el mineral, creí que se trataba de alguna clase de turquesa muy pura, pero nunca se consiguen así. Siempre van acompañadas por impurezas de pirita, de color negro, que más tarde asocié a las turquesas perfectas que había visto en algunos pectorales egipcios muy antiguos.



Angelo Pitoni fue a Guinea Conakry en busca de diamantes y regresó con un misterio bajo el brazo. Una llamativa piedra azul, tal vez sintetizada por una cultura hoy olvidada.

—¿Creyó entonces que era un «trozo de cielo»?

—No, claro que no... —sonrió—. Pero cuando regresé a Europa con esas «turquesas», las llevé al Instituto de Ciencias Naturales de Ginebra y a la Universidad La Sapienza de Roma para analizarlas. La sorpresa fue mayúscula cuando me dijeron que esas piedras no eran turquesas, y que oficialmente no estaban catalogadas.

¿Una piedra no identificada? ¿Similar a las «turquesas perfectas» de ciertas joyas reales egipcias? ¿Y caída del cielo?

El asunto, tal y como me había prometido Sebastián Vázquez, me interesó.

En la documentación que Pitoni me entregó quedaba bastante claro que la piedra azul que había descubierto no sólo no correspondía a ningún mineral conocido, sino que un material idéntico había sido asimismo

localizado recientemente en Marruecos por una geóloga británica llamada Anne Grayson. Pero ni ella ni Pitoni habían resuelto todavía su misterio, limitándose a bautizarla con el sugerente nombre de *Sky Stone* o «piedra del cielo».

—Lo más irritante de este asunto es que el color que tiene no se justifica por la composición de la piedra —se apresura a matizarnos—. No sabemos de dónde viene su tonalidad; a pesar de que las universidades llevan tres años investigando, no han conseguido saber de dónde viene el color. En la Universidad de Utrecht me dijeron que la sometieron a diversas pruebas con ácidos y ninguno consiguió atacarla. La calentaron hasta 3.000 grados centígrados y tampoco se alteró... Pero lo que más les llamó la atención es que cuando se pulverizó un fragmento de piedra y se observó bajo el microscopio, vieron que allí no había color.

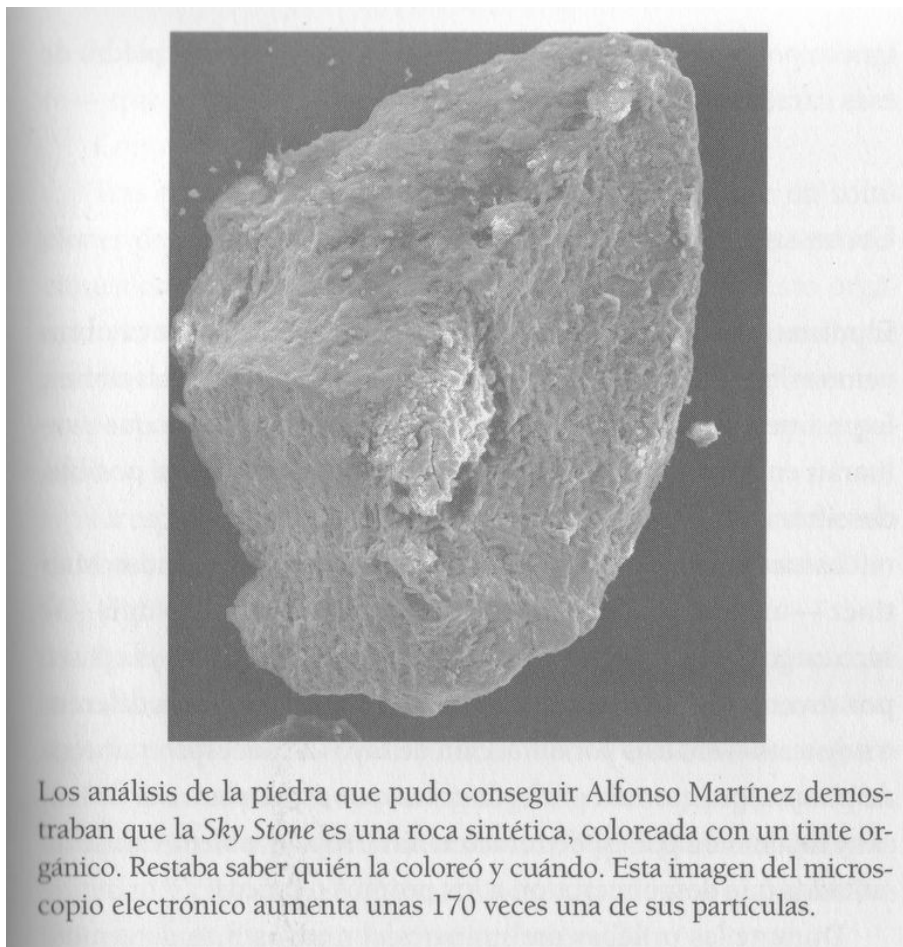
—¿Y tiene usted alguna hipótesis al respecto?

—Tengo razones para creer que esta piedra no ha sido producida por la naturaleza. Creo que se trata de una fabricación de alguna civilización avanzada de la que hemos perdido todo recuerdo, que pudo producirla como si fuera una especie de estuco. Después, los egipcios la usurparon para decorar sus jóyas y templos, hasta perderse sus cualidades para siempre. Lo que creo, en suma, es que hicieron una composición mineral para hacer una masa que ahora es de piedra.

—¿En qué se basa para afirmar eso?

—Bueno, en el lugar donde conseguí esta piedra vi que no estaba rodeada de otras. Si yo hubiera conseguido la piedra en medio de otras, como geólogo hubiera podido decir qué es y cómo se pudo haber formado.

Curiosamente, el único análisis practicado a la *Sky Stone* que llegó a mis manos en aquellas fechas arrojó unos resultados que me desconcertaron.



Los análisis de la piedra que pudo conseguir Alfonso Martínez demostraban que la *Sky Stone* es una roca sintética, coloreada con un tinte orgánico. Restaba saber quién la coloreó y cuándo. Esta imagen del microscopio electrónico aumenta unas 170 veces una de sus partículas.

Un fragmento de esta piedra había sido sometido a un riguroso examen para determinar los elementos de que esba compuesta y en qué proporción se encontraban.

Los resultados fueron bastante intrigantes ya que el 77,17 por ciento de su composición, según este análisis, era... ¡oxígeno! El resto de porcentajes se dividían entre carbono (11,58 por ciento), silicio (6,39 por ciento), calcio (3,31 por ciento) y otros elementos cuya presencia era casi bien anecdótica. Pero ¿era posible que existiera una piedra de oxígeno?

Muchas veces he pensado que tal vez aquel jefe *fulah* que me mostró la *Sky Stone* tenía razón —reconoce Pitoni—, aunque ignoro por completo

cómo podríamos hoy fabricar una piedra de esas características.

UN DESAFÍO AZUL

El misterio estaba servido. A través de Sebastián Vázquez obtuve unos fragmentos de esa roca, y tras diversas conversaciones, logré interesar a algunos geólogos y minerólogos para que evaluaran en Madrid su composición y, en la medida de lo posible, descifraran su naturaleza.

La tarea se extendió más de lo que se esperaba. Alfonso Martínez —un químico del CIEMAT de Madrid buen amigo mío— se hizo cargo de un fragmento de la «piedra azul» de Pitoni, y la paseó por diversos laboratorios. Se la sometió a cinco clases diferentes de tests —análisis por difracción de rayos X, por espectrometría de plasma, por cromatografía de gases, por espectrometría de masas y finalmente por espectrometría infrarroja—, obteniéndose resultados que desconcertaron a los propios técnicos.

Durante las pruebas preliminares con rayos X se determinó que la piedra azul estaba compuesta fundamentalmente por hidróxido de calcio — Ca(OH)_2 —, carbonato cálcico — CaCO_3 — y silicato cálcico — Ca_2SiO_4 —, pero sin embargo ninguno de estos compuestos explicaba su poderosa coloración azul. Los científicos sospecharon que quizá el cobre u otro metal de transición podría ser el responsable de ese tono, pero fueron incapaces de detectarlo en cantidades suficientes para confirmar su teoría.

El rompecabezas se complicó aún más después de las siguientes pruebas. Los análisis por espectrometría de plasma redujeron el nivel de oxígeno a un 50 o 55 por ciento como mucho, lo que, al parecer, es normal en cualquier roca. Pero la sorpresa llegó con la cromatografía

de gases con la que se trató de localizar algún compuesto orgánico en la roca —un tinte— que justificara su color.

Como digo, fue una sorpresa.

Tras triturarse parte de la piedra azul y mezclarse en soluciones de acetona, hexano y metileno, y potenciarse estas extracciones con ultrasonidos, se logró detectar un compuesto orgánico no identificado. Había, pues, un elemento no mineral que podría dar a entender que la piedra azul había sido, tal y como sospechaba Pitoni, sintetizada por alguien en un remoto pasado.

La espectrometría de masas redondearía la faena, descubriendo el nombre del compuesto, y arrojando su fórmula molecular ($C_{17}H_{24}O_3$) Pero ¿de qué se trataba?

De entrada, las gestiones de Alfonso Martínez descartaron que se tratara de un compuesto comercial —con lo que descartábamos la posibilidad de un fraude moderno con bastante seguridad—, pero abrieron otros interrogantes. Por ejemplo, ¿era ese compuesto el responsable del color azul de la piedra? ¿Quién lo sintetizó y cuándo? ¿Y quién tenía conocimientos químicos suficientes en África para fabricar un color así?

EN BUSCA DE LOS RESPONSABLES

¿Fabricar? La alusión, primero del propio Pitoni y después de los análisis científicos de Martínez, a una posible manufactura de las piedras azules me hizo orientar de inmediato mis averiguaciones hacia los responsables de ese logro.

En las leyendas de Sierra Leona recogidas por Pitoni había un margen más que suficiente para suponer quiénes fueron los fabricantes, o al menos quiénes podrían tener una idea más clara al respecto.

Y eso —suerte de tecnología— quedó oportunamente grabado en las cintas de mi entrevista con este aventurero.

—¿Y los ángeles petrificados? ¿También se encontraron en Kono?

—Claro! —Recuerdo que en este punto Pitoni se mostró visiblemente satisfecho por mis preguntas—. Fueron halladas enterradas en aquel mismo lugar numerosas estatuas de diferentes tamaños —de 15 a 60 centímetros cada una—, que los habitantes de la región creen que son los cuerpos petrificados de aquellos ángeles rebeldes expulsados por Dios. Los encontraron los nativos mientras excavaban en busca de diamantes, aunque también se han encontrado en Liberia, Guinea Conakry y en toda la zona que limita con el Atlántico.

—¿Y corresponden a alguna raza conocida?

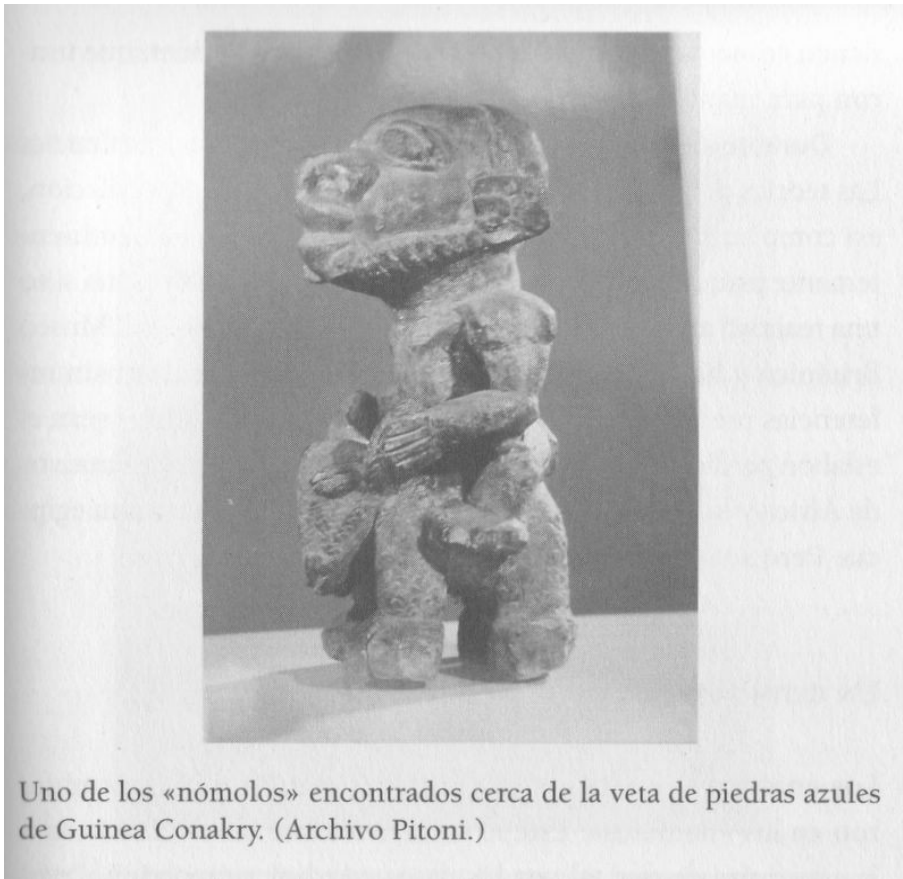
—No exactamente. Tienen una cabeza muy desproporcionada con respecto al cuerpo, ojos saltones, nariz aguileña de aletas amplias, boca grande y mandíbula sin mentón, y suelen encontrarse a profundidades de entre diez y doce metros.

—¿Los han podido datar?

—Más o menos. Como usted comprenderá, la única forma que tenemos de datar esas estatuas es en relación a la capa de sedimentos geológicos en la que se encuentran. Sólo a finales de 1991, durante un viaje con un periodista de la revista italiana *Época*, Mario Lombardo, descubrí un bastón de madera tallado cerca de una de estas imágenes que los nativos llaman «nómolos». Al ser analizada en febrero de 1992 por Giorgio Belluomini con el método del carbono 14, el resultado que arrojó la madera fue de dos mil quinientos veinte años... Pero si se parte de la base que se han encontrado otras estatuas a profundidades mucho mayores, esa cifra podría retrotraerse hasta los diez o doce mil años...

—¿Y a quiénes cree que corresponden esas imágenes?

—Mi teoría es que se trata de atlantes, que utilizaron esa región para fa-



Uno de los «nómolos» encontrados cerca de la veta de piedras azules de Guinea Conakry. (Archivo Pitoni.)

bricar la «piedra azul» a modo de estuco. Debieron, ser los supervivientes de la catástrofe que terminó con su continente, y que se refugiaron en esa parte de África y en Centroamérica. Después del desastre, supieron que estaban en vías de extinción, ya que no podían mezclarse con los homínidos que entonces había y buscaron enseñar a aquellos «hombres inferiores» (es decir, nuestros ancestros) su sabiduría, transmitiéndola a modo de iniciaciones sacerdotales. De hecho, fueron esos «hombres inferiores» quienes los representaron en las piedras que se han hallado en Sierra Leona.

—¿Y dónde está esa sabiduría ahora?

—Fueron los atlantes quienes fundaron la civilización egipcia y mesopotámica por un lado, y la maya por otro. Las dos partes tienen como ne-

no común la construcción de pirámides, que usaron para mandar energía magnética al espacio.

Durante algunos segundos los dos permanecemos en silencio. Las teorías de Pitoni sobre los atlantes eran ya pura especulación, así como sus ideas de que se trataba de una civilización eminentemente psíquica. Sin embargo, los «nómolos» no son teoría sino una realidad arqueológica inclasificable. Almacenados en el Museo Británico y hasta en el Museo de Arte Popular de Basilea sin referencias precisas a su antigüedad, tal vez estas esculturas sean el eslabón perdido que existe entre los remotos habitantes primitivos de África y la irrupción en la historia de la depurada cultura egipcia. Pero sólo tal vez.

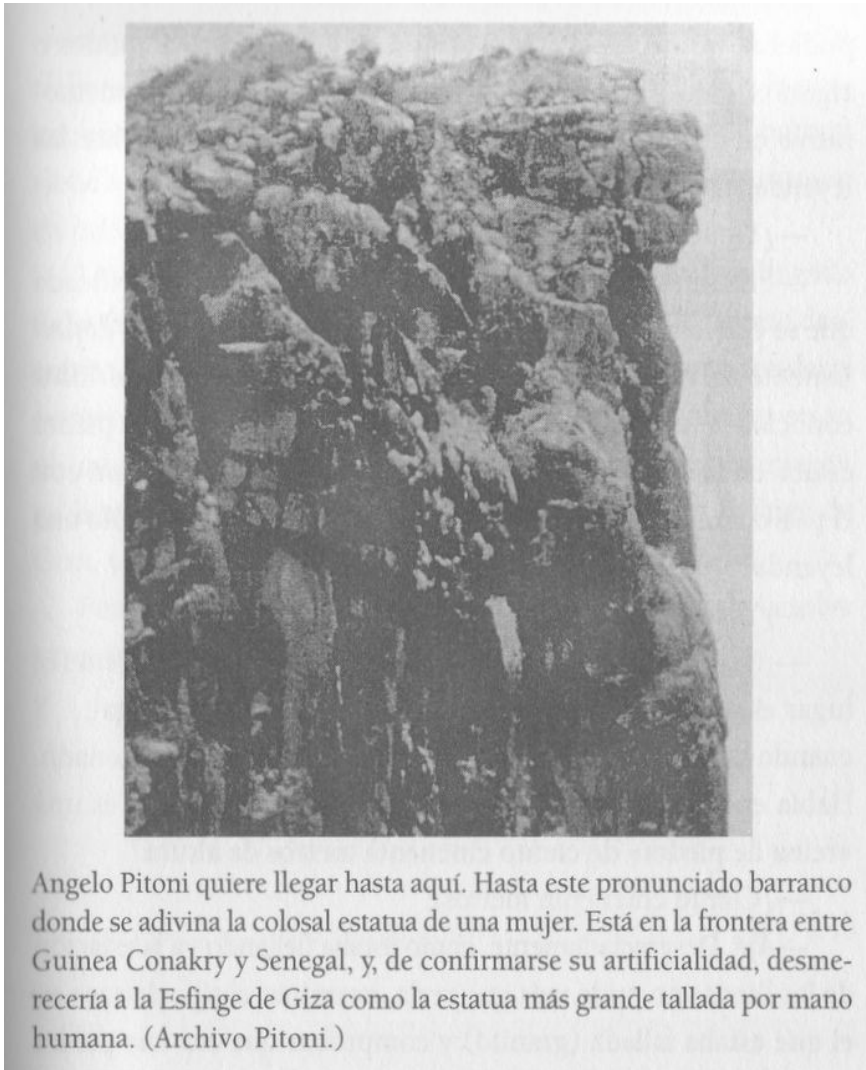
UN ÚLTIMO ENIGMA: LA MADRE DE PIEDRA

Los enigmas del África negra servidos por Pitoni no terminaron en los «nómolos». Éste lo incluyo a título de inventario, con la esperanza de que tal vez los datos que hoy proporciono ayuden mañana a resolver el inquietante misterio de la «piedra del cielo».

Trataré de explicarlo lo mejor posible.

Durante los últimos siete años, este orondo ingeniero italiano, que habla fluidamente español, ha invertido buena parte de su tiempo y su dinero en la búsqueda de nuevas pruebas arqueológicas que sustenten su tesis de que el área comprendida entre Sierra Leona y Guinea Conakry es el lugar donde emergieron las bases de culturas como la egipcia, y tal vez como la mítica cultura prefaraónica que exportó los logros de su perdida Edad de Oro a los pueblos ribereños del Nilo desde el siglo XXX a.C.

En suma, que allí podría encontrarse el verdadero país de Punt que buscaron todos los antiguos faraones.



En 1997 Pitoni hizo otro descubrimiento sorprendente en esa dirección, y le pedí que me lo explicara.

—Lo que había descubierto hasta entonces no me dejó satisfecho —reconoció Pitoni—. Los expertos podrían dudar de si los «nómolos» pudieron haber sido puestos en su lugar en fechas recientes, y no creer en mi hipótesis atlante. Debía encontrar algo inequívoco como las pirámides... Pensé que si los atlantes sembraron las bases de las grandes civilizaciones del pasado, también pudieron influir en la construcción de

grandiosas pirámides o zigurats, y me propuse encontrar algún monumento conmemorativo en el continente. Y de nuevo me dispuse a escuchar las leyendas tribales.

—¿Y qué encontró?

—Finalmente, una tribu me habló de una mujer petrificada que se conservaba en cierta zona de Conakry. Me dirigí al departamento de geología de ese país y les expuse el problema. Ellos conocían la leyenda, e incluso me dijeron que la mujer de piedra estaba en la cima de una sierra llamada Mali —sin relación con el país del mismo nombre—, pero me advirtieron que era sólo una leyenda.

—¿Ya lo habían comprobado?

—¡No! Nunca habían ido hasta allí a verlo. Pero yo fui. El lugar está en la frontera entre Guinea Conakry y Senegal... Y cuando la vi con mis propios ojos me quedé muy impresionado. Había encontrado la escultura más grande del mundo: es una «reina de piedra» de ciento cincuenta metros de altura.

—¿Ciento cincuenta metros?

—Ajá. Desgraciadamente, como estaba llegando ya la estación de las lluvias no pude más que verla, examinar el tipo de roca en el que estaba tallada (granito) y comprobar que era una piedra muy difícil de trabajar. Eso descartaba que la estatua fuera producto de la erosión eólica... Más tarde estudié cómo podían haberla tallado y descubrí que se trata de un altorrelieve realizado en tres fases, para el que necesitaron algún tipo de base para trabajar.

Pitoni me tendió unas fotografías de la «madre de piedra», como él la llama, y de inmediato vimos que la imagen estaba en la parte superior de un barranco muy escarpado. El ingeniero comprendió mi asombro.

—El barranco tiene doscientos cincuenta metros de altura —se apresuró a

explicar—, y si aceptamos que en tiempos de la elaboración de la estatua estaba cubierto hasta los pies de la misma, entendiendo además que un deslizamiento de tierras normal viene a ser de un centímetro por año, podríamos datar la imagen en más de veinticinco mil años.

Las investigaciones de Pitoni sobre esta imagen han llegado todavía más lejos. Estudiando su orientación, este ingeniero descubrió que su «mirada» se fijaba en un valle cercano donde se encuentra una mezquita que atesora algo que no pudo ver en su último viaje a la zona. Más tarde, Pitoni dedujo que la imagen podría corresponder a un legado atlante similar a la Esfinge de Giza, y que merecía ser investigada en más profundidad.

Pero la «madre de piedra» aún aguarda en medio de la selva a que alguien realice ese trabajo...

TERCERA PARTE

Los arquitectos sagrados

No basta con saber, es preciso también aplicar los conocimientos.

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

No se debe confundir la verdad con la opinión de la mayoría.

JEAN COCTEAU

Egipto: Templos de gigantes

EGIPTO

En la universidad aprendí que la historia debe escribirse con pruebas, no con indicios.

Las pistas halladas durante mis viajes, que sugerían la existencia de una época anterior, de un «Primer Tiempo» en el que la humanidad vivió momentos de gloria espiritual y material, debía consolidarse con referencias a cosas que se pudieran tocar. Que cualquiera pudiera ver y estudiar por sus propios medios.

Egipto, una vez más, me proporcionó lo que buscaba. Sólo tuve que regresar a El Cairo.

¡Cómo no me había dado cuenta antes! En la meseta de Giza hay algo que no encaja, que no está acorde con la estética egipcia; algo que no vuelve a encontrarse en ningún otro momento de la historia de esta fascinante civilización, y que parece fuera de lugar entre las pirámides y la Esfinge.

Me refiero —claro está— a los tres templos que se encuentran frente al león de piedra y a la segunda pirámide, atribuida al faraón Kefrén (2520-2494 a.C.). A diferencia de todas las construcciones de su entorno (las grandes pirámides incluidas), esos tres recintos sagrados fueron edificados utilizando grandes bloques de caliza de unas 200 toneladas de peso cada uno, algunos de los cuales se elevaron mediante procedimientos que des-

conocemos hasta 12 metros de altura.

Además —y por si este problema arquitectónico no fuera suficiente para llamar la atención de los expertos— se advierte fácilmente que esas tremendas masas pétreas están engarzadas entre sí como si fueran las piezas de un enorme puzle.

Y, sin embargo, ningún egiptólogo pareció conferirles un interés especial.

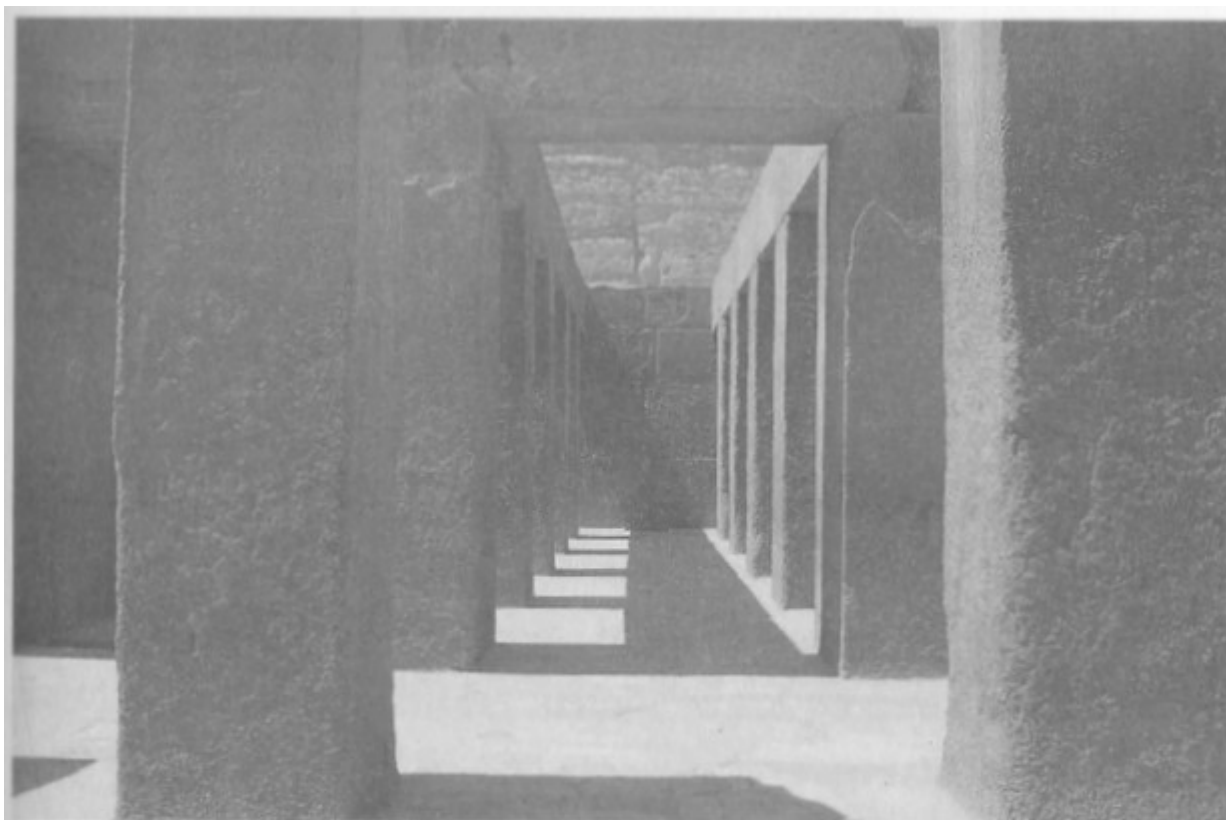
Tuvo que ser un geólogo de la Universidad de Boston, Robert Schoch, quien no sólo se fijó en las tremendas proporciones de esos bloques, sino también en el inusitado grado de erosión que reflejaban. Una erosión conformada por estrías verticales y horizontales que, desde el punto de vista técnico de Schoch, sólo podrían explicarse por la acción ininterrumpida de fuertes lluvias.

Este geólogo no sabía que al hacer una afirmación de esa naturaleza estaba metiendo la mano en un avispero. Las lluvias a las que se refería Schoch para explicar el deterioro del cuerpo de la Esfinge y de los bloques de los templos vecinos se produjeron con seguridad hace más de siete mil años... y los egiptólogos sólo estaban dispuestos a dar a esas estructuras una antigüedad de cuatro mil quinientos.

Cuanto más estudié los resultados (de mi trabajo), más confirmaban lo que yo sospechaba de una construcción en dos etapas de los templos del Valle y la Esfinge. No todas las estructuras de la meseta de Giza fueron construidas durante la IV dinastía, como se aceptaba generalmente. Algunas de ellas, incluyendo la Esfinge, ya estaban allí desde mucho tiempo antes que Kefrén ascendiera al trono de Egipto.¹

Robert Schoch realizó sus primeras averiguaciones entre 1990 y 1991 gracias a una solicitud del egiptólogo independiente —esto es, sin titulación

1. Robert M. Schoch, *Voices of the rocks*, Harmony Books, Nueva York, 1999, p. 38.



Líneas rectas, sin inscripciones, sin espacio a la imaginación, pero levantado con piedras que alcanzan las doscientas toneladas, conforman el aspecto exterior del llamado templo del Valle, en Giza.

universitaria— John Anthony West. Fue él quien le pidió que examinara la erosión del coloso de piedra de Giza a fin de que confirmara o desmintiera las teorías de un filósofo alsaciano de gran perspicacia, René Adolphe Schwaller de Lubicz, que dedujo que la Esfinge debió de haber sido esculpida por una cultura que precedió a los faraones en varios milenios. Y no sólo la Esfinge, también sus templos vecinos.

El problema que planteó la confirmación de Schoch de que la Esfinge se erosionó al menos tres mil años antes de Kefrén es muy grave. A fin de cuentas, ¿quién, en una época «oficialmente» considerada de cazadores y recolectores neolíticos, construyó unos edificios de piedra con losas de hasta 200 toneladas de peso? ¿Fueron sus constructores los mismos que erigieron después la Gran Pirámide? Y en ese caso, ¿por qué no emplearon en ésta más que bloques de «sólo» 2,5 toneladas en su mayoría?

El hecho de que ni sobre la Esfinge ni en las pirámides se haya encontrado una sola inscripción de sus constructores no contribuye, desde luego, a despejar estas incógnitas.

DE VISITA A LOS TEMPLOS DE GIZA

La primera vez que entré en el llamado templo del Valle me quedé helado. Está situado a apenas quince metros al sur de la Esfinge, y su estructura arquitectónica no tiene nada que ver con el resto de los famosos templos faraónicos erigidos a orillas del Nilo. Más bien todo lo contrario.

Los muros de éste, contruidos con sólo tres o cuatro hileras de enormes bloques de piedra caliza de unos 5 metros de largo por 3 de ancho y 2,5 de alto, están revestidos por losas de granito milimétricamente encajadas entre sí, que pesan la tampoco nada despreciable cifra de entre 70 y 80 toneladas.

Lo más llamativo es, no obstante, la percepción del engarzado del granito que recuerda, de inmediato, a los bien encajados puzzles de piedra que se pueden admirar en Cuzco o en el recinto sagrado de Ollantaytambo, en Perú.

¿Quién construyó, pues, el templo del Valle? La egiptología responde a esta cuestión de manera muy simple: fue el faraón Kefrén. Pero tal consideración es, cuando menos, osada. En ninguno de estos recintos se ha encontrado inscripción alguna que vincule los edificios a Kefrén —contradiendo así la extendida costumbre entre los faraones de grabar sus nombres en piedra para la posteridad—. Fue el hallazgo de varias estatuas de este faraón enterradas en el recinto del templo del Valle —entre ellas la célebre imagen en diorita que se muestra en el Museo de El Cairo—, el detonante que sirvió a los egiptólogos para datar ese edificio y las estructuras colindantes. Después se llegó a afirmar incluso que el rostro de

la Esfinge correspondía sin lugar a dudas al propio Kefrén, cuando había elementos más que suficientes para dudar de ese paralelismo.²

Era como si un arqueólogo del siglo XXIII, a falta de otros elementos, datara en el futuro el puerto de Barcelona como de la época de Colón por haberse encontrado allí su imagen sobre una columna...

Y el ejemplo no es baladí. Por lo que se desprende del examen de este recinto, el templo del Valle fue construido en dos fases: en la primera se colocaron los bloques de caliza que hoy vemos desgastados por la acción del agua. No sabemos qué época fue ésa, pero sí sabemos que en una segunda fase un faraón que desconocemos decidió restaurar el templo con las losas de granito.

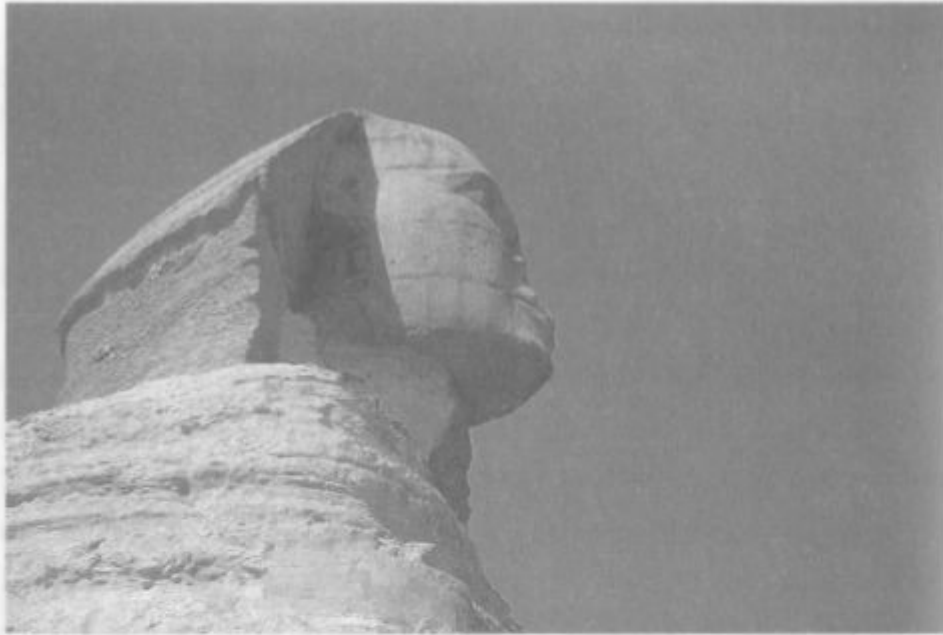
Si como sugiere Schoch, los primeros bloques se tallaron, transportaron y colocaron en la época de las grandes lluvias en el Nilo, alrededor de finales de la última era glacial, si no antes, estaríamos ante el monumento de piedra más antiguo de la historia humana.

En cuanto a la segunda fase del templo, no debe sorprendernos demasiado. Sabemos que faraones como Tutmosis IV o Ramsés II restauraron bajo sus mandatos partes significativas del conjunto monumental de Giza, por lo que tampoco puede descartarse la idea de que Kefrén mismo hubiera podido reformar el templo del Valle añadiéndole las losas de granito, de pesos similares a los ya manejados en las piedras mayores de las pirámides, y enterrara las estatuas del rey en su suelo.

Frente a la Esfinge se encuentra el otro recinto «fuera de lugar»: conocido como templo de la Esfinge, presenta algunas peculiaridades como la de su suelo de alabastro, hoy casi desaparecido, y la existencia de bloques de granito enterrados a una profundidad de 16 metros, traídos directamente desde Asuán en épocas remotas, 1.000 kilómetros al sur de Giza.³

2. En octubre de 1991 el jefe del departamento forense de la Policía de Nueva York viajó hasta Egipto para comparar el rostro de la Esfinge con el de las estatuas conocidas de Kefrén. Su trabajo diario consiste en examinar retratos robot de delincuentes y establecer paralelismos con sus rostros reales, por lo que una tarea así era algo común para Frank Domingo. Pues bien, tras las comparaciones oportunas, el forense no tuvo dudas en afirmar que Kefrén y la Esfinge... no tenían el mismo rostro. Es más, incluso mostró su convencimiento de que reflejaban a personas de razas diferentes.

3. John Anthony West, *The traveller's key to Ancient Egypt*, Harrap Columbus, Londres, 1987, p. 143.



Contemple atentamente estas dos imágenes. Fíjese en los detalles que tienen en común, en especial los labios, pómulos y barbilla, y responda a esta cuestión: ¿cree que representan a la misma persona? Los egipólogos dicen que sí, que ambos son el faraón Kefrén. Expertos en identificación de rostros de la Policía de Nueva York confirmaron que no. Que se trata de personas diferentes y de razas distintas.

Este segundo templo, que actualmente no puede ser visitado por los turistas, presenta un grado de deterioro mucho mayor que el del Valle, y carece del revestimiento granítico de su vecino. En sus enormes bloques de caliza se advierte la misma erosión causada por el agua que denunció el doctor Schoch en la Esfinge, tal y como sucede asimismo en el llamado templo mortuario de Kefrén, situado frente a la segunda pirámide, un kilómetro más arriba, y reducido en la actualidad a una masa caótica de piedras.

MILAGROS MUY ANTIGUOS

¿Quién erigió, pues, estas obras? ¿Por qué su técnica y estilo arquitectónicos no se siguieron usando en Egipto en dinastías faraónicas posteriores? Para expertos como John Anthony West o Graham Hancock —considerados auténticos herejes por los egiptólogos universitarios— la respuesta sólo puede ser una: porque fueron erigidos en tiempos predinásticos por alguna supercivilización de la que hemos perdido toda referencia, y que a los reyes «modernos» de Egipto les resultó imposible imitar.

Sorprendentemente, tal explicación no se encuentra descontextualizada de lo que pensaban los antiguos egipcios sobre sus propios orígenes. De hecho, disponemos de al menos dos cronologías antiguas que enumeran los reyes que tuvo Egipto y que los remontan a mucho antes de la unificación del Alto y el Bajo Nilo en tiempos del faraón Menes (3150 a.C.). Hubo, pues, según ellos, hombres que pudieron acometer tan titánicas empresas.

Estas listas reales son la Piedra de Palermo (de la V dinastía) y el Papiro de Turín (de la XIX dinastía) que ya mencioné en la primera parte de este libro. La de Palermo cita 120 reyes que gobernaron antes del nacimiento de la época dinástica, aunque se encuentra tan deteriorada que es im-

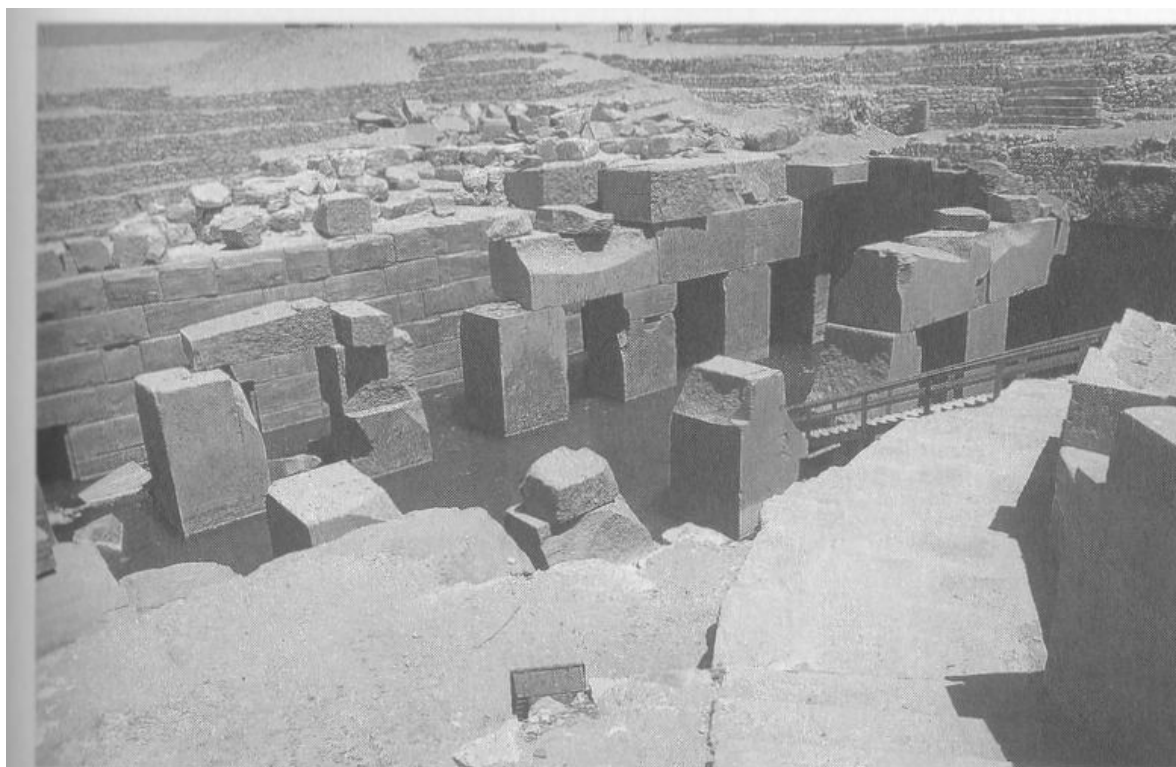
posible extraer más información acerca de ese oscuro período prehistórico. En cuanto al Papiro de Turín, pese a su lamentable estado de conservación, describe un período de 39.000 años (!), que se inició con el gobierno de los *Neteru* (o dioses), y que se desarrolló a lo largo de nueve longevas dinastías anteriores a Menes, comandadas por una suerte de clanes semi-divinos conocidos como «los venerables de Memfis», «los venerables del Norte» y hasta los *Shemsu-Hor* (o «compañeros de Horus»), que reinaron sobre Egipto durante más de trece mil años.

Para los egiptólogos esta información no es más que un mito.

LAS CIVILIZACIONES DEJAN RESTOS

Su reacción es lógica. A fin de cuentas, cuando John Anthony West presentó en la reunión anual de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia (AAAS) de 1992 las conclusiones del doctor Schoch y sus ideas sobre una avanzada civilización preegipcia, fue inmediatamente rebatido por Mark Lehner, egiptólogo de la Universidad de Chicago, con un argumento tan sencillo como ingenuo: si los análisis geológicos demuestran que la Esfinge y los templos fueron erigidos por una cultura desconocida hace más de nueve mil años, «¿dónde está el resto de esta civilización, dónde se encuentran los abundantes vestigios que debió dejarnos una cultura de tan dilatada historia?».

Según West, el «resto» al que se refiere Lehner está enterrado debajo de muchos de los monumentos que hoy contemplamos en Egipto. A fin de cuentas, es bien conocida la costumbre de los antiguos habitantes del Nilo de construir sus nuevos templos sobre las ruinas de los anteriores, como si de semillas para la nueva obra se tratara. Esto, unido a la acción depredadora del desierto, habría hecho desaparecer todo rastro ciclópeo del estilo de los templos de Giza.



Las mismas líneas geométricas del templo del Valle, e idéntico estilo arquitectónico, pueden encontrarse en el Oseirión de Abydos, más de mil kilómetros al sur. ¿Pertenecieron a un Egipto predinástico hoy olvidado?

¿Todo?

En el otro extremo del país, cerca ya de la moderna frontera con Sudán y en los confines del territorio dominado por los faaones, se encuentra otra pista arquitectónica que apoya la tesis de la existencia de esta civilización predinástica. Puede admirarse en la parte trasera del templo de Seti I en Abydos, empotrado en un nivel del suelo sensiblemente inferior al del resto de la construcción. Se trata del Oseirión, supuesta tumba de Osiris para unos y simple cenotafio mandado levantar por Seti para otros.

Como sus «gemelos» de Giza, este recinto fue construido con enormes bloques que alcanzan casi los siete metros de largo, y que carecen también de cualquier inscripción o ángulo que no sea de 90 grados. La impresión que transmite el conjunto es de enorme sobriedad, aunque de inmediato resalta que esta especie de sala subterránea sufrió —como el templo del Va-

lle en Giza— una restauración posterior. Ésta se advierte en los relieves astronómicos descubiertos en el techo, en los «mandalas» geométricos grabados probablemente en época árabe y hasta en una pieza rescatada a la entrada del Oseirión en la que podía leerse: «Seti está al servicio de Osiris».

Cuando Flinders Petrie y Margaret Murray descubrieron el Oseirión en 1903, dedujeron que se trataba de una construcción muy antigua. Inspirados por los enormes paralelismos arquitectónicos que presentaba en relación a los templos de Giza, estos dos arqueólogos no dudaron en apostar por una datación que remontaba su edad hasta, al menos, la IV dinastía.

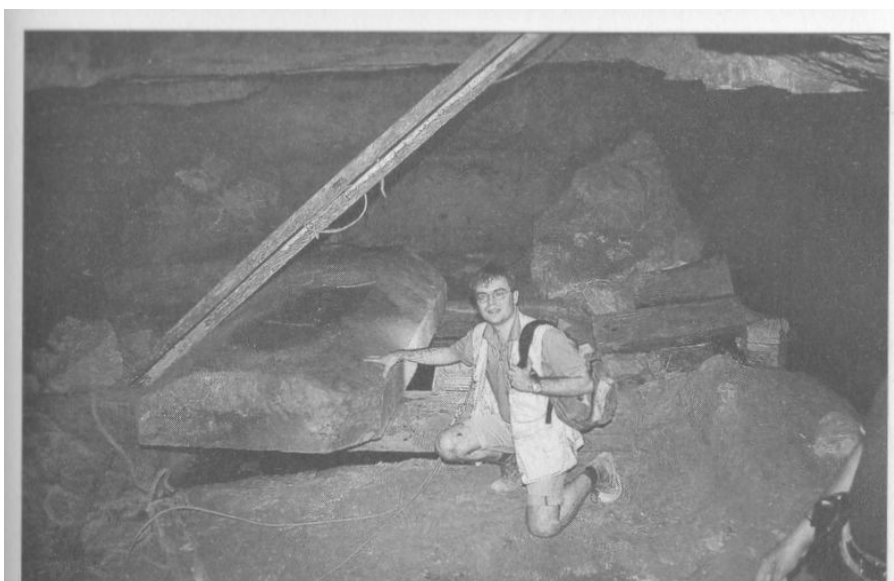
Sin embargo, más tarde, entre 1925 y 1930, el arqueólogo Henry Frankfort descubrió en el recinto un tosco cartucho de Seti grabado en piedra y asentó definitivamente la tesis de que el Oseirión no era más que un cenotafio, una tumba falsa para un dios mítico.

TUMBAS FALSAS, TUMBA VERDADERA

Pero si la tumba de Abydos era falsa, ¿quería esto decir que existía una verdadera? ¿Una tumba de un dios?

La mera sospecha de que los restos mortales de alguna de las divinidades egipcias pudiera encontrarse cualquier día bajo las arenas del desierto me hizo soñar durante meses. En cierta manera, la leyenda de Osiris justificaba la existencia no de una, sino de varias sepulturas para su cuerpo. Plutarco, el famoso escritor latino del siglo I d.C., recoge en su obra *Isis y Osiris*⁴ cómo el cuerpo del dios del más allá fue troceado en catorce partes y enterrado en otros tantos lugares, de donde sería rescatado por su esposa Isis y «reconstituido» con la sola intención de quedarse embarazada y dar a luz al que regiría en adelante los destinos del

4. Plutarco, *Isis y Osiris*, Editorial Lidium, Buenos Aires, 1986.



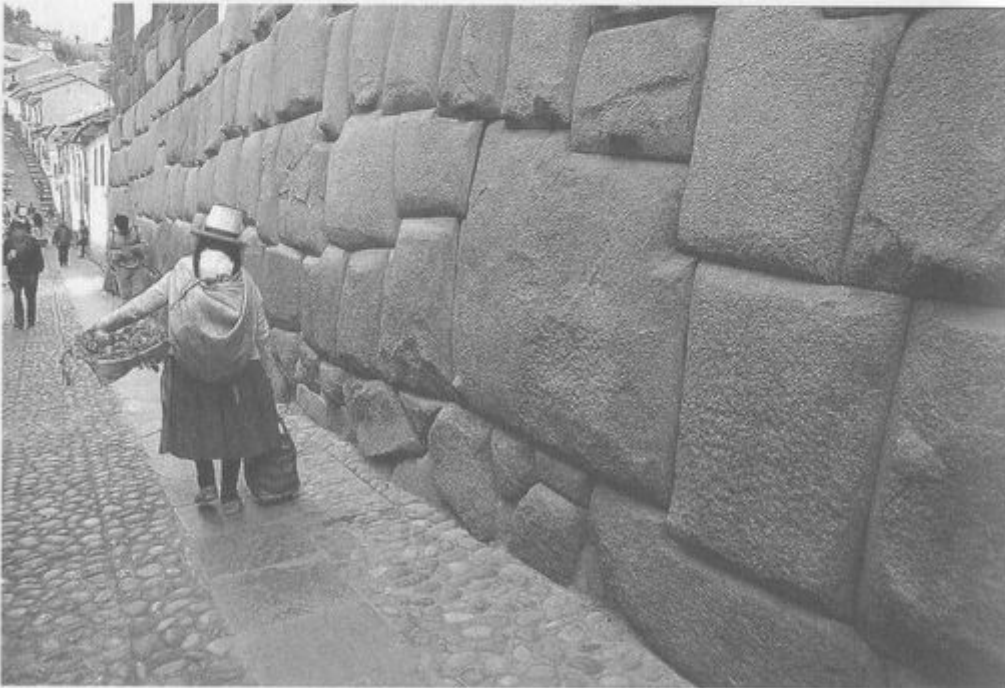
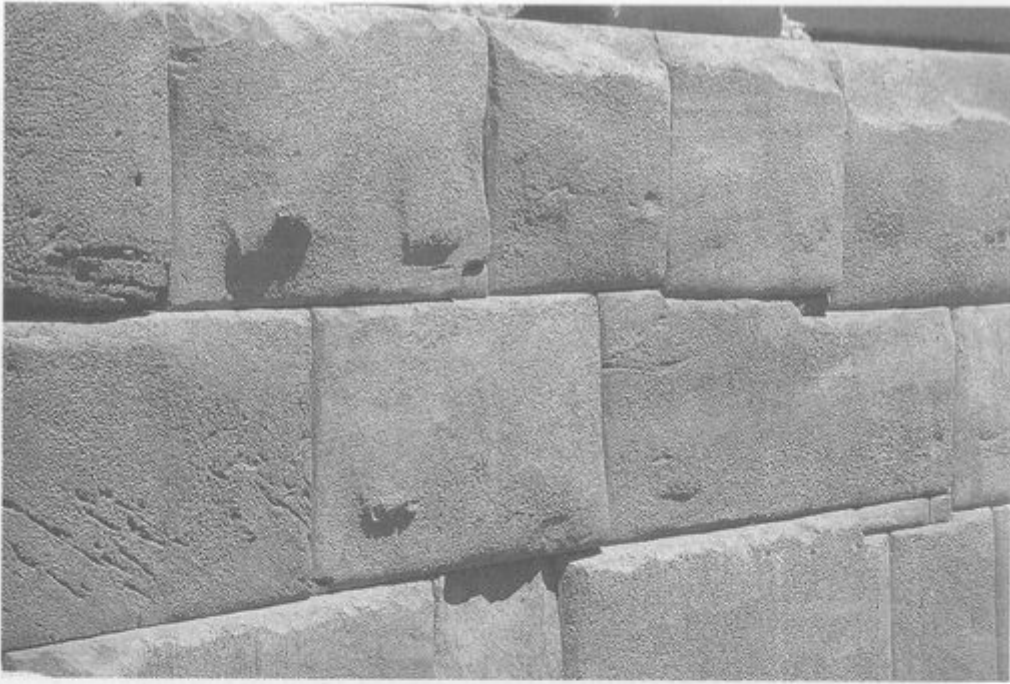
Tras setenta metros de caída vertical, se alcanza una sala oscura bajo la meseta de Giza, que alberga el sarcófago de un gigante. Tiene tres metros de longitud y los expertos creen que se trata de una tumba falsa del dios Osiris. ¿Tanto esfuerzo para no enterrar a nadie? (Foto: Eva Pastor.)

país: Horus.

Previsiblemente, por tanto, deberían existir otras tantas tumbas vacías, quizá en recuerdo del cadáver que un día albergaron. ¿O no?

Tal vez por eso, cuando a primeros de 1998 el doctor Zahi Hawass, el máximo responsable arqueológico de la meseta de Giza, anunció el descubrimiento de otra «tumba de Osiris» cerca de las pirámides no me sorprendí demasiado. Y debí hacerlo.

Hawass fechó el hallazgo —ubicado a medio camino entre la Esfinge y la segunda pirámide de Giza— en una época cercana al período saíta. Esto es, entre el 665 y el 525 a.C. Y añadió que la tumba había sido hallada vacía y sin inscripciones.



La imagen superior corresponde a un muro en disposición de puzle del Oseirión de Abydos, en Egipto. La inferior fue tomada tras el palacio episcopal de Cuzco. ¿No obedecen a un mismo estilo arquitectónico?

Tardé en reaccionar. Hasta agosto de 1999 no pedí los permisos oportunos para descender a aquel lugar, y no fue hasta que emergí de aquella tumba cuando me di cuenta de cuán contradictorias habían sido las conclusiones del doctor Hawass. La lógica era aplastante: si los arqueólogos habían sido incapaces de hallar inscripción alguna o material datable en aquel agujero, ¿cómo podían concluir con tanta seguridad que se trataba de una obra de la época saíta?

Decidí hacer algunas averiguaciones por mí mismo y, acompañado por uno de los inspectores de antigüedades al servicio del doctor Hawass, el 3 de agosto de 1999 me acerqué a la tumba de Osiris, ignorando lo que en ella me esperaba.

Lo primero que me llamó la atención fue la embocadura del monumento funerario: un pozo de sección cuadrada y unos quince metros de profundidad, que inmediatamente daba paso a otra sección interior sumida en la más absoluta de las penumbras. El pozo —según me informó el inspector mientras descendía conmigo por unas resbaladizas escaleras de mano que se perdían en la oscuridad— tenía unos setenta metros de profundidad, y estaba dividido en tres niveles principales.

En uno de ellos reposaban cinco sarcófagos de granito negro, vacíos. Y más abajo, rodeado por un foso de agua, un sexto sarcófago, gigante, pero con la forma de un hombre tallada en el fondo, descansaba allí desde tiempo inmemorial.

De haber albergado a un ser humano, su ocupante debió de medir más de dos metros veinte de alto, y mereció la construcción de una galería vertical de enormes dificultades técnicas en su vaciado, que acogió aquella caja de piedra enorme.

Y de haber permanecido siempre vacía..., ¿para qué tanto esfuerzo?

La nueva tumba de Osiris me dejó sin aliento. Recordé lo que los saítas dejaron escrito en la Piedra Shabaka, un trozo de granito negro hoy expues-

to en el Museo Británico, acerca de aquella meseta llena de sorpresas: «Giza es el lugar de enterramiento de Osiris».

¿ERRORES?

Para los antiguos egipcios Osiris fue uno de los dioses primordiales de su panteón. Astronómicamente emparentado con la constelación de Orión, creían que esta divinidad fue la que culturizó Egipto.

Como otros dioses civilizadores de otras culturas, Osiris trajo al valle del Nilo la abolición del canibalismo, la agricultura (especialmente los cultivos del trigo y la cebada), el vino y hasta el primer código de leyes para los hombres.

De ser ciertas sus atribuciones como instructor, a alguien como Osiris — que para investigadores como West o Hancock podría ser una suerte de cabecilla de esa cultura perdida de ingenieros prehistóricos—, los egipcios le deben el uso de un sistema de escritura tan complejo como el jeroglífico, la comprensión de un calendario minuciosísimo fundamentado en la medición del movimiento de la estrella Sirio en el firmamento, y hasta el empleo de técnicas constructivas ciclópeas que se aplicaron con intensidad hasta la IV dinastía y que luego se fueron perdiendo hasta dejar paso sólo a contadas proezas arquitectónicas posteriores como la erección de obeliscos.

Otro asunto es saber de dónde vino este Osiris. En su magnífica obra *Las huellas de los dioses*,⁵ Graham Hancock sugiere que podría tratarse de un dios navegante, lo que justificaría el impresionante hallazgo realizado en 1991 junto a la «Casa de millones de años» de Abydos.

En diciembre de aquel año fueron hallados bajo las arenas del desierto doce barcos teóricamente preparados para la navegación en alta mar, y hun-

5. Graham Hancock, *Las huellas de los dioses*, Ediciones B, Barcelona, 1998.

didados bajo tierra a unos dos kilómetros del curso del Nilo. Según la datación aproximada que se hizo entonces, las naves bien podrían tener cinco mil años de antigüedad y ser, por tanto, muy anteriores al reinado de Seti.

Esto confirmaría dos cosas importantes: que Abydos era un lugar sagrado antes de la llegada del faraón que construyó el templo que hoy admiramos, y que Seti bien se pudo volcar en la rehabilitación de una construcción del tiempo en que los dioses gobernaban Egipto.

La sola suposición de la existencia de dioses navegantes obliga a replantearse una vez más el asunto de la Atlántida. Un pueblo pudo haber desarrollado dotes de navegación y haber dejado huellas de su paso tanto en Sudamérica como en África. A fin de cuentas, a nadie pueden pasar inadvertidas las conexiones existentes entre la tecnología de navegación empleada por los tihuanacotas en el actual altiplano boliviano en sus barcas de totora, y los navíos enterrados en Egipto. O que tanto en Tiahuanaco como en templos del Imperio Nuevo se emplearan idénticas grapas de metal para interconexionar los bloques de piedra de sus templos; o, como enésimo ejemplo, que los bloques de andesita que se utilizaron en los muros defensivos de la fortaleza inca de Sacsahuamán presenten la misma disposición «en puzle» que las losas de revestimiento de la pirámide de Micerinos en Giza o que los bloques que flanquean el interior del templo del Valle.

A estas alturas, yo no creo en las coincidencias. ¿Y usted?

Egipto: Tumbas verdaderas, momias falsas

SAKKARA

A primeros de octubre de 1850 el Museo del Louvre, en París, enviaba a Egipto a un personaje muy especial. Enjuto y perspicaz, Auguste Mariette era un joven de veintiocho años que hablaba correctamente inglés, francés y árabe, y a quien se le asignó la delicada misión de adquirir el mayor número posible de antiguos papiros egipcios con los seis mil francos franceses de presupuesto que llevaba consigo.

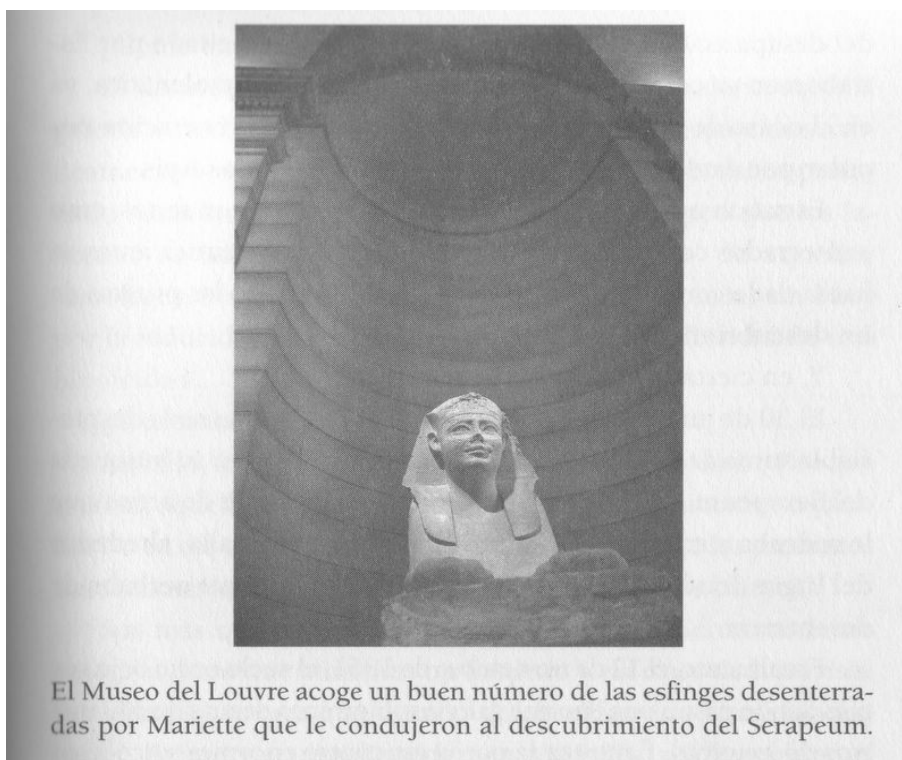
Pero algo debió de ocurrirle para que, de la noche a la mañana, decidiera cambiar de planes e invertir aquel dinero en otro proyecto bien diferente.

En cuestión de semanas, tras su llegada a El Cairo, se lanzó al desierto a explorar las pirámides de Giza primero, y la todavía mal excavada necrópolis de Sakkara después.

Él nunca creyó que aquella pirámide escalonada hecha con bloques de ladrillo hubiera pertenecido alguna vez al faraón Zoser, y desarrolló la teoría de que bajo sus cimientos deberían de encontrarse despojos de bueyes sagrados de las primeras dinastías.¹ Representaciones animales de Osiris.

Prácticamente lo encontró todo por hacer, y tras una intuición genial — basada en sus lecturas de historiadores clásicos como Heródoto, Diodoro

1. Gilles Lambert, *El guardián del desierto*, Vergara, Barcelona, 1999, p. 95.



de Sicilia y Estrabón— descubrió algunos indicios que le llevarían a uno de los descubrimientos más fascinantes jamás realizados en Sakkara: el Serapeum.

Otra tumba para bueyes sagrados, por cierto.

¿FUNERALES PARA BOVINOS?

A aquella tarea desvió todos sus fondos, y el éxito de su intuición pronto le valió la llegada de más dinero.

En el verano de 1851 Mariette había desenterrado ya más de un centenar de esfinges en la zona de Sakkara y creyó que, casi con toda seguridad, formaban parte del conjunto arquitectónico del desaparecido Sera-

peum. Un lugar, por cierto, citado por Estrabón en su célebre *Geografía*, y que en la época ptolemaica, ya en el ocaso de la cultura faraónica, fue centro de veneración popular por darse sepultura allí a los bueyes sagrados Apis.

Estrabón mencionaba que tales bueyes, una vez muertos, eran «enterrados con gran suntuosidad», y dado que nunca antes se había dado con tal mausoleo, Mariette creía estar a las puertas de un descubrimiento espectacular.

Y, en cierta medida, no se equivocó.

El 30 de junio de aquel año recibió del Louvre la nada despreciable suma de treinta mil francos más para proseguir su búsqueda del Serapeum. Se empleó a fondo en drenar el mar de arena que le rodeaba y en colocar cargas de dinamita aquí y allá, alrededor del lugar donde se perdía la avenida de esfinges que acababa de desenterrar.

Finalmente, el 12 de noviembre de 1851, el suelo cedió bajo sus pies dando paso a una enorme galería subterránea de más de 300 metros de longitud, flanqueada por veinticuatro enormes sarcófagos de granito negro.

La visión debió de ser espectacular.

De hecho, lo primero que pensó Mariette es que aquello tenían que ser tumbas de gigantes, no de bueyes. Y con razón. Cada uno de aquellos sarcófagos estaba tallado en una sola pieza de granito, de 3,79 metros de longitud por otros 2,30 de ancho y 2,40 de alto. Además, y por si tales monstruosidades arquitectónicas no fueran suficientes, todos ellos estaban coronados por una enorme tapa de granito, ligeramente desplazada, que permitía echar un vistazo en su interior.

Mariette lo hizo, claro, y se quedó de una pieza.

Aquellas moles provistas de paredes de 42 centímetros de grosor y que debían pesar alrededor de 70 toneladas cada una... ¡estaban vacías!

¿Cómo era posible?

El desorden que encontró Mariette al descender a aquella galería, con cientos de estelas y objetos de culto esparcidos caóticamente por el suelo, indicaban que el lugar había sido profanado hacía largo tiempo. Sin embargo, no era lógico que los ladrones se hubieran llevado a los «inquilinos» de aquellos sarcófagos. Nunca lo hacían. Y además, tratar de sacar un buey por la reducida abertura que dejaban las tapas hubiera sido una heroicidad...

¿Y entonces?

Aquello, lejos de frustrarle aumentó su curiosidad. ¿Por qué estaban aquellos sepulcros limpios? ¿Fueron realmente saqueados? Y en ese caso, ¿cuándo y por quién? ¿Y por qué los presuntos saqueadores se llevaron consigo las momias de los bueyes?

Sus más que razonables dudas no sólo no fueron resueltas entonces, sino que alimentaron después toda clase de hipótesis. Por ejemplo, se cree que cuando el cabecilla persa Cambises entró en Egipto y se proclamó faraón (525-522 a.C.), profanó el Serapeum, saqueándolo y quemando después todas las momias de los bueyes para reafirmar su autoridad. Según esta versión de los hechos, lo único que dejó tras de sí la ira de Cambises fueron los sarcófagos (inamovibles de su emplazamiento incluso hoy, por los enormes problemas técnicos que supondría extraerlos de sus nichos y ascenderlos hasta la superficie) y cientos de estelas que mencionaban la existencia de un culto alrededor de Apis-Osiris.

Los problemas técnicos de su construcción, si bien no fueron pasados por alto por Mariette, sí se dejaron en un segundo plano a falta de respuestas convincentes para el misterio de los bueyes. A fin de cuentas, en ningún documento o estela ptolemaica conocido se menciona el traslado de al menos veinticuatro bloques de granito de casi 100 toneladas de peso cada uno —si tenemos en cuenta sus respectivas tapas—, desde

las canteras de Asuán hasta 1.000 kilómetros hacia el norte. Y tampoco está aún claro por qué ninguno de los sarcófagos —a excepción de uno de ellos que presenta motivos geométricos toscamente raspados— contiene inscripciones con la historia o los nombres de los bueyes sagrados que albergaron.

No era difícil pensar en las ciclópeas construcciones «mudas» de la meseta de Giza.

Y es que, evidentemente, hipótesis como la del saqueo de Cambises dejan numerosas preguntas sin respuesta. Por ejemplo, la mayoría de las ranuras existentes entre las tapas descorridas y los sarcófagos, si bien permiten que un hombre se deslice en su interior, no facilitan que una momia de un buey salga por ellas entera. Además, Cambises no lo destruyó todo, ya que Mariette se encontró, finalmente, con dos sarcófagos intactos y herméticamente cerrados en uno de los extremos de la galería.

BETÚN PARA MARIETTE

Sucedió casi un año después del descubrimiento del Serapeum.

Mariette siguió explorando aquella inmensa bóveda subterránea descubriendo otra inferior con evidentes signos de haber sido utilizada mucho antes de la llegada de los Ptolomeos a Egipto. Se trataba de una serie de corredores probablemente construidos en la XIX dinastía, en tiempos de Ramsés II (1290-1224 a.C.) y en donde el arqueólogo francés accedió a los hallazgos más interesantes.

El 5 de septiembre de 1852, se tropezó con dos sarcófagos de la época ramésida en los que se podían reconocer grabados que representaban a un hijo de Ramsés II ofreciendo una libación al dios Apis.

Sin dudarlo, Mariette se lanzó a la tarea de abrir aquellos sepulcros y a

desvendar lo que parecían los cuerpos de sendos bueyes-dioses. «En ese momento —leemos de las notas que el propio Mariette dejó de su hallazgo— tenía la certeza de encontrarme ante una momia de Apis y por ello la manipulé con sumo cuidado... Empecé por deshacer las vendas que envolvían la cabeza; sin embargo, no encontré nada. En el sarcófago no había más que una maloliente masa bituminosa que se deshacía con el más ligero toque. —Y continúa—: En esa hedionda masa había un gran número de minúsculos huesecitos, que por lo visto habían sido desmenuzados ya en la época del enterramiento. En medio de esa confusión de huesecillos mezclados al azar encontré quince figuras.»

Ninguno de los dos sarcófagos desveló el misterio. Antes bien, lo agravó.

A fin de cuentas, resulta absolutamente inconcebible que los sacerdotes egipcios despedazaran el cuerpo de un buey sagrado, profanando así al dios Osiris, al que representaba, y lo enterraran hecho añicos. ¿O no se trataba de cuerpos de bueyes?

La única momia que encontró Mariette en el Serapeum fue una humana, la de Kaemwaset, uno de los muchos hijos de Ramsés que dejó la carrera política para convertirse en sacerdote de Ptah. Las inscripciones y las joyas halladas por Mariette junto a su sarcófago de madera, en el segundo nivel de aquel recinto, le valieron para confirmar la importancia sagrada del lugar...

Pero Mariette murió antes de saber que, incluso en esta ocasión, su momia ¡tampoco era tal!

En los años treinta del siglo XX los arqueólogos británicos Robert Mond y Oliver Myers desvendaron el cadáver hallado por Mariette. Cuando abrieron sus mortajas, se tropezaron con una masa de betún mezclada con huesos —no todos humanos, por cierto— a la que, por alguna razón desconocida se le había dado la forma humana. El descubrimiento reabrió la veda para las hipótesis más osadas.

TUMBAS PARA... ¿MUÑECOS?

El propio Robert Mond protagonizó un nuevo hallazgo que añadiría más misterio al enigma del Serapeum.

Fue junto al pueblo de Armant, no demasiado lejos del actual Luxor, donde ocurrió. Mond trabajaba sobre los restos de la antigua ciudad santuario que los griegos bautizaron como Hermontis. Se trataba de un enclave particularmente importante, ya que era el reflejo en el sur de la ciudad de la sabiduría del Delta, Heliópolis.

Fue justo allí, bajo sus restos, donde Mond desenterró un nuevo complejo de «tumbas para gigantes».

Según dedujo, aquellos sarcófagos dispuestos a ambos lados de un corredor subterráneo casi idéntico al del Serapeum, más de 500 kilómetros Nilo arriba, formaban parte de un complejo funerario para bueyes Bukhis. Bautizó su descubrimiento como *Bukheum*, y cuando echó un vistazo al interior de sus sarcófagos, los encontró ¡vacíos!

La consternación debió de ser mayúscula. Mond sabía que los hallazgos de masas bituminosas con astillas óseas minuciosamente troceadas no justificaban los laboriosos recipientes pétreos que los contenían. De hecho, también en Abusir se descubrieron un par de toros embalsamados y envueltos en telas de lino, a través de las cuales se adivinaban perfectamente sus perfiles cornudos. En aquella ocasión fueron dos arqueólogos franceses, Lortet y Galliard, los que deshicieron los vendajes y hallaron el correspondiente «muñeco» de betún y huesos troceados procedentes de varias especies animales... pero ni rastro de una momia auténtica.

¿Y si los sarcófagos de granito «mudos» correspondían a una época anterior a los faraones y los «muñecos» formaban parte de alguna clase de ritual de épocas posteriores?

A falta de otras, esta teoría casaba con los hechos.

El hallazgo de estatuillas egipcias intactas entre los huesos troceados de estas seudomomias descartaba la hipótesis de que fueran sacerdotes coptos los que, siglos después, exhumaron los cuerpos de los bueyes, los apalearon reduciéndolos a huesecillos y los volvieron a depositar en sus sarcófagos. En ese hipotético caso, era evidente que los exvotos hubieran sido destrozados junto a las momias. Y ése no era el caso.

¿Entonces?

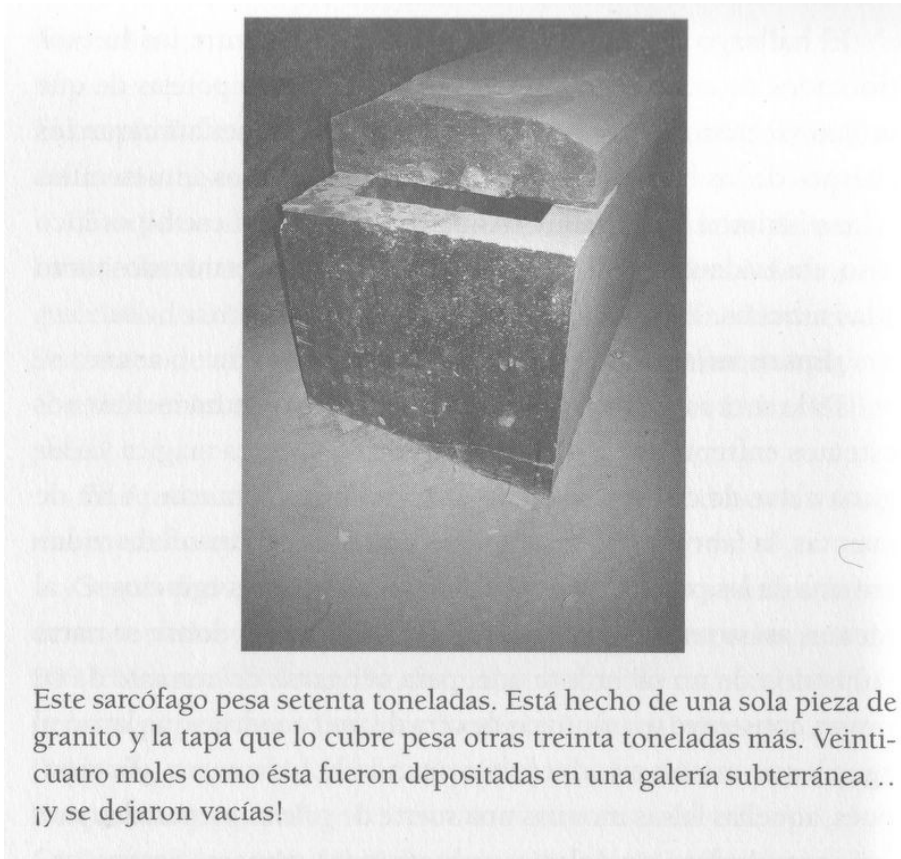
Todo se mueve en el terreno de las hipótesis. Quizá incluso nos estemos enfrentando a lugares de tremenda fuerza mágica y a alguna clase de culto del que hemos perdido memoria. A fin de cuentas, la fabricación de muñecos a los que se «insuflaba vida» era una de las prácticas comunes de los sacerdotes egipcios. O, al menos, así se refiere en el llamado Papiro Westcar donde se narra la historia de un sacerdote que, para vengarse del amante de su mujer, construyó un muñeco de cera de un cocodrilo que lanzó al agua y que mató a su adversario cuando lo tuvo cerca. ¿Fueron, pues, aquellas falsas momias una suerte de *golems* preparadas para ser «reavivadas» en galerías subterráneas como el Serapeum?

Algo debieron percibir los antiguos egipcios en aquel subterráneo para convertirlo en un lugar tan sagrado como secreto. Y ese algo tal vez tenga que ver con la radiactividad.

En efecto. En 1995 un equipo de científicos del Departamento de Física de la Universidad Laurenciana de Canadá y de la Autoridad Egipcia de Energía Nuclear, hicieron mediciones de los niveles de radiactividad en siete lugares arqueológicos de la zona de Sakkara.² En tres de ellos, la tumba de Sekhemkhet, los túneles de Abbis y el Serapeum, encontraron fuertes índices de radiación, aunque determinaron que estaban lo suficientemente mitigados como para no afectar ya a ningún ser vivo.

¿Lo sabían los antiguos? Y lo que es más, ¿lo aplicaron de algún modo?

2. J. Bigu, Mohammed Y. Hussein y A. Z. Hussein, «Radiation measurements in Egyptian pyramids and tombs - occupational exposure of workers and the public», *Journal of Enviromental Radioactivity*, n.º 47, 2000.



Este sarcófago pesa setenta toneladas. Está hecho de una sola pieza de granito y la tapa que lo cubre pesa otras treinta toneladas más. Veinticuatro moles como ésta fueron depositadas en una galería subterránea... ¡y se dejaron vacías!

BUSCANDO TUMBAS DE DIOSSES

Cada vez que viajo a Egipto el Serapeum es una de mis visitas obligadas.

Examino sus sarcófagos, me cuelo en el interior de un par de ellos —siempre los mismos— para verificar el extraordinario pulido de sus paredes y aristas, y como si de un ritual se tratara, limpio con un pañuelo humedecido algunas de sus caras interiores convirtiéndolas de inmediato en espejos... de piedra.

Cuando emerjo de nuevo a la superficie, las dudas que llevaba antes de entrar siguen sin encontrar respuesta. Y sumo factores: todos estos sarcófagos con momias de betún o vacíos, sin inscripciones y colocados

siguiendo un patrón geométrico preciso, enclavados en Sakkara, uno de los más antiguos centros ceremoniales de Egipto, debían cumplir una función bien diferente a la de rendir culto al buey muerto. Pero ¿cuál?

Los expertos reconocen que en el complejo de Sakkara apenas se ha desenterrado un 20 por ciento de lo que alberga. De hecho, si bajo los supuestos sarcófagos gigantes ptolemaicos existen otros de la época ramésida, ¿qué impide sospechar que existan más galerías a mayor profundidad? ¿Qué impide especular con que, al igual que hicieron los antiguos egipcios construyendo sus nuevos templos sobre las ruinas de los anteriores, existan también más tumbas gigantes, más antiguas, bajo las que ya conocemos? Están ahí las tan buscadas tumbas de los dioses? ¿Imitaron los egipcios esos mausoleos, sepultándolos bajo otros nuevos con un objetivo ceremonial?

¿Y por qué no?

Egipto: Los secretos del templo de Luxor

LUXOR

No resisto la tentación de contar otra historia. Ésta comienza en 1936, justo tras desembarcar en el puerto de Alejandría un visitante singular: el filósofo y esoterista alsaciano René Adolphe Schwaller de Lubicz.

Schwaller no era lo que se dice un turista más en Egipto. Había nacido en Alsacia en 1887 en el seno de una familia acomodada, y estaba a punto de cumplir ya los cincuenta. Desde niño había compartido con su padre farmacéutico la fascinación por la química. Un interés que con los años lo llevaría a introducirse en el oscuro mundo de la alquimia y las ciencias ocultas. Era miembro de la Sociedad Teosófica y desde muy joven se interesó por los misterios de las catedrales góticas, al tiempo que entablaba cierta amistad en París con el mítico Fulcanelli y los miembros de una extraña hermandad de Heliópolis a los cuales entregó el resultado de sus trabajos sobre la misteriosa coloración de los vitrales góticos y la disposición astronómica de recintos como Notre-Dame de París.

De hecho, parece ser que Fulcanelli no dudó en copiar partes sustanciales de ese trabajo en su conocida obra *El misterio de las catedrales*¹— uno de los pilares de la tradición esotérica del siglo XX—, lo

1. Fulcanelli, *El misterio de las catedrales*, Plaza y Janés, Barcelona, 1967.

que le valió la posterior reprobación de Schwaller.

A Egipto llega siendo ya un hombre maduro. Acompañado de su esposa Isha, recorrió buena parte del Nilo hasta llegar al Valle de los Reyes, en Tebas, donde admiró la tumba del faraón Ramsés IX (1131-1112 a.C.). Buscaba una representación del monarca muy concreta en la que sus brazos formaban lo que Schwaller creía que era la demostración geométrica del teorema de Pitágoras.

Fue su primera herejía.

Aquel matrimonio había acudido a Egipto para confirmar que mucho antes de que naciera el sabio matemático heleno, los antiguos habitantes del Nilo poseían una matemática avanzada que fue copiada por los griegos primero, y por el mundo árabe después.

Pero aquél no fue su único descubrimiento. De hecho, su viaje dio un giro imprevisto cuando René e Isha visitaron, en la orilla opuesta al Valle de los Reyes, el templo de Luxor. Se trata de un recinto relativamente pequeño — sobre todo si lo comparamos con la grandeza del vecino templo de Karnak —, construido en tiempos de la XVIII dinastía (1550-1070 a.C.) y en el que ambos advirtieron una larga serie de anomalías arquitectónicas que decidieron investigar a fondo... ¡durante los siguientes quince años! Por ejemplo, en sus primeras visitas en 1936 se dieron cuenta de cómo, pese a la armonía de formas reinantes en el templo, éste presentaba una inexplicable desviación de su eje nada más atravesar los pilonos que dan acceso a su interior. Además, comprobaron con sorpresa que frente a la tremenda regularidad de columnas, muros y grabados, el suelo pétreo que rodeaba el sanctasanctórum era tremendamente caótico: una suerte de desordenado mosaico de losas de piedra que desentonaba con el resto del orden arquitectónico imperante. ¿Por qué?

Segunda herejía.

De inmediato dedujeron que aquellas «imperfecciones» fueron introducidas deliberadamente por los constructores del recinto, ya que por todas partes encontraron la sutil huella de la sección áurea (que se expresa matemáticamente como $1/2 [1 + \sqrt{5}]$) y que desde la antigüedad ha fascinado a arquitectos y artistas empezando por la Grecia clásica, donde se utilizó para dotar de armonía y proporción a todo lo creado por sus canteros.

Se trata, por cierto, de dos términos que, aún hoy, los egiptólogos se resisten a incluir en el listado de conocimientos faraónicos por considerarlos avances muy posteriores históricamente, pero que — siempre según Schwaller— sirvieron a los antiguos egipcios para configurar un sistema religioso que integraba las matemáticas y una filosofía basada en las proporciones del cuerpo humano a la que llamó la «ciencia sagrada».

NADA ES ARBITRARIO EN LUXOR

Ni que decir tiene que la búsqueda de respuestas a aquellas primeras incongruencias constructivas no sólo espoleó la curiosidad del matrimonio Schwaller durante meses, sino que les abrió la puerta a un buen número de nuevas anomalías que habían pasado totalmente inadvertidas a los egiptólogos.

Tercer sacrilegio.

Hasta 1951 René Schwaller de Lubicz se empleó a fondo en Luxor. Descubrió que la desviación del eje del templo no correspondía a cuestiones astronómicas o a un súbito cambio en las obras debido a una subida inesperada del nivel del Nilo (ambas, hipótesis barajadas a menudo por los expertos), sino que obedecía a la existencia de tres ejes trazados desde el principio por los arquitectos del recinto, y en torno a los cuales estaban orientados todos los muros del mismo.

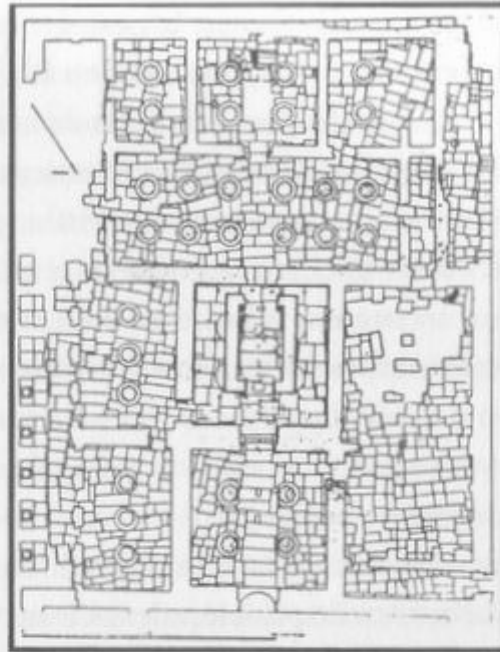
Al parecer, un primer eje dividía la cara sur en dos mitades equivalentes; otro era un eje longitudinal que atravesaba toda la construcción, y el tercero dividía la anchura de la naos de Amón (en el sanctasanctórum) en dos mitades idénticas. Pero Schwaller descubrió, además, que cada eje estaba dedicado a un «tema», a un asunto importante para los sacerdotes, ya que a lo largo de cada eje los muros levantados sobre él se dedicaban a un mismo contenido, transmitiendo así al visitante —incluso hoy— la irracional impresión de estar caminando por un recinto dotado de vida propia.

Y formuló una cuarta impiedad.

El hallazgo que sin duda más marcó a este filósofo fue la interpretación de la caótica disposición de las losas del suelo que rodean el sanctasanctórum. Según Schwaller, las losas sólo podían interpretarse correctamente sobre un plano del recinto: sobre él, coloreando aquellas de disposición más extraña, aparece nítidamente la representación gigante de un rostro humano de perfil, con un tocado y un ojo típicamente egipcios. ¿Pretendían los arquitectos representar al faraón? ¿Acaso a un dios?, ¿...u otra cosa?

EL TEMPLO DEL HOMBRE

Las claves de este hallazgo fueron publicadas por Schwaller seis años después de abandonar Luxor. En su monumental ensayo *Le Temple de l'Homme* (1957), avanzaba una tesis completa en la que enmarcaba todas estas anomalías. Según él, el rostro del pavimento reflejaba una suerte de hombre cósmico cuyo cuerpo podía extenderse figurativamente a lo largo de los casi 200 metros de largo del recinto. Un cuerpo simbólico que no sólo respeta escrupulosamente las proporciones que debe tener un «humano perfecto» con respecto a su cabeza, sino que guarda coheren-



La irregular disposición del pavimento original del templo de Luxor condujo a Schwaller de Lubicz a deducir que allí debía de haber algún mensaje oculto. Y, en efecto: al colorear algunas de las losas sobre el plano, emergió el rostro inconfundible de un faraón con su tocado. ¡Ciencia secreta!

cia con la supuesta parte del cuerpo a la que corresponde cada parte del templo, incluyendo órganos internos, glándulas y centros nerviosos.

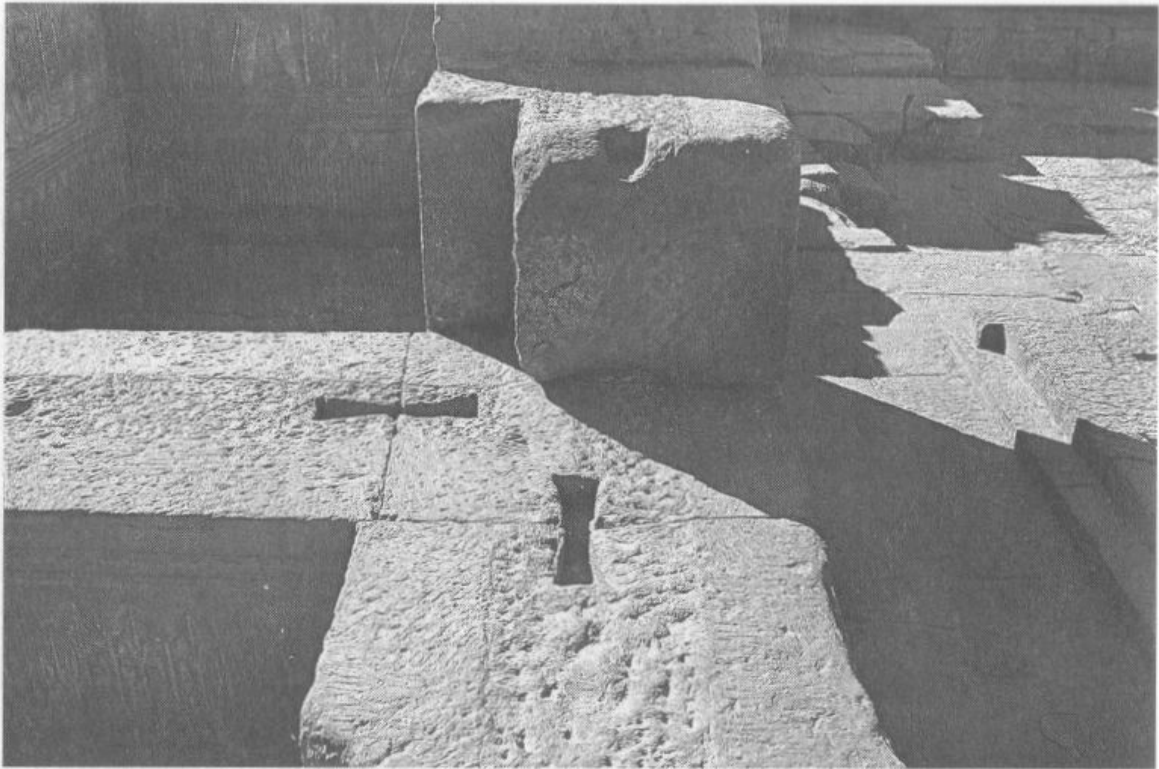
A veces la relación templo-cuerpo humano es sutil; otras, en cambio, muy clara. Así, por ejemplo, el cráneo se corresponde con los santuarios del templo; el recinto dedicado a Amón coincide con la cavidad oral, mientras que las clavículas están marcadas por paredes, las costillas se corresponden con columnas de su sala hipóstila, el abdomen queda a la altura del peristilo y las rodillas coinciden matemáticamente con los dos colosos de Amenofis III que flanquean la entrada a una hilera de columnas que actúan como sendos fémures.

Por si esto fuera poco, en el lugar que debía ocupar la boca pueden contemplarse relieves que reflejan la Gran Eneada de Luxor creada por la palabra; en la zona que corresponde proporcionalmente a la glándula tiroidea (la que controla el crecimiento) se admiran en sus muros escenas de la infancia del faraón, y donde deberían estar las cuerdas vocales, se lee cómo se da nombre al rey.

Schwaller, por supuesto, nunca creyó que tales correspondencias fueran fruto de la casualidad. Es más, sus hallazgos le sirvieron para confeccionar una ambiciosa teoría en la que atribuía a los egipcios unos conocimientos sobre armonía, proporción y anatomía humanas muy superiores a los racionalmente atribuibles a los sabios de la XVIII dinastía. De hecho, según Schwaller tal sabiduría sólo pudo haber sido heredada de una civilización superior y mucho más antigua.

Quinta herejía.

Semejantes consideraciones, pese a contar con el apoyo de arqueólogos ortodoxos como Alexandre Varille, o del jefe de excavaciones del equipo francés de egiptólogos en El Cairo, Clement Robichon, pronto le valieron la etiqueta de chalado, viéndose despreciado de inmediato por bue-



Este muro del templo de Kom-Ombo no sólo ha sido desmantelado en tiempos del antiguo Egipto, sino que ha sido extrañamente «picado» por sus demolidores... como si cumplieran algún extraño e ignoto ritual.

na parte de la comunidad arqueológica internacional.

Schwaller no se desanimó. A raíz de sus descubrimientos, denunció que el templo de Luxor es el único monumento sagrado del pasado que representa una figura humana perfecta, y que, además, incorpora en sus muros todo el saber egipcio (y de esa «cultura superior» desconocida) sobre ciencia, matemáticas, geodesia, geografía, medicina, astronomía, astrología, magia y simbolismo. Unos saberes que, según él, aún están latentes en Luxor y que pueden «resucitarse» si se conocen las claves para su reanimación.

LOS MUROS HABLAN

Ni que decir tiene que tan esotéricas certezas dispararon aún más los recelos de los egiptólogos del momento. A fin de cuentas, lo que planteaba Schwaller era que los arqueólogos renunciaran a su visión cartesiana de la historia y trataran de comprender Egipto bajo la mirada mágica que emplearon los constructores de Luxor. Sólo de esta forma —afirmaba hace algunos años John Anthony West, el más activo discípulo contemporáneo de Schwaller puede entenderse este templo como «una biblioteca que contiene la totalidad del conocimiento vinculado a los poderes creativos universales, situados en un mismo edificio».²

Para consultar esta biblioteca en piedra, siempre según West, hay que dejarse empapar por los detalles.

Por ejemplo, justo detrás del sanctasanctórum puede admirarse una sala con doce columnas que, sobre el plano antropomorfo de Schwaller, se corresponden con los centros de percepción del cerebro. Allí, las columnas de 40 toneladas del este terminan en una serie de canalones de forma semicircular, mientras que las seis del oeste lo hacen en forma ojival. Tal detalle no es perceptible a simple vista pero, según Schwaller y West, transmiten un efecto visual sutil —como las notas imperceptibles que hay en toda sinfonía— que contribuye a crear un estado de ánimo en el visitante.

UN TEMPLO PARA LA ETERNIDAD

Schwaller completó en 1957 su obra *Le Temple de l'Homme* con una observación aparentemente extravagante: durante sus quince años en Egipto había visto que templos como los de Kom-Ombo y Edfú apenas tenían escombros que evidenciaran derrumbamientos a su alrededor, y sin

2. John Anthony West, *La serpiente celeste*, Grijalbo, Barcelona, 2000.

embargo estaban muy incompletos, como si hubiesen sido desmantelados por los propios egipcios y sus piezas hubieran sido dispersadas por el Nilo.

Eso no sucede, en cambio, ni en Luxor ni en el vecino recinto de Karnak, donde lo que falta en los muros de los templos puede encontrarse fragmentado a sus pies, fruto de terremotos, expolios y otras catástrofes vividas durante siglos por sus piedras.

¿Qué evidenciaban, entonces, estas observaciones? Ni más ni menos que, según Schwaller, los egipcios erigían sus templos conscientes de que eran entidades vivas con un tiempo de funcionamiento limitado. Transcurrido ese plazo —marcado, probablemente, por cálculos astronómicos muy precisos— procedían a demolerlos, destruyendo selectivamente algunos de sus relieves, y «matando» los muros picando con el cincel una especie de grapas que unen los bloques entre sí a modo de nervio simbólico, ya que otra funcionalidad práctica no parecían tener.

Fue su sexto delito.

De hecho, sólo una explicación como ésta satisface las dudas que plantea la versión oficial según la cual esos recintos fueron saqueados por cristianos coptos irritados que destruyeron los templos y sus relieves. Se trata de una hipótesis que no aclara por qué algunos relieves a baja altura fueron respetados mientras que otros, mucho más inaccesibles, fueron meticulosamente cincelados.

Tal proceso de «anulación del templo» es perfectamente visible en los citados enclaves de Kom-Ombo y Edfú, donde hasta las columnas eran «matadas» con escoplo de cantería, pero no sucede así en Luxor. Es más, la ausencia de este ritual de muerte —que, cómo no, tampoco admiten los egiptólogos— hace suponer que Luxor se concibió como un templo distinto, diseñado para ser eterno. O mejor aún, para conservar un saber imperecedero sobre la propia naturaleza del ser humano. Un templo vivo.

¿No son muchas herejías para un solo lugar?

Egipto: El primer rascacielos de la historia

ALEJANDRÍA

Aquel breve intercambio de gestos y expresiones altisonantes en árabe me despistó. Alaa Zohdy, delegado de la Egyptian Tourist Authority en Alejandría, trataba de abrirse paso hasta un muelle privado enclavado en el corazón de una de las zonas residenciales de la ciudad mejor protegidas, no demasiado alejada, por cierto, del lujoso hotel San Giovanni.

Tras sortear al primer hombre armado, vestido con traje de camuflaje y con cara de pocos amigos, un segundo soldado nos escoltó a ambos hasta el muelle flotante donde una Zodiac debía trasladarnos a la cubierta de un catamarán anclado en el corazón de la ensenada.

Me aferré a la bolsa de las cámaras y me dejé llevar.

Un viaje de apenas tres minutos a bordo de aquella lancha gris, en medio de las primeras horas de oscuridad de la tarde, bastó para alcanzar nuestro objetivo: el cuartel general acuático del equipo de submarinistas dirigido por el arqueólogo francés Franck Goddio. En noviembre de 1996 Goddio había anunciado al mundo el descubrimiento del palacio de Cleopatra bajo las aguas del puerto este de Alejandría.

La noticia de su hallazgo alcanzó instantáneamente las páginas de todos

los periódicos del mundo. Sensacionalista para unos, precipitada para otros, las primeras informaciones hablaban de grandes avenidas flanqueadas por columnas y bloques graníticos, muros de antiguos templos sumergidos, estatuas gigantes de dioses y estancias suntuosas que tan sólo podían corresponder al sector real de la antigua Alejandría y a construcciones que hace más de dos mil años habitaron personajes tan célebres como Cleopatra o Marco Antonio.

En realidad, lo que Goddio pudiera haber encontrado bajo las aguas oscuras del puerto de Alejandría no me interesaba especialmente. Pertenecían a una época demasiado reciente como para que aportaran alguna pista de la Edad de Oro que trataba de documentar. Y, sin embargo, todo encajó para que hiciera aquel viaje y me entrevistara con los protagonistas de tan espectacular noticia.

No pude negarme.

Nada más subir al catamarán, Gerard Schnipp, un rubio ancho de espaldas y porte marinero, se apresuró a aclararme la situación de las investigaciones de su patrón.

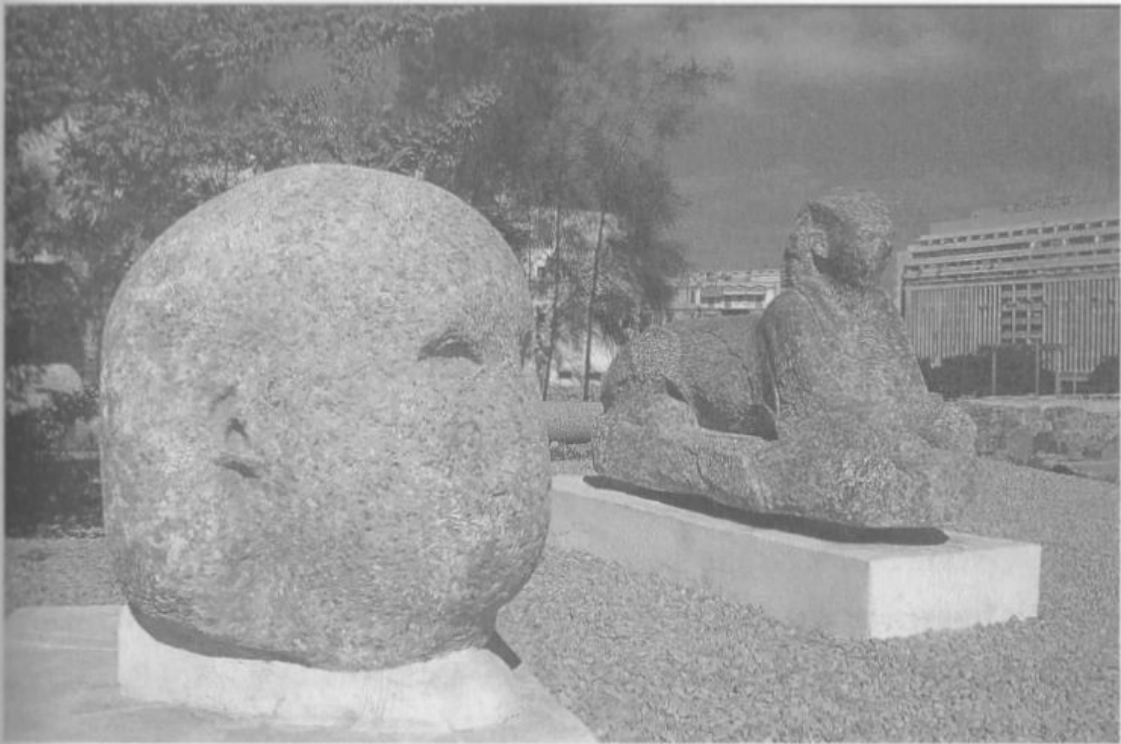
—Nuestro trabajo en el puerto finalizó hace ya algunos días. Estuvimos allí casi cinco meses trabajando este año, buceando, catalogando columnas, paseos y otras partes de la antigua ciudad de Alejandría.

—¿Y a qué conclusiones han llegado tras esos «barridos» del fondo marino? —le pregunté.

—Creo que nuestro delegado egipcio Ibrahim Attaya te responderá mejor a esa cuestión.

Efectivamente. Tras Gerard se escondía un hombre de complexión atlética y tez morena, que en perfecto inglés se dispuso a contestar a todas mis preguntas.

—Por primera vez hemos elaborado un mapa submarino de esa zona del puerto —me explicó—. Hemos determinado con precisión dónde se encuentran los restos del antiguo sector real de Alejandría durante el perío-



En un parque público de Alejandría, los restos arqueológicos extraídos del mar son expuestos al público.

do ptolemaico, y hemos dado con los restos de un edificio especial que creemos que es el palacio de Cleopatra. También, por los restos encontrados, creemos haber descubierto el Timonium. Esto es, el palacio de Marco Antonio. Pero a pesar de todo, no pensamos sacar ninguna de esas piezas a la superficie, de momento.

Attaya habla atropelladamente, como si quisiera sintetizar en dos minutos las cerca de tres mil quinientas inmersiones efectuadas por ocho buceadores franceses y seis arqueólogos egipcios en la zona. Un equipo, por cierto, equipado con la última tecnología GPS (Global Positioning System) submarina, capaz de marcar con toda exactitud las coordenadas precisas de todas y cada una de las piezas encontradas bajo el agua, así como modernos sónares y equipos informáticos aplicados por primera vez a una misión de estas características.

Un material que, cuando llegué a Alejandría, estaba siendo ya utilizado en otro enclave egipcio cercano a la desembocadura del Nilo, en Abukir, donde los hombres de Goddio pretendían localizar los restos del también perdido templo de Poseidón, y que les llevaría, en junio de 2000, a descubrir las ciudades de Menutis y Heraklion, mencionadas por Heródoto y Estrabón en sus crónicas.

—¿Y no piensan sacar a la superficie todas las piezas encontradas bajo el agua?— le pregunto al doctor Attaya, algo incrédulo, retomando nuestra conversación inicial.

—Bueno... —vacila—. Éste es un asunto que debemos discutir aún con el ministro de Cultura, porque algunas opiniones sugieren que construyamos un museo bajo el agua, que sería el primero de este tipo en todo el mundo. Otros creen, sin embargo, que debemos limpiar el área, bombear el agua fuera y hacerla accesible a los turistas.

No todas las autoridades arqueológicas egipcias son tan optimistas con los hallazgos de Goddio. Mohamed Saleh, director del Museo de El Cairo, se mostró muy cauto al comentar este descubrimiento durante el breve encuentro que sostuve en su despacho días después.

—Hablando francamente, todavía debo ver esas ruinas por mí mismo. No he tenido aún ocasión de visitar el lugar y evaluar correctamente la situación. Aunque, por supuesto, si se hubiera localizado realmente el palacio de Cleopatra obtendríamos mucha información sobre ese período de la historia que hasta ahora conocemos sólo parcialmente.

LA CIUDAD MÁS ESOTÉRICA DEL MUNDO

Pese a las lógicas reservas oficiales, las más de cuatro mil piezas catalogadas por el profesor Attaya durante sus investigaciones prometen ser únicamente la punta del iceberg de lo encontrado en Alejandría.

De hecho, sus previsiones estiman que se necesitan cinco años más de trabajo antes de que se pueda descubrir algo nuevo importante, y al menos medio siglo para concluir las excavaciones en la zona. No en vano, tanto el palacio de Cleopatra, como su tumba —que no su momia, que sabemos fue destruida por la humedad durante el sitio de París, en 1871—, yacen a unos seis metros de profundidad bajo el Mediterráneo.

Naturalmente, no es éste el único hallazgo que persiguen los arqueólogos en esa área. Entre los restos hundidos por los sucesivos terremotos que han asolado la zona desde el siglo I a.C. hasta nuestros días deben encontrarse, forzosamente, indicios de la fuerte actividad mágica de la última faraona de Egipto.

Mujer supersticiosa, heredó la fuerte carga esotérica de la ciudad en la que habitó, empeñando una buena parte de su tiempo en oráculos y en coleccionar amuletos que la protegiesen. No en vano, esta ciudad estuvo rodeada de episodios inexplicables desde el mismo momento de su fundación por Alejandro Magno hacia el año 331 a.C.

Una antigua tradición egipcia describe, por ejemplo, cómo la primera noche que los geómetras habían terminado de medir el solar sobre el que se asentaría la nueva capital del macedonio éste tuvo un sueño espectacular. En él creyó ver al mismísimo Homero recitando unos versos del canto IV de la *Odisea* que aluden directamente a la isla de Faros. Al despertar, Alejandro examinó la zona, situada a menos de un kilómetro de las costas egipcias, decidiendo unir esa franja de terreno a la tierra mediante un dique artificial de 1.243 metros de longitud al que llamó Heptastadios. Su obra serviría para conectar con el continente una isla que, como veremos más adelante, albergaría el primer rascacielos construido por el hombre: el faro de Alejandría.

Pero no fue ésta la única conexión esotérica de la ciudad. De hecho, tras el glorioso período de edificación de la urbe, pronto comenzó a hablarse entre sus habitantes y sus cada vez más numerosos visitantes de los libros de Hermes Trismegisto, y en especial de uno de ellos: el diálogo de *Poimandres*. Un auténtico tratado sobre magia, astrología, alquimia y profecías que debió de ser decisivo a la hora de estimular el interés por estas materias entre la dinastía de faraones surgida tras la muerte del macedonio. De hecho, desde este enclave se extendió la doctrina hermética por toda Europa, principalmente hacia Italia y el Asia Menor bizantina, que acogieron las principales escuelas herméticas durante el Renacimiento y extendieron la pasión medieval por la alquimia.

Sabemos que el *Poimandres* entró en Europa a través del duque de Florencia, Cosme de Médicis, hacia 1460. Mecenazgo de las humanidades de su época, trasladó, contra la opinión de la Iglesia, una antigua biblioteca de tratados egipcios a su palacio. Los encontró en Macedonia, traducidos al griego y en manos de un monje copto, y su contenido, una vez traducido al latín, pronto se convirtió en el llamado *Corpus Hermeticum*. De ellos, el primero de los tratados fue el *Poimandres*, una palabra de origen egipcio que significa «el conocimiento de Ra».¹

De Alejandría partió también el germen de la creencia europea en las vírgenes negras al exportar al antiguo puerto francés de Re o Rha (hoy Saintes-Maries-sur-la-Mer, en la Provenza) imágenes de Isis talladas sobre piedras negras, en donde se apreciaba a esta importante diosa egipcia sosteniendo en su regazo al pequeño dios Horus. Su imagen, extraordinariamente similar a las posteriores representaciones de la Virgen María con el niño Jesús en brazos, daría pie a la arraigada leyenda de las vírgenes precristianas halladas en toda Europa, y a todo un complejo simbolismo esotérico nacido a su alrededor.²

1. Robert Bauval, *Secret Chamber*, Century, Londres, 1999, p. 29.

2. Para saber más sobre la implantación de los cultos egipcios en la Europa precristiana, recomiendo el libro de Jurgis Baltrusaitis, *En busca de Isis*, Siruela, Madrid, 1996.

Y es que Alejandría, además de importante ciudad egipcia, fue sede de un decisivo cruce cultural en la antigüedad y escuela de la mayor parte de los movimientos esotéricos contemporáneos. Allí se tradujeron al griego, por primera vez, los cinco libros iniciales de la Biblia —el Pentateuco—; allí se hizo popular la astrología tal y como hoy la conocemos y allí se alumbraron científicos como Euclides —que midió la longitud del meridiano terrestre con una precisión asombrosa—, escritores como Heliodoro —que «inventó» la novela moderna— o Hiparco, que descubrió el fenómeno celeste de la precesión de los equinoccios.

EL PRIMER RASCACIELOS

Sin duda, bajo las aguas que rodean la costa alejandrina debe de haber más que unos simples palacios. Mucho más. Allí se encuentran también los restos del mítico faro de Alejandría. Una construcción que, a decir de cronistas como Estrabón o Flavio Josefo, superaba con creces los ciento veinte metros de altura, el equivalente a un rascacielos de cuarenta plantas.

Sobre la existencia de este anacrónico edificio la historia no deja lugar a dudas. Numerosas monedas romanas, acuñadas entre los años 30 a.C. y 296 d.C., y que pueden contemplarse aún en el Museo Grecorromano de Alejandría, muestran esta imponente torre, construida sobre tres grandes niveles superpuestos. Una primera plataforma de base cuadrada, de unos sesenta metros de altura; una segunda, de base octogonal, de más de treinta, y una última, de planta redonda y de alrededor de veinte metros, coronada por una gigantesca estatua de un dios que aún no ha sido determinado y que algunos creen que fue Poseidón, Zeus o el propio faraón Ptolomeo I.

¿Qué ha sido de esta ciclópea construcción? ¿Dónde fue a parar este edi-

ficio, considerado la séptima maravilla del mundo antiguo, casi tan alta como la Gran Pirámide, y fruto de una técnica arquitectónica que no se recuperaría hasta pleno siglo XX?

En un modesto piso del centro de Alejandría encontré a alguien que me aclararía esas dudas.

—Nosotros lo hemos encontrado —sentencia solemnemente Jean-Yves Empeureur, director de otro equipo de submarinistas francés que investiga actualmente un conjunto de ruinas subacuáticas en el extremo oriental del puerto de Alejandría.

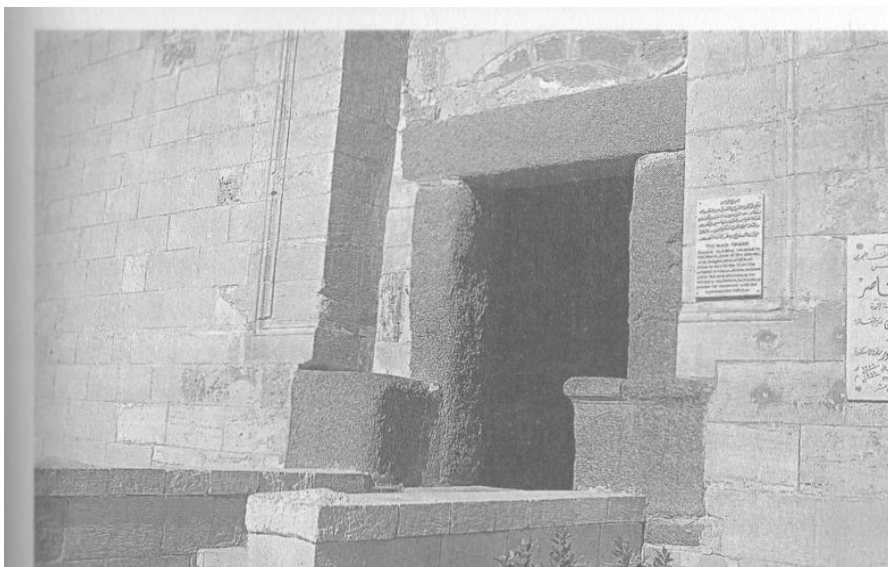
Al equipo de Empeureur lo localicé, como digo, en un céntrico edificio de la ciudad. Emplazado en la séptima planta de un decadente bloque de pisos de la calle Soliman Yousri, allí se encuentra el cuartel general del Centre d'Études Alexandrines, dependiente, a su vez, del prestigioso Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS) francés. Sus oficinas egipcias centralizan toda la información referente al faro de Alejandría y a las investigaciones emprendidas para determinar su ubicación.

El inmueble es un hervidero de actividad. Allí viven y trabajan los ayudantes de Empeureur, provistos de la más moderna tecnología de exploración submarina y de potentes ordenadores.

Frente a uno de ellos, con las imágenes captadas por su cámara durante la semana previa a mi visita, Dominique Allios me explica algunos de los enigmas a los que se enfrenta.

—La principal sorpresa que nos hemos encontrado al bucear alrededor de donde siempre se ha creído que estuvo el faro es la existencia de unos tremendos bloques de granito de más de 70 toneladas cada uno. Y esos bloques, con seguridad, sólo pueden pertenecer a esta tremenda construcción.

Dominique es un joven doctor en Arqueología de treinta y dos años que nos muestra con pasión sus últimas incorporaciones a la base de datos de



Ésta es la entrada a la fortaleza de Quaitbay, que se levanta donde se cree que estuvo el faro de Alejandría. Nótese los bloques de granito rojo que configuran el dintel de su puerta. Los expertos creen que formaban parte de la estructura original del faro.

su potente ordenador Macintosh. Y es que, desde el inicio de su misión en 1994, Dominique y un grupo de cinco buceadores franceses almacenan en el disco duro de una computadora de gran capacidad las coordenadas precisas de varios bloques gigantescos de piedra, hallados a seis metros de profundidad, cerca de la fortaleza de Quaitbay, en uno de los extremos del puerto este de Alejandría, y que supuestamente formaron parte de los frisos del mítico faro.

—La piedra número 1.010 pesa 42,44 toneladas. Sin embargo —añade Dominique a su explicación—, es tan sólo una parte de una losa mayor que debió de alcanzar los 70.000 kilos.

La pieza que Dominique había escogido al azar para mostrarnos durante nuestra reciente visita a su centro de operaciones es, de hecho, tan sólo uno

de los 1.700 bloques de granito catalogados por el Centre d'Études Alexandrines bajo las órdenes del doctor Empereur tras más de 3.200 horas de inmersión a las afueras del puerto este.

Su equipo se zambulle cada mañana frente a la fortaleza levantada en 1477 por el sultán Quaitbay sobre las ruinas del faro, a más o menos un kilómetro en línea recta del lugar de inmersión de los hombres de Goddio, con la esperanza de poder reconstruir no sólo el aspecto exterior de este edificio, sino también de determinar su ubicación y dimensiones exactas.

—Debe usted entender —me explica el doctor Empereur durante una comida de trabajo con todo su equipo— que el faro estuvo activo durante más de mil años, y que durante todo ese tiempo numerosos visitantes admiraron su prodigiosa estructura.

—¿Y se sabe cuándo dejó de funcionar exactamente? —le pregunto.

—Lo único que puede decirse con certeza es que el faro estaba ya en un lamentable estado de deterioro, y muy mermado de altura, a primeros del siglo XIV de nuestra era. Sobre su desaparición, en cambio, han circulado siempre toda clase de hipótesis.

Empereur se refiere a algunas teorías que sugieren que el faro dejó de existir definitivamente en 1303 —según un manuscrito hallado en Montpellier— o en 1326, a causa de un fuerte seísmo.³ Y no sería extraño, pues tanto Empereur como el equipo rival de Franck Goddio han hallado serios indicios de que los restos sumergidos dentro y fuera del puerto este sufrieron daños considerables durante los últimos veinte siglos debido a los numerosos terremotos que han assolado la zona.

3. Buena parte de las teorías de Empereur fueron recogidas por él mismo en su libro *Alexandria rediscovered*, British Museum Press, Londres, 1998.

ROBOTS EN EL MUNDO ANTIGUO

De todos los comentarios que hizo el doctor Empereur durante mi visita a su cuartel general hubo uno que me sobrecogió particularmente.

—Alejandría fue una ciudad muy avanzada para su época, que reunió a sabios de todos los rincones del mundo conocido y aunó muchos de sus conocimientos —me explica pacientemente Empereur—. Aquí se inventó el primer ascensor de la historia, e incluso se pusieron en marcha los primeros autómatas conocidos.

—¿Autómatas? ¿Tres siglos antes de Cristo? —replico incrédulo.

—Desde luego. Estrabón habló ya de ellos. Debían de ser estatuas articuladas que movían algunas extremidades gracias a algún mecanismo de vapor, aunque no podemos estar del todo seguros a ese respecto.

—¿Y usted cree que realmente existió una tecnología capaz de poner en marcha esos ingenios?

—Seguro.

—¿Acaso ha encontrado algún resto de esas máquinas?

—Eso quisiera. Pero todavía no.

Una vez lejos de Alejandría, reflexionando sobre esta particular afirmación, descubrí que las palabras del doctor Empereur no estaban, en absoluto, fuera de lugar. Entre los egipcios, mucho antes de la llegada de los ptolomeos al poder, existía ya una larga tradición de estatuas móviles. Se trataba de imágenes a las que se concedían habilidades proféticas y que respondían a las preguntas de sus fieles mediante un suave balanceo de su cabeza o agitando uno de sus brazos. La prodigiosa técnica de tallado de esas imágenes se atribuyó al dios Toth —el Hermes Trismegisto griego otra vez—, y sus gestos recibieron el nombre de *hanu*. De hecho, alusiones a este vocablo se encuentran en

numerosos papiros cuyos contenidos se remontan a la época de mayor esplendor de Tebas.

Sin duda fueron ingenios movidos por complejos mecanismos de relojería, muy anteriores en su diseño a nuestras decimonónicas máquinas de precisión o de vapor. De hecho, ya hacia el siglo I a.C., los griegos desarrollaron instrumentos de precisión como la célebre «máquina de Antikythera», provista de un complejo engranaje de ruedas dentadas que, según todos los indicios, servía para ajustar un complejo «reloj» astronómico.

Sin embargo, si hoy se quisieran buscar referencias a robots en el pasado, deberíamos acercarnos a los archivos vaticanos de Roma, pues allí debe encontrarse aún la documentación relativa a un robot del que dispuso, por ejemplo, el papa Silvestre II hacia el siglo XI. Se trató de una insólita «cabeza parlante» metálica que hizo las delicias de sus contemporáneos, y cuyo rastro puede seguirse hasta en las páginas del *Quijote* de Cervantes.

Pero robots y rastros de una ciencia avanzada aparte, la moderna ciudad de Alejandría todavía aguarda a que emerjan de sus aguas nuevas sorpresas. Entre ellas, alguna pista que facilite a los investigadores la ubicación real de la tumba del fundador de la ciudad, Alejandro Magno, cuyo mítico *Soma* ha sido objeto de numerosas búsquedas y de varios anuncios erróneos de descubrimiento en el pasado. El último, sin ir más lejos, se dio a conocer en 1995 gracias a las excavaciones de una arqueóloga griega llamada Liana Souvaltzi, que creyó haber descubierto el *Soma* junto al oasis de Siwa, donde un día del 333 a.C. acudió Alejandro a consultar el oráculo de Amón. Sin embargo, las investigaciones «por intuición» de Souvaltzi nunca llegaron a confirmarse, y el sarcófago transparente de Alejandro así como su preciada momia siguen sin aparecer.

—Tendrá usted que volver a Alejandría pronto, cuando se descubra la tumba del macedonio —me augura Alaa Zohdy, de la Egyptian Tourist Authority, cuando estrecha mi mano camino de la estación de tren de Alejandría—. *Inshallah!*

—Dios lo quiera— le respondí.

Perú: Los túneles de los dioses

EN EL OMBLIGO DEL MUNDO

Una de las más desconcertantes y antiguas leyendas de Cuzco es la que se refiere a la existencia de una red de extensos túneles construidos en tiempos de los incas, y aun antes de éstos, y que según la creencia popular recorren buena parte del extenso territorio peruano, adentrándose en países vecinos como Ecuador o Brasil. De hecho, fue gracias a Vicente París, un extraordinario investigador de estas anomalías históricas, que me interesé por este asunto y viajé con él a tierras andinas en marzo de 1994.

París —con quien llevé adelante la investigación que ahora relataré en estas páginas— fue quien me puso al corriente de que aquellas leyendas apuntaban también a que fue a través de estas galerías artificiales (conocidas con la palabra quechua *chinkana*, que significa «laberinto») por donde los incas burlaron a los conquistadores españoles, haciendo desaparecer buena parte de las riquezas auríferas de su imperio. Tampoco puedo dejar de referirme al hecho de que todos estos relatos, transmitidos oralmente desde los tiempos de Pizarro, señalan inequívocamente a un lugar concreto como el punto de partida de este sistema de túneles: el templo del Sol o Coricancha, cuyos restos se conservan parcialmente en el centro mismo de Cuzco, absorbidos por los más recientes muros del

convento cristiano de Santo Domingo.

Y hacia allí, claro, dirigí mis pasos.

Cuando llegué al pie del templo, asentado sobre sillares incas pulcramente tallados, vi lo poco que quedaba del antiguo esplendor del lugar. Sobre esos bloques encajados milimétricamente entre sí, formando una suerte de puzle indestructible, se levantan los toscos muros españoles, de paja y barro, quebrados mil veces por la intensa actividad sísmica de la región. Pero eso no sucede con las paredes incas. Los muros que podía admirar descansan sobre gruesos y macizos bloques de andesita que reposan, a su vez, sobre una fina película de arena de playa que los desliza al compás de cualquier terremoto, impidiendo su caída o su rotura.

Quienes visitan hoy esos «muros bailarines» sienten la misma estupefacción que hace cinco siglos se apoderó de los invasores europeos, y terminan preguntándose qué clase de tecnología se empleó para cortar, transportar, encajar y moldear —a veces con precisión de cirujano— piedras de materiales muy duros en tamaños no pocas veces ciclópeos.

Sin embargo, los muros del templo del Sol sorprenden aún más cuando se sabe que durante el período de máximo esplendor del imperio inca no estaban desnudos, sino que «todas las cuatro paredes del templo —según refirió Garcilaso de la Vega, el Inca, a finales del siglo XVI— estaban cubiertas de arriba abajo de planchas y tablones de oro». Y añade un detalle extra especialmente significativo: «En el testero que llamamos altar mayor —escribió— tenían puesta la figura del Sol, hecha de una plancha de oro, el doble más gruesa que las otras planchas que cubrían las paredes. La figura estaba hecha con su rostro en redondo, y con sus rayos y llamas de fuego, todo de una pieza, ni más ni menos que la pintan los pintores. Era tan grande que tomaba todo el testero del templo de pared a pared».¹

1. Garcilaso de la Vega, el Inca, *Comentarios reales*, M. Aguilar, Madrid, 1929, pp. 120-121.

Estos y otros atributos (como su jardín decorado con estatuas de animales, personas y plantas de oro macizo, sillones y esculturas de los doce reyes incas del mismo metal precioso) indicaron claramente a los primeros españoles en llegar a Cuzco que aquel recinto era el centro del *Tahuantinsuyu* o imperio inca. El objetivo a conquistar y abatir.

DESAPARECE UN TESORO, NACE UNA LEYENDA

Pero los hechos son los hechos.

En enero de 1533 las operaciones militares españolas en Perú alcanzan su momento más dramático. El soberano local Atahualpa, prisionero ya de Pizarro y sus hombres, promete pagar un cuantioso rescate por su libertad que se fija en ochenta y ocho metros cúbicos de oro macizo, amén de otras riquezas igualmente inestimables. Para conseguir el oro y ganar tiempo a sus captores, Atahualpa permite que tres españoles — Martín Bueno, Pedro Martín y uno de los Zárate del grupo de Pizarro, por más señas— entren en la Coricancha y tomen del recinto sagrado el importe del rescate. De hecho, ellos tres fueron los últimos en ver este recinto en toda su majestad antes de proceder a arrancar setecientas planchas de oro, de dos kilos de peso cada una, y arrebatarse de sus nichos cetros y máscaras doradas a las momias de los reyes que precedieron a su rehén.

A pesar de la fortuna recaudada, parece que el importe fijado para su rescate no se satisfizo en su totalidad, lo que sirvió a Pizarro de excusa perfecta para ordenar la ejecución del gran inca para el atardecer del 24 de junio de 1533.² Pizarro, por lo que pude averiguar, no escogió al azar aquella fecha, sino que la revistió de un inteligente dramatismo ritual que desarmó al imperio. Y me explico: justo alrededor de esa fecha, los incas

2. Los historiadores no se ponen de acuerdo en relación a la fecha exacta de la ejecución de Atahualpa. Pizarro la situó el 29 de julio de 1533, mientras que autores como Juan de Velasco la ubican exactamente un mes más tarde. Otros, como Hammond Hines, apuestan por el 16 de julio, mientras que Vicente París y quien esto escribe decidimos aceptar la versión del 24 de junio por las extraordinarias implicaciones simbólicas de esta fecha que se detallan unas líneas más adelante.

celebraban la fiesta del *Inti Raymi* o del «nacimiento del Sol», ya que era entonces cuando después del progresivo debilitamiento del astro rey debido a la estación invernal, éste comienza a tomar fuerza de nuevo bendiciendo con su calor los cultivos del imperio. Así pues, ajusticiando al «hijo del Sol» en fecha tan señalada, justo cuando su «padre astronómico» estaba a punto de renacer, se asestaba, simbólica pero efectivamente, un golpe mortal a la esencia del Tahuantinsuyo.

Pizarro acertó. Tras dar muerte a su noble prisionero en los días del solsticio, el conquistador regresó a Cuzco, que tomó sin apenas resistencia, con la idea de terminar de saquear las enormes riquezas que aún dejaron los españoles en la Coricancha. Los tres emisarios de Pizarro no pudieron cargar con las estatuas del jardín real o con el enorme disco de oro macizo que daba nombre a aquel recinto sagrado. Sin embargo, a pesar de que sus hombres tuvieron ocasión de saquear nuevas riquezas, las piezas más codiciadas habían desaparecido de su lugar. No en vano otro cronista, Cristóbal de Molina, escribió en 1553 respecto del disco solar que «este Sol lo escondieron los indios de tal manera que hasta hoy no ha podido ser descubierto».

Fue justo entonces cuando comenzó a especularse con la idea de que las piezas más valiosas y sagradas del oro inca habían terminado en salas subterráneas a las que se accedía a través de largos túneles secretos. A esta leyenda contribuyó sobremanera un príncipe local llamado Carlos Inca³ y descendiente directo de Huayna Cápac, al confesar a su esposa española María de Esquivel que pese a la pobreza a la que le habían reducido los conquistadores, el era más rico que todos los invasores de ultramar juntos y custodió del más valioso tesoro de la Tierra.

Incrédula, María de Esquivel consiente ser vendada por su marido y conducida desde el palacio de Colcampata a unos subterráneos donde, bajo la débil luz de un farolillo, contempla extasiada las estatuas doradas de to-

3. Según refirió el cronista Felipe de Pomares a principios del siglo XVII.



Vicente París y yo tomamos algunas medidas con el GPS justo a la entrada de la Chinkana Grande para verificar su posible conexión en línea recta con el convento de Santo Domingo.

dos los emperadores incas, que tenían el tamaño aproximado de un niño de doce años, así como un número impreciso de vasijas de oro y plata, cántaros, morteros, ollas, escudillas y almireces.

No tardó la buena esposa de Carlos Inca en delatar a su marido a las autoridades, quizá frustrada por no poder hacer uso de esas riquezas, aunque para cuando los españoles quisieron prenderle, el descendiente del Inca había huido ya rumbo al último reducto secreto de sus antepasados: Wilca Pampa.

Sin duda, este y otros relatos posteriores terminaron por asentar un mito que hoy es ya inamovible: que el túnel que conduce al tesoro inca parte de la Coricancha y tiene una de sus salidas en las cercanías de las impresionantes ruinas de Sacsayhuamán, más concretamente en un lugar conocido como la Chinkana Grande.

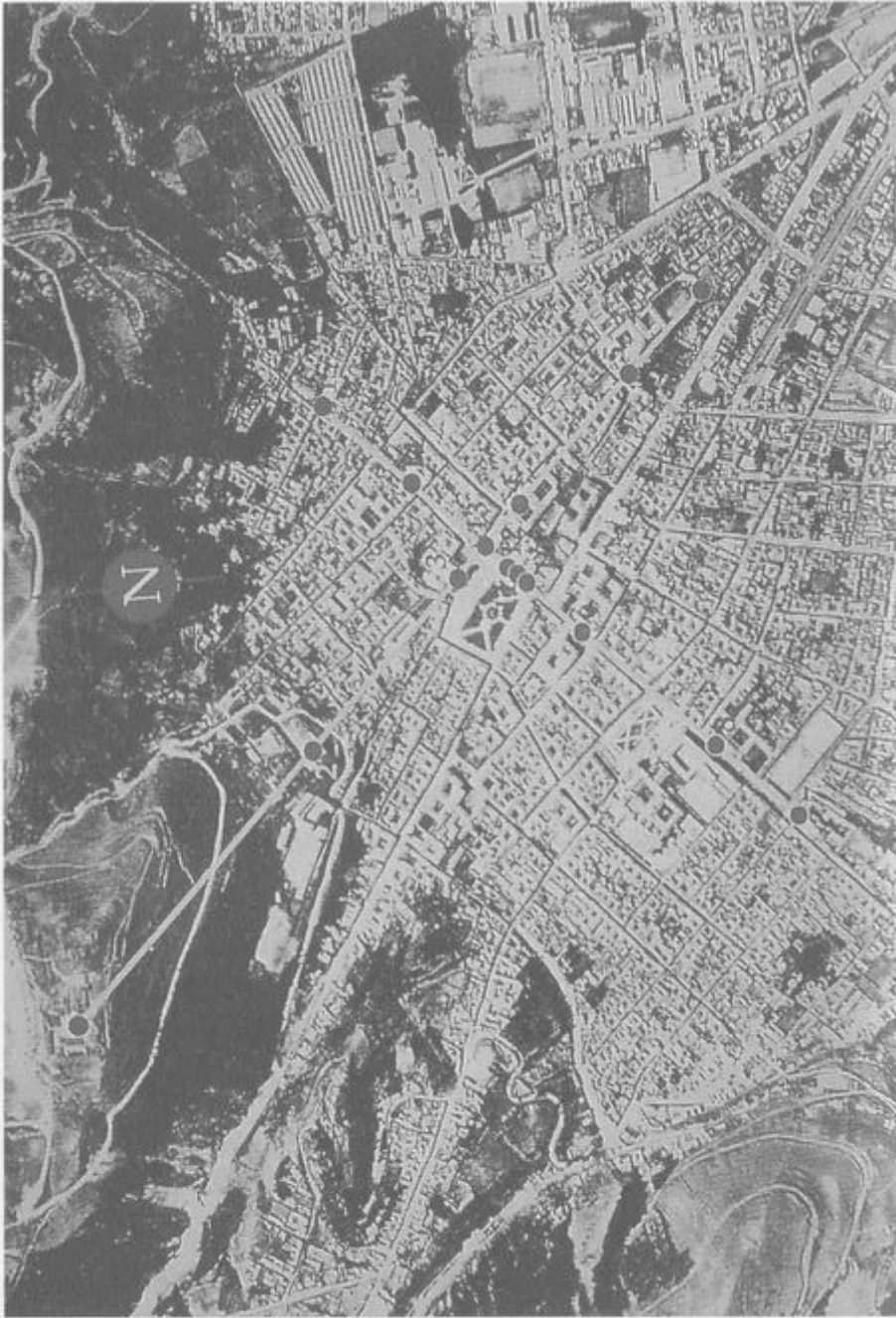
EL CAMINO EVIDENTE

La Chinkana Grande en la actualidad no es más que un agujero que se adentra escasos metros bajo una colosal piedra tallada y que termina en un descorazonador fondo de escombros y tierra. En 1989 el popular divulgador Fernando Jiménez del Oso trató de filmar esta entrada, pero fracasó en su empeño debido a lo angosto del recorrido y a lo inútil de la empresa, ya que a mediados de este siglo las propias Fuerzas Armadas peruanas se encargaron de cegar aquella *chinkana* e impedir el paso de curiosos y buscadores de tesoros. Y no gratuitamente. Al parecer, aquella boca «natural» daba entrada a una intrincada red de pasadizos laberínticos que han hecho fracasar, una tras otra, todas las tentativas por entrar en ella. O casi.

En torno a 1700 se produjo el más exitoso de estos intentos. Según cronistas locales como Alfonsina Barrionuevo y algunos relatos transmitidos de generación en generación en el Cuzco moderno, un grupo de personas se adentró en el interior de la Chinkana Grande en aquellas fechas, con la intención de ubicar de una vez por todas el tesoro de Atahualpa. La fortuna les acompañó sólo a medias, ya que del grupo únicamente uno logró salir con vida del subsuelo, emergiendo por debajo del altar mayor de la iglesia de Santo Domingo... allí donde en tiempos de Pizarro —lo dije ya— se elevaban los muros de la Coricancha.

La milagrosa reaparición del «cazatesoros» sucedió un 24 de junio, fecha —como ya estará intuyendo el atento lector— nada casual.

Pero falta un detalle importante: el superviviente (cuya identidad es referida con contradicciones, según sea la fuente consultada) trajo consigo una mazorca de maíz de oro puro, obtenida sin duda de los objetos que un día acogió el jardín de la Coricancha. Aquella mazorca fue fundida de inmediato y vertida en un molde para elaborar una nueva corona para la Virgen.



Dos líneas cruzan por la mitad el plano de Cuzco. La primera, la más larga, emerge de Sacsayhuamán, muy cerca de la Chinkana Grande y va a dar al convento de Santo Domingo atravesando las principales iglesias de Cuzco. La segunda la atraviesa perpendicularmente «pisando» el resto de los templos de la ciudad. ¿Casualidad?

Si bien los detalles de esta historia son confusos, no sucede lo mismo con el trasfondo de esta narración. Otro relato, fechado en 1814, confirma algunos detalles. En esa fecha aparecieron las últimas noticias que pude recoger del tesoro, gracias a don Mateo García Pumakahua, otro descendiente de los incas y «conspirador» que por aquel entonces preparaba una sublevación general contra los reales ejércitos asentados aún en Perú. Mientras éste ultimaba los detalles de su golpe —que, por cierto, fracasó estrepitosamente al año siguiente—, se vio obligado a mostrar a su coronel Domingo Luis Astete parte del tesoro inca y convencerle de que la causa independentista contaría con fondos económicos suficientes para consumir una revolución.

Pumakahua condujo a Astete vendado a través de la plaza de Armas de la ciudad, luego flanquearon un arroyo —posiblemente el Choquechaca— y tras mover unas piedras bajaron por un camino escalonado hasta el subsuelo de la ciudad. Una vez allí, con los ojos bien abiertos, Astete contempló unas riquezas que le dejaron sin habla: enormes pumas de champi con ojos de esmeralda, ladrillos de oro y plata y mil y una piezas y ornamentos paganos de valor incalculable. Hay un detalle extra de aquel momento: mientras Astete contemplaba el tesoro, oyó nítidamente cómo el reloj de la catedral daba las nueve de la noche. Es decir, el lugar no podía estar lejos de aquella.

NUESTRA INVESTIGACIÓN

Con aquella información sobre nuestra mesa de trabajo, Vicente París y yo trazamos un plan de trabajo. En realidad, no nos interesaba el tesoro. Buscábamos confirmar la existencia de esos túneles y demostrar que podían pertenecer a una red de galerías mayor, que tal vez cruzaba toda la región andina. Unos túneles que, de descubrirse, nos confirmarían algo

que intuíamos desde hacía tiempo: que hubo una civilización capaz de trazar enormes caminos subterráneos, de enorme complejidad y diseño.

El último detalle del «caso Astete» nos alertó acerca de la existencia de un túnel que discurría entre la Coricancha y Sacsayhuamán y pasa por las proximidades de la catedral. Disponíamos, pues, de tres puntos que podrían servirnos para suponer cuál podría ser el trazado de esa galería y buscar sus entradas.

Y entonces surgió una enorme sorpresa.

Utilizando una fotografía de las Fuerzas Aéreas peruanas que nos cedió la Embajada de ese país en Madrid, descubrimos que la catedral, la Coricancha o convento de Santo Domingo y la Chinkana Grande de Sacsayhuamán podían unirse con una soló línea recta... ¡que atravesaba las principales iglesias de Cuzco!

Todos los templos, excepto cinco, se alineaban sobre esa recta. ¿Estábamos, pues, ante un túnel rectilíneo trazado sin desviarse un grado, bajo tierra, en tiempos previos a Pizarro? ¿Y por qué discurría bajo las iglesias de la ciudad?

Al último interrogante no tardamos en encontrarle respuesta. Y bien simple, por cierto. Aquellas iglesias —San Cristóbal, catedral, Santa Catalina, convento de Santo Domingo y capilla de Santa Rosa— se construyeron sobre antiguos templos incas, lo que demostraba que éstos marcaron la ruta subterránea en tiempos remotos, tal vez abriendo puertas a su interior.

La idea nos excitó. Y aún más cuando encontramos una cita de un jesuita anónimo de principios del siglo XVII, que hizo una observación complementaria a nuestro descubrimiento:

La célebre cueva del Cuzco que los indios llaman chinkana la hicieron los Reyes Incas muy profunda y atraviesa toda la ciudad por en medio, con su boca o entrada en la fortaleza de Sacsayhuamán, y baja de lo alto por el lado del cerro donde está la parroquia de San Cristóbal, y por muchos estados de hondura va a dar y salir a lo que ahora es Santo Domingo, que, como queda dicho, era el famoso templo de Coricancha. Dicen todos los indios de quienes me he informado que hicieron los incas esta cueva tan costosa y trabajosa para que en tiempo de guerra, cuando los reyes estuviesen en Sacsayhuamán o fortaleza con toda su gente y ejército, pudiesen, con seguridad y sin ser sentidos, ir a su Templo del Sol y adorar a su ídolo Púnchau.⁴

4. Víctor Angles Vargas, *Historia del Cusco incaico*, tomo 1, edición del autor, Lima, 1988, p. 521.

A decir verdad, fueron insinuaciones como éstas las que provocaron que decidiéramos emprender una investigación sobre este túnel en toda regla. Vicente ya había hecho parte del trabajo en 1993, confirmando la existencia de una cámara semisubterránea bajo el altar mayor de la iglesia de Santo Domingo que bien pudo haber sido el lugar por el que emergió el explorador de 1700 con su mazorca de oro. Pero ¿eso era todo? ¿Existía realmente una cámara subterránea allí abajo?

CUESTIÓN DE SUERTE

La Providencia fue generosa conmigo. Sabía por Vicente París que no iba a serme fácil convencer a los responsables de Santo Domingo para que me permitieran husmear en sus subterráneos. Durante años, habían tenido que lidiar con «cazatesoros» y gentes de la peor ralea, y su actitud hacia los extranjeros demasiado preguntones era ciertamente hostil. Pero, como digo, la providencia actuó en mi favor.

Acudí al convento cavilando sobre qué excusa poner al sacristan para que me abriera el portón de madera situado junto al altar mayor, y que París atravesó un año antes que yo. Mal intento. Nada más cruzar la puerta de la iglesia, tropecé con un padre de hábitos blancos que, clavándo-

me su mirada compasiva, me desarmó.

—¿Qué desea? —preguntó.

Aún no sé bien por qué, pero por primera vez en mi vida ante una situación así, hablé con franqueza con aquel religioso de mirada transparente. Después de escucharme, el monje sonrió y me tomó del brazo invitándome a entrar.

—Ha dado usted con el hombre adecuado —susurró—. Soy el padre Gamarra, abad de esta casa. Venga usted esta tarde, después de los oficios de las cinco, y le mostraré lo que desea ver.

Me sobrecogió.

¿Qué había visto aquel hombre en mí para no despacharme como a tantos otros antes que yo? Agradecí en silencio aquel guiño del destino y regresé a la hora pactada. Benigno Gamarra, un hombre de unos sesenta años, prior del convento desde hacía un par de años, me esperaba con una información que sería vital para posteriores investigaciones.

—Los datos que usted posee sobre los túneles que parten de este lugar son esencialmente correctos —me dijo, sentado ya en su despacho parroquial—, pero el túnel que usted busca va mucho más allá de Sacsayhuamán y termina en algún lugar bajo Quito, en Ecuador.

Abrí los ojos como platos. ¿Conocía el padre Gamarra alguna información relacionada con los «superarquitectos» que diseñaron los túneles? Él lo negó.

—Desgraciadamente, el terremoto que asoló Cuzco en 1950 nos obligó a cerrar la entrada al túnel que teníamos en la iglesia para consolidar sus cimientos. Aunque no se perdió todo con ese cierre ya que, según pude averiguar durante mis años como estudiante aquí, y más recientemente como abad, sabíamos por ciertas tradiciones que el túnel debió de cumplir una función muy particular...

¿De qué se trataba?

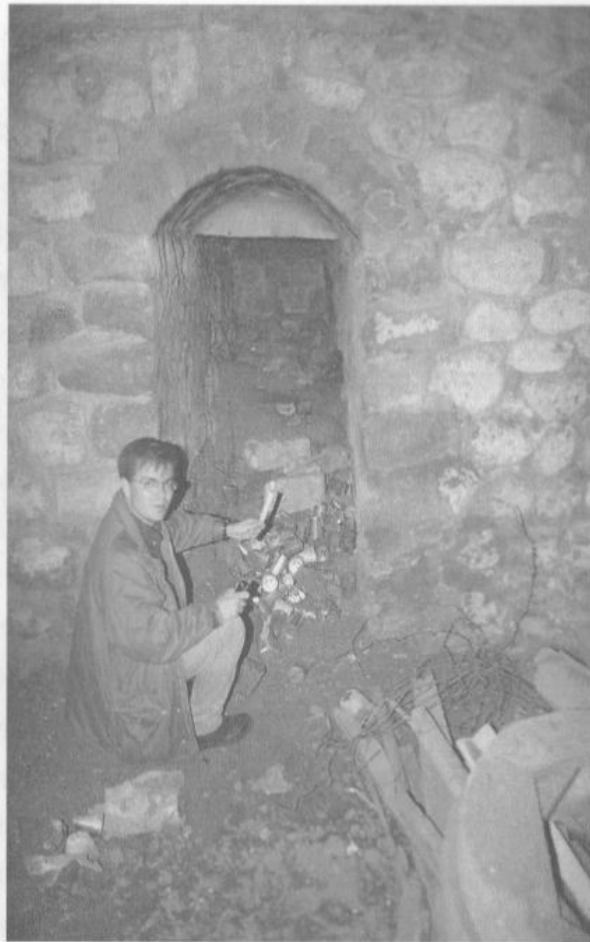
—Verá —dijo sonriendo—: cada 24 de junio el interior del tunel se iluminaba por completo gracias a que los rayos del Sol se reflejaban sobre la superficie del famoso disco solar y éste los proyectaba hacia el interior de la chinkana, donde una serie de espejos o planchas metálicas pulidas eran capaces de conducir la luz hasta la mismísima fortaleza de Sacsayhuamán...

—¿Y cómo pudieron hacerlo con esa precisión?

—Los incas eran astrónomos y geómetras consumados, así que toda esta operación debió de tener un significado para ellos que hoy, por desgracia, hemos perdido.

Aquellas primeras explicaciones del padre Gamarra me pusieron en guardia. Su relato, lejos de ser esquivo o parcial, ofrecía una dimensión nueva a mis investigaciones. Por ejemplo, su alusión a la canalización de los rayos del Sol el 24 de junio la encontramos ya, aunque muy tímidamente y sin vinculación al tema «maldito» de los túneles, en la obra del arqueoastrónomo norteamericano Tony Morrison *Pathways to the Gods*. Éste menciona un efecto similar coincidiendo con el solsticio de invierno —de verano en el hemisferio norte—, en el que los primeros rayos del astro rey se dirigían contra un «tabernáculo» en el interior de la Coricancha. Ese lugar, probablemente dotado de espejos o planchas muy pulimentadas, recogía los rayos y los distribuía por todo el recinto.

El padre Gamarra, no obstante, despejó también otras incógnitas. En especial las referidas a cuatro misteriosas trampillas de madera abiertas en el pavimento y distribuidas en las naves laterales de su iglesia. Durante un tiempo, Vicente París y yo supusimos que se trataba de entradas auxiliares a la chinkana que habían sido abiertas por los dominicos, pero pronto el padre Gamarra aclaró que se trataba de simples catas arqueológicas que descubrían parte de los muros originales del antiguo templo del Sol.



¡Eureka! Efectivamente, justo debajo del altar mayor del convento de Santo Domingo partía un túnel. Una galería estrecha, enterrada por los frailes después de que un terremoto amenazara con hundir el templo en el interior de aquel pasaje subterráneo. ¿Fue por ahí por donde desapareció el tesoro de Atahualpa en 1533? (Foto: Vicente París.)

—Y fíjese en otro detalle —recordó Gamarra mientras paseábamos alrededor del claustro castellano de su convento—: junto a estos desvencijados muros, discurre un riachuelo que procede de la plaza de Armas, como poco...

¿TÚNEL NATURAL O ARTIFICIAL?

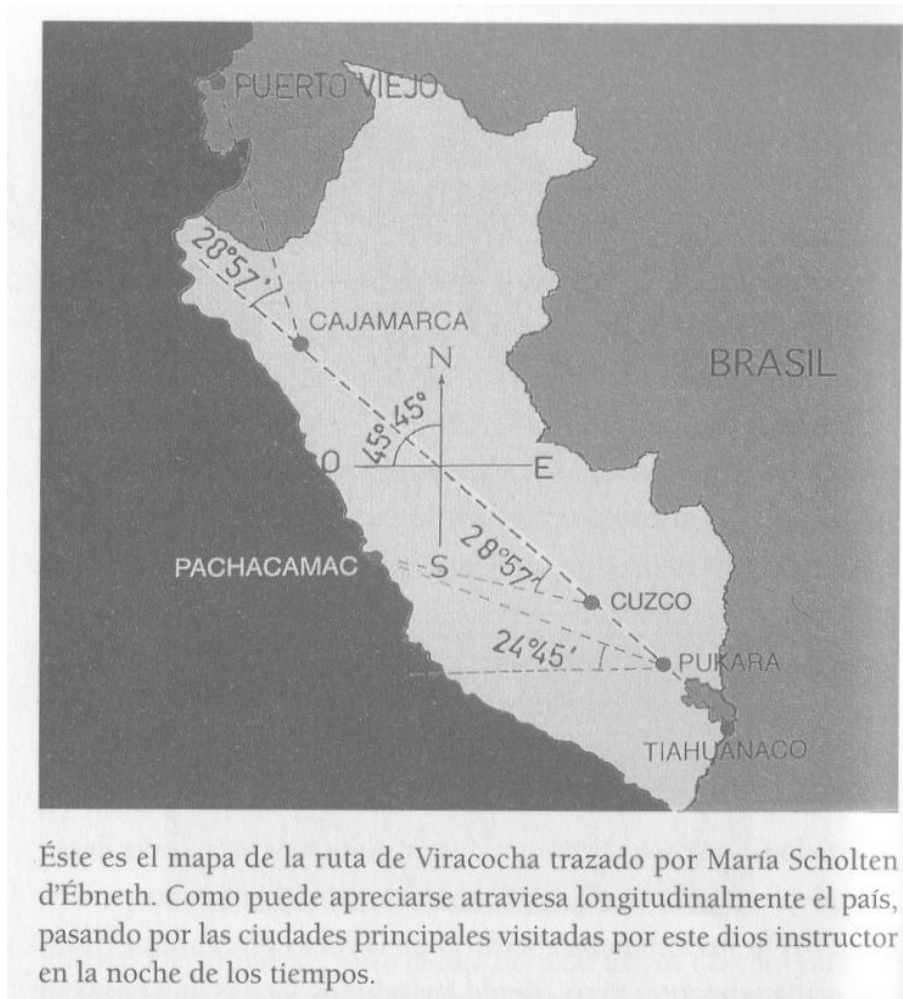
Aquella observación resultó no ser tan marginal como al principio supuse. Una vez más, fue Vicente París quien me hizo salir de la ignorancia. Si existía un riachuelo subterráneo que conectaba la catedral con el convento de Santo Domingo, era evidente que al menos existía un túnel natural entre ambos edificios.

Al menos uno.

De hecho, algunos cronistas españoles como Cieza de León apuntaron ya en sus escritos que la actual plaza de Armas fue en su día un lago o pantano que fue drenado en tiempos del inca Sinchi Roca; y de hecho aún existen dos ríos que atraviesan la ciudad de parte a parte, con sus respectivos lechos cubiertos por losas de cemento y transformados en calles. La duda que proporcionaban estos datos era lógica: ¿aprovecharon los incas una gruta natural para tender el túnel entre Sacsayhuamán y la Coricancha?

Todo parece apuntar en esa dirección. Incluso una crónica del ya citado Garcilaso de la Vega, el Inca, sugiere la existencia de un complejo sistema de sifonaje incaico que, al parecer, atravesaba el río Saphi y combinaba aberturas en la roca con caminos trazados artificialmente. Pero ¿desde cuándo los lechos que excavan las corrientes subterráneas discurren en línea recta?

La búsqueda de respuestas a esa pregunta nos condujo a otro descubrimiento «casual». Tras subir al lugar más alto de Sacsayhuamán, conocido como la Muyucmarca —una especie de base de torreón de baja altura que en el pasado pudo servir de observatorio astronómico—, Vicente y yo comprobamos la alineación exacta de la catedral, el convento de Santo Domingo y la vecina iglesia de San Cristóbal con el punto donde nos hallábamos. No había duda: la foto de satélite y la observación a ras de suelo coincidían en señalar la existencia de una alineación perfecta. ¿Cómo no se había dado cuenta nadie antes?



EL GRAN PLAN

De aquellas observaciones se deducía claramente que quienes ordenaron la construcción de aquellos edificios religiosos en época incaica sabían muy bien lo que hacían. Ahora bien, ¿y los españoles? ¿Acaso pretendieron, al cristianizar los templos paganos de Cuzco, aprovechar los sótanos para acceder a aquellos túneles de otras épocas? ¿O tal vez nunca sospecharon de su existencia y sepultaron sus entradas torpemente?

Quizá nunca lo sepamos.

Sin embargo, vaya un último y desconcertante apunte antes de pasar a otro tema: el trazado teórico del túnel que descubrimos en Cuzco coincide, tanto en su orientación como en su ubicación geográfica con una antigua y desconcertante ruta preincaica. Es como si la recta que se nos reveló en Cuzco fuera sólo un segmento, una mínima porción, de una línea mucho mayor. Miles de kilómetros mayor.

Esa tremenda recta fue descubierta en 1985 por la matemática María Scholten d'Ébneth⁵ al marcar sobre un mapa de Perú aquellos lugares que la tradición andina señaló como santificados por la presencia del divino Viracocha, el dios culturizador de los Andes.

María Scholten tomó como referencia las crónicas de Pedro Cieza de León,⁶ que narra cómo este dios civilizador emergió de las oscuras aguas del lago Titicaca. Se trataba de «un hombre blanco de crecido cuerpo, el cual en su aspecto y persona mostraba gran autoridad y veneración, y que este varón que así vieron tenía tan gran poder que de los cerros hacía llanuras y de las llanuras hacía cerros grandes».

Al parecer, el tal Viracocha cruzó los Andes modificando el terreno a su paso, hasta que desapareció caminando sobre las aguas, rumbo al oeste. De hecho, sus hazañas llamaron tanto la atención de María Scholten que ésta marcó los lugares «modificados» por el dios blanco del Titicaca, descubriendo un «camino» rectilíneo de casi 1.500 kilómetros de longitud, que formaba un ángulo perfecto de 45 grados sobre el ecuador terrestre. Por si fuera poco, Scholten notó también la existencia de otras dos rutas secundarias, separadas del eje principal en 28° 57', respectivamente.

Ni que decir tiene que semejante precisión cartográfica era imposible de obtener en tiempos de los incas, y mucho menos en una orografía tan

5. María Scholten d'Ébneth, *La ruta de Wiracocha*, Editorial Juan Mejía Baca, Lima, 1985.

6. Cristóbal de Molina, otro cronista antiguo del Perú, en su obra *Ritos y fábulas de los incas*, también describe con precisión los lugares por los que pasó Viracocha y que sirvieron a María Scholten como guía para su trabajo. «El Hacedor, a quien en lengua de éstos llaman Pachayachachic (Creador del Mundo) y por otro nombre, Tecsi Viracocha, que quiere decir incomprensible Dios, convirtió en piedras con figuras de hombres y mujeres a los que no habían cumplido su mandato en Tiahuanaco, Pukara, Jauja, Pachacamac y Cajamarca; y en Pukara bajó fuego del cielo y dicen que el Hacedor mandó que desde allí se partiese al mayor de sus hijos llamado Imaimana Viracocha», escribió.

Sólo de este texto se deducen nueve puntos geográficos que —como Cajamarca y Pukara— encajan a la perfección sobre la línea recta que une Tiahuanaco y Cuzco, y se desprenden otras líneas hacia Pachacamac o Jauja que, según el doctor Julio C. Tello, bien podrían marcar puntos clave en el recorrido anual del Sol. No en vano a Imaimana se le consideraba un «arreglador de solsticios». Un astrónomo, vaya. Otro más, en la línea de los misteriosos «compañeros de Horus», cuyas trazas perseguí en el Egipto de los antiguos faraones.

abrupta como la andina. Pero lo más sorprendente de todo es que sobre ese eje principal de 45 grados de inclinación podía encajarse la trayectoria del túnel Coricancha-Sacsayhuamán... ¡como un guante!

¿Casualidad?

No lo creo.

Entonces, ¿qué puede significar tan improbable coincidencia?

Aventuraré una hipótesis: tal vez esta línea marque una modificación del terreno que pasó inadvertida a la propia Scholten. Una que podría explicar las leyendas que circulan en los lugares de la ruta de Viracocha descubierta por esta matemática, y que son persistentes en todo el universo mágico andino. Leyendas que refieren la existencia de túneles. De enormes cavidades subterráneas. De, en definitiva, los túneles de los dioses.

Y la aventura de su búsqueda —créame el lector— es algo que no quedó arrinconado en 1994.

Lo contaré cuando llegue su tiempo.

Perú: El *Proyecto Koricancha*

Poco podía imaginar que el tiempo de contar más sobre esta extraña aventura llegaría tan pronto. Y mucho menos que lo haría tan cerca de la fecha de publicación de la primera edición de esta obra.

En efecto: el destino quiso que regresara a Cuzco a toda velocidad, al filo de la Navidad del año 2000, con los primeros ejemplares de *En busca de la Edad de Oro* aún calientes en las librerías. La inesperada llamada de un viejo amigo me obligó a reservar asiento en el primer vuelo de American Airlines a Perú, y a posponer por unos días otros planes de viaje bien distintos.

—Hemos abierto por fin la Coricancha —me dijo ceremonioso al otro lado de la línea telefónica—. Y aún más: bajo el subsuelo del convento de Santo Domingo hemos localizado lo que queda del antiguo templo del Sol de los incas y el túnel que buscábamos.

—¿Quieres decir que...?

—Que tenemos los permisos en regla para excavar en la iglesia y ya hemos comenzado los trabajos de desescombro.

El entusiasmo de Anselm Pi, aquel lejano interlocutor que me hablaba desde el corazón de los Andes, me desarmó. Sabía que otro grupo de trabajo estudiaba desde hacía años el enigma de los túneles, pero jamás imaginé que llegaría tan lejos.

—Si te llamo —remató—, es porque hemos tenido éxito gracias a ti. En cierta forma, te debo esa cortesía.

—¿A mí?

—Sí —asintió Anselm—. ¿Recuerdas la foto que me enseñaste el año pasado en Zaragoza?

El corazón me dio un vuelco. La recordaba perfectamente. Era una foto muy especial, secreta, de la que había prometido no hablar nunca públicamente hasta llegado el momento, y sobre la que Anselm y yo habíamos discutido acaloradamente durante un breve encuentro que mantuvimos en el hotel Boston de la capital aragonesa.

—Ya te dije entonces que aquélla era la prueba material de que el túnel de los incas era más que una leyenda. ¿Recuerdas que te la pedí prestada?

—Sí —respondí expectante.

—Pues cuando se la mostré al Gabinete del presidente Fujimori, aceptaron apoyarme en mi proyecto.

—¿Se la mostraste a Fujimori?

—Tenía que hacerlo.

Hice bien en sentarme. La foto en cuestión era, como digo, un secreto que había nacido en marzo de 1994 entre el padre Benigno Gamarra y yo. El abad de Santo Domingo accedió entonces a resolverme *off the record* una duda que quedó planeando en el capítulo anterior, y que a ningún lector sagaz le habrá pasado inadvertida: si en 1700 un aventurero rescató del subsuelo de su convento una mazorca de maíz de oro macizo, un choclo perteneciente al tesoro perdido del templo del Sol, ¿qué se había hecho de aquella pieza única? ¿Dónde estaba hoy la única prueba material, tangible, de la existencia de dicho tesoro?

Durante mis conversaciones con el padre Gamarra, éste hizo algo que nunca pude imaginar: me citó en su despacho poco antes del amanecer del 21 de marzo, rogándome absoluta discreción y asegurándose de que ningún otro fraile de la congregación nos molestaría. Recuerdo sus palabras casi como si lo tuviera delante ahora mismo. «Se lo contaré sólo a usted —me



Allí estaba la prueba de que mi búsqueda no era una quimera: esas dos coronas habían sido obtenidas a partir del oro de una mazorca «robada» al tesoro de Atahualpa en 1700. Ambas son protegidas por cada nuevo abad del convento de Santo Domingo, en Cuzco.

dijo—. Le dejaré tomar fotografías y preguntar lo que quiera, sólo con una condición: que no revele lo que voy a decirle hasta que yo ya no esté aquí.» Naturalmente, acepté.

Gamarra desenvolvió entonces, sobre la mesa de su despacho, un hatillo de tela roja en el que guardaba dos elaboradas coronas de oro con incrustaciones de pedrería. «El choclo por el que usted preguntaba fue fundido poco después de la muerte del estudiante que la encontró. Y con el oro que obtuvimos, mis predecesores elaboraron estas coronas para la Virgen y el niño que tenemos en la iglesia.» ¿Y por qué no están en la iglesia, con las imágenes para las que fueron fundidas?, le pregunté mientras fotografiaba admirado el oro desgastado de aquellas joyas. «Las escondimos para no despertar la ambición de los buscadores de tesoros.»

¿Luego el oro del choclo está ahora en estas coronas? «Así es», sonrió.

—No hemos roto tu promesa... —se apresuró a explicarme Anselm, al notar mi estupor en el auricular—. Gamarra ya no es el abad del convento de Santo Domingo. Lo han destinado a Arequipa.

—Pero...

—Técnicamente, él ya no está allí. Vuestro secreto ha quedado liberado.

Vacilé. Anselm, con toda su buena intención, se había adelantado a cualquier gestión que yo pudiera hacer. Había mostrado la foto a los responsables del Instituto Nacional de Cultura (INC) en Lima y había logrado algo histórico, único: que el INC y el convento de Santo Domingo firmaran un acuerdo de cooperación que permitiera excavar, en suelo sagrado, en busca de los túneles incas.

—¿Cuándo llegarás? —insistió Anselm, por fin.

—Dame cuarenta y ocho horas.

—Está bien. Te esperaré.

UN ESCUADRÓN BUSCA LOS TÚNELES

Al llegar a Cuzco casi no podía dar crédito a mis ojos. Pese a que Anselm me lo había advertido reiteradamente antes de despegar, todas mis estimaciones se quedaron cortas. No era para menos. Tras conducirme desde el aeropuerto al centro de la ciudad, pobremente decorado con luces navideñas, me encontré un despliegue propio de una superproducción de Hollywood: Un equipo de casi treinta personas, de las que la mitad eran personal técnico fijo; un cuartel general de veintidós habitaciones en pleno centro de Cuzco, muy cerca del Coricancha; ocho ordenadores trabajando a pleno rendimiento; almacenes con trajes de espeleología, alta

tecnología GPS capaz de determinar unas coordenadas con una precisión inferior a un metro, y hasta complejos filtros antigás —«los necesitaremos si encontramos lo que buscamos», me dijeron los responsables del material nada más ver mi cara de asombro—, fue parte de lo que encontré nada más aterrizar en el *Ombbligo del Mundo*.

Nunca antes había visto nada parecido. Y nadie en Cuzco tampoco. El equipo de investigación arqueológica que me había invitado a ser testigo de excepción de lo que estaban a punto de desenterrar en el corazón del imperio inca, había conseguido entre agosto y diciembre de 1999 lo que nadie antes en quinientos años.

Perplejo, busqué la mirada de Anselm. Él estaba pletórico. Con su melena blanca al viento y su porte sereno, parecía dominar todo aquel caos de alta tecnología, y recursos humanos. Pero ¿cómo había llegado Anselm hasta allí? ¿De dónde había sacado la fortuna que costaba un despliegue semejante? Y, sobre todo, ¿qué perseguía con aquello? ¿Fama? ¿Dinero? ¿... Acaso pretendía saquear el oro sagrado de la Coricancha?

—No te preocupes, Javier. Te lo explicaré todo —dijo, adelantándose a mis inquietudes.

Y así fue.

Poco a poco, delante de dos humeantes infusiones de hoja de coca, comenzó a desgranarme su peculiar búsqueda del oro de los Incas: en realidad, su aventura comenzó a gestarse a finales de 1982. En octubre de aquel año, una expedición integrada por seis catalanes alcanzaba las estribaciones de Cuzco, a 3.400 metros sobre el nivel del mar, tras haber dejado en la costa una embarcación con la que pretendían dar la vuelta al mundo.

Lo que entonces ninguno pudo imaginar es que aquel velero de diecisiete metros de eslora —el *Bohic Ruz*— no volvería a abandonar nunca el país de los incas. Anselm Pi, el capitán y por aquel entonces un «niño bien» hijo de un rico empresario textil barcelonés, subió a sus hombres en

dos potentes todoterrenos Lada y emprendieron el ascenso hacia los Andes. Querían explorar el país, estudiar sus recursos naturales y, de paso, aventurarse en alguno de sus misterios.

Una de aquellas mañanas, mientras el grueso del equipo visitaba los alrededores de Cuzco, Anselm y su amigo Francesc Serrat decidieron acercarse al convento de Santo Domingo. Como tantos otros con anterioridad, también ellos habían escuchado historias relativas a la existencia de un túnel que recorría Cuzco de parte a parte. Anselm y Francesc sabían incluso que Garcilaso de la Vega el Inca —hijo de la princesa local Chimpu Ocllo y de un capitán español— confirmó en sus escritos la existencia de ese túnel. El Inca reveló en sus *Comentarios Reales* que bajo Sacsayhuamán discurría «una red de pasajes subterráneos, tan largos como las propias torres (a las que) estaban todos conectados». E incluso advirtió que aquel lugar «era tan complicado que ni siquiera los más valerosos se aventuraban a entrar sin un guía».

Cronistas posteriores como Felipe Guamán Poma de Ayala, un indio que recorrió todo Perú para elaborar en 1615 su *Nueva Crónica y Buen Gobierno*, fueron más explícitos todavía. Éste empleó la palabra *chingana* —en quechua, «laberinto»— para referirse a un «*agujero de debajo de la tierra (que) llega hasta Santo Domingo*», apuntando ya a la existencia de una estructura subterránea de casi tres kilómetros de longitud que debía unir las ciclópeas ruinas de Sacsayhuamán con el antiguo templo del Sol o Coricancha, sobre el que los dominicos edificaron el convento que Anselm y Francesc se disponían a visitar.

Paradójicamente, no les costó mucho convencer al abad para que les permitiera echar un vistazo a las numerosas trampillas que salpicaban el suelo de la iglesia. Practicadas algunas durante la reconstrucción del convento tras el terremoto que destruyó Cuzco en 1950, aquellas puertas de madera clavadas en el pavimento daban paso lo mismo a catas arqueo-

lógicas que protegían restos de muros incas, como a una serie de criptas de acceso incómodo. Tras descender los escalones que conducían a una de ellas y accionar una bombilla que se caía de vieja, los catalanes y el abad contemplaron algo difícil de olvidar.

—Tras la pared que nos señalaba nuestro anfitrión —me explicó Anselm—, se abría un gran túnel. Nos dimos cuenta de su importancia al remover algunas de sus piedras sueltas. La galería debía tener una anchura considerable y estaba negra como la boca del lobo. El abad no nos dejó hurgar más y nos obligó a salir.

TÚNEL MORTAL

El dominico debía tener sus razones para frenar la curiosidad de sus invitados. Como sus predecesores antes que él, sabía de la suerte que habían corrido quienes se habían aventurado por aquellos agujeros. Sin ir más lejos, sólo nueve años después de publicarse la obra de Poma de Ayala, en 1624, tres españoles —Francisco Rueda, Juan Hinojosa y Antonio Orvé— buscaron la entrada a la *chíngana* por Sacsayhuamán, y se adentraron en ella en pos del oro perdido. Nunca se les vio salir de nuevo. Setenta y seis años después llegaría el estudiante que recuperó el «choclo» cuyo destino se mezclaba extrañamente con el del propio Anselm y su fiebre por entrar en los túneles secretos de la Coricancha.

Obviamente, para obtener sus permisos de excavación Anselm no presentó a las autoridades de Perú sólo la foto de unas coronas de oro. Como era de esperar, había estudiado a fondo los descubrimientos que Vicente París y yo habíamos realizado sobre la alineación de los templos de la ciudad, y junto a una abundante documentación histórica que reunió con paciencia de miniaturista, se mostró convencido de poder de-

senterrar en poco tiempo no sólo un fabuloso tesoro cultural dormido durante cinco siglos, sino también los restos de una construcción subterránea admirable, propia de una ingeniería avanzada.

POLÍTICA, TESÓN Y FORTUNA

Cuando en marzo de 1999 Anselm Pi vio en Zaragoza una de las fotos que tomé durante aquel encuentro con el padre Gamarra, no me pasó inadvertida la chispa que brilló en sus ojos. «Ésta es la pieza que me faltaba —dijo—. Ahora sí tenemos algo para empezar la investigación.»

Y, en efecto, pocos meses después Anselm partiría hacia Lima para negociar con el Instituto Nacional de Cultura, el Palacio de Gobierno y el padre Gamarra, las condiciones de una eventual exploración del subsuelo del convento de Santo Domingo en busca del túnel de los incas. En octubre de 1999 consiguió que Luis Repetto, entonces director del INC de Lima, respaldara plenamente sus trabajos. A los dominicos la idea les seducía, pero les preocupaba que cualquier eventual descubrimiento arqueológico sirviera de excusa a las autoridades políticas para expropiarles sus terrenos y quedarse así sin un convento que regentan desde hace casi cinco siglos.¹

La cuestión era en extremo delicada. Y de hecho, no se resolvió hasta bien entrado el año 2000, cuando el Estado garantizó a los dominicos no sólo la no expropiación de sus terrenos, sino la concesión de un museo en el interior de su recinto en el que se expondrían permanentemente todos los objetos y piezas arqueológicas que pudieran hallarse durante los trabajos autorizados.

Anselm se movió rápido. Su proyecto —que incluía «realizar estudios de teledetección para la ubicación del recorrido del túnel» y «conducir una prospección arqueológica para su apertura»— interesó a un financiero de

1. Ese temor sigue vivo aún en la actualidad. En una carta fechada el 28 de enero de 2002, dirigida a diferentes instancias políticas y arqueológicas peruanas por monseñor Federico Richter, arzobispo de Ayacucho, se recordaba «oficialmente» que «la Orden Dominica ostenta los títulos de propiedad (de la Coricancha) desde hace más de 450 años». Y explica «nuestra alarmante preocupación por la difusión de esta nueva "teoría de expropiación", simulando un nacionalismo que calificamos de pernicioso, puesto que se quiere desconocer el respeto a la propiedad privada y a la defensa y conservación del Patrimonio Cultural de la Nación y de la Iglesia». La herida que ha abierto la investigación de los túneles y el posible hallazgo del oro sagrado de los incas puede tener, pues, incluso derivaciones políticas y religiosas inesperadas.

Texas llamado Michael Galvis, que no dudó en adelantar los 760.000 que costaba la puesta en marcha de lo que pronto se conocería como Proyecto Koricancha.

Así, apoyado en permisos oficiales y solvencia financiera, Anselm decidió estructurar su equipo de trabajo —que agrupó bajo la denominación Bohic Ruz Explorer—, reuniendo a un colectivo de españoles, peruanos y chilenos que se pusieron manos a la obra hacia mediados de agosto de 2000. El equipo, integrado por dos arqueólogos, un físico, una geógrafa, una geóloga, dos fotógrafos, un piloto y varios especialistas en espeleología y deportes de riesgo, no tardaría en conseguir los primeros resultados.

LA MÁQUINA PRODIGIOSA

Y éstos, como no podía ser de otra forma, llegaron de la mano de la alta tecnología.

Un ingenio conocido como Ground Penetrating Radar (GPR), rapaz de detectar objetos y estructuras artificiales hasta a veinte metros de profundidad, gracias a una serie de ondas de radio que atraviesan el suelo como si fueran rayos X, arrojó datos sorprendentes. Aquel mes de agosto se cerró la iglesia de Santo Domingo al culto, y el GPR, silencioso, eficaz, comenzó a hacer su trabajo...

—Mi principal objetivo fue, desde el principio, la localización de la cripta que visité en 1982 y que después debió ser sepultada en las reformas posteriores de la iglesia —admitió Anselm, Mientras recordaba los primeros pasos de su trabajo.

—¿No encontrabas la cripta de la que nacía el túnel que viste?

—La verdad es que no. Cuando empezamos los trabajos, exploramos tres criptas. Y ninguna era la que yo visité. Llegué incluso a dudar de mis re-

cuerdos. Sin embargo, al estudiar un informe que elaboró la UNESCO en 1951 para la restauración del convento tras el terremoto que destruyó Cuzco el año anterior, me convencí de que no lo había soñado. Ese informe catalogaba cuatro criptas en el convento. Pero ¿dónde estaba la cuarta?

Los barridos sistemáticos que el GPR hizo del suelo de la iglesia pronto encontraron la respuesta. Junto al altar mayor, en un rincón conocido como el altar de Santa Rosa, aquella especie de aspiradora cuadrada dotada de tres antenas de diferentes frecuencias terminó por arrojar una lectura inesperada.

—El gráfico que obtuvimos fue bastante significativo —me explicó más tarde Jordi Valeriano, físico de Bohic Ruz Explorer frente a su monitor en el cuartel general de la organización—. Debajo del altar de Santa Rosa, a unos cuatro o cinco metros de profundidad, hemos localizado una cavidad de dos metros de anchura que creemos que puede ser la entrada a un gran túnel.

Para Anselm ya no había dudas: allí abajo fue donde él había entrado hacía doce años.

Los hallazgos ya no dejaron de sucederse. Bajo el suelo del museo del que dispone el convento el GPR detectó muros incaicos, sistemas de drenaje en el patio, restos de recintos preincaicos por debajo de los muros del llamado Templo de las Estrellas inca, integrado en el propio recinto religioso, e incluso extrañas «bóvedas» en lugares estratégicos de aquel recinto. ¿Por dónde empezar a excavar?

HUESOS POR TODAS PARTES

Los trabajos de apertura del suelo no comenzaron hasta el 23 de octubre de 2000. De hecho, cuando finalmente se decidió levantar algunas partes del suelo de la iglesia, la interpretación de las lecturas del GPR no había con-

cluido aún. Eran miles las imágenes de radar a revisar y analizar, y el departamento de teledetección de Bohic Ruz no daba abasto. Así pues, antes de que sus gráficos revelaran la existencia de un túnel bajo el altar de Santa Rosa, los responsables de la operación decidieron abrir el suelo allá donde menos interfirieran los oficios religiosos. Esto es, en el interior de las tres criptas localizadas y debajo del campanario, en una capilla fácilmente clausurable a los fieles.

—Fuimos de sorpresa en sorpresa —reconoció Luis Peries, responsable de la seguridad de la zona de excavaciones cuando me mostró el lugar: un pozo de cinco metros de profundidad excavado «a pincel»—. Nada más levantar el pavimento, comenzaron a aparecer huesos humanos. Los del campanario estaban desordenados, como si hubieran sido arrojados en ese lugar. Pero los de las criptas parecían enterramientos recientes.

Decenas de bolsas de plástico, clasificadas y etiquetadas, aguardaban aún en el coro del convento a que los huesos que contenían fueran fechados.

—Hasta que tengamos los resultados de la datación de carbono 14 no podemos saber a qué fecha se corresponden —me explicó Anselm Pi.

En el momento de mi visita, sus hallazgos se reducían a un extravagante osario y a algunas piezas de cerámica incaicas de escaso valor.

—Pero la verdadera excavación empezará en febrero de 2001 —me advirtió—. Será entonces cuando no sólo entraremos en el túnel que nace bajo el altar de Santa Rosa, sino que comprobaremos si la leyenda del oro inca es cierta o no.

Anselm, no obstante, se encogió de hombros cuando le pregunté qué clase de objetos pensaba encontrar. Ni él ni nadie podía saberlo a ciencia cierta.

IMAGINANDO UN TESORO

Para hacerme una idea de cómo podía ser el oro sagrado del templo del Sol que desapareció ante los ojos de los conquistadores, consulté los relatos de los primeros cronistas que se refirieron a él. Ninguno de ellos vio personalmente las maravillas que describieron, pero se hicieron eco de lo que les contaron soldados españoles e incluso antiguos cortesanos incas. Bartolomé de las Casas, por ejemplo, se refirió al más sagrado de los objetos que contenía el templo: el disco solar. «La estatua del Sol —dijo—, de bulto, toda de oro, con el rostro de hombre y los rayos de oro, como se pinta entre nosotros. »² Otros, como Bernabé Cobo, redondearon su descripción refiriéndose a cómo aquella estatua fue «obra toda de oro finísimo con exquisita riqueza de pedrería». El padre Cobo describió, al menos, otras tres imágenes áureas del Sol, y Sarmiento de Gamboa habló de estatuas de oro y hasta de las momias de los incas que precedieron a Atahualpa en el trono del imperio. Y todo por no hablar de la famosa cadena de oro que Huayna Cápac mandó elaborar, de eslabones gruesos como puños y de unos doscientos metros de longitud.³

—Es imposible calcular qué cantidad de objetos puede haber enterrados ahí abajo —trató de aclararme Anselm—, pero de lo que no cabe ninguna duda es de que se trata de un tesoro muy peligroso.

Le miré de hito en hito.

—¿Peligroso?

Anselm asintió:

—Sabemos que la acumulación de metales durante mucho tiempo en un espacio cerrado y húmedo, como es el subsuelo de Cuzco, puede dar lugar a sustancias tóxicas como el cianuro, el mercurio o el cloro. Su inhalación fue lo que debió matar a los exploradores de épocas pasadas. Pero nosotros entraremos preparados.

2. Citado por Béjar, p. 14.

3. Zecharia Sitchin, *Los reinos perdidos*, Martínez Roca, Barcelona, 1994, p. 25.



Elian Karp (primera dama del Perú), Anselm Pi (presidente de Bohic Ruz Explorer) y la reina de España visitaron en noviembre de 2001 las excavaciones en Sacsayhuamán en busca del antiguo túnel sagrado de los incas.

Pese a las precauciones —trajes herméticos como los de la película *Estallido*, filtros antigás, mascarillas...— todo el equipo de Bohic Ruz sabía que cuando llegara el momento, no habría preparación suficiente. En Cuzco, mientras tanto, desde que comenzó a rumorearse la existencia del Proyecto Koricancha, los sentimientos de la población comenzaron a encontrarse. Rosa María Alzamora, mi inestimable «guía» peruana, sacerdotisa andina y último eslabón de una larga cadena familiar de chamanes, se estremeció cuando supo de este proyecto. Imaginó a Anselm como un *chakaruna*, un «hombre puente» tal vez llegado al Perú para mover la tierra sagrada de sus antepasados justo en el momento en que llegaba al poder el primer presidente indígena de la historia del Perú, Alejandro Toledo.

Justo cuando los legítimos señores de aquellas tierras regresaban al poder.

—Tal vez todo esto son señales de que ya ha llegado el *Pachacuti*, el nuevo ciclo de quinientos años que regirá estas montañas, y la apertura del lugar más sagrado de la tradición andina marque ese momento —sugirió Rosa María—. Sin embargo, quienes entren en el Secreto deberán protegerse mágicamente y respetar el poder del lugar.

—Eso también lo harán —le aseguré.

—Así lo espero —respondió más enigmática que nunca, sin ocultarme la profunda desconfianza que anidaba desde hacía días en su corazón.

LOS ÚLTIMOS DÍAS

Abandoné Cuzco el 21 de diciembre de 2000, rumbo a El Cairo. Atrás dejé una populosa rueda de prensa en la que Anselm Pi, Luis Enrique Tord —entonces director del Instituto Nacional de Cultura (INC) de Lima—, el padre Héctor Herrera —nuevo abad del convento de Santo Domingo, sucesor del padre Gamarra— y yo tratamos de explicar a los medios de comunicación locales los propósitos últimos del Proyecto Koricancha. Y atrás quedaron también mis días de búsqueda romántica de respuestas. Ya sólo quedaba excavar.

Los trabajos de pico y pala tardaron más tiempo del previsto en reanudarse. Según lo planeado en un principio, se perforó en el altar de Santa Rosa, se levantó el suelo en diversos puntos de la iglesia, y se pusieron al descubierto más estructuras incas primitivas, jamás vistas desde tiempos de los conquistadores. Sin embargo, la cuarta cripta que vio Anselm no apareció nunca. No lo hizo ni en la primavera de 2001 ni en los meses que siguieron a ésta. Tampoco apareció ninguna estructura

despejada correspondiente a un túnel, aunque el revuelo provocado por sus trabajos les hizo recoger nuevos datos sobre otras posibles entradas al túnel en todo Cuzco.

Finalmente, en el cenit de su popularidad en la capital de los Andes, el INC autorizó a Bohic Ruz Explorer a excavar en Sacsayhuamán. Perforaron el subsuelo de la llamada Chinkana Grande, una enorme roca bajo la cual se creía que partía la otra boca del túnel de Atahualpa. Las obras, que visitó incluso la reina de España en noviembre de 2001, deshicieron sin embargo aquel arraigado mito local. Allá no había túnel alguno; tan sólo restos que indicaban que la roca fue un importante altar ceremonial en tiempos de los incas.

O eso, o el Pachacuti había decidido hacerse esperar un tiempo más.

Por si acaso, yo sigo a la espera de nuevos acontecimientos —que tarde o temprano llegarán— en el corazón espiritual de los antiguos señores del Sol. Vigilante como un puma.

Otra reflexión: Túneles por todas partes

El lector comprenderá que a estas alturas añada una reflexión después de tanto viaje.

A fin de cuentas, después de comprobar los ríos de tinta que han corrido alrededor de la supuesta existencia de grandes túneles que recorren el subsuelo de buena parte de América y aun de otros continentes, son muchas las personas que todavía no comprenden el porqué de la fascinación de algunos investigadores por esta cuestión.

Sin duda se les escapa que en la mayoría de las culturas ancestrales de nuestro planeta se habla de túneles y cavernas como el lugar de nacimiento de muchos dioses (como Júpiter, Dionisos, Hermes o Jesús en Oriente, o los hermanos Ayar, por ejemplo, en la mitología incaica), y que se refieren a estos enclaves como el reducto natural de criaturas sobrehumanas que influyeron extraordinariamente en el devenir del ser humano.

Posteriormente, relatos como el de *El flautista de Hamelín* (de quien se dice que condujo al interior de una cueva a los niños que «hechizó» con el sonido de su flauta) u otros de similar factura, recogieron esa inquietud por el mundo subterráneo y las entradas a éste. Por no hablar, claro está, de las incontables leyendas que sobre seres divinos de naturaleza intraterrena se cuentan entre incas, mayas y aztecas en el Nuevo Mundo, o entre los su-

meros en el viejo continente. ¿Acaso se pusieron de acuerdo todos estos pueblos para conservar esta clase de narraciones extraordinarias? ¿O, por el contrario, se estaban refiriendo a hechos que conocieron realmente?

Sí. Existen, sin duda, suficientes razones para que los investigadores quedemos prendados de estas historias y hayamos iniciado nuestras propias averiguaciones tras algunos de estos míticos relatos.

CUEVAS Y TÚNELES EN ECUADOR

Sin duda uno de los primeros en romper el fuego fue el controvertido buscador suizo de extraterrestres Erich von Däniken. Basándose en los hallazgos que desde junio de 1965 había efectuado en Ecuador el explorador argentino de origen húngaro Janos Moricz, Däniken supo de la existencia de extensas galerías de túneles que, a decir de su descubridor, recorrían cientos de kilómetros hacia el sur, hasta perderse en territorio peruano.

Pese al celoso secreto guardado por Moricz sobre las vías de ingreso a estas galerías talladas artificialmente, pronto se supo que una de sus entradas estaba situada en pleno corazón del territorio *shuara*, en un lugar venerable conocido como la Cueva de los Tayos.

La cueva en cuestión, una especie de chimenea natural de sesenta metros de caída en vertical, ha sido visitada en los últimos años por investigadores de todo tipo, entre ellos mi admirado Andreas Faber-Kaiser. Sin embargo sólo una expedición española conducida por Ángela de Dalmau y Francesc Serrat hace casi una década la exploró con más detenimiento,¹ siendo incapaces de dar con las galerías talladas de las que habló primero Moricz, y después Däniken en su obra *El oro de los dioses*.²

1. Ángela de Dalmau, «El misterio de la cueva de los Tayos», *Más Allá*, n.º 65, julio de 1994.

2. Erich von Däniken, *El oro de los dioses*, Martínez Roca, Barcelona, 1973.

¿Fue la indicación de la Cueva de los Tayos una pista falsa tendida por Moricz para despistar a los más tenaces buscadores de túneles?

Tal vez. A fin de cuentas, la mayoría de quienes han buscado los túneles hasta hoy lo han hecho cegados por el brillo del oro, la gloria o la ambición por las antigüedades, ignorando el sentido sagrado que un día tuvieron aquellas galerías y lo mucho que podrían enseñarnos de esa Edad de Oro primigenia que parece vivió nuestra humanidad.

En Ecuador, sin ir más lejos, el propio Moricz refirió en numerosas ocasiones que en el interior de las galerías que había descubierto se encontró con abundantes planchas de oro en las que, al parecer, estaba grabado un puntual relato de la historia de la especie humana. Algunas de estas planchas fueron reunidas por el ya fallecido sacerdote salesiano Carlo Crespi y fotografiadas por Däniken para la obra citada.

En Perú, y más concretamente en Cuzco, donde existen, como hemos visto, gran cantidad de referencias históricas a la existencia de túneles preincaicos, la creencia generalizada es que en esas galerías los hombres de Atahualpa escondieron el oro de los incas, para impedir que los españoles comandados por Pizarro lo saqueasen y fundiesen en lingotes.

TÚNELES EN TIERRAS INDIAS

Pero la tradición americana de los túneles abarca mucho más que Ecuador o Perú. En 1935 un explorador norteamericano llamado Frank White encontró en las inmediaciones del californiano valle de la Muerte, y no muy lejos de las montañas Gila, un túnel de 2,40 metros de altura y paredes completamente pulidas. Tras adentrarse en él siguiendo una extraña luminiscencia verde —que dicho sea de paso, es citada por otros muchos



Poco podía imaginar que la misteriosa «dama azul» que evangelizó a los indios de Arizona, Nuevo México y Texas en el siglo XVIII —y que se identificó con sor María Jesús de Ágreda—, utilizara túneles para esconderse. ¿Acaso los mismos donde se escondieron los dioses katchinas de los indios hopi?

exploradores y espeleólogos del «mundo subterráneo»— acabó encontrando algunas momias y estatuas cubiertas con objetos de oro. Su descubrimiento no hacía sino confirmar la existencia de varias redes de pasadizos soterrados bajo las actuales tierras del sur de Estados Unidos.

Unas tierras donde, por cierto, se concentran gran cantidad de leyendas

indígenas sobre túneles y su vinculación a la aparición del hombre sobre la Tierra.

Los indios zuni, por ejemplo, defienden la hipótesis de que los seres humanos fuimos creados por los dioses en el subsuelo terrestre, los mandan —una tribu que pertenece a la rama lingüística de los sioux— sostienen idéntica creencia.

Hasta en la ciudad de San Antonio (Texas), siguiendo la pista de las bilocaciones de la monja española sor María Jesús de Ágreda en el Nuevo Mundo, me he encontrado con referencias antiguas que señalaban que esta religiosa franciscana, a la que conocían con el sobrenombre de «la dama azul», surgía del interior de una ciudad subterránea. Algo parecido, por otra parte, a lo que a mediados de este siglo narraba el guía indio californiano Tom Wilson al referirse a la tribu de los calroe, frecuentemente visitada por un venerable anciano de cabellos y túnica blanca, que siempre desaparecía por un profundo túnel iluminado por la misma y recurrente luminiscencia verde descrita líneas atrás.

Pero si algún relato sobre túneles destaca entre los indios norteamericanos, confinados hoy en reservas de dudosa habitabilidad, es el que refiere Oso Blanco, del clan de los indios hopi. Según narró al escritor e investigador de origen austríaco Joseph Blumrich —cuya versión difiere sensiblemente de la aportada por el antropólogo Frank Waters, autor del célebre *El libro de los hopis*—,³ los *katchinas*, o dioses voladores de esta tribu, fueron los responsables de la construcción de los túneles.

«El clan del arco —escribe Blumrich en su obra *Kasskara und Die Sieben Welten* basándose en las enseñanzas de Oso Blanco— bombardeó la ciudad del clan de la serpiente con las más poderosas y abominables armas que tenían. Eran similares al rayo. Lo que ellos usaban lo llamamos hoy energía eléctrica. El clan de la serpiente estaba preparado para ello. La serpiente que mencioné antes —refiere Blumrich— ayudó a la gente a ir

3. Frank Waters, *El libro de los hopis*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1992.

bajo el suelo donde estarían protegidos por un grueso escudo y alguna clase de energía eléctrica también. Cuando los disparos se detuvieron por la tarde, la serpiente hizo uso de su habilidad para atrincherarse por sí misma. Construyó un túnel bajo las fortificaciones del clan del arco.»

UNA CONTROVERSIA IMPARABLE

Además de este relato bélico, otras leyendas hopi refieren cómo el hombre salió de las entrañas de la madre Tierra, a la que —según Frank Waters— simbolizan con forma de laberinto. Y laberinto es el significado literal de la palabra quechua *chinkana*, con la que los incas designaban a los túneles subterráneos que unían sus diferentes centros ceremoniales sagrados. ¿Se trata de una casualidad?

Las referencias a la existencia de estos caminos sagrados son tan abundantes como desconcertantes. El español Fernando de Montesinos, por ejemplo, en sus célebres *Memorias antiguas historiales y políticas del Perú*, refiere la existencia de una de estas vías, que enlazaba Tiahuanaco con Cuzco. Un camino que, por cierto, tal y como indicó Vicente París en 1992, muy probablemente corresponda al recorrido que efectuaron bajo tierra los hermanos Ayar, enviados por su padre Kon Tiki Viracocha, para que fundasen el imperio de los incas. De hecho, hace ya algún tiempo, el escritor Raymond Bernard escribía a este respecto: «El más famoso de estos túneles es el "Camino de los Incas", que según se dice se extiende por varios cientos de kilómetros hacia el sur de Lima, a Cuzco y a las tres cimas, dirigiéndose hacia el desierto de Atacama, donde se pierden todos los vestigios. Otro ramal se dirige al Brasil, donde está conectado por túneles a la costa. Ahí los túneles se sumergen bajo el fondo del océano

en dirección a la perdida Atlántida».

¿Acaso se refirió a estas galerías Platón cuando escribió en su *Timeo* que «los atlantes construyeron templos, palacios, puentes y túneles, dirigiendo también las aguas, que fluían en un círculo triple, alrededor de su metrópoli, de un modo útil»? Y si fue así, ¿es que acaso fueron los atlantes los constructores de semejantes prodigios arquitectónicos?

Israel: Bajo el templo de Yahvé

JERUSALÉN

Los domingos son días extraños en Jerusalén, y aquel 28 de noviembre de 1993 no fue una excepción.

Mientras los cristianos celebran su fiesta religiosa semanal, para judíos y musulmanes se trata de una jornada laborable cualquiera. Por eso, cuando poco antes de las nueve de la mañana de aquel día crucé la amplia explanada que bordea el Muro de las Lamentaciones, ese sector de la ciudad bullía en actividad.

A esas horas el muro apenas daba cobijo a unos pocos ultraortodoxos que inclinaban su cabeza sobre las milenarias piedras, mientras pocos metros por detrás de ellos un destacamento de hombres de negocios acudían de prisa a sus despachos. Así era —y es— Jerusalén. Ciudad de eternos contrastes.

A mano izquierda del muro, muy cerca de la embocadura del llamado túnel de los Asmoneos, me esperaba el doctor Dan Bahat en su reducida oficina. Desde 1985 él es el máximo responsable de las excavaciones arqueológicas realizadas junto a la pared más famosa de todo Israel. De aspecto menudo y casi calvo, por sus gestos pude deducir que estaba ante un hombre hiperactivo y muy cordial.

Y para mi sorpresa, hablaba perfectamente español.

—El Muro de las Lamentaciones, que hoy es lugar de oración y que usted acaba de rodear, tiene tan sólo 57 metros de largo —comienza a explicarme nada más estrechar mi mano—, pero si sumamos toda su extensión hasta el punto más al norte que vamos a visitar, suma una distancia de 488 metros de largo. Se dice que este sector del muro es, sin embargo, únicamente una novena parte del perímetro total que tenía el templo.

Bahat —me quedó claro de inmediato— era un hombre meticoloso. Sin mediar demasiados preámbulos, nos cubrimos la cabeza con sendos kipás y tras cruzar parte del sector de oración del muro, nos adentramos en unas excavaciones que en esas fechas aún estaban cerradas al turismo.

—Para el tipo de investigación que usted realiza, seguramente le gustará ver con sus propios ojos una de las cosas más misteriosas que hemos encontrado durante nuestros trabajos de limpieza del túnel.

Asentí sorprendido.

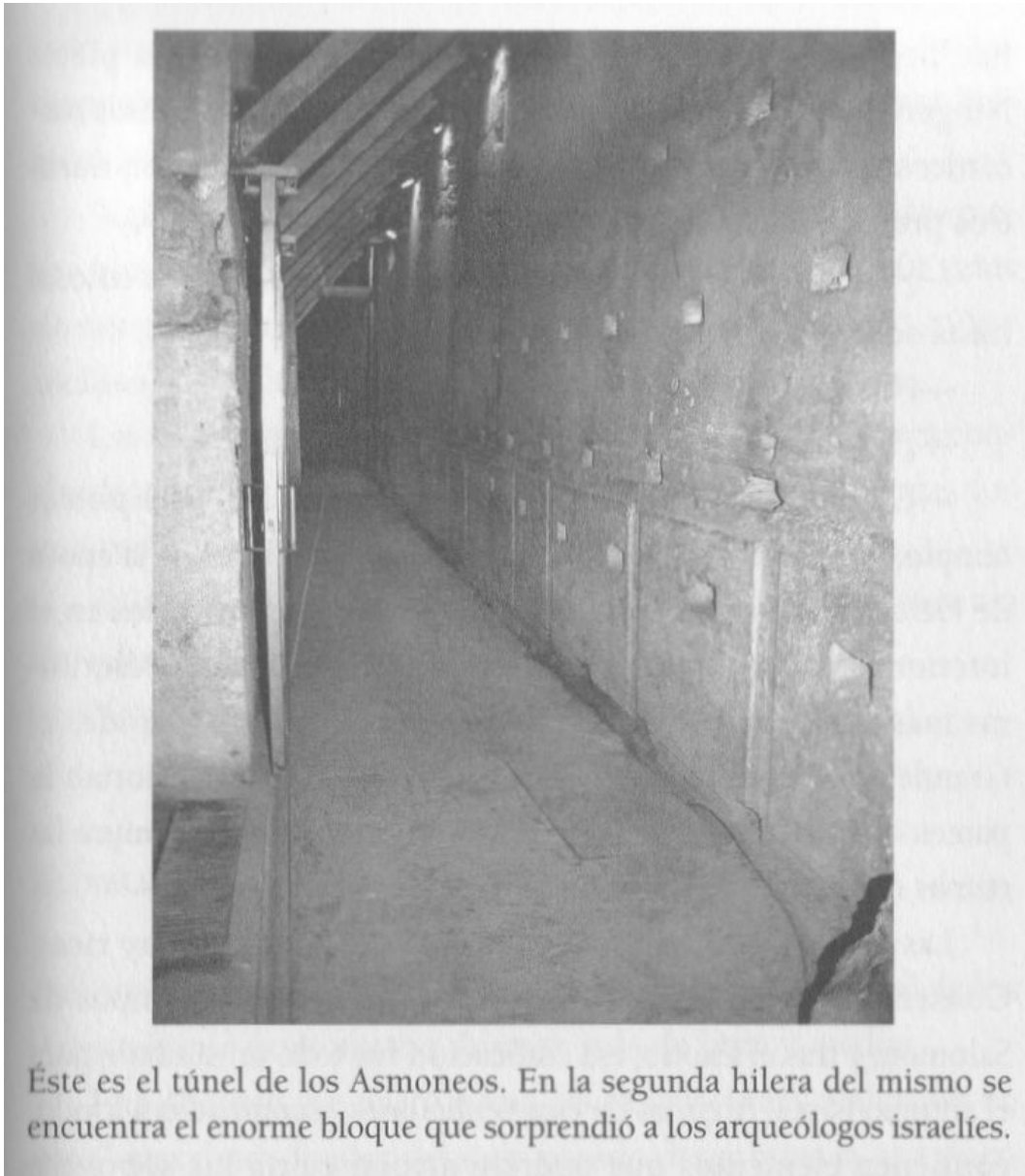
—Acompáñeme.

Seguir a Bahat en su territorio, y en la penumbra de aquella galería, no fue fácil. Tras atravesar una gran bóveda de cañón supuestamente construida por los cruzados durante la Edad Media y admirar brevemente una maqueta que reproducía el aspecto del templo de Salomón de hace dos milenios, el doctor Bahat me invitó a recorrer un estrecho pasadizo que discurría a lo largo del muro original del antiguo templo.

—Aquí está la piedra más grande tallada jamás en Israel. Está incrustada en uno de los sectores del templo más antiguos —afirmó sonriendo satisfecho al llegar.

—¿De qué se trata?

—Estamos ante un bloque que tiene una longitud de 13,60 metros, una altura de 3,20 y una anchura de 4,60 metros. Su peso estimado es de 600



toneladas... y sólo piedras talladas en Egipto y en Baalbek, en pleno Líbano, la superan.

Crucé una mirada de complicidad con el doctor Bahat. Pese a que no habíamos tenido oportunidad de hablar de mi pasión por los enigmas arqueológicos y de mi certeza de que muchas culturas de nuestro pasado contaron con medios tecnológicos superiores, en ocasiones, a los actuales, sus acertados comentarios despertaron en mí un vivo interés.

Efectivamente, en Egipto se movieron piedras de más de 1 000 toneladas de peso, y las de Baalbek, a las que se refería Bahat, llegaron a al-

canzar las 1.100 toneladas en una sola pieza. Ningún ingeniero podría hoy mover una masa así sin medios mecánicos, ni manejarla con la precisión con que lo hicieron nuestros predecesores.

—¿Y cómo cree usted que fue trasladado este bloque colosal hasta aquí?

—No lo sabemos.

—¿Y se sabe a cuál de los templos perteneció?

—Eso sí. Sin duda, al segundo. Aquí no hay nada del primer templo, ya que el Muro de las Lamentaciones actual es de la época de Herodes. Los restos más antiguos habría que buscarlos en el interior, dentro de la colina del templo. Según nuestras escrituras más antiguas, recogidas en la *Midrash*, cuando Herodes el Grande se planteó reconstruir el templo, la colina de Moriah le pareció pequeña y decidió agrandarla enterrando para siempre las ruinas del primer templo.

Las tradiciones judías sobre la casa de Dios son muy ricas. Construida para albergar el Arca de la Alianza en tiempos de Salomón, y tras el Éxodo, esa edificación fue todo un símbolo para el antiguo Israel. Algunas de esas tradiciones, examinadas a fondo, contienen elementos que podrían arrojar cierta luz sobre ese misterioso monolito del muro oeste.

De hecho, una de las singularidades que han puesto de relieve los trabajos de Bahat y de la Western Wall Heritage Foundation que financia sus excavaciones, es la existencia de lo que los arqueólogos judíos llaman la «Vía Maestra». Se trata de una hilera grande de piedras particularmente pesadas, situadas cerca de la base del muro y entre las que está inscrito el colosal bloque de 600 toneladas que me mostró Bahat. Su altura supera en todos los casos los tres metros y su peso medio ronda las 370 toneladas por pieza.

Pues bien, durante la construcción del primer templo —levantado por Salo-

món hacia el siglo X a.C.— parece que los arquitectos dispusieron de una herramienta secreta llamada el «*shamir* mágico».

Según fuentes talmúdico-midrásicas, este *shamir* era la «piedra que parte rocas». Esto es, un elemento capaz de fundir vetas de mineral y metales sin fricción ni calor, en total silencio, y que incluso poseía la notable propiedad de tallar el diamante.

Las mismas tradiciones refieren que este *shamir*, una vez concluidos los trabajos del Templo, se ocultó en el interior de las dos columnas gigantes que custodiaban el sanctasanctórum.

¿No es ésta una clara alusión a alguna clase de herramienta de «alta tecnología»?

No precipitaré mis conclusiones.

EL RECINTO MÁS SAGRADO

Las explicaciones del doctor Bahat en el interior del túnel de los Asmoneos se prolongaron durante más de hora y media.

Fue él quien me narró cómo las excavaciones realizadas en este lugar desde finales del siglo pasado descubrieron una puerta antigua, que si se excavara hoy daría paso al interior del templo y desembocaría en la mismísima Cúpula de la Roca.

También me advirtió de los problemas que sus excavaciones estaban generando en 1993. A fin de cuentas, el recinto del templo se encuentra hoy en poder de los árabes, que lo consideran el tercer lugar más sagrado de su religión. Y a éstos no les complace nada saber que al otro lado de una gruesa pared de piedra, arqueólogos judíos están excavando sabe Dios con qué intenciones.

—Las excavaciones del muro oeste u occidental siempre han sido muy mal vistas por los árabes —reconoce Bahat—. Además, durante muchos

años ha habido personas tratando de buscar cerca de aquí toda clase de tesoros, como el Arca de la Alianza.

—¿Y tienen algún sentido esas perforaciones?

—Creo que no.

—Dígame una cosa, doctor Bahat, ¿por qué el Muro Oeste es considerado sagrado por los judíos?

—Nosotros sabemos, gracias a las descripciones de la *Mishná*, que el sanctasanctórum del templo estuvo situado muy cerca de este muro. Es, por tanto, el lugar más cercano a la piedra de fundación...

... Que fue precisamente el punto sobre el que Salomón colocó el Arca de la Alianza..., pensé para mis adentros.

La piedra de fundación a la que se refería el doctor Bahat es la *Shetiyyah*, una enorme masa rocosa que hoy cobija la Cúpula de la Roca, erigida en el 638 de nuestra era por el califa Omar. Los judíos creen que a su alrededor Dios creó la Tierra e hizo que sobre ella se desarrollaran acontecimientos tan importantes como la creación de Adán, o el sacrificio de Isaac a manos de su padre Abraham.

Lo que reposa bajo esta roca y a su alrededor es un auténtico misterio. Su categoría de lugar sagrado impide la entrada de las piquetas de los arqueólogos, y ello pese a las innumerables leyendas que afirman que el Arca de la Alianza fue escondida en su seno justo antes de que Nabucodonosor arrasara el templo entre el 587 y el 586 a.C.

AGUJEROS POLÉMICOS

Ajenos a estas prohibiciones, algunos exploradores han tratado de perforar el suelo santo de la Cúpula. El más célebre de estos intentos fue el llevado a cabo por el aventurero británico Montague Brownslow Parker,

quien convencido de poder encontrar un pasadizo subterráneo que iría desde la cercana mezquita de al-Aqsa hasta la Cúpula de la Roca, creía que podría localizar la habitación secreta donde reposaba el Arca.

Curiosamente, su punto de partida —la mezquita de al-Aqsa— estaba en el mismo lugar donde excavaron los templarios entre 1118 y 1125 con idéntico propósito... aunque movidos por intereses bien distintos.¹

Guiado por un esoterista finlandés llamado Valter H. Juvelius, tras sobornar al guardián de la Cúpula de la Roca, los hombres de Parker pasaron más de una semana excavando en al-Aqsa y en la caverna natural que existe bajo la *Shetiyyah*. Ninguno de sus agujeros aportó pista alguna sobre el paradero del Arca y su sacrilegio a punto estuvo de costarles la vida, al ser descubiertos por vigilantes nocturnos de la Roca que no estaban al día con los bornos.

Otro célebre arqueólogo de finales del siglo XIX, el teniente de los Reales Ingenieros Británicos Charles Warren, pretendió excavar en la colina del Templo en 1867. Warren fue de los primeros en explorar con una óptica científica el túnel de los Asmoneos y recorrer todo su trayecto, desde el Muro de las Lamentaciones hasta su desembocadura junto a la Vía Dolorosa.

De hecho, ya en aquella época trató clandestinamente de abrir una galería que le condujera directamente bajo la *Shetiyyah* y aunque su empresa nunca llegó a buen puerto, sus obras fueron usadas incluso por los francmasones como lugar de reunión.

Al mismo Warren se debe, por ejemplo, el haber despejado la enorme puerta que me mostró el doctor Bahat durante mi visita y que hoy lleva el nombre de este militar inglés.

—Esta puerta —me dijo Bahat con su proverbial erudición— fue en su día uno de los cuatro accesos al templo. Si los árabes nos dejaran entrar y perforarla, llegaríamos a las escaleras que conducen al corazón de la co-

1. Para el lector interesado, parte de esos intereses son descritos en mi libro *Las puertas templarias* (Martínez Roca, Barcelona, 2000), en forma novelada.

lina del Templo. Hoy, sin embargo, es un pasaje subterráneo que está lleno de agua, ya que se usa como cisterna.

EL ÚLTIMO MISTERIO DEL TÚNEL

Los árabes se sienten amenazados. Bajo sus pies, a unos ocho metros de profundidad, los judíos han estado realizando excavaciones oficialmente con propósitos arqueológicos. Pero a nadie se le escapa que en Jerusalén historia, religión y política van siempre de la mano, y que esa «puerta de Warren» hoy tapiada, si se abriera provocaría un conflicto intercultural sin precedentes.

—Tengo una cosa más que mostrarle —me apunta amablemente el doctor Bahat antes de abandonar el túnel.

—Usted dirá...

—El suelo que está pisando es el pavimento original construido por Herodes alrededor del templo. Son losas de 1,10 metros de lado, típicas de los arquitectos de ese período, y se trata, con certeza, de una de las calles que debió de pisar Jesús de Nazaret.

—¿Y dónde nos encontramos ahora?

—A varios metros por debajo del nivel de la calle actual. Lo que quiere decir...

—Que los lugares originales por los que caminó Jesús están hoy enterrados y no corresponden a ninguno de los que se enseñan a los turistas.

Bahat sonrió.

—Es fácil de entender. El templo de Jerusalén fue destruido por los romanos en el año 70 de nuestra era. Desde entonces, la ciudad ha sido arrasada en varias ocasiones más, enterrándose más profundamente sus ruinas a cada destrucción. La importancia de nuestras excavaciones en este lugar no es sólo la de descubrir bloques ciclópeos de los que apenas sabe-

mos nada, sino la de reescribir la historia de judíos, musulmanes y cristianos con otros ojos.

Y añadió:

—Si hay algún peregrino que quiera seguir los auténticos pasos de Jesús, debe venir aquí.

CUARTA PARTE

Los señores del tiempo

Los primeros hombres creados y formados se llamaron el Brujo de la Risa Fatal, el Brujo de la Noche, el Descuidado y el Brujo Negro... Estaban dotados de inteligencia y consiguieron saber todo lo que hay en el mundo. Cuando miraban, veían al instante todo lo que estaba a su alrededor, y contemplaban sucesivamente el arco del cielo y el rostro redondo de la Tierra... (Entonces el Creador dijo:) «Lo saben ya todo... ¿qué vamos a hacer con ellos? Que su vista alcance sólo a lo que está cerca de ellos, que sólo puedan ver una pequeña parte del rostro de la Tierra... ¿No son por su naturaleza simples criaturas producto de nuestras manos? ¿Tienen que ser también dioses?»

POPOL VUH

Francia: «El más desconocido de los hombres»

Don Julio no podía haberlo calculado mejor.

A decir verdad, y una vez metido hasta las cejas en aquella nueva investigación, todo acabó por parecerme el fruto de una astuta y desconcertante broma urdida por el propio Julio Verne hace más de ciento treinta años. Era como si los hechos que me proponía documentar acabaran de saltar de las páginas de cualquiera de sus novelas de aventuras.

Y me explico una vez más.

La broma verniana que me tuvo en jaque por media Francia a finales de octubre de 1994¹ comenzó tres lustros antes, cuando Jean Verne, tataranieta del genial escritor, decidió abrir un cofre de novecientos kilos de peso, herméticamente sellado, heredado de su abuelo Michel. Jean era entonces muy joven y soñaba con encontrar allí dentro algún rutilante tesoro de sus antepasados, quizá repleto de monedas antiguas y exóticos objetos.

Pero no fue nada de eso.

El cofre, en efecto, formaba parte del ajuar familiar del clan Verne desde hacía más de siete décadas. Sin embargo, hasta aquel momento nadie se había interesado por él. Como si todos sus herederos, menos el soñador Jean, supieran que su contenido no merecía demasiado la pena.

Fue en 1979 cuando Jean Verne, solícito, decidió despejar sus dudas y

1. Como en tantas ocasiones, fue un oportuno recorte de prensa el que me puso en guardia. Esta vez fue un completo artículo de Iñaki Gil para el diario *El Mundo*, titulado «Julio Verne vio el presente» (del 23 de septiembre de 1994), el que me lanzó a esta investigación.

forzar la cerradura del cajón de su famoso tatarabuelo. Sin saberlo, se tropezó con un misterio que entonces no supo calibrar, y que tardaría quince años en convertirse durante unos días en el centro de interés mundial.

El «tesoro» de Jean se inventarió así: dos plumas de escribir, algunas letras del tesoro rusas con fecha anterior a la revolución bolchevique de 1917 y un fajo de páginas amarillentas encabezadas por un título tan evocador como extravagante. *París en el siglo XX*,² decía.

Jean no dio mayor importancia a aquellas reliquias. Un tanto decepcionado por una herencia tan escuálida, cedió las plumas a un museo de Turín, repartió las vistosas letras rusas entre su familia y conservó —sabe Dios por qué— el manuscrito que inmediatamente atribuyó a su abuelo Michel, hijo y a la vez estrecho colaborador de don Julio durante los últimos años de su vida.

UNAS PROFECÍAS QUE NADIE ESPERABA

Pero el destino, burlón como de costumbre, se encargó de poner las cosas en su sitio; atrajo de nuevo a Jean hasta el original de su antepasado y destapó una auténtica caja de Pandora, que, en aquel recién estrenado otoño de 1994 me obligó a desempolvar los libros de Verne, empaparme de los detalles de su vida y recorrer más de tres mil kilómetros por toda Francia tras sus huellas.

Mi cuaderno de notas y media docena de cintas magnetofónicas dan fe de mis desvelos. Tras varias gestiones infructuosas, finalmente di con Jean Verne en un pueblecito del sur del país, situado cerca de Aviñón. La Roque d'Antheron era de esa clase de lugares en los que resulta imposible perderse; y más aún no dar con la casa del clan Verne: una antigua vivienda unifamiliar donde Jean había prometido responder a todas mis preguntas.

2. Julio Verne, *París en el siglo XX*, Planeta, Barcelona, 1995.

—A fin de cuentas —admitió por teléfono— no todos los días me encuentro a un periodista tan insistente como usted.

Había algo que me escamaba de aquel manuscrito y que esperaba aclarar en la Roque d'Antheron. Algo que me puso en estado de alerta, y que me recordó que don Julio nunca había dejado nada al azar ni en su literatura ni en su vida. Ni siquiera sus célebres aciertos al describir cómo sería el primer viaje a la Luna o el primer submarino pueden considerarse ya fruto de la suerte. Aquel hombre —lo intuyo— fue capaz de saltar las barreras del tiempo y eso, como ya sabe el lector después de haber leído el relato de mi paso por Montalcino, era algo que me obsesionaba particularmente.

—Fue hace tres años cuando comencé realmente a leer las páginas que encontré en el baúl de mi familia...

Jean Verne, un joven que acababa de rebasar la treintena, me invitó a pasar al salón de su casa. Conservaba esa atmósfera decadente de las estancias victorianas, con muebles de madera que crujían al tocarlos y un espléndido retrato de don Julio sobre la chimenea. Jean sonrió ante mi gesto de asombro, y prosiguió:

—Fue entonces cuando me di cuenta de que aquel manuscrito no había sido escrito por mi abuelo, como al principio creí, sino por mi bisabuelo Julio. Pregunté a algunos especialistas por el libro, y terminé averiguando que se trataba de una novela de Julio Verne que todos consideraban perdida.

—¿Perdida?

—Así es. —Volvió a sonreírme—. Apenas un mes después de morir Julio Verne, mi abuelo Michel publicó una lista con las obras de su padre que aún permanecían inéditas. Entre ellas figuraba claramente la obra *París en el siglo XX*, y pronto, en los archivos de la familia Hetzel —el editor de Verne—, se descubrió también una carta en la que éste rechazaba la referida novela por considerarla demasiado pueril.

Jean no ahorró detalles. Durante nuestra conversación me explicó cómo, ante la negativa de su abuelo Michel a entregar la novela, los críticos no tardaron en olvidarse de su existencia. Y ello pese a que se trataba de una de las primeras obras de Verne, escrita poco tiempo después de *Cinco semanas en globo* y probablemente al tiempo de *Las aventuras del capitán Hatteras*. Es decir, hacia 1863. Y ahí se le pierde la pista.

Pero, como insinué líneas atrás, no fue la noticia del hallazgo del libro lo que me obligó a emprender mi viaje a Francia, sino su revelador contenido.

—Cuando terminé de leer el libro —añade Jean Verne con los ojos encendidos—, me di cuenta de inmediato de que éste no tenía nada que ver con sus famosas novelas de aventuras. Su argumento, bastante endeble, narra las inquietudes de un poeta llamado Michel, como mi abuelo, en el París de 1963. Creo que de alguna manera mi bisabuelo quiso especular con la sociedad en la que le tocaría vivir a su hijo y a los hijos de éste. Por eso, su texto está lleno de alusiones a cómo iba a ser el siglo XX.

Y, por lo que entonces me reveló Jean, su tatarabuelo estuvo, una vez más, sembrado. De lo contrario, ¿cómo explicar si no que el Michel del París imaginario de 1963 contemplara avances como el fax —que Verne bautizó como «pantelégrafo»—, coches movidos por motores de explosión, el metro o la silla eléctrica? ¿Era lógico que describiera con todo lujo de detalles en 1863 la existencia de un enorme faro metálico en París, que evocaba claramente la célebre torre Eiffel cuya planificación no llegaría hasta veinte años más tarde? ¿Y era otra casualidad que Julio Verne ubicara esa torre junto al Sena, no lejos del emplazamiento actual del emblema de París?

Las dudas me encogieron el alma. Porque, ¿qué decir ante otra de sus aseveraciones, como la de que París en esa época se iluminaría con luz eléctrica y no con gas? ¿Enésima casualidad?

No lo creo.

Tras mi primera entrevista con Jean Verne, que se encogía de hombros cada vez que sacaba a colación las extrañas dotes de videncia de su célebre antepasado, decidí buscar ayuda a este enigma en los expertos en la figura y la obra de don Julio. Puse rumbo así a Amiens y a París, fui sumando kilómetros a esta aventura...

En Amiens tardé algo más en localizar el Centro de Documentación Jules Verne, en el número 2 de la calle Charles Dubois de la ciudad. El edificio, provisto de una espléndida torre de ladrillos, tenía el valor añadido de haber sido la última casa del genial escritor. Un inmueble que conserva parte de las estanterías de don Julio —sin uno solo de los libros que albergaron, por cierto—, y que hoy es un archivo que custodia más de 14.000 documentos sobre su vida y obra, amén de un pequeño museo.

Cécile Compère, fundadora e impulsora de la institución, accedió amablemente a conversar conmigo. Se trataba de una anciana encantadora que no ahorró detalles en sus explicaciones.

—¿Se interesa usted por *París en el siglo XX*? —murmuró sin esperar respuesta—. Eso está bien...

—¿Bien?

—Sí. Se trata de un libro muy revelador. Desde mi punto de vista no es demasiado osado afirmar que Julio Verne dio mucha importancia a este manuscrito, ya que muchos de los inventos que anticipa en el mismo, como el helicóptero o la aviación, los retomará años después en otras novelas que sí se llegaron a publicar. Era paradójico. Por la documentación que extendió la señora Compère ante mí, habían sido precisamente aquellas «pueriles profecías» de Verne, unidas a sus graves aseveraciones acerca del dominio que ejercería la economía sobre la sociedad y la política del siglo XX, las que condenarían esta novela al olvido. Al parecer, a Hetzel no le gustó demasiado que Verne describiera un futuro en el que la ciencia aho-

garía las artes, y los editores verían entrar en crisis sus creaciones de papel.

Y he aquí la astuta broma de la que hablaba al principio: como si todo hubiese sido previsto por Verne antes de su muerte, *París en el siglo XX* sólo vio la luz cuando todos sus vaticinios se habían cumplido y el tiempo en el que se ambientó la novela había pasado ya. ¿Puede reírse el destino?

UN PROFETA DISFRAZADO DE ESCRITOR

Pero las visiones contenidas en *París en el siglo XX* distan mucho de ser las únicas de don Julio. Y este detalle, casi sobra decirlo, convertía el asunto en algo más misterioso si cabe.

A pesar de que la mayoría de sus críticos sostienen que el reiterado éxito de sus predicciones reside en la meticulosa documentación utilizada por el escritor a la hora de redactar sus obras, no es menos cierto que muchos de sus aciertos son casi milagrosos. Y hasta los más reacios como la señora Compère terminaron por admitírmelo.

Veamos algunos ejemplos.

En *De la Tierra a la Luna*, una de las novelas de la saga de los *Viajes extraordinarios* más célebre, Verne imagina un extravagante colectivo de norteamericanos que desde Cabo Town, en Florida, se disponen a lanzar con un gran cañón un enorme proyectil tripulado a la Luna. Tal extravagancia sólo podía corresponder a un país nuevo como Estados Unidos, tierra de soñadores y de locos. Lo desconcertante del relato es, no obstante, que las dimensiones y el peso de la bala imaginada por Verne son prácticamente las mismas que las del *Apolo XI* lanzado desde Cabo Kennedy (a pocos kilómetros de Cabo Town), ciento cuatro años más tarde. Por si fuera poco, la bala de Verne —que él bautizó como *Colum*



Julio Verne, que en la imagen aparece fotografiado dos años antes de que decidiera quemar sus archivos, dejó un impenetrable halo de misterio alrededor de su obra.

biad— llevaba tres astronautas a bordo, tal y como también sucedería con el módulo *Columbia* de la misión Apolo.

Los sistemas de renovación de oxígeno, de almacenamiento de comida deshidratada y hasta el tiempo empleado en vencer la distancia entre la Tierra y nuestro satélite en la ficción y en la realidad eran casi idénticos. Por no citar, claro está, que el *Columbiad* de Verne regresó a la Tierra en la continuación de esta novela, *Alrededor de la Luna*, dejándose caer en un lugar del océano Pacífico que distaba apenas cuatro kilómetros del lugar donde amerizó el módulo *Columbia*. Una diana de don Julio, en un mar de

más de 162 millones de kilómetros cuadrados que, una vez más, no puedo atribuir a la casualidad. En todo caso, en palabras de Jean Verne, se debería «a su instinto natural para proyectarse al futuro».

Un instinto, por cierto, al que le debemos también otras profecías como el uso bélico del átomo que prevé en *La caza del meteoro*, el auge del nazismo y la puesta en órbita de los primeros satélites artificiales que se adivinan tras *Los quinientos millones de la Begún*, la construcción de grandes sumergibles como el Nautilus de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, o los cientos de pequeños vaticinios en los que se intuyen máquinas de guerra blindadas, alambradas eléctricas o el cine sonoro y su visionaria fe en el desarrollo de Estados Unidos como potencia mundial del futuro.

SÓLO EL QUE POSEA LA CLAVE ENTENDERÁ

Don Julio dista mucho de habernos legado una biografía transparente que explique su capacidad de adelantarse al tiempo. Sus reiteradas negativas en vida a que nadie husmeara en sus archivos privados y el rechazo visceral a que se confeccionaran perfiles sobre él nos dicen ya bastante de su escurridiza personalidad. Aunque mantuvo férreamente custodiados todos los detalles de su vida privada, en alguna ocasión se definió a sí mismo como «el más desconocido de los hombres».

Un extraño incidente protagonizado por Verne en 1898, siete años antes de su muerte, ha sido para alguno de sus biógrafos el estímulo definitivo que les ha impulsado a bucear en los vericuetos de su vida, amistades y creencias. Ese año, inexplicablemente, Verne decide quemar sus archivos. Más de cuatro mil criptogramas, logogrifos y anagramas ordenados en hile-

ras de fichas meticulosas tras los que se escondían las técnicas que usó para crear los nombres de sus personajes o los mensajes cifrados que aparecen en sus novelas, así como algunos textos inéditos y libros de cuentas, fueron reducidos a cenizas.

Tras ser enterrado, la familia Verne se replegó sobre sí misma y —como si obedeciera una última voluntad del escritor— obstaculizó el acceso de los investigadores a sus documentos privados. Unos papeles que, según confesó en 1973 Jean-Jules Verne, nieto de don Julio, en realidad desaparecieron con él.

Semejante enigma me tuvo en jaque desde que lo «descubrí». En Amiens nadie supo responderme a las razones íntimas que pudieron haber llevado a don Julio a tomar una decisión tan radical, así que, siguiendo las huellas del genio, terminé localizando en París a Michel Lamy, un economista fascinado por la historia secreta de su país, que diez años antes se había formulado las mismas preguntas que ahora me atenazaban en un revelador ensayo.³

LA SOCIEDAD DE LA NIEBLA

Según concluyó entonces Lamy, la razón de aquel comportamiento esquivo de Julio Verne había que buscarla en su pertenencia a algunas curiosas sociedades secretas de la época. De hecho, fue esa militancia la que le forzó a guardar discreción absoluta sobre sus actividades, y en especial las relacionadas con cierta Sociedad Angélica o de la Niebla en la que probablemente fue iniciado por Alejandro Dumas,⁴ amigo personal y conocido masón de la época.

Muy pocos estudiosos se han preocupado por documentarse acerca de esta sociedad de ideología revolucionaria que, al parecer, fue fundada en

3. Michel Lamy, Jules Verne, initié et initiateur, Payot, París, 1984.

4. No deben sorprendernos las inclinaciones esotéricas de Dumas. Aunque este aspecto no es muy conocido, lo cierto es que este escritor contó entre sus amistades más estrechas con ocultistas de la talla de Papus o Eliphas Lévi. Uno de ellos, un famoso quiromante llamado D'Arpenigny, fue quien presentó al joven Julio a Dumas, y éste fue a su vez quien lo puso en contacto con su editor Pierre-Jules Hetzel.

el siglo XVI por un impresor de Lyon apodado Gryphe, y que contó entre sus miembros incluso con el mismísimo Miguel de Cervantes, Dante o Goethe.

—La Sociedad de la Niebla sí era, con propiedad, una verdadera sociedad secreta...

Michel Lamy me recibió en su despacho cercano a los Campos Elíseos de París. Nos encerramos en una sala de juntas vacía y allí dialogamos durante un par de horas.

—... Era una especie de Golden Dawn a la francesa. Mientras ésta influyó en las ideas de muchos autores ingleses, la Niebla convocó a literatos y pintores como Gaston Leroux, George Sand, Maurice Leblanc o Dumas bajo una ideología muy próxima a otras sociedades como los rosacruces.

—¿Y en qué se basó usted para deducir que Julio Verne estuvo unido a esta Sociedad de la Niebla?

—En que la influencia ideológica de esta sociedad y de los rosacruces se aprecia en bastantes de sus obras. En especial en *El dueño del mundo* y *Robur el conquistador*, donde las iniciales de este último, «R» y «C», coinciden con las siglas de la Rosa+Cruz. También es interesante su novela *La vuelta al mundo en ochenta días*, en la que su principal protagonista recibe el nombre de Philéas Fogg. Pues bien, la Sociedad de la Niebla tenía como texto básico un libro crítico titulado *El sueño de Polifilo*,⁵ escrito en el siglo XVII por un tal Francesco Colonna, y el vínculo surge cuando etimológicamente se descubre que Polifilo es el equivalente exacto de Philéas, y que Fogg en inglés significa niebla. Por no citar que el Reform Club al que pertenece el señor Fogg de Verne tiene, de nuevo, las mismas iniciales que la Rosa+Cruz.

Durante aquella larga conversación Lamy demostró haber estudiado a fondo las obras de Verne, descubriéndome, por ejemplo, sentencias típicamente rosacrucianas en boca de personajes como el famoso capitán Nemo o el protagonista de *Cinco semanas en globo*, Ardan (ana-

5. Francesco Colonna, *Sueño de Polifilo*, El Acantilado, Barcelona, 1999.

grama que encubre la personalidad de Nadar, gran amigo de Verne y conocido pionero en el vuelo de aerostatos).

Pero hay más. Desde 1864 Verne colaboró muy estrechamente en la elaboración de la *Revista de Educación y Entretenimiento* de Hetzel, que dirigió un conocido masón de la época llamado Jean Marcé. En sus páginas don Julio publicó avances de sus novelas, alguna de las cuales, como la relación de su viaje a Inglaterra y Escocia, incluyó minuciosas descripciones de todos los templos masones escoceses de la época.

Pero la influencia masónica se dejará ver aún más claramente en su novela *Las indias negras*, una suerte de descenso a los infiernos ambientado en una mina escocesa en la que Michel Lamy encontró al menos veinticuatro puntos de coincidencias argumentales con la famosa ópera masónica de Mozart *La flauta mágica*.⁶

En París tenía otro asunto pendiente. Unos años atrás había comprado una pequeña obra titulada *Le surprenant message de Jules Verne*,⁷ que abundaba en algunos de los detalles apuntados por Lamy en su ensayo posterior, y que vinculaban al genio con sociedades secretas anteriores a los rosacruces y con misterios franceses como el que rodea al villorrio de Rennes-le-Château, donde desde hace cuarenta años muchos buscan el tesoro de los templarios.

El autor de aquella obrita resultó ser Franck Marie, un polifacético investigador de enigmas con el que quedé a las afueras de la Ciudad de la Luz para conversar.

—El error de los investigadores ortodoxos —me explicó con vehemencia— radica en separar la obra de Julio Verne de otras obras y autores de su tiempo. Comparando libros de Gaston Leroux o de Maurice Leblanc con los de Julio Verne veremos que en épocas muy próximas todos ellos dedicaban sus escritos a temas casi idénticos.

Reconocí mi ignorancia, y me dejé asesorar. Según Marie, en efecto, al

6. Michel Lamy, *op. cit.*, pp. 53-58.

7. Franck Marie, *Le surprenant message de Jules Verne*, Vérités Anciennes, París, 1981.

tiempo que Verne ultimaba su *Robur el conquistador*, Leroux publicaba *El rey Misterio*, cuyo argumento parte de unas extrañas pintadas aparecidas sobre los muros de una prisión, y en las que pueden leerse las iniciales «R» y «C» (de «Rey de las Catacumbas» en la novela, pero de la Rosa+Cruz en el lenguaje críptico de la Niebla). Más claro aún es el caso de Leblanc, famoso gracias a su personaje Arsenio Lupin. Pues bien, en su novela *Dorotea, bailarina volatinera*, da cuenta de un castillo llamado Roborey, donde los expertos en criptogramas no tardaron en encontrar un «Robur-rey» gemelo al *Robur el conquistador de Verne*, y en cuya obra la clave se encuentra en un gran árbol, un «roble rey» y Chêne-Roi en francés...

—... Es decir —me ataja Marie—, las iniciales «R» y «C» una vez más.

Michel Lamy parecía estar, pues, en lo cierto. Su hipótesis de que las coincidencias argumentales entre Verne y otros contemporáneos iniciados de su época se disparan al entrar en contacto con esa especie de Golden Dawn francesa, parecía ya incuestionable.

La Golden Dawn fue una sociedad secreta de origen rosacruciano que se fundó en Londres en 1865 y a la que estuvieron vinculados escritores célebres del siglo XIX como E. Bulwer Lytton, W. B. Yeats, Arthur Machen o Bram Stoker. Lamy ya me lo advirtió en París días antes:

—Fue justo a principios de 1890 cuando la conexión entre algunos escritores de la Golden Dawn y Verne se hace más evidente. Ese año, mientras Stoker ultima su célebre *Drácula*, Verne pone el punto final a *El castillo de los Cárpatos*, que «casualmente» ambienta no demasiado lejos de la mansión del célebre conde chupasangre. El argumento, más allá del relato vampírico, está centrado en una de las grandes obsesiones de Verne y de las sociedades con las que estuvo vinculado: la búsqueda de la inmortalidad.

Éste no es, en cualquier caso, el único paralelismo que existe entre Stoker y Verne. Cuando el primero terminó de redactar su nuevo libro sobre vampiros *La joya de las siete estrellas*, describió un extraño rayo de color verde que vinculará a ciertos ritos de resurrección de los antiguos egipcios, y que Verne hará internacionalmente famoso en su novela *El rayo verde*. En ella, cómo no, el francés concederá a ese haz lumínico ciertas dotes revitalizadoras...

Tanta coincidencia me abrumó.

Necesité varios días para ordenar mis ideas y no perder mi objetivo final en aquella búsqueda: saber cómo pudo Verne adelantarse con tanta precisión a su tiempo y describir logros humanos que no se conquistarían hasta décadas después de su muerte. Sin embargo, sin pretenderlo, había caído en una trama de sociedades secretas e informaciones reveladas que ignoraba si podrían explicar las dotes de videncia de don Julio.

Michel y Marie no supieron responderme. El último, no obstante, apostó por una explicación metafísica. ¿Y si Verne había logrado contactar con los superiores desconocidos a los que se refiere la Golden Dawn, una especie de entidades supraterrrestres que creían controlaban los designios humanos desde tiempos inmemoriales? ¿No serían éstos los mismos que los *Shemsu-Hor* de los que hablaban las tradiciones egipcias?

Me encogí de hombros.

MENSAJES, TESOROS Y UNA TUMBA

En París, aquellos dos expertos en el «otro lado» de Verne —uno que ni siquiera imaginé que pudiera existir— terminarían abriéndome los ojos acerca del posible propósito final de aquella trama. Y es que ambos habían desarrollado independientemente sus conclusiones a principios de los años

ochenta, alcanzando un sorprendente paralelismo.

Para mi sorpresa, tanto Michel como Marie creyeron descubrir una clave importante para «descifrar» el enigma de Verne en una de sus obras menores, *Clovis Dardentor*, escrita tan sólo dos años antes de que don Julio decidiera quemar sus archivos.

—Lo primero que me llamó la atención de ese libro fue su título —me comentará finalmente Franck Marie frente a una cerveza ya caliente.

—¿Su título?

—Sí. Si usted se fija, en él está ya impreso el primer criptograma: *Clovis Dardentor* puede también leerse como *L'or ardent de Clovis* («El oro ardiente de Clodoveo»). Y esto, unido a que uno de sus principales personajes, el capitán Bugarach, lleva el nombre de una montaña próxima a Rennes-le-Château, me hizo sospechar que Julio Verne conocía ese misterio y sus profundas implicaciones religiosas y políticas.

¡Rennes-le-Château!

La ironía del destino me desarmó. Desde 1991 ese pequeño pueblo del Aude francés, muy próximo a los Pirineos catalanes, es uno de mis destinos favoritos. La tranquilidad que se respira en aquellos valles rodeados de abruptas montañas y la sensación de misterio que se filtra a través de su atmósfera me atraen hacia aquellos pagos desde hace casi una década.

Ese velo de misterio comenzó a tejerse, en realidad, en tiempos de Julio Verne. En 1885 —cuando don Julio contaba ya cincuenta y siete años y estaba en la cumbre de su carrera— es nombrado cura de Rennes-le-Château un joven impetuoso llamado Bérenger Saunière. Pese a haber sido destinado a un pueblo al que sólo podía llegarse a través de un camino de cabras y que tenía su iglesia prácticamente en ruinas, se empeñó en rehabilitarla con sus escasos medios. Parece ser que durante estas tareas, Saunière encontró junto al altar mayor una pilastra hueca en la

que alguien, en un pasado remoto, había escondido unos pergaminos camuflados en unos cilindros de madera.

Tras un primer vistazo, el cura comprobó que se trataba de fragmentos del Nuevo Testamento escritos en latín, aunque pronto descubrió que en ellos se encriptaba un mensaje secreto, tal vez un mapa, que le llevó a explorar toda la región limítrofe a su parroquia en busca de un tesoro. Y algo, a ciencia cierta, debió de encontrar siguiendo aquella pista, pues a partir de su hallazgo viajó a París, comenzó a disponer de dinero en grandes cantidades y gastó una fortuna en reconstruir la iglesia y edificarse junto a ella una mansión digna de un príncipe.

Poco después su historia se torna más rocambolesca si cabe. Raspó inscripciones en lápidas de su cementerio y se dedicó a alterar los alrededores de su iglesia, como si quisiera borrar las huellas de algo. Daba la impresión de que temiera que sus pergaminos cayeran en manos indeseables y alguien pudiera reproducir sus pasos tras... ¿qué? ¿Un tesoro? ¿Y quién podría haber escondido algo de valor en un pueblo miserable como Rennes?

Lo cierto es que existen razones más que sobradas para suponer que aquel cerro sobre el que se levanta la parroquia de Saunière fue, en otro tiempo, un lugar de importancia histórica fundamental. Sus muros se alzan sobre los de la antigua ciudad visigoda de Aereda o Rhedae, en la que llegaron a vivir más de treinta mil personas y que fue uno de sus últimos bastiones, al que bien pudieron ir a parar los tesoros que saquearon de Roma. En especial el llamado «Tesoro antiguo», formado por reliquias de inestimable valor.

Procopio de Cesarea, el historiador, narra en el libro V de sus *Historias de las guerras* que los visigodos se llevaron de la Ciudad Eterna «los tesoros de Salomón, rey de los hebreos, que ofrecían una visión indescriptible, al estar repletos de esmeraldas, y que en épocas pasadas ha-

bían sido sustraídos de Jerusalén por los romanos». ⁸

Curiosamente, a quien la historia atribuye la búsqueda de ese tesoro es a Clodoveo, rey de los francos que en el año 507 conquistó Toulouse, asedió después Carcasona y pudo haber procedido contra Rhedae. Y Clodoveo no es otro, en francés, que Clovis. ¿El *Clovis Dardentor* del criptograma verniano?

Al margen de las infinitas especulaciones que ha motivado la posibilidad de la existencia del tesoro de Salomón en tierras francesas, y teorías más o menos argumentadas como que el verdadero secreto que protegieron los iniciados en los misterios de Rennes era la existencia de una línea dinástica de Jesús⁹ o incluso la ubicación de la propia tumba del Nazareno,¹⁰ lo cierto es que parecía existir una conexión muy próxima entre esa región y Julio Verne.

Una conexión que, puestos a especular, bien podría explicar sus extraordinarias dotes de videncia.

Y me explico. Dentro del Tesoro antiguo de los visigodos se custodió durante siglos un objeto sagrado conocido como la Mesa de Salomón. Aunque no sabemos a ciencia cierta de qué clase de reliquia estamos hablando —pues se la describe indistintamente como mesa o espejo—, la leyenda nos dice que estaba compuesta por una aleación de metales bien particular que le confería la extraordinaria capacidad de revelar a su propietario todos los rincones del mundo. Quien se asomaba a su pulida superficie dominaría el curso del tiempo y podría ver en ella «la imagen de los siete climas del universo».

¿Descubrió Bérenger Saunière esta poderosa reliquia? ¿Supo de ella Verne y los miembros de la misteriosa sociedad a la que estuvo afiliado? Y sobre todo, ¿llegó a emplear sus aparentemente extraordinarias capacidades para adelantarse a su época?

Nadie lo sabe.

8. Citado por Henry Lincoln, «Rennes-le-Château, laberinto de enigmas», *Año Cero*, n.º 27, octubre de 1992, p. 59.

9. Michael Baigent, Richard Leigh y Henry Lincoln, *El enigma sagrado*, Martínez Roca, Barcelona, 1985.

10. Richard Andrews y Paul Schellenberger, *La tumba de Dios*, Martínez Roca, Barcelona, 1996.

Italia: El Cronovisor

ISLA DE SAN GIORGIO, VENEZIA

Más preguntas.

¿Y si los fundamentos de la mesa de Salomón, ese instrumento divino aparentemente capaz de saltar la barrera del tiempo, hubieran sido redescubiertos —o simplemente aplicados— en nuestros días?

Hacía ya tiempo que me rondaba esa duda. Si he de ser sincero, desde febrero de 1993 no había podido desembarazarme de ella. Pero fue tras mi incursión en los vericuetos de la historia de Julio Verne cuando ésta se hizo ya insoportable. Y de qué modo.

Cuando regresé de Francia y comencé a ordenar mis notas, me sorprendió un detalle de la vida de don Julio en el que no había reparado: Verne fue un hombre que se proyectó al futuro. No utilizó su literatura para ofrecernos pistas del pasado, salvo las referencias a la Atlántida que finalmente incluyó en su *Viaje al centro de la Tierra*. Por un momento imaginé cuán útil nos habría resultado un visionario como él que aplicara su talento a resolver algunos de los enigmas en los que había hipotecado mi vida.

Y entonces recordé algo. O mejor dicho, a alguien. Una persona con la que me crucé fugazmente año y medio antes de mi visita a Francia, y que dejó una profunda huella en mí.¹

1. Tan profunda que terminé por convertirlo en uno de los protagonistas principales de mi primera novela, *La dama azul* (Martínez Roca, 1998). En aquel relato expliqué ampliamente los fundamentos del Cronovisor, que es el nombre del ingenio para «ver a través del tiempo» que el padre Ernetti -Giuseppe Baldi, en mi narración- desarrolló en el más absoluto de los secretos.

La cita tuvo lugar en Venecia. Y más concretamente en la isla de San Giorgio, situada justo frente a los leones de la plaza de San Marcos, al otro lado del Gran Canal.

Aquel lugar está hoy totalmente ocupado por instalaciones regidas por benedictinos. De aspecto austero y alejada de los boatos de la espléndida Venecia, la isla acoge desde 1951 algunos edificios vinculados a la Fundación Giorgio Cini, consagrada en principio a la restauración de la basílica y la abadía anexa y después reconvertida en un organismo cultural que pretende ser punto de encuentro entre diversas culturas y credos.

En realidad, no hay mucho que ver allí. La basílica de San Giorgio Maggiore, terminada de construir en 1576 por Andrea Palladio, apenas sobresale en un entorno tan lleno de joyas de la arquitectura universal. De hecho, son muy pocos los turistas que toman el *vaporetto* hasta sus costas y deciden pasar unas horas en aquel suelo.

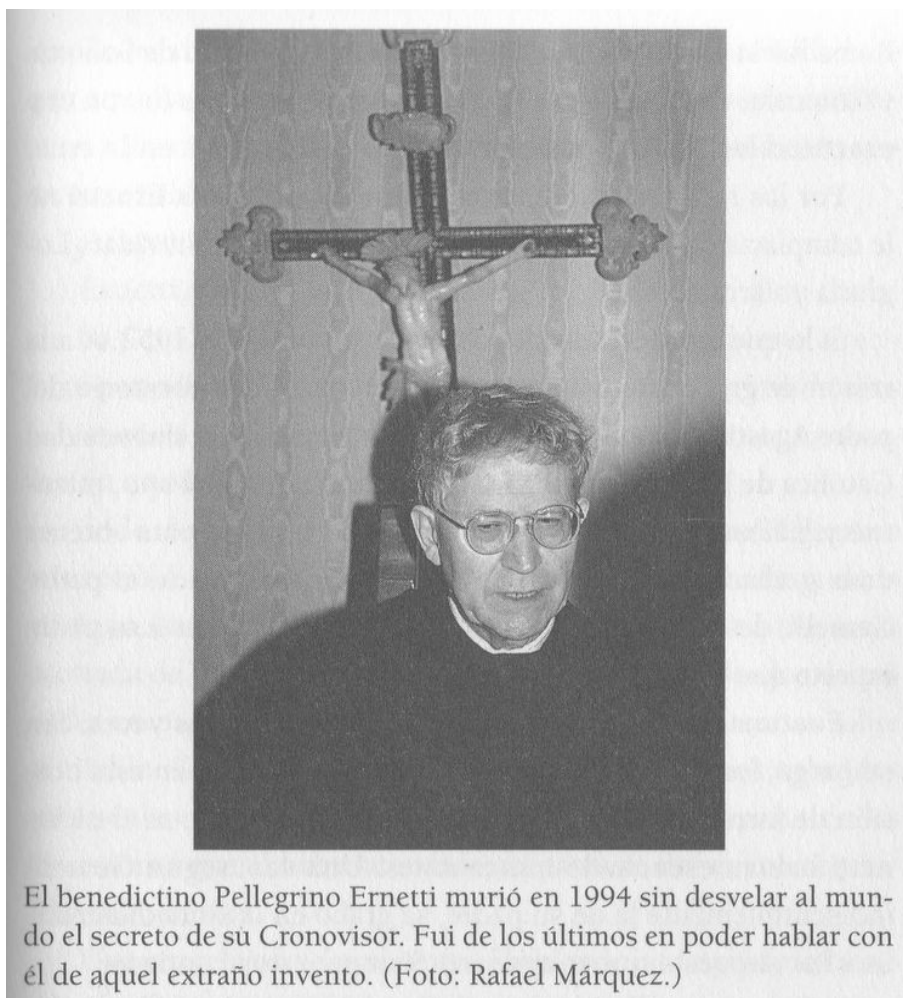
Yo fui una excepción.

Después de reiterados intentos, había conseguido que uno de los monjes del monasterio me recibiera por fin: Se trataba de un hombre llamado Pellegrino Ernetti, que ingresó en la orden a los dieciséis años, en 1941, y que se había dado a conocer al mundo por su investigación histórica en el campo del canto gregoriano y la prepolifonía. Esto es, en la música anterior al año mil y a la elaboración de las primeras partituras.

Pero Ernetti, naturalmente, me interesaba por otros motivos. En 1972, este sacerdote concedió una entrevista al diario italiano *Domenica della Corriere*, en la que afirmaba que él había participado en la creación de una máquina capaz de obtener imágenes del pasado.²

¡Imágenes del pasado! Recuerdo que la sola idea de que aquel proyecto hubiera logrado resultados positivos me dio vértigo. Un descubrimiento así nos permitiría acceder a las brumas del tiempo, desvelando todas las du-

2. En realidad la entrevista para el *Domenica della Corriere* no fue -como pude saber después- la primera referencia pública que se publicó de la implicación de Ernetti en el proyecto del Cronovisor. Ya en julio de 1965 la publicación mensual religiosa francesa *L'Heure d'Être* informó de la existencia del equipo de trabajo de Ernetti y de su máquina para recuperar el pasado. Unos meses después, en enero del año siguiente, bajo el título de «L'oscillografo elettronico» la revista *Civiltà delle Macchine* insistió en ese punto. Sin embargo, será la entrevista del *Domenica della Corriere* la que tuvo mayor impacto, llegando a ser tomada como referencia en fechas posteriores incluso en España, por el *Heraldo de Aragón*.



El benedictino Pellegrino Ernetti murió en 1994 sin desvelar al mundo el secreto de su Cronovisor. Fui de los últimos en poder hablar con él de aquel extraño invento. (Foto: Rafael Márquez.)

das que figuran en este volumen de un plumazo.

Demasiado bueno para ser verdad, pensé.

Ernetti, en cualquier caso, afirmó que su empresa tuvo éxito, y al periodista del *Domenica della Corriere* le aseguró que aquel ingenio recibió el nombre de «Cronovisor». Aunque en la entrevista se mostró reacio a desvelar demasiados detalles sobre su funcionamiento, lo cierto es que confesó que gracias a aquel ingenio había podido reconstruir fragmentos de óperas clásicas perdidas —como el *Thyestes* de Quinto Ennio, repre-

sentada en Roma hacia el 169 d.C.—, había visto la destrucción de Sodoma y Gomorra, e incluso había podido determinar cuáles fueron con exactitud las últimas palabras que pronunció Jesús en la cruz.

Por los recortes de prensa que reuní, sabía que a Ernetti no le complacía demasiado hablar de aquella etapa de su vida. ¿Lograría yo arrancarle algún secreto?

Si lo que decía era cierto, había que remontarse a 1952. A una sesión de grabación de música gregoriana en el laboratorio del padre Agostino Gemelli, uno de los fundadores de la Universidad Católica de Milán. Allí, el 15 de septiembre de aquel año, mientras vigilaban unos osciloscopios y filtros de sonido para obtener unas grabaciones más nítidas de ese tipo de música, el padre Gemelli, desesperado, levantó los ojos al cielo y pidió a su padre muerto que le ayudara.

Fue una reacción instintiva. Como tantas otras veces. Sin embargo, los equipos de grabación se comportaron en esta ocasión de forma extraña, recogiendo algo insólito que ni él ni Ernetti habían escuchado nunca antes. Una voz, según Gemelli indiscutiblemente la de su padre, se grabó en la cinta diciéndole: «Por supuesto que te ayudaré. Siempre estoy contigo».

A Ernetti aquello le impactó. Jamás había oído hablar de las psicofonías, esas extrañas voces no audibles que quedan registradas en cintas magnéticas, y decidió aplicarse en la investigación de ese nuevo fenómeno. Fue así como contactó con otros técnicos interesados en la idea de que voces e imágenes del pasado pudieran quedar flotando en algún lugar de la atmósfera, y desarrollaron la idea de un aparato que las pudiera recuperar.

Desde el principio, Pío XII estuvo al corriente. Pero clasificó el asunto como secreto.

¿Cómo podría yo abordar al benedictino y hacer que respondiera a mis dudas?

Hice una apuesta extraña. No tenía demasiado que perder, así que le lo-

calicé en Venecia y a sabiendas de que su actividad era por aquellas fechas la de atender a supuestas víctimas de exorcismos a los que recibía una vez por semana, le pedí una entrevista para hablar de ese asunto.

Aceptó.

Ernetti, para mi fortuna, acababa de publicar un libro titulado *La Catechesi di Satana*, y estaba inusualmente abierto a recibir a periodistas. Obviamente, no contaba con que alguno de ellos —y menos un español— tuviera buena memoria y sacara a colación un viejo e incómodo asunto.

Todo discurrió por los cauces previstos. El padre Pellegrino me recibió en el convento de San Giorgio a primera hora de la mañana, haciéndome pasar a su despacho. Allí, frente a una mesa atestada de libros y correspondencia atrasada, y rodeados de paredes empapeladas de color salmón, me contó sus teorías sobre el diablo. Grabé cerca de una hora de explicaciones sobre los protocolos de los exorcismos y sobre cómo la mayoría de las posesiones que él había atendido no pasaban de ser meros trastornos mentales.

Una vez relajado el ambiente, y habiendo conseguido un tono más confidente, decidí abordarle de frente.

—Verá, padre —murmuré—, sé que también usted investigó hace años sobre una máquina que llamó Cronovisor y que permitía obtener imágenes del pasado.

El padre, con su mirada vivaracha brillando detrás de sus gafas redondeadas, se sobresaltó.

—Sí, en efecto...

—Sé que tuvieron éxito. Usted mismo lo reconoció. Y también sé que durante muchos años no ha querido hablar de ello. ¿No cree usted que ya ha llegado el momento de desvelar lo que ocurrió?

Ernetti dudó un segundo —incluso pensé que en este punto daría por zan-

jada nuestra entrevista—, pero accedió a revelarme algunos detalles.

—No... todavía no es el momento. Entre otras cosas porque el principio sobre el que se asentaba aquella máquina es muy sencillo y cualquiera podría reproducirlo con intenciones perversas. Sin embargo —añadió—, le diré que demostramos que las ondas visibles y sonoras del pasado no se destruyen. Y no lo hacen porque son energía. La grandeza de aquel invento fue que podía recuperar esa energía y recomponer escenas perdidas hace siglos.

—¿Y no continuó con sus investigaciones?

—No. Todo terminó. Yo ya hablé de este asunto y Pío XII nos prohibió que divulgáramos cualquier detalle sobre esta investigación, porque la máquina del pasado podía llegar a ser realmente peligrosa. Puede llegar a cortar la conciencia de libertad al hombre, ya que con este aparato se podría saber qué hiciste esta mañana, dónde y con quién.

—Usted llegó a decir que con el Cronovisor logró incluso leer el texto original de las tablas de la ley, ¿lo sigue manteniendo?

—Sí, lo tenemos. Pero no podemos desvelar nada. Lo siento.

—¿Y cuándo cree que podrá hablar, padre?

—No lo sé. Ya sabe que hay muchas cosas que reciben el nombre de secretos de estado.

—¿Del Vaticano?

—No. De todos los estados. Por eso no me es posible hablar. Y le ruego que apague la grabadora.

Lo intenté. Sin embargo, el padre Ernetti se cerró a todas las preguntas que vinieron después. Aquel benedictino de complexión frágil y mirada despierta se limitó a negar su implicación en la obtención de una supuesta fotografía del rostro de Jesús que había circulado en los setenta como obtenida por el Cronovisor, y se cubrió las espaldas con un impenetrable silencio. Sólo cuando ya no estaba dispuesto a responder ni una sola más

de mis impertinentes preguntas, y mientras abría la puerta del monasterio para invitarme a salir, respondió otra batería de interrogantes.

—Sólo una cosa más, padre. ¿Todas las investigaciones que se hicieron con su máquina se realizaron en Venecia?

—No. En todo el mundo —dijo sin ganas.

Y no sabe cuándo dejará de ser secreto, ¿verdad?

—Espero que pronto, pero es muy difícil. Se revelarían demasiados secretos.

—¿Cambiaría mucho nuestra concepción de la historia del hombre?

—Mucho. Incluso las lenguas serían irreconocibles.

LOS HEREDEROS DE ERNETTI

El padre Pellegrino falleció poco después. Pese a que yo conversé con un hombre con una salud de hierro, en abril de 1994 expiró en el mismo convento donde nos reunimos. Jamás reveló su secreto, y todos los detalles que poseemos hoy de ese Cronovisor proceden de fuentes de segunda mano.

Peter Krassa —el mismo que investigó los relieves de las bombillas de Dendera— recogió recientemente todos los fragmentos de información que existen del Cronovisor en un libro,³ y publicó un puñado de testimonios de personas que escucharon de Ernetti cómo funcionaba aquella máquina. Debía de ser una especie de proyector de imágenes en tres dimensiones, que más tarde fue desmantelado y escondido en algún lugar seguro.

Su aspecto tuvo que ser bastante peculiar, pues, a decir de Krassa, el Cronovisor estaba integrado por tres componentes esenciales: antenas fabricadas de una aleación poco convencional y secreta, un aparato que permitía dirigir las antenas hacia las «ondas del pasado» que se deseaban

3. Peter Krassa, *Father Ernetti's Chronovisor*, New Paradigm Books, Boca Ratón, California, 2000.

captar y unos complejos sistemas de grabación de imágenes y sonido.

Poco más sabemos. Si todo este asunto fue una invención del padre Ernetti —cosa que dudo— o una aplastante realidad es algo que confío que el tiempo acabe desvelando.

El tiempo. Siempre él.

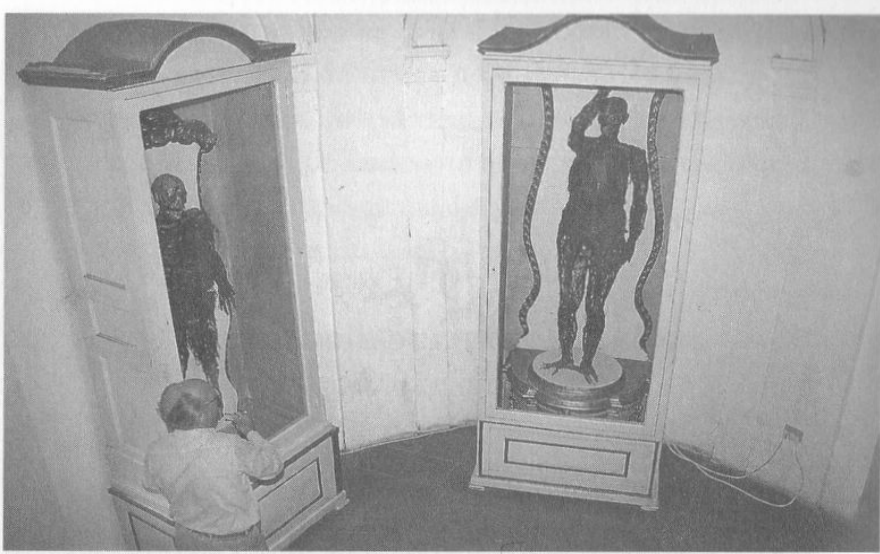
Italia: El príncipe alquimista

NÁPOLES, 1894

Con todo sigilo, dos figuras se desplazan sinuosamente entre las polvorientas estatuas de la poco frecuentada capilla de San Severo, situada en el corazón mismo de Nápoles. Quien va delante es uno de los guardianes que la poderosa familia Di Sangro ha contratado para proteger el recinto y todas las obras de arte que contiene. Tras él camina Fabio Colonna di Stigliano, una especie de cronista local dispuesto a comprobar los macabros rumores que hablan de esqueletos y torturas en los sótanos de aquel templo barroco.

Tras deslizarse por las escaleras de piedra que conducen a la cripta, Colonna descubre algo que le hará palidecer: encerrados en dos armarios de madera, como si fueran trofeos de caza, dos osamentas humanas completas cuelgan inertes frente a él. Una —la más pequeña— está de pie, con los brazos caídos junto al tronco, y carece de expresión corporal alguna. La otra tiene un brazo levantado por encima de su cabeza y parece arquear la espalda mientras inclina los hombros hacia atrás, como si aún estuviera retorciéndose de dolor.

Pero no son las posturas de los cuerpos lo que deja helado al suspicaz cronista. En torno a ambos esqueletos, sin duda gracias a algún tipo de procedimiento médico desconocido para él, podía contemplarse todas y cada



Dos armarios de madera, en el sótano de una capilla de Nápoles, encierran uno de los más asombrosos productos alquímicos que he visto: dos cadáveres humanos ¡con las venas petrificadas!

una de sus venas, arterias y otras vísceras blandas, dando la inequívoca impresión de que acababan de ser petrificadas.

¿A qué clase de horror se estaba enfrentando?

LAS MÁQUINAS ANATÓMICAS

Estos hechos tuvieron lugar hace más de un siglo. Sin embargo, desde que Colonna confirmara a la opinión pública napolitana la existencia de dos máquinas anatómicas —nombre con el que, al parecer, fueron bautizadas por su creador, el príncipe Raimondo María di Sangro, hacia 1763— en el subsuelo de la capilla de San Severo, éstas no han cambiado ni un ápice su aspecto. No supe nada de ellas hasta 1991, cuando el escritor Andreas

Faber-Kaiser me puso tras su pista durante una reunión en Madrid y me incitó a organizar un viaje a Italia sólo para admirar aquel misterio con mis propios ojos.

Y, en efecto, el bueno de Andreas no se equivocó. Aquellas dos «máquinas» que Colonna contemplara en los sótanos de San Severo continuaban encerradas en aquella especie de sótano oval cuando las visité, y seguían protegidas en el interior de dos viejos armarios encristalados, a merced de los curiosos —pocos, es cierto— que aún se atreven a echar un vistazo a tan macabro espectáculo.

Volé hasta Nápoles revisando las conjeturas surgidas al respecto del procedimiento empleado por el príncipe Raimondo para obtener la petrificación de las venas, pero la información de que disponía era muy escasa. Colonna ya afirmó en su época que las víctimas de aquel experimento fueron dos sirvientes de Di Sangro a los que éste sacrificó en su laboratorio. Pero la idea no cuajó: muchos se negaron —y todavía hoy lo hacen— a creer que un destacado inventor, pensador y noble ilustrado como el príncipe de San Severo cometiera semejantes atrocidades con dos personas de su servicio.

Raimondo, de familia bien versada en cuestiones esotéricas (especialmente en lo que se refiere a los cultos de «diosas negras» hindúes como Kâli o Durgâ, y en las iniciaciones de la Senda de la Mano Izquierda), se adentra en el complejo mundo de la tradición alquímica y comienza a desarrollar experimentos relacionados con la palingenesis. Ésta —junto a la piedra filosofal— es uno de los grandes sueños de los alquimistas: lograr reconstruir, a partir de sus cenizas, seres humanos, animales o plantas.

Ante el riesgo de ser acusado de necromancia, Di Sangro mantendrá en secreto sus incursiones en cementerios e incluso en la cripta familiar. Así pudo obtener materia prima para sus oscuros trabajos en el



El corazón de una de las dos máquinas anatómicas quedó tan dilatado que los médicos creen que se debe a que la mujer fue petrificada mientras daba a luz.

laboratorio del palacio Sangro, situado a pocos metros de la capilla de San Severo.

Si hemos de creer el relato de Giangiuseppe Origlia,¹ otro noble de la época y el más famoso de los biógrafos de Raimondo di Sangro, éste consiguió sus primeros éxitos palingenésicos hacia 1753, cuando, durante uno de sus intentos de calcinación de huesos humanos, un frasco lleno de cenizas se derramó accidentalmente cerca del horno del laboratorio. Unos segundos después, Origlia y Di Sangro contemplaron cómo un hombre barbudo, de mediana edad, y completamente desnudo, se formó entre las cenizas y se elevó sobre el suelo para desvanecerse inmediatamente.

Logros efímeros como éste no pudieron repetirse más tarde a voluntad del noble experimentador, pero le estimularon lo suficiente co-

1. Giangiuseppe Paolino Origlia, *Historia dello Studio di Napoli*, St. Giovanni di Simone, Nápoles, 1754 (2 tomos).

mo para que en 1760 se volcara definitivamente en la palingenesia. Di Sangro contó entonces con la inestimable ayuda del médico y anatomista siciliano Giuseppe Salerno, y muchos creen que junto a él desarrolló las dos tétricas máquinas anatómicas que hoy admiramos.

Observadas de cerca se aprecia que se trata de dos figuras de sexo opuesto. La más pequeña de ellas, que deja caer sus brazos a los lados del cuerpo, conserva todavía los testículos; mientras que la segunda es claramente una mujer con el corazón extraordinariamente dilatado y con los ojos casi intactos.

—La dilatación del corazón y la forma de su brazo —comienza a explicarme Francesco D'Aquino, uno de los dos administradores y guardianes actuales de la capilla de San Severo— indican que esta mujer murió durante un esfuerzo físico extraordinario. Probablemente durante un parto. Algunas personas cualificadas que han observado con detenimiento este cuerpo creen que la mujer, para evitar el dolor, se agarró a la cabecera de la cama con uno de sus brazos, falleciendo durante sus intentos de dar a luz.

D'Aquino, un hombre entrado en años, de cabellos claros y mirada cetrina, parece sorprendido ante mis preguntas y el interés que muestro por las máquinas. Es más, pese a mi insistencia en aclarar algunos flecos de la historia del príncipe, deja sin despejar —creo que deliberadamente— un par de dudas vitales. Por ejemplo, ¿qué pasó con el bebé que provocó la presunta muerte de la mujer petrificada por el príncipe? Y también, si Di Sangro realizó su experiencia de petrificación con un cadáver, ¿qué procedimiento siguió?

Sobre la primera de las dudas, el canónico Carlo Celano —que publicó en 1792 una guía para visitantes de Nápoles en donde se describen con minuciosidad las máquinas anatómicas² afirma que en San Severo también se conservaba el cuerpo de un recién nacido con el sistema circulatorio petrifi-

2. Carlo Celano, *Notizie del bello, dell'antico e del curioso della Città di Napoli e contorni*, IV ed., Nápoles, 1792 (3 tomos).

cado, y al que se le había quedado adherido todavía el cordón umbilical. La segunda de las lagunas tiene más difícil —y macabra, si cabe— respuesta: si aceptamos la más común de las hipótesis esgrimidas sobre las máquinas, que asegura que este proceso de petrificación de las vísceras se produjo gracias a una inyección de un compuesto hoy desconocido, era imprescindible que el corazón bombease esa disolución por todo el cuerpo de las víctimas, para que el efecto de la petrificación fuera generalizado. Y para ello era necesario que sus pacientes estuvieran vivos.

Otra de las hipótesis formuladas sugiere que la petrificación fue causada por un veneno suministrado poco a poco a los dos desafortunados. Por esta razón —y para evitar posteriores acusaciones de asesinato— el príncipe Raimondo eliminaría de ambos cuerpos sus estómagos, impidiendo así que nadie pudiera hacer un reconocimiento posterior que pusiera en evidencia sus métodos poco ortodoxos.

No obstante, un curioso texto publicado en 1766, cuando aún vivía Raimondo, y titulado *Breve Nota di quel che si vede in casa del Principe di Sansevero D. Raimondo di Sangro nella Città di Napoli*, aseguraba que en el esófago y en el corazón de la mujer se podían observar claros síntomas de envenenamiento por asimilación de sustancias tóxicas.

OTROS EXPERIMENTOS DEL PRÍNCIPE ILUSTRADO

Mientras Francesco d'Aquino me muestra algunos de los detalles de las dos sorprendentes máquinas anatómicas se apresura a aclarar una de mis primeras dudas sobre el origen del fenómeno:

—Como usted sugiere —me explicará D'Aquino— existe también la teoría de que ambos cuerpos puedan obedecer a una especie de reconstrucción anatómica del cuerpo humano, pero en la época en la que vivió

don Raimondo los conocimientos sobre el interior de nuestro cuerpo eran más bien escasos. No se permitía diseccionar a los cadáveres por motivos religiosos y la anatomía de aquel entonces se reducía al estudio de la piel y de los esqueletos, cuando se exhumaban tumbas antiguas.

D'Aquino pensaba admitir que las máquinas fueran un «simulacro médico» en lugar del fruto de un terrible crimen. En Nápoles, la leyenda negra tejida alrededor de este ilustrado es más que notable, y ni tan siquiera el hallazgo de documentos exculpatorios³ sobre las intenciones del príncipe han servido para acallar tan oscura reputación.

De hecho, durante los meses que siguieron a mi visita a Nápoles, mantuve una intensa correspondencia con Lina Sansone Vagni, biógrafa del príncipe Raimondo y defensora a ultranza de su inocencia. «Debe usted fijarse bien en el testimonio de Carlo Celano —me escribió—,⁴ historiador digno de fe, que informó de la presencia de estas "máquinas anatómicas" sólo ¡veinticinco años después de la muerte del príncipe Raimondo!»

Lo que sugiere Sansone es que Raimondo fue inocente de semejante crimen, y que en realidad el cuerpo de la «máquina masculina» de la capilla de San Severo corresponde al del propio príncipe, envenenado por las malas artes del médico palermitano Giuseppe Salerno, con el que compartió aficiones esotéricas. Según la hipótesis de Sansone, Salerno contrató a la sirvienta del príncipe para que le envenenara poco a poco, y después éste acabó con la vida de su cómplice para no dejar huellas de su crimen perfecto.

—Ahora bien —me aclara en última instancia D'Aquino durante mi visita a Nápoles— no vaya usted a creer que estos cuerpos fueron su único experimento alquímico...

Aquello me sorprendió. Casi sin quererlo, el guardián de las máquinas me estaba poniendo tras la pista de uno de los personajes más complejos —y

3. A mediados de los años setenta, una periodista napolitana llamada Clara Miccinelli se propuso rehabilitar la imagen del príncipe de San Severo gracias a algunos artículos que publicó en el *Corriere di Napoli*. Una dama de la alta sociedad, escondida tras las siglas C. A., se puso en contacto con ella y le reveló que ella recibía «mensajes mediúmnicos» del príncipe Raimondo que la instaban a buscar algunos documentos en el Archivo Notarile Distrettuale de la ciudad. La periodista indagó en el lugar indicado y halló no sólo el testamento del príncipe sino también otros textos, como el contrato firmado entre Raimondo di Sangro y un médico de Palermo para construir una «máquina circulatoria de las arterias y venas con cera», que no puede referirse más que a los cuerpos de la capilla de San Severo. Fue la escritora Paola Giovetti, en su libro *I misteri intorno a noi* (Rizzoli, Milán, 1988) quien desveló este nuevo capítulo de la historia de este personaje.

4. Carta del 31 de agosto de 1994. Archivo Sierra.

desconocidos— del esoterismo europeo contemporáneo. Los días siguientes en la ciudad se convirtieron en una loca carrera por reunir cuanta documentación fuera posible sobre él.

Descubrí así un carácter cuyas raíces se pierden entre antepasados tan notables e influyentes en la moderna historia esotérica y exotérica del mundo como Carlomagno o san Benedicto. Este último, sin ir más lejos, fue el creador de la Orden de los Benedictinos, responsables en buena medida de preservar el conocimiento vertido en antiguos textos griegos, romanos y árabes durante los años oscuros del medievo. Y poseedor, por tanto, de claves históricas a las que no se accedió de forma regular hasta muchos siglos más tarde.

Además de estos precedentes, el príncipe Raimondo consiguió alcanzar una posición sociopolítica extraordinaria para su época. En 1750 entró a formar parte de la masonería, aceptando los estatutos de la Logia de los Elegidos o de los Vengadores de Hiram. Esta logia, clave en la historia de la masonería italiana, estaba inspirada en el nombre del arquitecto fenicio Hiram, quien según la leyenda fue el constructor del templo de Jerusalén, y que junto con el propio rey Salomón —a decir del alquimista inglés Elías Ashmole— estableció las bases de la masonería. Lo cierto es que Di Sangro, nada más unirse a sus filas, desempeñó un papel extraordinariamente activo dentro de ella. Redactó la «Constitución de la Logia de Inglaterra» en 1751, participó en la creación de los estatutos de un tribunal de justicia masónico de carácter secreto y tradujo y publicó —sin las autorizaciones eclesiásticas correspondientes— numerosos textos ocultistas de claro origen masónico.

Protegió hábilmente sus propósitos de expandir conocimientos arcaicos de difícil acceso gracias a sus múltiples actividades como inventor y cortesano. Desarrolló la primera imprenta multicolor capaz de grabar, con una sola pre-



El príncipe Raimondo di Sangro, ¿víctima o verdugo de sus experimentos alquímicos?

sión de torno, todos los colores de una página. Creó igualmente una carroza anfibia que se desplazaba por tierra y agua, así como una escopeta de carga bastante más rápida que los tradicionales trabucos de pólvora. Incluso diseñó un tejido impermeable que gustó tanto a Carlos III, rey de España, que éste se lo pedía a menudo para elaborar capas para ir de caza aun con mal tiempo.

Pero, sobre todo, gracias a sus particulares conocimientos alquímicos, fue capaz de moldear materiales como el mármol a voluntad. Modificó su dureza para que se esculpieran las admirables estatuas que hoy decoran la planta superior de la capilla de San Severo; participó en la elaboración de un suelo laberíntico minuciosamente trazado gracias a sutiles pedazos de mármol de tonalidades muy precisas e incluso mezcló los colores que fueron utilizados en los frescos que cubren la bóveda de la capilla.

Algo que hasta los «ablandadores» del antiguo Cuzco habrían admirado...

Pero no me adelantaré a los hechos.

De todos los experimentos de este príncipe, uno de los más enigmáticos a mi modesto entender fue su intento por crear un combustible que permitiera alimentar una lámpara durante siglos.

EN BUSCA DE LA LUZ ETERNA

En 1756 Raimondo di Sangro publicó en Francia uno de sus últimos textos conocidos: *Dissertation sur une lampe antique*.⁵ En él explicó cómo durante el desarrollo de sus trabajos sobre la palingenesia descubrió un combustible —compuesto por huesos humanos— que por mucho que se quemara apenas se consumía. Rápidamente concluyó que ese material podría haberse conocido ya en la antigüedad más remota, y empleado en lámparas conocidas como «luces eternas».

Aquellas luminarias, al parecer, habían sido descubiertas ocasionalmente en tumbas selladas. Los exhumadores, al proceder a abrir determinados recintos funerarios, se encontraban con que el interior estaba iluminado por una lámpara que había estado ardiendo, al menos en apariencia, desde que se selló el mausoleo siglos atrás. Di Sangro, tras su descubrimiento fortuito, trató de explicar cómo muchas de estas luces te-

5. El título completo de este tratado es: *Dissertation sur une lampe antique trouvée a Munich en l'anne 1753. Écrite par Mr. Le Prince de St. Sevère. Pour servir de suite à la première partie de ses lettres à Mr. L'Abbé Nollet à Paris, sur une découverte qu'il a faite dans la Chimie avec l'explication Phisique de ses circonstances. A Naples, 1756 chez Morelli. Avec approbation.*

nían una explicación física convencional: las lámparas se prendían al tomar contacto el aire de la tumba con el del exterior, y gracias a la presencia de fósforo en una proporción bastante elevada.

Algunos Padres de la Iglesia, en particular san Agustín, ya se refirieron a la existencia de estas lámparas incombustibles en templos paganos antiguos dedicados a la diosa Venus. Por otra parte, por toda Europa llegó a correr la noticia de que en la tumba del papa Bonifacio VIII se encontró una de estas luces inagotables, lo que —incuestionablemente— favoreció un clima propicio a esta clase de prodigios que el príncipe Di Sangro aprovechó muy bien.

Pero sin duda la lámpara eterna más famosa en los ambientes magicoesotéricos frecuentados por este polifacético príncipe fue la presuntamente descubierta hacia 1604 en la tumba de Christian Rosenkreutz, quien años más tarde daría nombre a la poderosa sociedad secreta de los hermanos de la Rosa+Cruz que frecuentó Julio Verne.

Según se desprende de los textos de esta organización, en la tumba de Rosenkreutz fueron encontradas, además de varias lámparas eternas, espejos que poseían diversas virtudes «y —como señalan Jacques Carles y Michel Granger en su obra *La Alquimia, ¿superciencia extraterrestre?*⁶— unos extraños cantos artificiales que tal vez eran máquinas parlantes, antepasadas de los magnetófonos».

Como cabe esperar de un buen esoterista, Di Sangro concluyó su obra escribiendo en clave los componentes de su inextinguible fuente de energía. Protegió su secreto trasladándolo, probablemente, a su propia *ars magna*, la capilla de San Severo, y escondiéndolo en los pliegues de las estatuas que él mismo diseñó.

No en vano Di Sangro gozó de una excelente reputación como criptógrafo. Se especializó en leer y escribir a semejanza de los enrevesados quipus

6. *La Alquimia, ¿superciencia extraterrestre?*, Plaza y Janés, Barcelona, 1979.

peruanos —esa especie de cuerdas con nudos de colores donde los incas anotaron con precisión censos de población, resultados de cosechas y hasta poemas épicos completos— y adquirió una extraordinaria agilidad en encubrir textos bajo claves de los más diversos orígenes.

EN LA CAPILLA ESTÁ LA CLAVE...

Es difícil que llegemos alguna vez a conocer hasta dónde llegaron los conocimientos y las experiencias del príncipe Raimondo. Como muy bien argumentó Francesco D'Aquino durante nuestras charlas en Nápoles, el alquimista nunca deja huellas de sus trabajos, ni pistas que puedan ser empleadas por legos en el verdadero significado de la tradición alquímica.

Pero ésta es algo más que una mera superstición medieval. Se trata, con toda seguridad, del fragmento de una sabiduría ancestral que en tiempos del Renacimiento se creyó que tuvo su origen —cómo no— en Egipto. Esta sabiduría que muchos llaman «hermética», por proceder de Hermes Trismegisto, que era la versión helenizada del dios de la sabiduría egipcio Toth, se acuñó en Alejandría entre el último siglo antes de Cristo y el segundo de nuestra era.⁷ En un principio presentó dos aspectos, uno filosófico y otro técnico o alquímico cuya Edad de Oro se alcanzó en el Renacimiento, gracias a personajes como Giordano Bruno o Pico della Mirandola. Pues bien, el príncipe Raimondo debería contarse también entre esos elegidos.

Los signos de su hermetismo son muchos. Desde sus escritos de inspiración gnóstica, a su cuidadoso tratamiento de la información heredada. No debe por tanto extrañarnos que, cuando tras la muerte de Raimondo se quiso acceder a su laboratorio, éste hubiera desaparecido por completo. Ni un tubo de ensayo, ni un fogón, ni un solo cuaderno de no-

7. Robert Bauval, *Secret Chamber*, Century, Londres, 1999, p. 17.

tas se encontró en el interior del palacio de los Sangro o en los subterráneos de la capilla misma.

Sin embargo, hace sólo unos años, durante las obras de remodelación de los cimientos del templo, se destaparon algunos matraces de cristal típicos del laboratorio de un alquimista. Quizá sea éste el único legado físico, junto con las máquinas anatómicas, que hoy atestigua la existencia real de los experimentos del controvertido príncipe Raimondo... O los que hicieron a su costa.

La ya citada investigadora napolitana Lina Sansone Vagni, en su obra *Raimondo di Sangro, principe de Sansevero*,⁸ sin duda la más completa de cuantas biografías se han publicado sobre este personaje, afirma que la capilla es un auténtico camino iniciático, al estilo del que se puede encontrar en forma de laberinto en las grandes catedrales góticas de Chartres o Amiens en Francia. Y no le faltan razones para su argumento. Asegura Sansone que la estructura del templo, concebida a finales del siglo XVI por Alessandro di Sangro, está situada sobre las ruinas de un antiquísimo templo egipcio dedicado a la diosa Isis. Y argumenta que la principal obra de arte de la capilla, el *Cristo velado*, es una especie de cámara dolménica similar a las levantadas por los primeros pobladores de Europa, y cuyo uso siempre se vinculó a actividades mágicas.

Quienes construyeron la capilla —asegura Sansone— «conocían el arte de los constructores de catedrales y sabían dónde y cómo ubicar el templo».

De hecho, fruto de la matemática disposición de este recinto, cada 15 de agosto a las doce en punto del mediodía se produce un singular fenómeno en su interior. El lado norte radicaliza sus sombras, se torna frío y oscuro a la vez que una luz verdosa cubre cada uno de los rincones. Al tiempo, el lado sur se vuelve luminoso y radiante, marcándose bruscamente los límites respecto al lado opuesto. El fenómeno sólo dura unos minutos, los justos para apreciar la simbología de la eterna lucha del

8. Lina Sansone Vagni, *Raimondo di Sangro, principe di Sansevero*, Bastogi, Foggia, 1992.

Bien contra el Mal, de la Luz contra las Tinieblas, que reina en el edificio. Una constante del gnosticismo, por cierto.

Originariamente el suelo del templo estuvo formado por un mosaico de mármol en forma de laberinto. El laberinto, figura omnipresente en todas las catedrales de inspiración templaria servía de instrumento para la iniciación: debía recorrerse pacientemente mientras cantos y danzas se ejecutaban a su alrededor. Sansone cree que al morir el último de los Sangro en 1895, sus actuales administradores —de claro origen masónico— quisieron sepultar aún más el carácter iniciático del edificio. Cambiaron el nombre del mismo, sustituyendo su primitiva denominación de templo de la Piedad o Piatella en su acepción más popular, por el de capilla de San Severo, y levantando del suelo todo el mosaico laberíntico para sustituirlo por un enlosado de gres sin valor simbólico ni iniciático alguno.

Un mosaico —creo que lo dije ya— que algunos creyeron que se construyó gracias a ancestrales técnicas de ablandamiento, de alquimia en cierto modo, cuyo origen hay que buscarlo en la más remota antigüedad.

Un arte, el del ablandamiento, cuya pista seguí en varios lugares del mundo... empezando por Perú.

Perú: Los ablandadores de piedras

Cuzco

Humedad. Ésa era la sensación dominante aquella mañana de marzo de 1994 en la plaza de Armas de Cuzco, en pleno corazón de los Andes peruanos. Por un momento eché de menos la brisa templada y suave del Mediterráneo junto a las antiguas construcciones españolas en Nápoles.

Pero pronto olvidaría aquellos pequeños detalles climatológicos.

La prisa —eterna compañera— apenas me dejó saborear la extraña mezcla de edificios modernos y muros incas que me rodeaba. Y es que, según mi cuaderno de notas, a primera hora del día debía reunirme en una de las tiendas de alimentación colindantes a la plaza con don Faustino Espinoza.

Cuando llegué a la cita me encontré con un hombre de ochenta y nueve años, ágil como pocos ancianos andinos de su edad, profesor de quechua y parte viva indiscutible de la historia cuzqueña.

La tarde anterior, don Faustino se había ofrecido a acompañar a un grupo de tres españoles y a mí hasta algunos de los enclaves incas más interesantes de los alrededores de la antigua capital del *Tahuantinsuyu* — nombre en quechua del imperio inca—, y las circunstancias, intuí, pronto



Faustino Espinoza me habló del *ayaconchi*, la sustancia secreta que los incas utilizaron para reblandecer las piedras.

se antojarían propicias para llevar a cabo un interrogatorio a fondo sobre, los muchos aspectos enigmáticos de esta cultura que no recogen los libros de texto.

En cuanto pude, a bordo de un destartalado taxi, fui al grano.

—¿Cómo podían cortar los incas piedras de hasta doscientas toneladas, y subirlas montaña arriba para encajarlas milimétricamente en muros como los de Sacsayhuamán? —le pregunté a bocajarro.

—Las tallaban con el *ayaconchi*, un sistema para ablandar rocas —contestó Espinoza con cierta solemnidad.

Titubeé.

—Con ese compuesto químico preparado por los «científicos» indios antiguos —continuó—, esculpían altares en la piedra en honor a los elementos de la naturaleza, y moldeaban las piedras. Ahora —añadió—,

nadie puede preparar esa fórmula por una cuestión de orgullo, ya que ningún joven parece querer ser el depositario de la sabiduría que nos han legado nuestros antepasados, y que obliga a dejar de lado los conocimientos modernos.

—Pero ¿usted cree que todavía alguien conoce esa fórmula? ¿Que aún se conserva?

—Nadie conserva esa sabiduría ya —responde con cierta melancolía en sus ojos—. Cuando llegaron aquí los señores españoles, todo se trastornó. En primer lugar prohibieron el uso del quechua, y después que se rindiera culto a las cosas antiguas. Incluso mandaron destruir y cortar las cabezas de estatuas humanas y de animales... Y por todo ello ese legado ha terminado olvidándose.

—¿Y si...? —Espinoza no me deja continuar.

—Los nativos de aquel entonces no han querido decir o escribir nada porque estaba prohibido. Los mataban. Por cuidar su salud —concluye— enmudecieron sus conocimientos.

SORPRESAS EN LOS ANDES

Don Faustino no retomó este argumento en toda la mañana que pasó conmigo. Me mostró, eso sí, algunas de las proezas del *ayaconchi* en los muros de un antiguo acueducto inca que llevó un día agua hasta el recinto fortificado de Piquillacta, y me recordó las palabras de Garcilaso de la Vega, el Inca (1539-1616), cuando escribió que las piedras de fortalezas como Sacsayhuamán —situada a menos de un kilómetro de Cuzco— «no parecen haber sido cortadas en absoluto».

El Inca Garcilaso fue el primero en describir los magníficos monumentos de sus antepasados. Hijo de un militar español y de una princesa inca, Garcilaso abandonó Perú a los veintiún años y escribió en España, recu-

riendo a sus recuerdos, sus *Comentarios Reales*. En ellos afirma de los muros incas que «parece como si alguna clase de magia hubiera presidido su construcción; que debieran ser el trabajo de demonios, en lugar del de seres humanos».

Y ciertamente así lo parece aún hoy. Quien pasee por detrás del palacio episcopal de Cuzco encontrará, empotrada en un típico muro inca, una piedra con doce ángulos que casa perfectamente con el resto de la estructura. Más arriba, en los muros en zigzag de Sacsayhuamán, verá piedras de más de cien toneladas y de hasta cinco metros de alzada, cuyas aristas casan tan perfectamente con el resto del conjunto que ya Garcilaso escribió que allí era imposible «introducir la punta de un cuchillo entre dos de ellas».

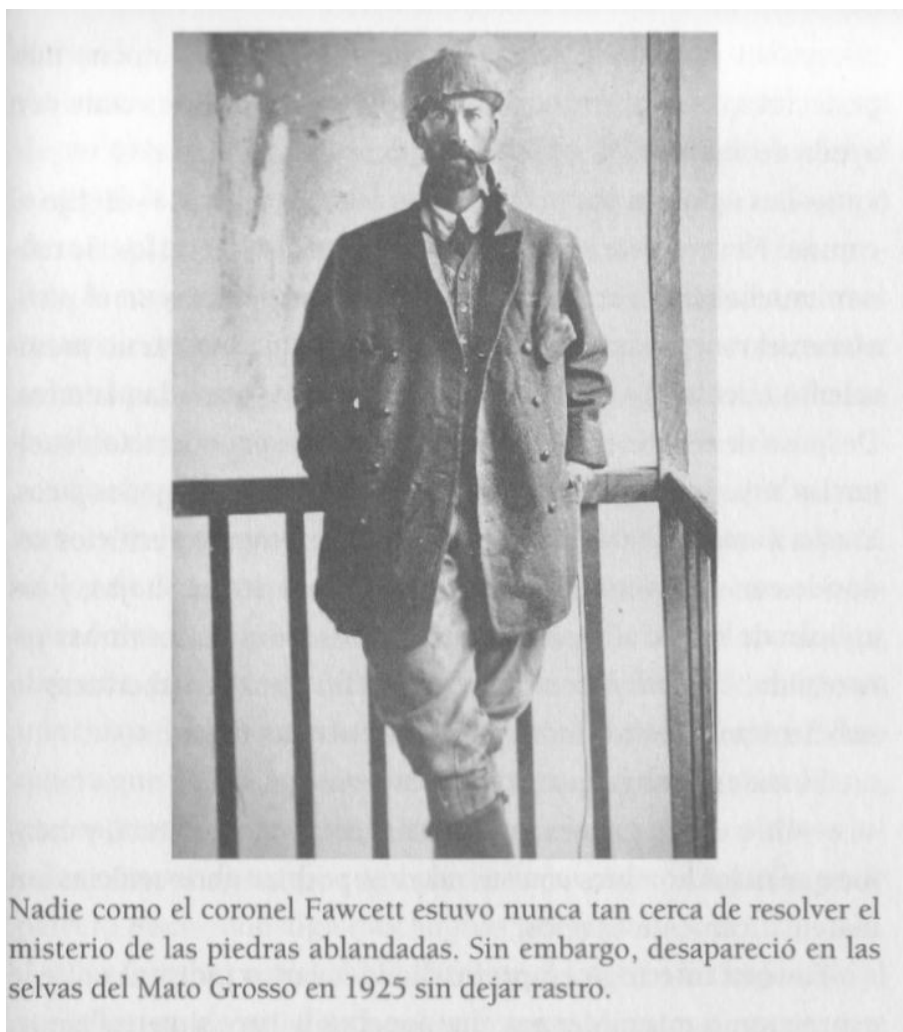
La creencia de que tal precisión se obtuvo empleando algún tipo de sustancia que reblandecía la roca ha acompañado desde hace siglos las tradiciones orales del «imperio del Sol». Sin embargo, sólo en junio de 1967 comenzaron a obtener resonancia mundial después del anuncio que un sacerdote de Lima hizo a varios medios de comunicación.

El sacerdote en cuestión, el padre Jorge Lira, aseguró haber descubierto la fórmula inca para ablandar las piedras al obtener una solución acuosa a partir de una planta que nunca desveló. Macerando en esa solución pequeñas piedras, el padre Lira fue capaz de modelar algunas de ellas a voluntad.

Para mi sorpresa, muy pocos prestaron atención a las declaraciones de este sacerdote, y entre ellos hubo quienes —como el escritor francés Robert Charroux, uno de los padres de la corriente del realismo fantástico— sugirieron que la misteriosa planta del padre Lira debía de ser la verdolaga.

Pero ahí quedó todo.

Las explosivas declaraciones de Lira no eran, en modo alguno, algo nue-



vo. Antes que él, a principios del siglo XX, el explorador británico Percy Harrison Fawcett había afirmado algo similar. Este hombre, a quien debemos la exploración y delimitación de las difíciles fronteras selváticas entre Perú, Ecuador, Bolivia y Brasil, desapareció en 1925 en el corazón del Mato Grosso en una de sus expediciones, dejándonos un interesante fajo de papeles, a modo de cuaderno de campo, en los que consignó muchos de sus descubrimientos. En estos diarios ¹ refiere cómo en las sierras que separan Perú y Bolivia escuchó de boca de un indígena la curiosa historia de un pájaro parecido al martín pescador, que excava sus nidos en la

1. P. H. Fawcett, *Las expediciones del coronel Fawcett*, Librería Editorial Argos, Barcelona, s/f.

roca viva, tallando agujeros mucho más perfectos que los que pudieran realizarse en los años veinte con ayuda de taladros.

—Los agujeros los practican los mismos pájaros —le dijo al coronel Fawcett este indígena—. Yo los he visto hacerlos. Se reúnen muchos a la vez y, con no sé qué clase de hojas en el pico, atacan el muro y aplican las hojas sobre la piedra con un movimiento circular. Se alejan, traen más hojas, y reanudan la tarea. Después de repetir tres o cuatro veces la misma operación sueltan las hojas y comienzan a golpear la piedra con sus agudos picos. Y aquí viene lo maravilloso: no tardan en practicar orificios redondos en el acantilado. Vuelven en busca de más hojas, y las aplican de nuevo a la piedra varias veces antes de continuar picoteando. Tardan varios días, pero al fin obtienen aberturas lo suficientemente profundas para contener sus nidos.

El mismo indígena añadió a Fawcett:

—He trepado para examinar esas grutas en miniatura, y créame que ni los hombres con sus taladros podrían abrir orificios tan matemáticamente exactos.

Fawcett interrogó en profundidad a varios indígenas que le expresaron la misma certeza: que aquellos pájaros sintetizaban en sus picos un zumo que alteraba la dureza de la piedra momentáneamente, y que aprovechaban ese instante de debilidad para tallar sus nidos. Ahora bien, ¿de qué planta se obtenía esa especie de ácido milagroso? El propio Fawcett, en sus cuadernos de campo, cita otro par de historias extrañas que pueden clarificar este misterio.

La primera se refiere a un inglés que, atravesando la comarca peruana de Chuncho, junto al río Pyrene, se vio forzado a abandonar su caballo y continuar a pie, a través de una zona boscosa, para llegar a un poblado cercano. Al parecer, y siempre según el relato de Fawcett, cuando este hombre alcanzó su objetivo descubrió que sus espuelas metálicas se

habían desgastado tanto que ahora parecían unas pequeñas tiras de metal negras de no más de tres centímetros de largo. El prodigio se debió —según le refirieron en el poblado— a que atravesó un campo de unas plantas de apenas treinta centímetros de alto, de color rojizo oscuro, que provocan esta disolución de metales y otros materiales duros. Curiosamente, cuando el inglés quiso retroceder sobre sus pasos y recuperar alguna de estas plantas, no le fue posible dar con aquella «plantación» ... Cosas de la selva.

La segunda historia de Fawcett es, si cabe, más interesante aún: tuvo lugar en el Cerro de Pasco, a 4.200 metros de altura, en los Andes peruanos, y lo vivieron algunos huaqueros —o saqueadores de tumbas— norteamericanos. Tras explorar lo que suponían podía ser una tumba inca intacta, al abrirla descubrieron una tinaja de arcilla medio llena de un líquido desconocido. Como quiera que no sabían si se trataba de algún producto tóxico o no, pretendieron hacérsela ingerir a uno de los cholos u obreros locales como si fuera pisco... pero éste se asustó. Aquello no le pareció pisco, sino algo mucho más peligroso.

Por fortuna para el cholo, durante el forcejeo la tinaja cayó al suelo formando un charco sobre la roca. Minutos después, ésta se había derretido, dando lugar a una especie de masa pastosa y moldeable que sorprendió a todos. ¿De qué se trataba? ¿Del mismo líquido del que años después presumiría el padre Lira? Y en ese caso, ¿quién conservó durante ese tiempo el secreto de su fórmula?

LO DIJO UN PAJARITO...

Muchos años después de publicarse estos relatos y de que historias como las del pájaro, las plantas rojizas o la tinaja circularan por toda América, un

profesor de Geografía e Historia alemán llamado Helmut Zettl aportó en 1988 una nueva vía de solución a este misterio inca. Según publicó en un boletín norteamericano especializado en misterios de la antigüedad, *Ancient Skies*,² la clave la tenía un pájaro andino llamado Lit Lik. Cada año este ave excava un nuevo nido dentro de rocas de andesita, perforando sin mayores problemas las duras piedras cristalinas.

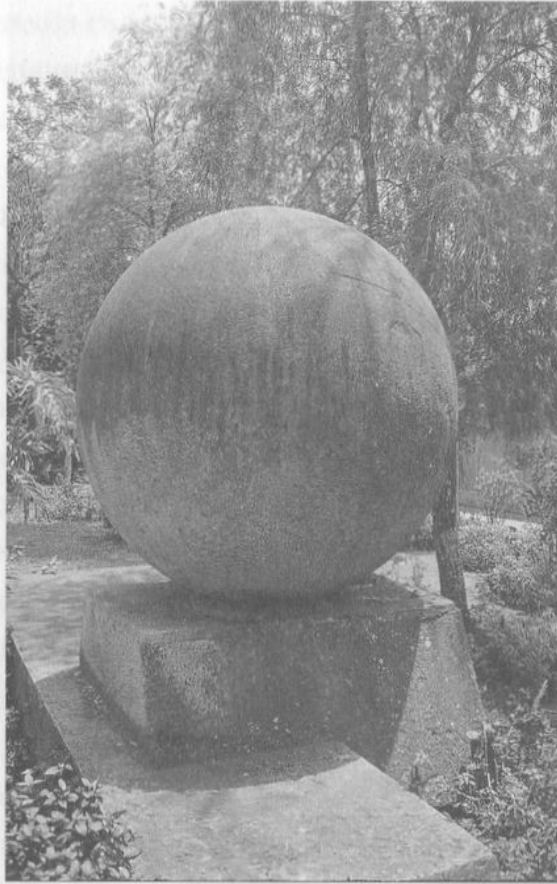
Pues bien, algunos zoólogos que investigaron los hábitos de este animal descubrieron que el Lit Lik se valía de una extraña hierba para modificar la textura de la roca. Al parecer disolvía en su pico una o varias clases de plantas, formando una especie de ácido que ablandaba momentáneamente la superficie que deseaba horadar.

¿Descubrieron los incas el curioso hábito de este pájaro y lo aplicaron a sus construcciones en cantidades industriales? Según el profesor Zettl, la mejor prueba del uso de una fórmula ablandadora de piedras en los Andes se encuentra en el Museo de Cochabamba, en Bolivia. Según su testimonio, y el de otros investigadores que le precedieron, allí pueden contemplarse las siluetas perfectas de huellas de pies y manos grabadas sobre rocas, como si éstas hubieran sido obtenidas presionando cemento fresco. Lamentablemente, cuando visité Bolivia en 1994 me fue imposible llegar hasta Cochabamba y confirmar este extremo.

SIGUIENDO A LOS ABLANDADORES

Las pistas sobre la existencia de un saber que permitió a los antiguos pobladores del Cono Sur americano ablandar las piedras se extienden hasta Centroamérica. En abril de 1996 visité Costa Rica y, como era natural, me interesé por uno de sus más conocidos misterios: el de las enigmáticas esferas gigantes de piedra. Se trata de masas pétreas perfectamente esféricas, de todos los tamaños y texturas, que se han en-

2. Helmut Zettl, «On inca building techniques», *Ancient Skies*, vol. 15, n.º 2, mayo-junio de 1988.



Decenas de esferas de piedra como ésta, halladas en las selvas de Costa Rica y dejadas allí por una cultura desconocida, pudieron ser obtenidas gracias a una técnica de ablandamiento similar a la aplicada por los incas en Perú.

contrado en diversos puntos del país y que hasta fechas muy recientes apenas han llamado la atención de la comunidad académica. A fin de cuentas, los historiadores costarricenses siguen mostrando su perplejidad sobre la desconocida cultura que las talló y transportó hasta el corazón de las selvas del país, e ignoran que sin duda debieron de servir a algún propósito sobre el que se han vertido numerosas especulaciones, todas ellas huérfanas de pruebas.

Pues bien, en San José, después de visitar su museo nacional, donde se conservan algunas de las esferas más interesantes, me puse al corriente de una interesante tradición vinculada a los ablandadores.

Ésta había sido recogida años antes por un aventurero y explorador de Texas llamado Richard Ray entre los pocos indios que aún viven en las selvas de este rico país. Ray les preguntó sobre la identidad de los constructores de las esferas y los métodos empleados en su tallado, y obtuvo respuestas ciertamente interesantes: «Fueron los antiguos — respondieron a Ray— y las moldearon con una fórmula que les permitía derretir la piedra».

Al parecer, según Ray, el fundido de la piedra se obtenía con algún método frío que derretía la roca y que permitía depositarla en el interior de moldes de madera. Desgraciadamente, nunca se han hallado semejantes patrones... ¡y menos aún esféricos!

HUELLAS DE UNA CULTURA PLANETARIA

Lo más sorprendente de este asunto es que, si atendemos a otras tradiciones antiguas, también pueblos distantes en el tiempo y en el espacio de los incas o de los constructores de esferas costarricenses utilizaron técnicas de ablandamiento parecidas. De los griegos se dice, por ejemplo, que disponían de un «fuego líquido» que era capaz de ablandar las rocas en caliente y que emplearon, por ejemplo, en la construcción de Ampurias, en el actual golfo gerundense de Rosas. De hecho, las referencias a ese extraño fuego —del que se dice que ardía incluso bajo el agua— son abundantes entre los siglos VI y XII d.C., y es considerado como una poderosa arma secreta que pasó de griegos a árabes, y que después se perdió en las brumas de la historia³. Un fuego que, por cierto, no debía ser muy distinto al que —según un ingeniero me-

3. El llamado «fuego griego» fue, probablemente, un descubrimiento del mecánico heleno Calínico de Heliópolis, y presumiblemente se empleó por primera vez como arma defensiva durante el asedio de Constantinopla por los árabes en el 673 d.C. Aunque no se sabe a ciencia cierta su composición, se sospecha que entre sus componentes se contaban la brea, el azufre, la savia de árboles y algún tipo de petróleo destilado.

xicano llamado Gerardo Levet— se puede contemplar en las manos de unos extraños personajes grabados en las paredes del conjunto maya de Tula, y que es aplicado contra muros de piedra como si fuera capaz de derretirlos.

Incluso en Egipto hallamos otras muestras de ablandamientos. Tras años de estudio de las rocas que conforman la Gran Pirámide, un químico francés llamado Joseph Davidovits ha logrado producir una roca sintética mezclando aluminio y polvo de silicio en un líquido alcalino. Durante sus estudios, Davidovits descubrió que las piedras calizas de la Gran Pirámide —la mayoría de unas dos toneladas de peso— presentaban diversos grados de humedad y hasta descubrió fragmentos de uñas y pelos incrustados en el interior de una de ellas, lo que le hizo pensar en que aquellas masas pétreas fueron sintetizadas. El resultado de sus experimentos en Giza fue la obtención de una especie de cemento que, cuando se solidifica, es muy difícil de distinguir de una roca natural. ¿Siguieron los egipcios ese método? ¿Deberíamos, entonces, hablar de alquimistas más que de arquitectos cuando nos refiramos a los constructores de las pirámides?

El alcance de estas afirmaciones es tremendo: si se aceptara que en el mundo antiguo existió una técnica capaz de licuar las piedras y transportarlas como si de cemento se tratara al lugar de la obra, se despejarían los enormes problemas que plantean construcciones «imposibles» como los muros incas de Sacsayhuamán, el Machu Picchu o las pirámides de Egipto. Una técnica que arraigó en América, África y Europa, y que —como tantas otras cosas— hemos perdido por completo.

O quizá no. Quién sabe si la tradición a la que perteneció Raimondo di Sangro, y que bebió de fuentes ancestrales, todavía conserva ese saber.

¿Puede alguien responder?

QUINTA PARTE

Informáticos de la Edad de la Piedra

¿Existen muchos mundos o existe sólo un único mundo? Ésta es una de las más nobles y elevadas cuestiones planteadas en el estudio de la naturaleza.

ALBERTO MAGNO

Quien se preocupe por el futuro deberá considerar con veneración el pasado y con desconfianza el presente.

JOSEPH JAUBERT

Israel: Dios fue criptógrafo

Michael Drosnin aterrizó en Jerusalén el primero de septiembre de 1994 con un escrito bajo el brazo que creía que podría cambiar el futuro de su país.

En la ciudad de las tres religiones se reunió de inmediato con el poeta Chaim Guri, amigo del entonces presidente del estado de Israel Isaac Rabin, y le entregó una carta que poco después llegó a manos del primer ministro. Su mensaje decía así:

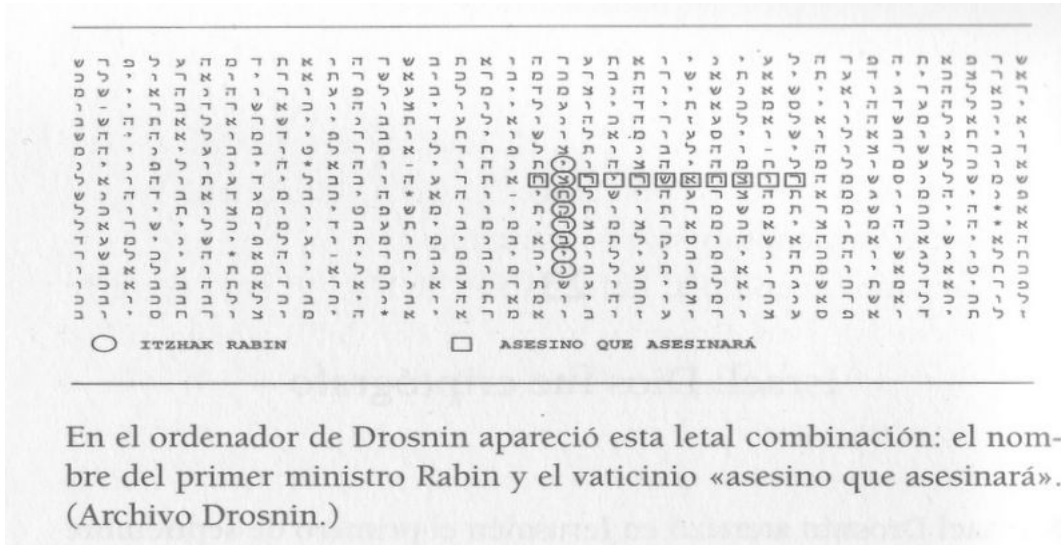
Un matemático israelí ha descubierto en la Biblia un código oculto que parece revelar hechos ocurridos miles de años después de que fuera escrita.

Si me he permitido escribirle es porque la única vez en que su nombre aparece completo —Itzhak Rabin— las palabras «asesino que asesinará» lo cruzan.

Esto no debería tomarse a la ligera, toda vez que los asesinatos de Anwar el-Sadat y de John y Robert Kennedy también aparecen codificados en la Biblia; en el caso de Sadat, con el nombre completo del homicida, la fecha, el lugar del atentado y el modo de perpetrarlo.

Creo que corre usted un grave peligro, pero también que el peligro puede ser evitado.¹

1. Michael Drosnin, *El código secreto de la Biblia*, Planeta, Barcelona, 1998, p. 13.



Rabin desatendió la advertencia del periodista afincado en Estados Unidos. El General Triste era un hombre fatalista, rehuía los augurios y deploraba el misticismo. Pero aunque era fundamentalmente laico, se mostraba muy respetuoso con las creencias de los demás.

Sólo dos meses después de recibir esta carta, Rabin escuchó el clamor de su pueblo en una histórica manifestación por la paz. Ante miles de personas en Tel Aviv, el máximo dirigente israelí afirmó: «Creo que la mayoría quiere la paz y estoy preparado para asumir el riesgo». Cuando acabó su discurso, estrechó la mano de los organizadores del acto y bajó las escaleras de la tarima de personalidades, dirigiéndose hacia el coche oficial. En ese preciso momento, un joven sacó un arma corta y disparó tres veces sobre el «halcón». Una de las balas se alojó en la columna y las otras dos destrozaron su vientre.

Isaac Rabin moría en el hospital de Ijlilnov, en la capital de Israel, aquel mismo 4 de noviembre de 1995.

HISTORIA DE UN DESCUBRIMIENTO

—Cuando conocí la noticia de la muerte de Rabin, caí al suelo y dije: «¡Oh, Dios mío! ¡El código secreto es auténtico! ».

Bruno Cardeñosa y yo nos miramos.

Habíamos acudido al hotel Palace de Madrid para entrevistarnos con Michael Drosnin, un periodista del *Washington Post* y el *Wall Street Journal* que llevaba dos años implicado en una investigación sin precedentes. Según nos explicó, el asesinato de Rabin le convenció de que los cinco primeros libros de la Biblia contienen datos sobre el pasado, presente y futuro de la humanidad, encriptados hace miles de años por una mente privilegiada.

Drosnin acababa de publicar en español, justo en esos días, el libro donde contaba su aventura, y había accedido a adelantarnos en privado algunos de los pormenores de tan extraordinario caso. Él mismo reconoció que su trabajo era sólo la punta del iceberg de un enorme movimiento de expertos que creían haber localizado en la Biblia el lenguaje secreto de Dios.

Mucho antes de que Drosnin se implicara en este asunto, rabinos como el checo H. M. D. Weissmandel descubrieron hace medio siglo que si se tomaba el texto original hebreo del Génesis, se eliminaban los signos de puntuación y se juntaban todas sus letras en una línea enorme de 78.064 caracteres, podían hallarse mensajes secretos de un modo muy particular.

Por ejemplo, tomando una palabra de cada cincuenta al inicio de este libro, se formaba claramente el vocablo «Torá», que es precisamente el nombre que reciben los cinco primeros libros de la Biblia en hebreo.

Es decir, que si se ordenaba esa línea en filas de cincuenta letras cada una, «Torá» aparecía claramente legible en vertical, al inicio de cada una de sus primeras cinco hileras.

Por supuesto, ese hallazgo no tendría mayor significación si no fuera por el hecho de que existe una antiquísima tradición cabalística que afirma que Dios mismo insertó mensajes codificados en la Torá y que los rollos donde se conservan son copias extraordinariamente fieles de las versiones precedentes desde hace al menos mil quinientos años. De hecho, la existencia de esta característica secreta podría explicar ahora por qué la tradición judía ha sido siempre tan meticulosa al copiar al milímetro sus «torás», ya que de este modo se aseguraban la pervivencia del código que contienen.

Pero ¿a qué clase de código se enfrentan los expertos?

Años después del hallazgo de Weissmandel, Doron Witzum, un físico y estudiante bíblico afincado en Jerusalén, trató de llegar más lejos aplicando la ciencia matemática y los ordenadores a este misterio. Su intención era determinar de una vez por todas si existía algún tipo de mensaje oculto en la Biblia o, por el contrario, todas sus suposiciones se fundamentaban en un oportuno azar.

Así, Witzum convirtió la Torá entera —no sólo el Génesis— en una línea de 304.805 letras hebreas y comenzó a buscar aleatoriamente mensajes en su interior. Para ello utilizó el mismo método descubierto por el rabino Weissmandel, que pronto recibió el nombre de SLE, Secuencia de Letras Equidistantes.² Y justo ahí comenzaron a sucederse algunos descubrimientos asombrosos, estadísticamente inexplicables.

Witzum descubrió, con ayuda del matemático Eliyahu Rips —que evaluó el valor probabilístico de los resultados— y el informático Yoav Rosenberg —que diseñó un programa de ordenador especial para buscar en la Torá todas las posibles combinaciones de letras—, que en los primeros cinco libros de la Biblia están codificados los nombres de 32 importantes rabinos, con sus respectivas fechas de nacimiento y muerte. Y si esto es asombroso, no lo es menos saber que la probabilidad de que *uno*

2. Para que una SLE sea considerada como no azarosa, debe tener en cuenta dos factores fundamentales. Primero, la proximidad. Esto es, que antes de comenzar a trabajar sobre un texto se predetermine qué número de espacios entre dos letras que deben leerse juntas es considerado correcto. Y segundo, los datos. Esto quiere decir que el grupo de letras a buscar debe ser fijado con anterioridad a la búsqueda, y en el caso de la búsqueda en la Torá, Witzum y su equipo consideraban también en qué parte de los textos sagrados se encontraba la información codificada y si ésta tenía alguna relación con el texto normal de la Biblia.

solo de estos datos estuviera codificado en esa enorme «sopa de letras» era de una entre 62.500... ¿Y 32?

Para tratar de determinar la intencionalidad de esta información encriptada, Witzum creó un protocolo científico que le permitiera distinguir entre las SLE producto del azar (que pueden encontrarse en cualquier texto, incluido este libro) y las deliberadamente introducidas por alguien en la Biblia.

Este método tenía en cuenta la proximidad de las letras entre sí y el hecho de que aparecieran junto a la palabra clave otros datos relativos al vocablo buscado. Exactamente igual a como había sucedido con los rabinos y sus respectivas fechas de nacimiento y muerte.

Tan exigente fue su procedimiento de trabajo, que la prestigiosa revista *Statistical Science*, publicada por el Instituto de Matemáticas Estadísticas de Hayward (California), revisó durante seis años su experimento de los rabinos y publicó finalmente su trabajo, dándole pleno respaldo científico.

SALTA LA POLÉMICA

Y justo ahí, en 1994, comienza la historia pública de estos hallazgos. Tras la aparición del trabajo de Witzum, Rips y Rosenberg en *Statistical Science*, muchos se interesaron por este enigma.

Mientras, Witzum se esforzaba por ser extraordinariamente cauto con sus hallazgos. Para él, descubrimientos de secuencias de letras anteriores como la de Weissmandel podían atribuirse sin demasiados problemas al azar, ya que consideraba que en la Torá, como en cualquier texto del mundo, existen millones de SLE fortuitas. Y se lamentaba de que la popularización del «código de la Biblia» llevara a personas menos escru-

pulosas que él a buscar cualquier combinación sensacionalista de letras en la Biblia, extrayendo conclusiones prematuras.

Su miedo es, en realidad, una crítica velada a lo que ha hecho Drosnin al divulgar masivamente la existencia de este código. Este periodista al que ahora nos enfrentábamos se involucró en la polémica poco después de la guerra del Golfo. Fue entonces cuando oyó hablar por primera vez de Rips, y cuando decidió aprender el método de trabajo de los matemáticos y aplicarlo por sí mismo con ayuda de un programa informático especial.

En sus primeras búsquedas informáticas en la Torá, Drosnin halló el nombre de Rabin con sus letras separadas entre sí en espacios de 4.772 caracteres, cruzándose con la frase «asesino que asesinará». Esto es, su ordenador fabricó una «sopa de letras» de filas de 4.772 palabras, y en ella localizó, seguidos, los nombres y frases citados. ¿Milagro?

Drosnin tomó aquello como una predicción inminente, y trató de hacérsela llegar al primer ministro antes del fatal desenlace. Pero nada pudo hacer. La muerte de Rabin le sorprendió tanto que decidió abundar más en tan extraño oráculo, escribiendo un libro que pronto se convertiría en un best seller internacional,³ y el primero de una larga serie de volúmenes con el mismo tema de fondo.

Pero aquello le valió el desprecio de los científicos. De hecho, el equipo de Witzum no comparte la idea de Drosnin de que la Biblia contiene datos fiables sobre nuestro futuro, y desde hace meses acusa a periodistas y fanáticos religiosos de haber instrumentalizado sus hallazgos. Para ellos, la única afirmación científica que puede hacerse de este asunto es que los códigos existen, que no son fruto del azar y que fueron insertados en la Biblia por alguien que —como demostró el «experimento de los rabinos»— podía anticiparse al futuro en cuestiones puntuales y de significación religiosa judía.

La duda es ¿quién? ¿Acaso Dios?

3. Drosnin, *op. cit.*

«NO FUE FRUTO DE LA CASUALIDAD»

Para responder a esa cuestión hay que salirse, necesariamente, del margen de lo científico. Y eso le costó poco trabajo a Michael Drosnin, que además de declararse abiertamente ateo, ha tratado de despejar este interrogante mayúsculo no sin ciertas dosis de temeridad.

Así, cuando hacia las cinco de la tarde del 29 de octubre de 1998 Drosnin se entrevistó con Bruno Cardeñosa y conmigo, creímos que podría adelantarnos algunas de sus conclusiones íntimas. Aquella tarde vestía un traje azul impecable y lucía una sonrisa de oreja a oreja, y nos permitió pasar con él varias horas hablando de sus descubrimientos y echando una ojeada al monitor de su ordenador portátil, donde guardaba una versión en hebreo de la Torá y un programa capaz de convertirla en el oráculo... ¿de Dios?

Bruno fue directamente al grano.

—Después de leer su libro, uno acaba teniendo la impresión de que el «código secreto» de la Biblia es casi un ser inteligente con el que se puede, incluso, conversar...

Drosnin no se esperaba aquello. Había pasado el día respondiendo las preguntas típicas de la prensa, y creyó que la nuestra era una visita más. Así pues, clavó sus ojos negros en su interlocutor y finalmente respondió.

—Bueno... Es un comentario interesante. Algunas veces, cuando estoy buscando cosas con la ayuda del código secreto en la Biblia tengo la sensación de que estoy «en línea», en contacto con otra inteligencia. Es una sensación muy extraña y no sé a qué atribuirle. Pero no hay duda de que cuando la Biblia fue escrita, un código fue grabado en su interior, como si se tratara de un holograma que se puede ver desde distintos ángulos y de distintas maneras. Y sí, debo confesar que algunas veces al consultar el código uno lo siente como una inteligencia viva.

Drosnin no ignoraba que él no había sido el primero en buscar respuestas en ese código. Ni tan siquiera lo había sido el rabino Weissmandel o el físico Witzum. Ilustres hombres de ciencia como Isaac Newton buscaron infructuosamente la clave para acceder a los secretos de la Biblia, ignorando que un programa informático tres siglos después hallaría su nombre en la Torá cruzado por la palabra «gravedad».

—Díganos una cosa —le planteé a Drosnin—: usted sabe que hace sólo un siglo habría sido imposible descubrir el código de la Biblia sencillamente porque no existía la tecnología necesaria. ¿Era éste el momento más adecuado para que se produjera su descubrimiento?

—¡Sin duda! —El periodista agita sus manos en el aire—. Y es lógico, porque el código tenía una especie de cerradura que no se ha podido abrir hasta que se inventó el ordenador. Creo que este código secreto fue creado por algún tipo de inteligencia que puede ver a través del tiempo y que, evidentemente, supo cuándo íbamos a inventar las computadoras. También creo que estaba escrito para que fuera descubierto ahora. Newton no lo pudo encontrar porque, sencillamente, no tenía ordenador.

—Entonces, ¿este código no fue descubierto por azar?

—Cuando recuerdo la forma en la que se produjo el descubrimiento, tengo la impresión de que fuimos llevados de la mano.

—¿Qué quiere decir?

—Verá: cuando Rips encontró las claves de este descubrimiento, vio que había otra Biblia debajo de la Biblia. Había claves por todas partes, como si se tratara de la «firma» de Dios, que ha estado a la vista de todo el mundo. Rips cree que lo descubrió porque Dios le llevó hasta allí. Él es creyente. Y muchas veces discuto con él sobre este punto. Nunca me he tomado en serio la Biblia. Para mí es una gran obra de literatura, pero ahora me encuentro con un código encriptado en ella que parece que revela el futuro.

EL ORÁCULO DE DIOS

Éste es, precisamente, el talón de Aquiles de la polémica que rodea al descubrimiento de la «Biblia debajo de la Biblia». Mientras que para Drosnin resulta evidente que en la Torá se anunciaron, entre otras cosas, el asesinato de Rabin, la llegada de Bill Clinton a la presidencia de Estados Unidos o el impacto del cometa Shoemaker-Levi contra Júpiter,⁴ para el equipo científico que descubrió el código nada de esto tiene gran valor estadístico.

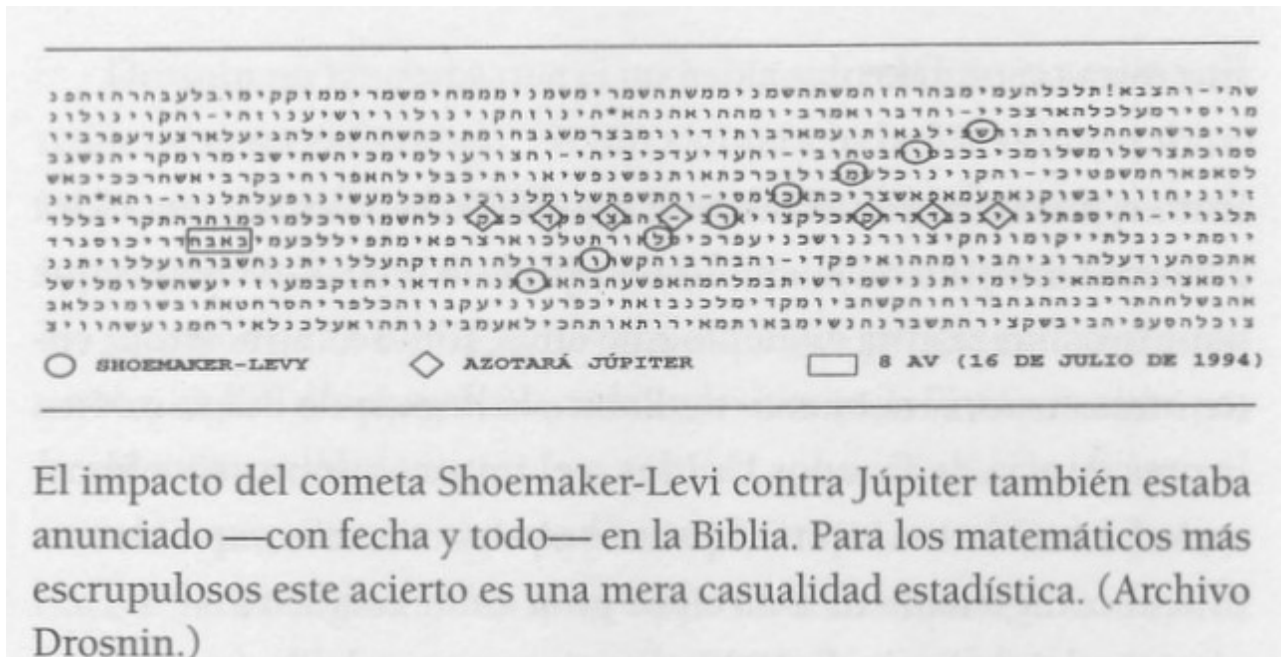
Así, el 4 de junio de 1998, durante una rueda de prensa ofrecida en Jerusalén, el matemático Eliyahu Rips —principal protagonista del libro de Drosnin— acusó al periodista de malinterpretar en beneficio del sensacionalismo sus hallazgos. Según Rips, la mayoría de los descubrimientos de Drosnin son sólo secuencias equidistantes de letras fortuitas y afirmó que «resulta científicamente imposible realizar ninguna predicción con los códigos» simplemente porque hasta que han tenido lugar los hechos no se sabe qué mensajes cruzados en las sopas de letras tienen relación entre sí.

Y aportó un ejemplo: en la Torá, Witzum encontró la palabra «Churchill» cruzada con «asesinado», lo que, evidentemente, era incorrecto. Como otro error resultó ser el anuncio del asesinato del ex primer ministro Netanyahu, también supuestamente anunciado en el código.

El debate me resultó fascinante: no es que los científicos negaran la existencia de un código en la Biblia —un descubrimiento de por sí sorprendente, al tratarse de un texto escrito en una época en que no existían los ordenadores—, sino que repudiaban su uso como oráculo. Es más, sólo aceptaban algunas referencias en el texto sagrado a la Revolución francesa, los acuerdos de Oslo o el holocausto judío, como suficientemente probados, y no como el fruto del azar.

¡Ahí es nada!

4. La referencia a este incidente cósmico fue uno de los asuntos más debatidos entre Drosnin y Witzum. Mientras que para el primero no había lugar a dudas de que el ordenador había generado una sopa de letras donde podía leerse «azotará Júpiter», «Shoemaker-Levi» y «8 Av» (16 de julio de 1994, fecha del impacto), para Witzum aquello obedecía a una secuencia de letras equidistantes explicable por azar.



LAS PRUEBAS DEL CÓDIGO

La búsqueda de mensajes estadísticamente irrefutables no ha hecho, en realidad, más que comenzar. Cada vez que Witzum y Rips obtienen un cruce de datos significativos gracias a su programa informático, realizan un cálculo probabilístico para determinar el valor de esa información.

En algunas ocasiones, el ordenador ha cifrado en una entre diez millones la probabilidad de que determinado cruce se produjera de forma casual. De hecho, gracias a este cúmulo de pruebas estos dos científicos obtuvieron el respaldo de *Statistical Science*, al ser capaces de superar no dos —que sería lo normal— sino tres pruebas de refutación presentadas por otros científicos independientes.

«Nuestros revisores estaban desconcertados. La posibilidad de que el libro del Génesis contuviera información significativa sobre personajes actuales iba en contra de todas mis convicciones. No obstante, las pruebas adicionales confirmaron el fenómeno», llegó a afirmar Robert Kass, el editor de *Statistical Science*.

Una de estas pruebas propuesta por Rips fue tratar de encontrar mensajes

similares en la traducción al hebreo de *Guerra y paz* de Tolstoi, e incluso en *Moby Dick*, sin obtener secuencias equidistantes de letras realmente significativas.

También Harold Gans, experimentado decodificador de la Agencia Nacional de Seguridad de Estados Unidos, quiso poner a prueba la autenticidad del código. Repitió con extremo cuidado los pasos seguidos por Rips y Witzum y confirmó plenamente que el texto de los rabinos y sus fechas de nacimiento y muerte formaban parte de un mensaje encriptado deliberadamente por el redactor del Génesis.

¿QUIÉN CODIFICÓ LA BIBLIA?

Drosnin afirma que existen varios mensajes cifrados en la Torá que hablan de la existencia misma del código. Así, la frase «la escritura de Dios grabada en las tablas» se cruza con «fue hecho por ordenador»; «sellado ante Dios» se cruza verticalmente con «código de la Biblia» o «guarda en secreto estas palabras y sella el libro hasta el fin» se cruza de nuevo con «ordenador».

Pero ¿qué tipo de inteligencia pudo obrar esta especie de holograma de letras? Drosnin cree que «si el código proviene de un Dios todopoderoso, no tendría sentido que nos vaticinara el futuro. Le bastaría con modificarlo. Parece, pues, provenir de alguien bueno, pero no omnipotente, alguien que quiere advertirnos de un peligro terrible».

Durante nuestra entrevista con Drosnin en Madrid, llegados a este punto, Bruno Cardeñosa, atento, volvió a preguntarle:

—Ese «alguien» al que usted se refiere, ¿podría ser alguna clase de inteligencia extraterrestre?

—He pensado mucho sobre ello —admitió sin inmutarse—. El código de la Biblia constituye la primera prueba científica de que no estamos solos



Bruno Cardeñosa y yo observamos de pie el monitor de Michael Drosnin, donde introduce los nombres y episodios históricos que desea saber si fueron tenidos en cuenta por el «redactor» del código escondido en la Biblia.

en este planeta. Y digo esto porque ningún humano de hace tres mil años pudo codificar la Biblia ni acontecimientos futuros. Pero no conozco la identidad del codificador. Si fuera religioso, pensaría en Dios, pero como no lo soy, no creo que lo fuera. Aunque —apunta riéndose— veo más fácil creer en Dios que en pequeños hombrecillos verdes.

—¿Y entonces?

—Pienso que probablemente se trata de otra inteligencia más difícil de definir: una inteligencia que tal vez habite en otra dimensión y pueda ver a través del tiempo.

—¿Cree, por tanto, que la inteligencia que cifró el código empleó para ello alguna clase de tecnología?

—Hay varias formas de ver este problema. Una es como si el codificador fuera una inteligencia, y otra como si fuera «sólo» una tecnología. Quizá esa

inteligencia sea más artificial que humana porque, desde luego, debió de existir una técnica muy avanzada para cifrar el código hace tres mil años. Sin embargo, sigo sin poder imaginar ninguna tecnología capaz de mirar a través del tiempo. Tiene que haber más de una respuesta...

INCIERTO FUTURO

Tras el criptograma del asesinato de Rabin, Drosnin siguió encontrando mensajes cifrados en la Biblia sobre su muerte. De hecho, descubrió cómo entre las palabras cruzadas no sólo se encontraba el anuncio de la muerte del líder judío, sino el nombre de su asesino (Amir), la ciudad donde ocurrió (Tel Aviv), y el año del magnicidio (año 5756 judío, que empezó en septiembre de 1994).

Así, a medida que la investigación avanzaba, Drosnin se convencía cada vez más —aun en contra de las protestas de Witzum y su equipo— de que el código anunciaba también una terrible época de sufrimiento para el mundo, sobre todo a raíz de la muerte de Rabin.

Drosnin llegó a anunciar un holocausto nuclear que afectaría gravemente a Israel, señalando como el inicio del fin del mundo el año judío 5756. Pero este periodista advierte que hay otros muchos mensajes que afirman que ese futuro puede ser evitado. Incluso asociado a otro año, el 5776 (2014 de la era cristiana), el código formula una intrigante pregunta: « ¿Lo cambiaréis? ».

—El código —nos dijo Drosnin— no es, en cualquier caso, una bola de cristal, porque primero hay que introducir en el ordenador los nombres y los datos que se desean encontrar y probar suerte.

Bruno y yo abandonamos el hotel Palace con una extraña sensación a

nuestras espaldas: la de haber rozado el vestigio de una tecnología ancestral, capaz de adelantarse en treinta siglos al desarrollo de la informática.

Sin embargo, de haber existido ese desarrollo en épocas tan remotas, debían de poder encontrarse sus rastros en otros legados antiguos. ¿O no?

Poco podía saber entonces que meses después de mi entrevista con Drosnin iba a encontrar la confirmación a mis sospechas. Y esta vez, al otro lado del Atlántico, a casi cuatro mil metros de altura.

En los Andes.

Bolivia: El secreto de los aymaras

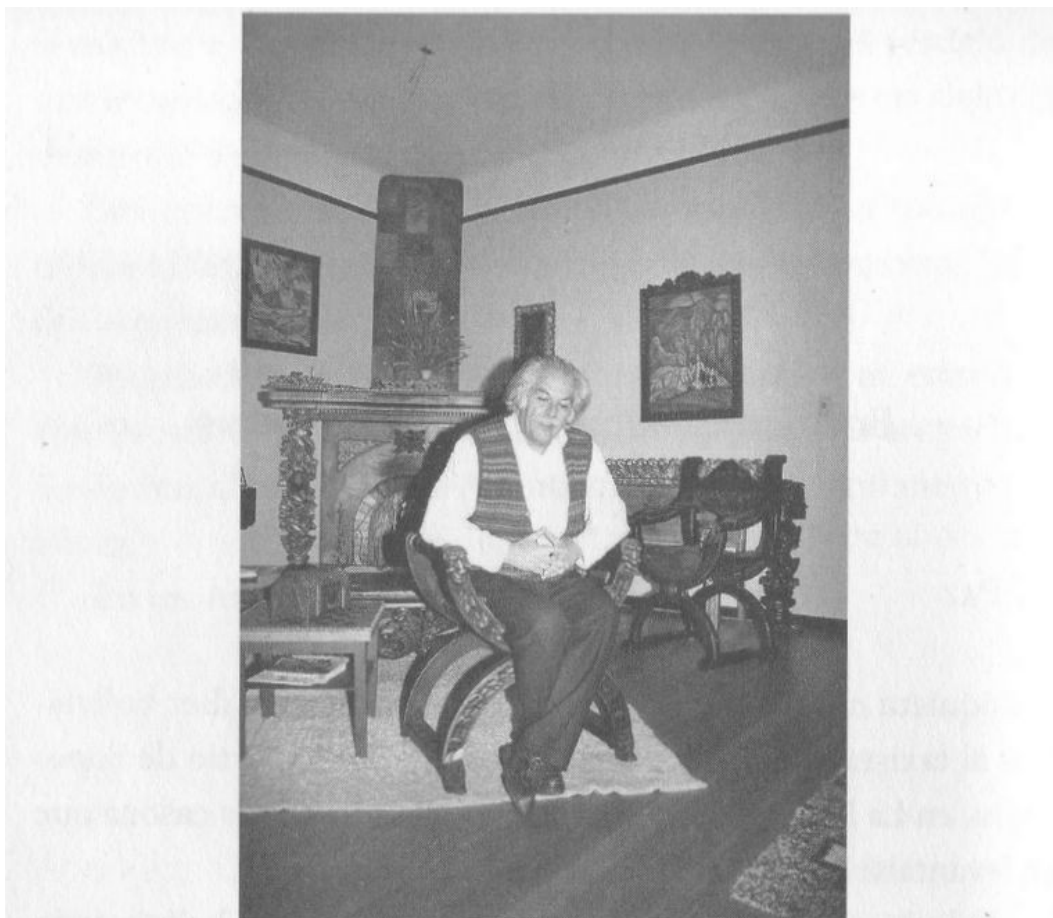
LA PAZ

Ni siquiera me fijé. Entregué el arrugado billete de diez bolivianos al taxista que me llevó hasta el acomodado barrio de Sopocachi, en La Paz, y sin mirar crucé la calle rumbo a la casona que se levantaba al otro lado.

Si hubiera prestado más atención al billete, me habría dado cuenta de que la persona con la que iba a entrevistarme aquel 20 de abril de 1999 era hijo del hombre que aparecía estampado sobre él: Cecilio Guzmán de Rojas, uno de los mejores pintores que ha dado Bolivia en este siglo.

Pero, como digo, el detalle pasó inadvertidamente entre mis manos. No importó.

Pocos minutos después de las cinco y media de la tarde Iván Guzmán de Rojas, un atlético ingeniero informático de sesenta y cinco años de edad, estrechaba mi mano con fuerza invitándome a acomodarme en su estudio. La noticia de sus investigaciones me había obligado a tomar un avión desde Cuzco sólo para entrevistarme con él, y buena culpa de ello la tuvieron Umberto Eco y Graham Hancock. El primero —profesor de semiótica italiano famoso mundialmente por su novela *El nombre de la rosa*— citó elogiosamente a Guzmán de Rojas en un ensayo titulado *La búsqueda de la lengua*



Iván Guzmán de Rojas ha desarrollado un programa informático de traducción simultánea basado en las características «digitales» de una lengua que apareció en el lago Titicaca... ¡hace cuatro mil años!

perfecta,¹ en donde apuntaba que este boliviano padre de siete hijos había encontrado claves matemáticas ocultas en la estructura de un idioma indígena local: el aymara (!). El segundo, un conocido escritor y aventurero escocés, en su libro *Las huellas de los dioses*,² despachaba a Guzmán en un sugerente párrafo donde apuntaba que había descubierto en el idioma aymara algo igualmente «imposible»: que esa lengua era artificial, sintética, y que había sido diseñada de tal modo que «podía transformarse sin dificultad en un algoritmo informático destinado a ser utilizado para traducir de un idioma a otro».³

1. Umberto Eco, *La búsqueda de la lengua perfecta*, Crítica, Barcelona, 1999.

2. Graham Hancock, *Las huellas de los dioses*, Ediciones B, Barcelona, 1998.

3. Hancock, *op. cit.*, p. 115.

Por supuesto, ni Eco ni Hancock —dos autores de ideas y formación bastante opuestas entre sí— respondían a la pregunta clave que suscitaban sus revelaciones: si el aymara, un idioma exclusivo de los Andes bolivianos, fue diseñado siguiendo unos patrones lógicos («trivalentes, que no bivalentes» me diría después Guzmán de Rojas), ¿quién lo diseñó?, ¿para qué, en una época que ni soñaba con los modernos ordenadores? y ¿cómo?

Naturalmente, tales dudas —y algunas más que surgieron en el camino— bastaron para que «saltara» hasta La Paz. El viaje mereció la pena.

UN GENIO, UN PROBLEMA

Iván Guzmán de Rojas trabaja como ingeniero informático por cuenta propia desde que en los años setenta fuera expulsado de la Universidad de San Andrés «por disidente». En ese momento inició una carrera en solitario, rebelde, respaldada por una sólida formación matemática adquirida en Estados Unidos y Alemania, que desembocó en un repentino interés por un entonces prácticamente olvidado —y políticamente reprimido— idioma ancestral. Una lengua que todavía se habla en ciertas comunidades que habitan en las orillas del lago Titicaca, y que nada tiene que ver con el quechua de los antiguos incas.

En el siglo XVI, los españoles ya dieron cuenta de la existencia del aymara, y algunos de ellos, como el jesuita Ludovico Bertonio, llegaron incluso a redactar diccionarios bilingües para acercar sus doctrinas a los indígenas.

En el estudio en el que trabaja, Guzmán de Rojas busca afanosamente su ejemplar del diccionario de Bertonio antes de sentarse a conversar conmigo. Lo hace con entusiasmo, mirándome a los ojos.

—Fue estudiando a Bertonio, que publicó su primer diccionario en 1603, como me di cuenta de que el aymara es una lengua elaborada con los mismos principios que hoy se utilizan para la construcción de lenguajes de programación en las máquinas.

—Estamos hablando de una lengua de diseño, por tanto...

—Así es. Una lengua basada en principios que, algunos, ya fueron enunciados hace dos o tres siglos por aquellos que iniciaron corrientes para crear lenguajes artificiales en Europa como, por ejemplo, el esperanto. Pero mucho más depurados.

Al principio, la seguridad de Guzmán me abrumó. Aunque no lo suficiente para que las preguntas que fui anotando mientras sobrevolaba el Titicaca horas antes dejaran de brotar entonces en cadena.

—¿Y cómo se le ocurrió intentar comprobar que ese idioma es «sintético»?

—En realidad, no fui el primero. Ya otros autores sé admiraron en el pasado de la forma tan estructurada que tiene el aymara, sin irregularidades, y que sólo puede encontrarse cuando se parte de un diseño idiomático previo. Pero lo que más me llamó la atención, al profundizar en su estudio, es la existencia de una lógica de tres valores, en contraposición a la lógica binaria o bivalente —de verdadero o falso, positivo o negativo, cero o uno común—, que existe en la sintaxis aymara.

—Explíqueme eso mejor...

—Cuando yo hago una afirmación o una negación en cualquier idioma, no hago intervenir en la conjugación del verbo el hecho de que estoy negando o estoy afirmando. En el aymara sucede algo curioso: existen conjugaciones verbales para afirmar o negar que matizan nuestro nivel de duda. Eso, en otros idiomas, se expresa con condicionales, con subjuntivos, con preposiciones y adverbios de duda, pero no hay forma de reconocer sólo a través de la conjugación el nivel de duda que introducimos en una afirmación o negación.

En aymara eso se expresa con sufijos que pueden convertirse en tablas matemáticas, lo que llamo «tablas de verdad».

—¿Y eso no lo tienen otros idiomas?

—Bueno —titubea—, yo no conozco en profundidad muchos idiomas. Sólo hablo inglés, francés, alemán, castellano y aymara. Y sólo en éste se dan con rigurosidad esas y otras normas. He trabajado muchos años para determinar por qué esa lógica de tres valores está inmersa en la sintaxis del aymara de modo artificial, no espontáneo, y sigo en el empeño.

—Pero supongo que el aymara, como cualquier idioma, es algo orgánico, algo que ha estado sujeto a evoluciones, corrupciones, cambios... ¿Cree usted que el aymara se ha podido preservar tan intacto como para mantener esas características de artificialidad que ha detectado?

—Evidentemente, el aymara ha estado sometido a conflictos, luchando primero por conservar su identidad frente al quechua traído por los incas y luego frente al castellano. No obstante, comparando el aymara recogido por los jesuitas en el siglo XVI con el actual, existen ciertos elementos de una increíble constancia, invariables. No cambian los sufijos ni sus reglas, ni la forma de negar... Aquí, a diferencia del latín, que fue sustituido en todas partes por otros idiomas derivados de él sólo cincuenta años después de la caída de Roma, el aymara ha resistido. Y lo ha hecho por su estructura tan coherente y propia, muy diferente a las lenguas que trataron de sepultarla.

LENGUA SAGRADA

Mi última pregunta tenía su trampa. Apenas dos semanas antes de la entrevista con Guzmán de Rojas, me reunía en su estudio de Lima con el archi-

tecto Carlos Milla, un controvertido investigador del pasado peruano que defiende —y con razones de peso— que en los Andes se desarrolló una cultura avanzada siglos antes de la llegada de los españoles. Según él, aquella civilización gozó de nociones de astronomía, matemáticas, física y otros saberes tradicionalmente considerados occidentales. A él acudí para consultarle mis dudas acerca del enigmático geoglifo de Palpa con forma de cruz del que hablé en el capítulo cuatro, pero aproveché para pedirle su asesoramiento a otros niveles.

De hecho, su obra clave, *Génesis de la cultura andina*, describía con detalle los a veces increíbles conocimientos geodésicos y aritméticos de pueblos como los incas o los nazca de los que, por supuesto, hablamos a fondo.

Pues bien, adelantándome a una ulterior entrevista con Guzmán de Rojas, pregunté a Milla por la extraña impermeabilidad a los cambios lograda por el aymara a lo largo de los siglos.

—Hay algo muy importante que usted debe tener en cuenta —me explicó sentado bajo uno de los impresionantes murales abstractos que pinta en los ratos de ocio—: la lengua aymara siempre se consideró una propiedad comunitaria. En todos los demás idiomas está presente la idea de la evolución, del cambio progresivo de ciertas palabras y construcciones gramaticales, pero en el aymara no. Esta lengua exigía un respeto porque era propiedad de todos, y nunca se cambió nada hasta la llegada de lingüistas y académicos que se sintieron con derecho a distorsionarla.

¿Una lengua común tratada como un legado casi inmutable? Hasta al propio Milla le parecía un fenómeno de ciencia ficción que «los sabios aymaras hubieran diseñado el aymara para que, cuatro o cinco mil años más tarde, pudiera ser aplicado a las computadoras», y me invitó a interrogar a Guzmán de Rojas sobre el asunto.

Pero ¿qué sabíamos de los aymaras y de su origen? ¿Estaban en sus le-

yendas —como de costumbre, por otra parte— las claves que nos permitieran desentrañar este misterio?

Una tradición local muy extendida en las riberas del lago Titicaca afirma que este pueblo fue creado por Kon Tiki Viracocha —el dios que trazó la enorme ruta rectilínea a la que me refería al hablar de los túneles de Cuzco— a partir de la piedra. Pero lo cierto es que, según explica Rafael Girard en su monumental obra *Historia de las civilizaciones antiguas de América*,⁴ su presencia en la zona sólo estuvo precedida por los urus, un pueblo singular que aún hoy vive dentro de las aguas del lago, sobre unas islas artificiales construidas por ellos mismos con manojos de totora, una especie de junco del lugar.

Desgraciadamente, los investigadores carecen de pistas que les permitan establecer con poco margen de duda su origen. Algunos, como Harold T. Wilkins,⁵ describen el estupor de los primeros misioneros españoles que arribaron al Altiplano y descubrieron que los aymaras usaban a veces una escritura ideográfica similar a ciertos petroglifos europeos. Solían grabarlos con la ayuda de la *nuñamayu*, una planta autóctona —la *Solarium aureifolium*— que les servía de tinta para escribir sobre pieles.

Wilkins comparó esos trazos con petroglifos descubiertos en la isla del Hierro (Canarias), con signos tuareg en el Sahara y con los alfabetos etíope y fenicio, encontrando serias similitudes. ¿Procedía de ahí su sabiduría? ¿Y también su lenguaje codificado?

A asentar esa idea contribuyen, desde luego, las extraordinarias coincidencias culturales que pueden encontrarse entre los aymaras y los antiguos pobladores de África. Oswaldo Rivera, el hombre que me asesoró durante mis trabajos de investigación en Tiahuanaco, fue quien me puso tras la pista.

Rivera, que dirigió durante años las excavaciones en las ruinas de Tiahuanaco y Puma Punku, ha llegado a contabilizar más de una veintena de coincidencias culturales entre los aymaras y los antiguos egipcios. Ambos pue-

4. Rafael Girard, *Historia de las civilizaciones antiguas de América*, Istmo, Madrid, 1976 (3 tomos).

5. Harold T. Wilkins, *Mysteries of Ancient South America*, Citadel Press, Nueva Jersey, 1956.

blos, sin ir más lejos, momificaron a sus muertos, construyeron pirámides, utilizaron la misma clase de grapas de cobre para unir bloques de piedra, elaboraron calendarios basados en estrellas... Pero es que, además, esas similitudes se extienden hasta el terreno de las creencias o la medicina aymara. Sin ir más lejos, este pueblo practicaba la trepanación como los egipcios e incluso aún hoy, cuando alguien muere, matan a un perro negro para que acompañe al difunto hasta el más allá. Exactamente igual que el dios camino Upuaut («abridor de caminos») hacía con los antiguos habitantes del Nilo.

Otra coincidencia notable es que aymaras, egipcios y mayas emplearon un calendario civil de 360 días por año, al que sumaban cinco que consagraban a honrar a sus dioses. Para los mayas se trataba de días infaustos, pero para aymaras y egipcios eran días festivos de tremenda significación religiosa. ¿Azar? ¿Y lo es también la obsesión de mayas y aymaras por la constelación de las Pléyades o que ambos pueblos utilizaran desinencias comunes como *ni*? De nuevo, todo hace sospechar que la casualidad es sólo la respuesta fácil para aquellos a los que incomoda pensar sin prejuicios.

NO ES SÓLO TEORÍA

Pero el misterio del aymara ha llegado mucho más allá de estas implicaciones transculturales gracias a Guzmán de Rojas.

A fin de cuentas, la verdadera osadía de este ingeniero boliviano no ha sido la de afirmar que los aymaras crearon una lengua de diseño susceptible de ser transformada en algoritmos informáticos, sino que ha creado un programa de ordenador que utiliza el aymara como base para traducir instantáneamente de un idioma a otro. Esta idea fue la que sedujo a Eco, que vio en el aymara una «lengua perfecta».

Gracias a su perfección —escribió—, el aymara podría enunciar cualquier pensamiento expresado en otras lenguas mutuamente intraducibles, pero el precio que habría que pagar sería que todo lo que una lengua perfecta resuelve en sus propios términos no podría ser de nuevo traducido a nuestras lenguas naturales.⁶

La cuestión merece que entre en detalles.

Desde 1980 Guzmán de Rojas ha estado inmerso en un proyecto titánico: la elaboración en solitario de *Atamiri* (en aymara, «intérprete»), un programa informático de traducción simultánea multilingüe que funciona convirtiendo el idioma a traducir en aymara, y éste en el idioma traducido. La capacidad de *Atamiri* es tan sorprendente que su prototipo traduce, en todas las combinaciones posibles, castellano, italiano, alemán, francés, japonés, húngaro, holandés, portugués, ruso y sueco... de momento.

El suyo no es un invento teórico. Una versión primitiva de *Atamiri* ya fue utilizada con éxito durante las reuniones de la Comisión del Canal de Panamá, entre marzo y mayo de 1986, y después ensayada por CompuServe en las oficinas de Data Technologies de Cambridge en 1993. No obstante, Guzmán se niega a entregar su secreto o a patentarlo —teme ser «pirateado» al día siguiente—, si no es a cambio de una participación notable en lo que podría ser el trompetazo que anunciara simbólicamente la reanudación de las obras de la torre de Babel.

—El mecanismo —me explica frente a uno de los ordenadores de su estudio, con el programa *Atamiri* traduciendo frases a mi antojo— es muy simple. Y se basa en la informatización de las leyes sintácticas del aymara y su lógica trivalente. Pero las grandes compañías informáticas subestiman mi labor de investigación y creen que pueden comprar mi descubrimiento con unos pocos miles de dólares.

Guzmán argumenta su lamento con documentos que demuestran, en efec-

3. Eco, *op. cit.*, p. 289.

to, los diferentes intentos de comercializar Atamiri en esta última década.

—¿Imagina usted lo que esto podría suponer para internet? Usted podría escribir a un amigo ruso en castellano y él, simultáneamente, recibir su texto en su propio idioma.

Velocidad (convierte un texto de 300 páginas del español al inglés en menos de diez minutos, aunque luego haya que revisarlo) y versatilidad es lo que promete Guzmán de Rojas con su aplicación práctica de esa lengua milenaria. Y, no obstante, tras horas de conversación junto a su jardín tropical acristalado, las preguntas clave que me llevaron a Bolivia seguían sin responderse: ¿quién diseñó el aymara?, ¿para qué?, ¿cómo?... y ¿cuándo?

TECNOLOGÍA PREHISTÓRICA

El ingeniero me miró por encima del cristal de sus gafas cuando insistí en llegar hasta el origen del problema. Evidentemente, aquéllas no eran cuestiones que le agradaran demasiado. Le forzaban a especular. Como tampoco agradaron —porque tampoco supo resolverlas— a teóricos como Emeterio Villamil de Rada, un lingüista citado por Eco en su mencionado ensayo, que a mediados del siglo pasado terminó llegando a la metafísica conclusión de que el aymara debía de ser la «lengua de Adán». Esto es, la lengua primigenia de la humanidad que se hablaba antes de la caída de la torre de Babel, y que fue enseñada a los hombres directamente por Dios.

¿Dios? ¿Acaso aquel Yahvé de la Biblia sabía de lenguajes de programación? Temblé por la «familiaridad» de la idea. Es más: deliberadamente no quise sacar a colación —al menos ante Guzmán de Rojas— problemas como los planteados recientemente por el matemático judío Eliyahu Rips, que aseguró haber descubierto en los cinco primeros libros de la Biblia, en el

Pentateuco, mensajes codificados sólo descriptables gracias a un moderno ordenador. Rips, y más tarde Michael Drosnin en su best seller *El código secreto de la Biblia*,⁷ se planteaban la herética posibilidad de un dios sentado frente a alguna clase de superordenador, redactando mensajes para una humanidad que los descifraría... Llegado el momento.

Por supuesto, callé antes de correr el riesgo de que el ingeniero me tomara por loco, pero le presioné para que me ofreciera su particular versión acerca del «diseñador» del aymara. Guzmán meditó durante unos segundos su respuesta, se arrellanó en su sofá y cruzó los dedos de ambas manos antes de articular palabra.

—Francamente —dice por fin en tono severo—, yo no me atrevo a hacer especulaciones en ese terreno. Lo único que para mí es claro es que ese diseño, esa ingeniería del lenguaje avanzada, no es algo casual. No puede haber sucedido por un fenómeno aislado entre unos cuantos sabios igualmente aislados, sino que debió de existir una civilización muy avanzada en teoría de la comunicación...

La sutileza del argumento invitaba a seguir presionándole, y reaccionó.

—Fíjese usted en algo: por la semántica del lenguaje podemos valorar la fineza del pensamiento de aquellas gentes. ¿Cómo se explica, por ejemplo, que en los diccionarios de los españoles del siglo XVI de aymara se traduzca la palabra «universo» por «tetraespacio»?

¿Tetraespacio? Me quedé mudo. ¿Quería decir Guzmán de Rojas que los aymaras conocían la teoría de la relatividad que habla de cuatro dimensiones del espacio? Sin dudarlo, el ingeniero tomó de un estante bien poblado de libros un ejemplar original del Vocabulario de la lengua aymara (1612) de Bertonio, y buscó «universo» en la «u». La traducción resultó ser *usi suyu*, esto es «cuatro» y «espacio». Dudé. ¿Podrían referirse a los puntos cardina-

7. Michael Drosnin, *El código secreto de la Biblia*, Planeta, Barcelona, 1998.

les?

—En absoluto. Lo grave de este asunto —me atajó Guzmán— es que nosotros nos dimos cuenta de que el universo es un tetraespacio gracias a Einstein, a principios de este siglo.

—Y, dígame: ¿cuándo cree que se diseñó este idioma?

—Ésa no es una cuestión cerrada, pero parece que el aymara tiene ciertos rasgos comunes con algunas lenguas del llamado «grupo kartveliano» como el georgiano u otros idiomas caucásicos, cuyos orígenes se estiman entre siete y ocho mil años de antigüedad.

—Es decir, que nos enfrentamos a una lengua que tal vez tenga esa antigüedad...

—Sí. Pero vaya usted a saber si vinieron de aquí o fueron de allí, o hubo intercambios transoceánicos en esa época. Eso sería hilar demasiado fino. Lo único que puedo aventurar es que quienes manejaron la cultura en Tiahuanaco fueron gente que ya empleó ese idioma.

—Usted ha aplicado todo esto con éxito a un programa informático, pero ¿cree que el aymara, hace ocho mil años, buscaba un propósito semejante?

Guzmán volvió a clavar su mirada suspicaz en mí, y aunque temí una evasiva, respondió.

—Todavía nos falta mucho por saber sobre qué sucedió en América en épocas prediluvianas, llamémoslas así. Por cierto que el diluvio universal, que es descrito por el lenguaje aymara, bien pudo hacer desaparecer los rastros de la civilización que diseñó aquello. Yo creo que se trata de una cultura que sabía mucho del ser humano, porque su semántica es sabia; describe al ser humano como lo haría la psicología moderna. Aquellas gentes pensaron en valores que aún hoy nos parecen utópicos, e incluso pudieron inspirarse en el funcionamiento del cerebro para transmitir su men-

saje al futuro. A fin de cuentas, ¿qué es un ordenador sino una imitación de un cerebro? Es un modelo burdo cuyos circuitos permiten cierto nivel de deducción lógica.

—Claro que —objeté— observando nuestro cerebro, o la placa base de un ordenador, es difícil deducir cómo funciona. ¿Cómo pudo nadie hacerlo en el 6000 a.C.?

—Quizá manejaron cosas que hoy suponemos que no manejaron. Aunque no creo que se necesitara una industria electrónica para conseguirlo.
¿O sí?

Última reflexión: Los transmisores del saber

GÜÍMAR, TENERIFE, 21 DE JUNIO DE 2000

Para los antiguos los cielos descansaban sobre cuatro puertas, y únicamente a través de ellas los humanos podíamos penetrar en sus secretos. Se trataba de umbrales mágicos que sólo se abrían en otros tantos momentos significativos del año y que coincidían matemáticamente con la llegada de solsticios y equinoccios.

Nuestros antepasados, armados de sus poderosos calendarios, aguardaban con expectación la llegada de aquellos días, y para no cometer el error de dejarlos pasar, erigieron monumentos colosales que sirvieron para marcar tan significativas jornadas. Entonces, y sólo entonces, se dejaban impregnar de la magia cósmica que destilaban los cielos.

A los ojos de un ciudadano de la era de internet, todos estos esfuerzos no parecen más que extravagancias propias de pueblos supersticiosos y poco desarrollados. Pero nada más lejos de la realidad. Todos aquellos preparativos ante la proximidad de las «puertas» obedecían a una buena razón: solsticios y equinoccios marcaban los cambios estacionales, señalaban los días más cortos y más largos del año, y su conocimiento resultaba vital para los propósitos de una cultura emergente basada en el dominio de la agricultura, que necesitaba domesticar a la naturaleza si quería prosperar.

De alguna manera, nuestra civilización ha perdido ese interés por el control de los cielos. Hoy los calendarios son fijados por las autoridades competentes, y se nos evita un considerable esfuerzo de observación para saber en qué momento del año nos encontramos. Sin embargo, ese alejamiento del ejercicio de vigilancia del ciclo del tiempo nos ha apartado también de la comprensión de muchos misterios de nuestro pasado relacionados con éste.

El razonamiento es obvio: al no mirar a las estrellas, o al «camino» que traza el Sol y la Luna en los cielos en el transcurso del año, perdemos la noción de para qué se levantaron ciertas construcciones, o por qué se puso tanto celo en orientarlas con una precisión que hoy nos asombra.

No fue extraño, pues, que a comienzos del año 2000, en compañía de Robert Bauval, me decidiera a abrir simbólicamente las «cuatro puertas del cielo» de los antiguos, y estableciera un plan de trabajo para admirar los solsticios y equinoccios de este año desde lugares clave del planeta. Bauval sabía de la importancia de la magia cósmica de nuestros ancestros mejor que nadie, y se ofreció generosamente a mostrarme cómo funcionaba su mecanismo íntimo. Su conocimiento de la astronomía egipcia presagiaba que la aventura iba a ser interesante.

Así pues, tal y como estaba previsto, la primera de las cancelas celestiales cedió en tierra de faraones, frente a las patas de la Esfinge,¹ mientras que la segunda —la del solsticio de verano— hizo lo propio ante nosotros mientras contemplábamos una misteriosa «doble» puesta de Sol en un singular recinto de la isla canaria de Tenerife, a 4.500 kilómetros al oeste de las pirámides de Giza.

Aparentemente, uno y otro lugar tenían poco que ver entre sí... pero ya sabe el lector que, a menudo, las apariencias engañan.

1. Véase el capítulo 1 de esta obra.

En efecto. Bauval y yo habíamos viajado hasta allí para ver con nuestros propios ojos un fenómeno que había sido descubierto en 1991 por un grupo de investigadores del Instituto Astrofísico de Canarias² (IAC), y que atestiguaba que los montículos de piedra junto a los que nos encontrábamos aquel 21 de junio de 2000 fueron erigidos pensando en una función astronómica muy precisa. Según ese estudio, se trataba de unos evidentes marcadores solsticiales. Y no sólo del solsticio de verano que nos disponíamos a observar, sino también del de invierno, ya que cada 21 de diciembre el astro rey nace precisamente sobre unas escaleras que atraviesan la más exterior de las pirámides del conjunto de Güímar, muy cerca del Atlántico.

La historia de estos montículos, en realidad verdaderas pirámides escalonadas unidas entre sí por rampas y patios geométricos, es más que curiosa. Nadie había sospechado, hasta hacía sólo diez años, que en Tenerife pudieran existir pirámides. Y mucho menos que éstas, según los primeros indicios recogidos y que desataron una verdadera batalla campal entre las instituciones universitarias de la isla y arqueólogos aficionados, pudieran haber sido erigidas por los guanches —el pueblo autóctono canario— antes de la llegada de los españoles en el siglo XV.

Los expertos de la Universidad de La Laguna aún defienden hoy que se trata de construcciones agrícolas, levantadas en tiempos recientes por campesinos locales para el cultivo de tuna o la cría de un parásito llamado cochinilla, muy apreciado para la fabricación de tintes naturales.³ Esos mismos expertos, cuando comprobaron la inexcusable alineación de las pirámides, minimizaron el descubrimiento aduciendo que, como mucho, los majanos de Güímar —como llaman a las pirámides— pudieron haberse erigido sobre antiguos *almogarenes* o santuarios guanches que tenían aquella peculiar disposición celestial. Y eso era todo. Fin del misterio... para ellos.

2. Fueron Juan Antonio Belmonte y César Esteban los principales responsables de verificar que aquellos montículos de piedra con forma de pirámide escalonada estaban orientados a un punto de la llamada Caldera de Pedro Gil tras la que se ponía el Sol en el atardecer del 21 de junio, solsticio de verano. Belmonte recogió parte de su investigación en su libro *Las leyes del cielo*, Temas de Hoy, Madrid, 1999, pp. 250 ss., aunque previamente publicó sus resultados en *Noticias*, el boletín del IAC, n.º 20, junio de 1991.

3. Antonio Tejera Gaspar, « ¿Son prehispánicas las pirámides de Güímar? ». *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de diciembre de 1994.

Decidí no discutir sobre este asunto en un momento como aquél. A fin de cuentas, la hipótesis de que tanto aquellas pirámides en Güímar como otras descubiertas en Icod de los Vinos (Tenerife) o en los Cancajos, en la isla de La Palma, eran antiguas se asentaba en referencias históricas como la *Historia de la conquista de las siete islas canarias*, escrita por el franciscano Juan Abreu Galindo. Este cronista fue inequívoco no sólo al confirmar la existencia de pirámides prehispánicas en su narración, sino incluso al explicar para qué se utilizaban éstas en la isla de La Palma.

Eran estos palmeros idólatras; y cada capitán tenía en su término adonde iban a adorar, cuya adoración era en esta forma: juntaban muchas piedras en un montón en pirámide, tan alto cuanto se pudiese tener la piedra suelta; y en los días que tenían situados para semejantes devociones suyas venían todos allí, alrededor de aquel montón de piedra, y allí bailaban y cantaban endechas, y luchaban y hacían los demás ejercicios de holguras que usaban; y éstas eran sus fiestas de devoción.⁴

Pero, como digo, decidí aparcar momentáneamente el debate.

Con el mar a nuestras espaldas, y la principal de las pirámides escalonadas del recinto de Güímar frente a nosotros, aguardamos impacientes a que el Sol cayera para comprobar la precisión de aquel reloj de piedra levantado por los antiguos. Éste había iniciado ya su camino de descenso y amenazaba con esconderse tras la abrupta cordillera dorsal de la isla.

Fijamos la mirada en el oeste.

En aquel instante, una muchedumbre de curiosos agolpados contra el muro que señalaba en qué dirección contemplar el espectáculo, comenzó a murmurar: «Ya se pone, ya». Y así era. El Sol, sin tregua ni pausa, había

4. Abreu Galindo, *Historía de la conquista de las siete islas canarias*, libro III, capítulo IV.

comenzado a ocultarse por detrás de la abrupta cadena montañosa que se alzaba frente a nosotros, y a la que se conocía como Caldera de Pedro Gil.

Un astrónomo del IAC invitado al acto, armado de un potente megáfono, se apresuró a dar una última instrucción: «En breve podrá verse el Sol emergiendo de nuevo por una abertura del risco tras el que se está ocultando en este momento. Cuando reaparezca, lo veremos durante dos minutos más. Esto sólo puede contemplarse en un día como hoy, y por eso lo llamamos la "doble puesta de Sol"».

El milagro sucedió tal y como nos había sido predicho. Robert Bauval y yo cruzamos una rápida mirada de complicidad y sonreímos. De nuevo estábamos ante un rastro de la sabiduría de los antiguos. Una marca cuyas dimensiones y aspecto exteriores recordaban poderosamente a Egipto. No en vano, sabemos que los antiguos guanches eran —como los egipcios lo habían sido antes— adoradores del Sol, momificaban a sus muertos siguiendo técnicas muy parecidas a las nilóticas, y por si fuera poco trepanaban cráneos como los médicos faraónicos. Además, tenían la curiosa costumbre de enterrar con ellos a sus perros, para que les sirvieran de guías en el más allá, igual que el chacal Upuaut hacía las veces de «abridor de caminos» a los difuntos egipcios.⁵ Pero es que, por si todas estas coincidencias fueran pocas, a tenor de los monumentos que teníamos enfrente, bien podía decirse que los primeros canarios ¡también construyeron pirámides!

Naturalmente, entre la época en la que se levantaron las primeras pirámides egipcias y el momento de mayor expansión de la cultura guanche existe un gran abismo histórico. Un trecho de más de dos mil quinientos años que a ojos de los historiadores hace prácticamente inexplicables tantas semejanzas.

Las coincidencias en este caso son graves. Y es que, a decir de los expertos en la cultura canaria, no existen pruebas de asentamientos humanos en las islas hasta después del siglo I d.C.⁶ Las dataciones obte-

5. Jean-Louis Bernard, *Historia secreta de Egipto*, Plaza y Janés, Barcelona, 1984, p. 35.

6. Luis Diego Cuscoy, «Las Canarias prehistóricas», *Cuadernos de Historia* 16, n.º 79, Madrid, 1985.

nidas gracias al radiocarbono muestran que los primeros grupos aborígenes insulares comenzaron a organizarse socialmente casi al tiempo que Egipto vivía sus últimos estertores como civilización bajo el reinado de Cleopatra. Así pues, si los constructores de las pirámides de Güímar levantaron sus terrazas escalonadas a partir de esa fecha —incluso es previsible que mucho tiempo después—, resulta evidente que debieron de acceder a una tradición anterior que les «iluminó», invitándoles a imitar un modelo arquitectónico y religioso que tenía miles de años más de antigüedad.

El verdadero problema es averiguar cómo pudo transmitirse esa tradición. Y, por supuesto, tratar de determinar en qué términos se produjo el trasvase de mitos entre un pueblo —el egipcio— que agonizaba en Oriente, a otro —el guanche— que nacía en Occidente.

No podía ni imaginar que en Canarias acariciaría una posible respuesta a estos interrogantes.

EL MITO COMO VEHÍCULO DE TRANSMISIÓN

Las jornadas en Güímar fueron agotadoras y excitantes a la vez. Tras cada día de trabajo, Robert Bauval, Graham Hancock —que también se sumó a nuestra visita a Tenerife con un equipo de televisión que rodaría para su serie *Underworld*— y los miembros del equipo de investigación del programa radiofónico *Esencia de medianoche*, que habían hecho posible el milagro de reunirnos a todos en la isla, conversábamos sobre algunos aspectos misteriosos de la cultura insular.

De inmediato se suscitó cierta controversia: ¿cómo pudo transmitirse tanta información en el pasado entre pueblos tan distantes cultural, temporal y geográficamente como los guanches y los egipcios? ¿Cómo podría explicar-

se, más o menos razonablemente, que cierta sabiduría astronómica o científica se halle por igual en el antiguo Egipto, en las fachadas de algunas catedrales o en las pirámides de aquella isla?

La idea romántica de ciertos «iniciados» responsables de la transmisión del saber de un lugar a otro, «despertando» a pueblos enteros a su paso, resultaba demasiado inverosímil. Ciertamente es que referencias a dioses instructores que llevan consigo los pilares de la civilización se encuentran por doquier, pero buena parte de la transmisión de esa sabiduría a la que me refiero ha cambiado de manos en tiempos históricos, en fechas relativamente recientes como el siglo XII en el que nació el arte gótico, cuando ya nadie hablaba de dioses portadores de cultura.

En la Casona de Santo Domingo, un hotel rural de Gúímar convertido en nuestro cuartel general durante los días del primer solsticio de 2000, Graham Hancock acabó dando con la clave:

—Para una civilización de hace, pongamos por caso, doce mil años, que quisiera transmitir su sabiduría a las futuras generaciones, no debía de ser buena idea dejarla por escrito. Transcurrido ese tiempo, es seguro que nadie sería capaz de leer sus textos. Fíjate en los escritos del valle del Indo: apenas tienen cuatro mil quinientos años de antigüedad y ya nadie sabe lo que significan...

Graham, un escocés de mirada azul y piel tostada por los días previos pasados en Malta en busca de antiguos templos megalíticos sumergidos, se adelantó a mi siguiente pregunta.

—Sin embargo —dijo—, creo que existe una fórmula para transmitir ideas sin recurrir a la escritura. Una estrategia que permite trasvasarlas de pueblo en pueblo, utilizando un sistema de codificación que coloque todo lo que deseamos transmitir en un «vehículo», y que no presente el inconveniente de los cambios de idioma. Y ese «vehículo» es una historia, una gran historia que sea repetida de boca en boca.

—¿Una historia? —repetí sorprendido.

—Sí. Un cuento, una leyenda, un relato... Tú sólo tendrías que instruir a quien te escuchara para que esa historia fuera narrada lo más fielmente posible, aun cuando fuera traducida, para que el contenido encriptado en ella no se perdiera al pasar de pueblo en pueblo.

—¿Quieres decir que en los mitos y leyendas del pasado más remoto puede encontrarse información científica de valor? ¿Que fue ahí donde escondieron la enorme sabiduría que periódicamente hemos visto emerger en uno y otro rincón de la Tierra?

Graham asintió con la cabeza.

—Quienes transmiten esas historias especiales de las que hablo no tienen por qué conocer su significado oculto. Les basta con repetir las para preservar lo que hay en ellas. Y como a los humanos nos encanta contar historias, la transmisión está asegurada. De hecho —añadió abriendo sus ojos claros—, estoy convencido de que ésta fue una de las vías utilizadas por las grandes mentes del pasado para la transmisión de su saber. Ellos usaron la astronomía y codificaron abundante información astronómica en estas historias. Esa información está allí. Y sólo hay que saber usar la llave adecuada para acceder al significado profundo que se encuentra tras esas parábolas.

—¿Y ahí quedó todo?

—Evidentemente, no. También existió una tradición arquitectónica importante. Se erigieron monumentos megalíticos gigantes en todo el mundo que fueron creados por culturas muy diversas, en diferentes épocas, después de que recibieran ese legado primitivo. Yo sí creo que existió un plan deliberado y planetario que persiguió la preservación del conocimiento de una civilización perdida. Y creo, además, que ese plan funcionó a la perfección.

La seguridad de Hancock me abrumó. Lo que él proponía era, a fin de cuentas, la creación de una especie de «arqueología davinciana» donde,

como hiciera el genial Leonardo en el Renacimiento, los investigadores de nuestro pasado no sólo se limitarían a remover escombros en busca de vestigios de un pueblo perdido, sino que abrieran con las piquetas del intelecto los misterios ocultos en los mitos de nuestros antepasados.

Algo así hizo Marcel Griaule al sumergirse en el misterio de la cosmogonía de los dogones que abría este libro. Y una línea de investigación similar —la más reciente que haya llegado hasta mi mesa de trabajo— es la que proponían Florence y Kenneth Wood en su obra *La Ilíada secreta de Homero*.⁷

Cuando me encontré con Hancock en Tenerife estaba enfrascado precisamente en su lectura. Lo que los Wood narraban en ese texto era la aventura personal de Edna Johnston Leigh, un ama de casa de Kansas que se interesó por la astronomía en los años treinta a raíz de que el hijo de un granjero de su estado, Clyde Tombaugh, se hiciera mundialmente famoso por su descubrimiento de Plutón.

Edna no era sólo una incondicional de la ciencia astronómica, sino también una devoradora compulsiva de textos clásicos griegos. Visitó Atenas y Delfos en 1946, y descubrió que en este último lugar podían disfrutarse de los mismos cielos negros, cuajados de estrellas, que en su Kansas natal. Comenzó entonces a tomar notas de posiciones estelares y de las leyendas helénicas relativas a ellas, y llegó a la conclusión de que buena parte de los textos de Homero, concretamente la *Ilíada* y la *Odisea*, en realidad tenían una segunda lectura mucho más relacionada con la astronomía que con los enfrentamientos entre los pueblos de la antigua Grecia que relata.

Para Edna, la *Ilíada* era un cuento pensado para narrar el movimiento de las estrellas. De hecho, asegura que «cuando Homero se refiere a los mares como si fueran vino oscuro, en realidad quería que miráramos a los cielos, no a los océanos».

7. Florence y Kenneth Wood, *Homer's Secret Iliad*, John Murray, Londres, 1999.

Según dejó explicado en las notas que su hija Florence rescató tras su muerte, el libro segundo de la *Iliada*, en el que el poeta enuncia los cuarenta y cinco regimientos de griegos y troyanos, forma la base del catálogo estelar que empleará Homero en adelante. «Cada uno de los veintiséis escuadrones griegos y dieciséis troyanos que lucharon en Troya — escribe Florence, su hija— se identifica con una constelación, y los comandantes de esas unidades se identifican con las estrellas más brillantes de sus respectivas constelaciones.»⁸

Según Edna Johnston, tras conocer la clave de lectura adecuada de la *Iliada*, es posible acceder a todo un tesoro de conocimiento. Los dioses se revelan como metáforas de planetas,⁹ héroes como Aquiles o Héctor se deben leer como alusiones a Sirio y Orión respectivamente, mientras que las acciones de la trama homérica como la caída de Troya —donde la ciudad es entendida como la Osa Mayor— deben ser comprendidas como el movimiento de descenso de la Osa Mayor tras el horizonte griego entre el 8000 y el 1800 a.C. y el cambio de la estrella Thuban de la constelación del Dragón como estrella polar, por Kochab.

A grandes rasgos, esta lectura astronómica de la *Iliada* nos está remitiendo a acontecimientos estelares que precedieron en milenios al surgimiento de la cultura helénica. Y lo hace de forma similar al modo en que las grandes pirámides de Giza se elevaron para reflejar una posición estelar en torno al 10500 a.C.

La intuición de Hancock al respecto podría ser acertada, aunque, en cualquier caso, él no ha sido el primero en enunciar algo semejante. En un sugerente ensayo escrito a comienzos del siglo XX, el medievalista lituano Jurgis Baltrusaitis sugería que en la más remota antigüedad debió forzosamente de existir una «religión primordial» de carácter astronómico. Y apuntaba muy certeramente cuál pudo ser el canal de distribución de esa sabiduría.

8. Florence y Kenneth Wood, *Homer's Secret Iliad*, John Murray, Londres, 1999. p. 60.

9. *Ibid.*, p. 62.

El origen de todos los dioses, de todos los cultos, se remonta a la religión primordial de los astros, que floreció en todo Oriente y, en primer lugar, en Egipto. Este método se aplicó primero a los grandes poemas con cuyas reliquias se ha formado el cuerpo de la mitología egipcia y griega... Poemas solares y lunares que narran los recorridos o viajes de Baco, de Osiris y de Isis, cuyos protagonistas son el Sol y la Luna y cuyo escenario es el cielo.¹⁰

Contrariamente a lo que pueda suponerse, el culto primordial de carácter astronómico que se esconde tras estos mitos no es un compendio de supersticiones. Más bien se trata de un conjunto de observaciones estelares de alto contenido científico, del que los pueblos de la antigüedad fueron depositarios y celosos custodios.

Cada vez estoy más convencido de que ése es el verdadero tesoro que debemos buscar quienes nos enfrentamos a la investigación de los misterios del pasado. Porque, parafraseando a Hugo Reichenbach, es evidente, a la luz de todos los indicios aportados en este libro, que «existió una Edad de Oro cuando el oro no existía».

Primer libro en la *Casa de José, Las Matas, 21 de julio de 2000*

10. Jurgis Baltrusaitis, *En busca de Isis*, Siruela, Madrid, 1996.

Índice

Los números en cursiva remiten a los nombres de las ilustraciones

- Abbis, 179
- Abraham, 248
- Abreu Galindo, Juan: *Historia de la conquista de las siete islas canarias*, 337
- Abu-Hol*, 28
- Abukir, 194
- Abusir, 178
- Abydos, templo de, 124, 165-166, 171
- Acuario, constelación de, 74
- Adán, 248, 330
- África, 19, 132, 133, 149-150
- África Occidental francesa, 16
- Ágreda, sor María Jesús de, 239, 240
- Agustín, san, 289
- Akapana, pirámide de, 74, 350 n. 5
- Akhu, 99
- Al-Aqsa, mezquita de, 249
- Alberto Magno, 305
- Aldobrandini, Hipólito, véase Clemente VIII, papa
- Aleandría, 135, 137, 191-203, 290
 - faro de, 195, 197-200
- Alejandro Magno, 132, 195, 202-203
- Alemania, 323
- Allios, Dominique, 198-200
- Alsacia, 182
- Alto Volta, 16
- Alzamora, Rosa María, 76, 87, 233-234
- Amazonas, río, 137
- Amenofis III, 187
- Amenti, 42, 56
- América, 133
- América del Sur, 132, 133-134
- Amiens, catedral de, 46, 56, 59, 291
- Amma, dios, 17-19
- Amón, 185, 187, 202
- Ampurias, 302

- Amudsen, mar de, 139
Ancient Skies, 300
Andes, 61
Andrews, Richard, 359 n. 10
Angkor, 44-46, 74
Angles Vargas, Víctor,
Antártida, 36, 131, 132, 135, 138, 140
Antiguo Testamento, 93
Anubis, dios, 51, 52
Anukis, 23
Apis, dios, 174, 175, 176
Apkallu, 104
Apolo XI, 260
Aquiles, 343
Arca de la Alianza, 36, 246, 248
Arequipa, 84, 224
Ares, Nacho, 125
Arias, Alejandro, 79-80, 83, 86-87
Aries, 43
Arizona, 239
Armant, 178
Arnay-le-Duc, abadía de, 348 n. 23
Asclepio, 25, 59
Ashmole, Elías, 286
Asia, 23
Asia Menor, 196
Asmoneos, túnel de los, 243, 245, 247, 249
Asociación Americana para el Avance de la Ciencia (AAAS), 164
Astete, Domingo Luis, 211
Astronomy and Astrophysics, 13
Asturias, 57
Asuán, 98, 137, 161
Atacama, desierto de, 84, 241
Atahualpa, 206, 216, 223, 232, 235, 238, 356 n. 2
Atamiri, programa informático, 329-330
Atatürk, Mustafá Kemal, 129
Atenas, 342
Atlántico, océano, 148

- Atlántida, 29, 65, 73, 171, 242, 271
Attaya, Ibrahim, 192-194
Autun, abadía de, 348 n. 23
Aviñón, 256
Ayar, hermanos, 236, 241
- Baalbek (Líbano), 245
Baco, 344
Badajoz, 97
Badawy, Alexander, 33-34, 347 n. 8
Bahat, Dan, 243-250
Baigent, Michael, 359 n. 9
Baldi, Giuseppe, 359 n. 1
Baltimore, 94
Baltrusaitis, Jurgis, 343
Bandiagara, región de, 16-17
Barrionuevo, Alfonsina, 209
Bauval, Robert, 30, 32-35, 38, 39, 40, 42, 102, 103, 104, 335-336, 339
 Guardián del Génesis, 41
 El misterio de Orión, 31, 38
Bayeux, 46, 56, 59
Beaune, abadía de, 348 n. 23
Bellinghausen, mar de, 139
Belluomini, Giorgio, 148
Belmonte, Juan Antonio, 362 n. 2
Benedicto, san, 286
Benest, Daniel, 13-14, 345 n. 2
Benítez, Juan José, 99
Bernard, Jean-Louis, 363 n. 5
Bernard, Raymond, 241
Bertonio, Ludovico, 323-324
 Vocabulario de la lengua aymara, 331
Bessel, Friedrich, 345 n. 2
Bevilacqua, caballero, véase Salimbeni, Ventura
Biblia, 93, 95, 116, 197, 307-318

- Bigi, Marilena, 114
Blumrich, Joseph, 240
 Kasshara und Die Sieben Welten, 240
Bohic Ruz Explorer, 229-233, 235
Bolivia, 60-75, 297, 300, 321
Bonifacio VIII, papa, 289
Borgoña, región francesa de la, 348 n. 23
Brasil, 204, 241, 297
*Breve Nota di quel che si vede in casa del
Príncipe di Sansevero D. Raimondo di
Sangro nella Città di Napoli*, 284
Bruno, Giordano, 290
Buache, Philippe, 139-140
Bueno, Martín, 206
Bukheum, 178
Bukhis, 178
- Cagman, Filiz, 128, 130
Cairo, El, 27, 57, 102, 136, 234
Caldera de Pedro Gil (La Palma), 338
Calera de León (Badajoz), 97
California, 84
Calínico de Heliópolis, 361 n. 3
Callejo, Jesús, 97
Cambises, faraón, 175
Camboya, 45, 46
Canaán, 93
Canadá, 179
Canarias, islas, 334-340
Cancajos (La Palma), 337
Cappelli, Roberto, 109-111, 113, 353 n. 1
Cardeñosa, Bruno, 309, 313, 317
Carles, Jacques: *La Alquimia, ¿superciencia extraterrestre?*, 289
Carlomagno, 286
Carlos III, rey de España, 287
Carlos Inca, príncipe, 207-208

- Celano, Carlo, 283, 285
- Centre d'Études Alexandrines, 198-199
- Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS), 198
- Centro de Documentación Jules Vernes de Amiens, 259, 263
- Centro de Investigaciones Energéticas, Medioambientales y Tecnológicas (CIEMAT), 146
- Centroamérica, 134, 149, 300
- Cerro Unitas, 84
- Cervantes, Miguel de, 264
El Quijote, 202
- Châlon-sur-Saône, abadía de, 348 n. 23
- Champaña, región de, 55
- Champollion, Jean-François, 100
- Charpentier, Louis, 46, 54-58
El misterio de la catedral de Chartres, 46, 55
- Charroux, Robert, 296
- Chartres, catedral de, 46-47, 48-49, 54, 56, 59, 291
- Chatelain, Maurice, 135-137
- Chichén Itzá, 44
- Chile, 84
- Chimpu Ocllo, 226
- China, 132
- Chinkana Grande, 208-209, 212, 235
- Chuncho, comarca peruana de, 298
- Cieza de León, Pedro, 217, 219, 351 n. 1
- Cini, Fundación Giorgio, 272
- Císter, abadías del, 348 n. 23
- Claraval, Bernardo de, 50
- Clarke, Alvan, 14, 15
- Clarke, Arthur C., 105
- Clemente VIII, papa, 113, 116
- Cleopatra, 191-194, 339
- Clinton, Bill, 315
- Clodoveo, rey de los francos, 270
- Cobo, Bernabé, 232
- Cochabamba, 300

- Cocteau, Jean, 155
 Colline Éternelle de Vézelay, 50
 Colón, Cristóbal, 132, 161
 Colonna, Francesco: *El sueño de Polifilo*, 264
 Colonna di Stigliano, Fabio, 279-280
Columbia, 261-262
Columbiad, 260-261
 Compère, Cécil, 259-260
 Constantinopla, Biblioteca Imperial de, 135, 137
 Corán, 142
 Córcega, 61
 Córdoba, mezquita de, 50
Cori Quente, 87
 Coricancha, o templo del Sol, 204-209, 212-213, 215, 217, 220, 224
 Corvison, Óscar, 68-73, 70
 Costa Rica, 300-301
 Crespi, Carlo, 238
 Cruz del Sur, 72
 Cúpula de la Roca, 247-249
 Curtiss Machinery Company, 94
 Cuscoy, Luis Diego, 363 n. 6
 Cuzco, 160, 168, 204, 206, 210, 212, 214, 218-219, 221, 224-225, 230, 232-234, 241, 288, 293-295
- D'Aquino, Francesco, 283-284, 290
 D'Arpentigny, quiromante, 359 n. 4
 Dakar, 16
 Dalmau, Ángela de, 237
 Däniken, Erich von, 46, 81, 84-85, 237-238
Arrival of the Gods, 84
El oro de los dioses, 84, 237
Recuerdos del futuro, 84
 Dante Alighieri, 264
 Davidovits, Joseph, 100, 303
 Dechend, Hertha von, 36
 Delfos, 342

- Delgado, Manuel, 122-123
Dendera, templo de, 42, 103, 120, 120-123, 124, 127, 277
Di Sangro, Alessandro, 291
Di Sangro, Raimondo María, 280-286, 287, 287-288, 290, 303
 Dissertation sur une lampe antique, 288
Diodoro de Sicilia, 173
Dionisos, 236
Dirección Nacional de Arqueología de Bolivia (DINAAR), 73, 351 n.7
Dolo, Koguem, 17
Domenica della Corriere, diario, 272-273
Doré, Gustavo, 94
Dragón, constelación del, 44, 74, 343
Drosnin, Michael, 307-309, 312-315, 318, 318-320
 El código secreto de la Biblia, 331
Duat, 42
Dumas, Alejandro, 263-264, 359 n. 4
Durgâ, diosa hindú, 281
Duvent, J. L., 13-14, 345 n. 2
Dyon, linaje de los, 17
- Eco, Umberto, 321-323, 328, 330
 El nombre de la rosa, 321
Ecuador, 204, 237-238, 297
Edfú, templo de, 42, 103, 103-104, 124, 125, 126, 127, 189-190
Edison, Thomas Alva, 122
Egeo, mar, 132
Egipto, 13, 21, 37-38, 45, 46, 52, 53, 57-58, 74, 99, 104, 118-127, 135, 157-
 203, 290, 303, 338-340
Einstein, Albert, 134, 332
Emme Ya, estrella, 16
Empereur, Jean-Yves, 198, 200-201
Ennio, Quinto: *Thyestes*, 273-274
Enrique IV, rey de Francia, 116
Época, revista, 149
Eratóstenes, 137
Eriksen, Odduar, 124

Ernetti, Pellegrino, 272-278

La Catechesi di Satana, 275

Escocia, 265

Esfinge de Giza, 27, 28, 28-29, 35, 40, 41, 42, 104, 153, 157-161, 162, 164, 335

Esna, templo de, 125

Espinoza, Faustino, 293-294, 294

Esquivel, María de, 207

Estados Unidos, 134, 260, 323

Estallido, película, 233

Estambul, 128-140

Esteban, César, 362 n. 2

Estrabón, 173, 194, 197, 201

Geografía, 174

Etampes, 46

Euclides, 197

Évreux, 46, 56, 59

Ezequías, 97

Faber-Kaiser, Andreas, 46, 237, 281

Faiia, Santha, 36

Faros, isla de, 196

Faulkner, R. O., 32

Fawcett, Percy Harrison, 297, 297-299

Finé, Oronce, 138-139

flautista de Hamelín, El, 236-237

Flavio Josefo, 197

Florida, 260

Fogg, Philéas, 264

Francia, 54, 56, 255-270

Frankfort, Henry, 166

Frankfurt, Universidad de, 36

Fujimori, Alberto, 222

Fulcanelli, 182

El misterio de las catedrales, 182

- Galliard, 178
- Galvis, Michael, 229
- Gamarra, Benigno, 214-216, 222-223, 228, 234
- Gamboa, Sarmiento de, 232
- Gans, Harold, 317
- Gantenbrink, Rudolf, 38, 88, 90-91
- García Pumakahua, Mateo, 211
- Garcilaso de la Vega, el Inca, 205, 217, 295-296
Comentarios Reales, 226, 296
- Garn, Walter, 123
- Gemelli, Agostino, 274
- Géminis, 43
- Gideon, The*, revista, 94-95, 97
- Gil, Iñaki, 358 n. 1
- Gila, montañas, 238
- Giovetti, Paola, 360 n. 3
- Girard, Rafael: *Historia de las civilizaciones antiguas de América*, 327
- Giza, 27-30, 38, 56, 136, 157, 176, 303, 343
- Goddio, Franck, 191, 194, 200
- Goethe, Johann Wolfgang von, 155, 264
- Gomorra, 274
- Goneim, Zacarías, 346 n. 4
- Granger, Michel: *La Alquimia, ¿superciencia extraterrestre?*, 289
- Grayson, Anne, 144
- Grecia, 37, 184, 342
- Greenbelt, en Maryland, 95
- Griaule, Marcel, 15, 16-18, 21, 22,
- Griffith, Observatorio (Los Ángeles), 20
- Ground Penetrating Radar (GPR), 229-231
- Guamán Poma de Ayala, Felipe:
Nueva Crónica y Buen Gobierno, 226
- Güímar (Tenerife), conjunto de, 336-337, 339
- Guinea Conakry, 141-153
- Guri, Chaim, 307
- Guzmán de Rojas, Cecilio, 321
- Guzmán de Rojas, Iván, 321, 322, 323-333

- Habeck, Reinhard, 121, 127
- Hagar, Stransbury, 43
- Hancock, Graham, 36, 38, 39, 40, 42, 47, 163, 321, 323, 339-341, 343
El espejo del paraíso, 36, 42, 74
Guardián del Génesis, 41
Las huellas de los dioses, 38, 138, 170, 322
- Hapgood, Charles, 134-135, 138-139
Maps of the Ancient Sea Kings, 136
- Harris, John, 123
- Hathor, deidad, 120
- Hawass, Zahi, 167, 169
- Héctor, 344
- Heliodoro, 197
- Heliópolis, 178
- Heraklion, 194
- Hermes Trismegisto, 25, 58-59, 196, 201, 290
Poimandres, 196
- Hermes, 236
- Hernández, Francisco, 351 n. 1
- Herodes el Grande, 246, 250
- Heródoto, 173, 194
- Herrán, Ricardo, 80, 82-83, 86, 90-91
- Herrera, Héctor, 234
- Hetzal, Pierre-Jules, 257, 259, 265
- Hierro, isla del, 327
- Hill, Harold, 94-96
- Hills, H. Kent, 96
- Hind, 132
- Hines, Hammond, 356 n. 2
- Hinojosa, Juan, 227
- Hiparco, 197
- Hiram, 286
- Homero
Ilíada, 342-343
Odisea, 195, 342
- Hor-em-Akhet*, 28, 35
- Horus, 28, 41, 58, 124, 167, 196
- Hote, Nestor I', 100

Huayana Cápac, 207, 232

Ica (Perú), 76-77, 82

Icod de los Vinos (Tenerife), 337

Île-de-France, 55

Imaimana Viracocha, 357 n. 6

India, 37

Instituto Astrofísico de Canarias (IAC), 336, 338

Instituto Brooklyn de Artes y Ciencias, 43

Instituto de Matemáticas Estadísticas de Hayward (California), 311

Instituto Nacional de Arqueología de Bolivia (INAR), 66, 68, 73

Instituto Nacional de Cultura de Perú (INC), 224, 228, 234-235

Instituto Tecnológico de Massachusetts, 36, 139

Isaac, 248

Isaías, 97

Isha, esposa de Schwaller, 183

Isis, diosa, 23, 58, 98, 166, 291, 344

Israel, 92-97, 307-320

Italia, 107-117, 196, 271-278, 279- 292

Jacq, Christian, 52

Jaubert, Joseph, 305

Jemer, dinastía, 44

Jenecheru, 66

Jensen, Eduardo, 84

Jerusalén, 46, 92-95, 243-250, 286

Jesús, 50, 93, 236, 250-251, 270, 274, 276

Jiménez del Oso, Fernando, 209

Jordán, río, 93

Josué, 92-93, 95-96

Júpiter, 236, 315

Juvelius, Valter H., 249

- Kaemwaset, 177
Kalasasaya, 73, 74
Kâli, diosa hindú, 281
Kansas, 342
Karnak, templo de, 183
Karp, Elian, 233
Kass, Robert, 316
Kefrén, faraón, 160-161, 162
Kefrén, pirámide de, 30, 31, 40, 157, 158, 159
Kennedy, cabo, 260
Kennedy, John E, 307
Kennedy, Robert, 307
Keops, pirámide de, 30, 31, 33, 33-34, 38, 40, 139, 159, 303
Kom-Ombo, templo de, 125, 126, 188, 189-190
Kon Tiki Viracocha, 241
Kono, 141, 148
Kore Kosmou, 58, 60
Koricancha, Proyecto, 229, 233-234
Kosok, Paul, 78-81
Krassa, Peter, 121, 124, 127, 277
Kremer, Gerard, 139
Kroeber, Alfred, 351 n. 1
Krupp, E. C., 20
Kurdistán, 56
- Laguna, Universidad de La, 336
Lamy, Michel, 263-267
Laon, 46
Las Casas, Bartolomé de, 232
Lázaro, 93
Leblanc, Maurice, 264, 265-266
Dorotea, bailarina volatinera, 266
Lehner, Mark, 164
Leigh, Edna Johnston, 342-343
Leigh, Richard, 359 n. 9
Leo, constelación, 40, 42, 45
Leonardo da Vinci, 342

Leroux, Gaston, 264-265
 El rey Misterio, 266
Levet, Gerardo, 303
Lévi, Eliphas, 359 n. 4
Líbano, 245
Liberia, 148
Libia, 60
Libro de los Muertos, 51, 52
Lima, 228, 241, 326
Lincoln, Henry, 359 nn. 8 y 9
Lira, Jorge, 296, 299
Lit Lik, pájaro andino, 300
Lockyer, sir J. Norman, 23
Lombardo, Mario, 148
Londres, 98
Lortet, 178
Luna, 260
Lupin, Arsenio, 266
Luxor, templo de, 178, 182-190
Lytton, E. Bulwer, 266

Maat, diosa, 52
Macedonia, 196
Machen, Arthur, 266
Machu Picchu, 303
Madeleine, basílica de la, 50, 51
Madrid, 98
Majes, desierto peruano de, 84
Malí, 15-17, 22, 27
Mali, sierra, 152
Mallery, Arlington H., 134
Malta, 340
Manetón, 40
 Historia de Egipto, 101, 103
Marajó, isla de, 138
Marcé, Jean, 265

- Marco Antonio, 192-193
María, Virgen, 196
Marie, Franck, 267-268
 Le surprenant message de Jules Verne, 265
Mariette, Auguste, 172, 173, 173-177
Márquez, Rafael, 273
Marruecos, 144
Martín, Pedro, 206
Martínez, Alfonso, 146-147
Marvizón, Julio, 99
Maslama, Abul-Kasim, 59, 348 n. 19
Maspero, Gaston, 31
Mato Grosso, selvas de, 297
Médicis, Cosme de, 196
Mejía, Toribio, 351 n. 1
Melville, Herman: *Moby Dick*, 317
Memfis, 164
Menes, faraón, 101, 163-164
Menutis, 194
Mercator, 139
Messiha, Khalil, 352 n. 5
México, 37, 43, 84
Miccinelli, Clara, 360 n. 3
Micerinos, faraón, 31
Micerinos, pirámide de, 30, 31, 40, 171
Midrash, 246
Milán, 274
Milla Villena, Carlos, 90, 326
 Génesis de la cultura andina, 326
Mintaka, estrella, 38
Mishná, 248
Moisés, 93
Molina, Cristóbal de, 207
Mollendo (Perú), 84
Mond, Robert, 177-178
Montalcino (Italia), 107-115, 117, 121, 257
Montesinos, Fernando de: *Memorias antiguas historiales y políticas del Perú*,
241

- Montpellier, 200
Moriah, colina de, 246
Moricz, Janos, 237-238
Morrison, Tony: *Pathways to the Gods*, 215
Mozart, Wolfgang Amadeus: *La flauta mágica*, 265
Muerte, valle de la (California), 238
Muro de las Lamentaciones, 243-246, 249
Murray, Margaret, 166
Museo Británico, 98, 150
Museo de Arte Popular de Basilea, 150
Museo de Cochabamba en Bolivia, 300
Museo de El Cairo, 160, 194, 352 n. 5
Museo del Hombre, 17
Museo del Louvre, 98, 172, 173, 174
Museo Egipcio de Turín, 98-99
Museo Grecorromano de Alejandría, 197
Museo Metropolitano de Nueva York, 98
Museo Topkapi, 128-129, 133
Muyucmarca, 217
Myers, Oliver, 177
- Nabucodonosor, 248
Nagas, 44
Nan Madol, santuario de, 46
Nápoles, 279-288
NASA, 111, 260
National Space Science Data Center (NSSDC), 96
Nautilus, submarino, 262
Nazca, 77-91
Nemo, capitán, 264
Netanyahu, Benjamin, 315
Neteru, 101, 102, 164
Neustria, 55
Newton, Isaac, 314
Níger, 56
Nilam, Al, estrella, 38
Nilo, río, 23, 40, 41, 53, 58, 98, 100, 120, 135, 150, 161, 170, 184

Nitak, Al, estrella, 38
Nommo Q, 18, 18, 23
Nommo Titiyayne, 18
Nommo Diç, 18
Notre-Dame de l'Épine, 46
Notre-Dame de París, 51, 52, 182
Nueva York, 162
Nuevo México, 239
Nuevo Testamento, 269

Oannes, 21-22
Ogo, 18-19
Ogotemmelí, 17-18, 20
Ohlmeyer, Harold Z., 134
Ollantaytambo (Perú), 160
Olosipa, 46
Olosopa, 46
Omar, califa, 248
Origlia, Giangiuseppe, 282
Orinoco, río, 137-138
Orión, constelación de, 30, 32, 35, 38, 40, 42-43, 56, 72, 74, 170, 343
Orvé, Antonio, 227
Osa Mayor, 42, 47, 56, 343
Oseirión, templo de, 165, 165-166, 168
Osiris, constelación, 40, 42
Osiris, 32, 165-170, 177, 344
Oslo, 315
Oxford, Universidad de, 123

Pachacamac, 357 n. 6
Pachacuti, 234-235
Pachayachachic, 357 n. 6
Palacín, Teresa, 78, 80
Palenque, 44
Palermo, Piedra de, 40, 101, 163

- Palladio, Andrea, 272
Palma, isla de La, 337-338
Palpa (Perú), 77-85, 326
Papus, 359 n. 4
París, 98, 195, 258-259
París, Vicente, 76, 77, 91, 204, 208, 211-213, 215, 216, 217, 227, 241, 356
n.2
Parker, Montague Bronslow, 248-249
Pasco, Cerro de, 299
Pasmático, 119
Paz, La, 62, 66, 68, 321-323
Pérez Correa, Pelayo, 97
Peries, Luis, 231
Perú, 76-91, 204-220, 221-235, 293-303
Petrie, Flinders, 166, 347 n. 8
Pi, Anselm, 221-222, 224-229, 231-234, 233
Piazzi, Alberto, 111
Picardía, región de, 55
Picatrix, tratado de magia, 59, 60
Pico della Mirandola, Giovanni, 290
Pío XII, papa, 274, 276
Piquillacta, recinto fortificado de, 295
Pitágoras, 53, 183
Pitoni, Angelo, 141-145, 143, 147-153
Pizarro, Francisco, 90, 204, 206-207, 209, 212, 238, 356 n. 2
Platón, 73
Timeo, 242
Pléyades, constelación de las, 43, 72, 328
Plutarco: *Isis y Osiris*, 166
Plutón, descubrimiento de, 342
Po Tolo, estrella, 15
Pohnpei, isla de, 45-46
Poma de Ayala, 227
Pomares, Felipe de, 356 n. 3
Ponce Sanginés, Carlos, 65
Poseidón, 73, 194, 197
Posnansky, Arthur, 62-65, 63
Procopio de Cesarea: *Historia de las guerras*, 269
Provenza, 196

- Ptah, 177
Ptolomeo I, faraón, 197
Ptolomeo IX, faraón, 124
Ptolomeos, los, 176
Pukara, 357 n. 6
Puma Punku, 73, 327
Púnchau, 213
Punt, 150
Pyrene, río, 298
- Quaitbay, fortaleza de, 199, 199-200
Quaitbay, sultán, 200
Quarré-les-Tombes, abadía de, 348 n. 23
Quetzalcóatl, 43
Quito, 214
- Ra, 104, 196
Rabin, Isaac, 307-309, 312, 315, 319
Ramsés II, faraón, 161, 176
Ramsés IX, faraón, 183
Ray, Richard, 302
Reiche, María, 80
Reichenbach, Hugo, 344
Reims, catedral de, 46, 56, 59
Reis, Piri, 129, 132-133, 133, 135-136
 Kitabi Bahriye, 132
Rennes-le-Château, 265, 268-269
Repetto, Luis, 228
Revista de Educación y Entretenimiento, 265
Rhedae, 269-270
Richter, Federico, 357 n. 1
Rips, Eliyahu, 310-311, 315-317, 330-331
Rishis, 104
Rivera, Oswaldo, 65-66, 67, 68, 73, 327, 350 n. 5
Robichon, Clement, 187
Roma, 98, 202, 269, 325

- Roque d'Antheron, 256
Rosas, golfo de, 302
Rosenberg, Yoav, 310-311
Rosenkreutz, Christian, 289
Royal Astronomical Society, 21
Rubtsov, Vladimir V, 346 n. 12
Rueda, Francisco, 227
- Sacsayhuamán, 208, 212-215, 217, 220, 226-227, 235, 294, 296, 303
Sadat, Anwar el-, 307
Sagan, Carl, 20, 105
Sáhara, 327
Saintes-Maries-sur-la-Mer, 196
Saita, período, 169
Sakkara, 31, 118-119, 172-173, 179, 181
Saleh, Mohamed, 194
Salerno, Giuseppe, 283, 285
Salimbeni, Arcangelo, 115
Salimbeni, Ventura, 108-117, 110, 112, 114
Salomón, 244, 246-247, 270, 286
San Antonio (Texas), 240
San Giorgio, isla de, 271-277
San José (Costa Rica), 302
San Severo, capilla de, en Nápoles, 279-283, 288-292
Sand, George, 264
Sansone Vagni, Lina, 285
 Raimondo di Sangro, príncipe de Sansevero, 291
Santillana, Giorgio de, 36
Santo Domingo, convento de, 208, 212-213, 216-217, 221-222, 224, 226-227, 229
Satis, 23
Saturno, 20
Saulieu, abadía de, 348 n. 23
Saunière, François-Bérenger, 268-270
Schellenberger, Paul, 359 n. 10
Schnipp, Gerard, 192
Schoch, Robert, 158-159, 161, 163-164
Scholten d'Ébneth, María, 218, 219-220

- Schwaller de Lubicz, René Adolphe, 159, 182-189
Le Temple de l'Homme, 185, 189
- Sekhemkhet, faraón, 179, 346 n. 4
- Senegal, 152
- Serapeum, 173-175, 177-180
- Serrat, Francesc, 226, 237
- Seti I, 165
- Shabaka, Piedra, 169-170
- Shemsu-Hor*, 41-42, 99, 102, 103, 124, 127, 164, 267
- Shettiyyah*, piedra, 248-249
- Shoemaker-Levi, cometa, 315, 316
- Siberia, 56
- Siena, 107, 115
- Sierra Leona, 142, 147, 149
- Sierra, Javier, 77, 129, 208
Las puertas templarias, 50
- Sihuas, desierto peruano de, 84
- Silvestre II, papa, 202
- Sinchi Roca, 217
- Sind, 132
- Siria, 56
- Sirio, estrella, 14-15, 20-23, 42, 343
- Siwa, oasis de, 60, 202
- Sky Stone*, 144-145, 145
- Shyglobe*, programa, 40, 44
- Sociedad Angélica o de la Niebla, 263-267
- Sodoma, 274
- Sofía de Grecia, reina, 233, 235
- Soma*, 202
- Souvaltzis, Liana, 202
- Sputnik, 109-110, 121
- Statistical Science*, 311, 316
- Stoker, Bram, 266
Dracula, 266
La joya de las siete estrellas, 267
- Strachan, Richard, 139
- Sudán, 56, 165
- Sumer, 37
- Syene, 137

- Tahuantinsuyu*, 206, 207, 293-294
Tauro, 43
Tebas, 183
Tepsi Viracocha, véase Pachayachachic
Tejera Gaspar, Antonio, 363 n. 3
Tel Aviv, 92, 308
Tello, Julio C., 357 n. 6
Temple, Orden del, 46, 54, 55
Temple, Robert, 21, 22
 El misterio de Sirio, 21
Tenerife, isla de, 335, 339
Tentudía, valle de, 97
Teotihuacán, 4525
Texas, 239
 Textos de la construcción, 103
 Textos de las pirámides, 31, 32, 49, 103
Tiahuanaco, 61-73, 171, 327, 332
Tierra de la Reina Maud, península de, 134-135
Tierra, 14, 36, 37
Tierra Santa, 54, 55, 92
Timonium, 193
Tistrya, 22
Titicaca, lago, 61, 219, 323-324, 327
Toledo, Alejandro, 233
Tolstoi, León: *Guerra y paz*, 317
Tombaugh, Clyde, 342
Tombuctú, 17
Torá, 309-310, 317
Tord, Luis Enrique, 234
Torquemada, Juan de, 348 n. 15
Torrigiani, Sebastián, 116
Toth, dios, 58-59, 104, 123, 201, 290
Town, Cabo, 260
Trimble, Virginia, 33-34
Troya, 343
Tula, conjunto maya de, 303
Turín, Papiro de, 40, 99, 101, 163164
Turkestán, 56

Turquía, 128-140

Tutmosis IV, faraón, 41, 161

Unas, pirámide de, 118

UNESCO, 98

Upuaut, dios camino, 328, 338

Urales, 56

Utatlán, 43

Uxmal, 43-44

Valeriano, Jordi, 230

Valle, templo del, en Giza, 159, 160-161, 166

Vanguard, satélite, 109, 111

Vanguard II, satélite, 111, 112

Varille, Alexandre, 187

Vaticano, 276

Vázquez, Sebastián, 142-143, 146

Velasco, Juan de, 356 n. 2

Venecia, 272, 275

Venus, diosa, 289

Verne, Jean, 255-258, 262

Verne, Jean-Julnes, 263

Verne, Julio, 116, 117, 255-270, 261, 271, 289

Alrededor de la Luna, 261

Cinco semanas en globo, 258, 264

Clovis Dardentor, 268, 270

De la Tierra a la Luna, 260

El castillo de los Cárpatos, 266

El dueño del mundo, 264

El rayo verde, 267

La caza del meteoro, 262

La vuelta al mundo en ochenta días, 264

Las aventuras del capitán Hatteras, 258

Las indias negras, 265

Los quinientos millones de la Begún, 262

- París en el siglo XX*, 256-257, 259-260
Robur el conquistador, 264, 266
Veinte mil leguas de viaje submarino, 262
Viaje al centro de la Tierra, 271
- Verne, Michel, 255-258
Vézelay, 49-50, 51, 348 n. 23
Vía Láctea, 40, 42, 43, 120
Villamil de Rada, Emeterio, 330
Viollet-le-Duc, 349 n. 2
Viracocha, dios, 218, 219-220, 241, 327
Virgo, constelación de, 46-47, 55, 56, 57
Vu, Popol, 253
- Waitakus, Alfred, 123
Wall Street Journal, 309
Walters, M. I., 134
Warren, Charles, 249-250
Washington Post, 309
Waters, Frank: *El libro de los hopís*, 240-241
Weissmandel, H. M. D., 309, 314
West, John Anthony, 100, 102, 102-103, 124, 159, 163-164, 189
Westcar, Papiro, 179
Westover, base aérea de, 134
White, Frank, 238
Wilca Pampa, 208
Wilkins, Harold T., 327
Williams, Dave, 96
Wilson, Tom, 240
Witzum, Doron, 310, 311-312, 314, 316-317
Wood, Florence: *La Ilíada secreta de Homero*, 342-343
Wood, Kenneth: *La Ilíada secreta de Homero*, 342
- Yahvé, 93-94, 330
Yaxchilán, 44
Yeats, William Butler, 266

Yezidm, califa, 56

Yibuti, 16

Zaragoza, 222

Zettl, Helmut, 300

Zeus, 197

Zohdy, Alaa, 191, 203

Zoser, faraón, 172